LAS CRÓNICAS DE JOSÉ INGENIEROS

en La Nación de Buenos Aires (1905-1906)

Cristina Beatriz Fernández

Editora

Editorial Martin

Universidad Nacional de Mar del Plata

Las crónicas de José Ingenieros en *La Nación* de Buenos Aires (1905-1906)

Cristina Beatriz Fernández
Editora

Las crónicas de José Ingenieros en *La Nación* de Buenos Aires (1905-1906)

EDITORIAL MARTIN

AGENCIA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o método, sin autorización previa de los autores.

IMPRESO EN ARGENTINA – 2009
EDITORIAL MARTIN

ISBN: 978-987-543-286-4

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial Martin sitos en calle Catamarca 3002 de la ciudad de Mar del Plata, en enero de 2009

Agradecimientos

Este libro es producto de mi trabajo como investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) y de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Formó parte de un proyecto mayor, titulado *Escritos de la modernidad / modernización urbana en América Latina entre los dos fines de siglos*, financiado por un subsidio PICTO de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT) y la UNMDP. Ese proyecto grupal fue dirigido por la Dra. Mónica Scarano, investigadora del Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS) de la Facultad de Humanidades (UNMDP), quien supervisó y orientó también mi labor individual. Asimismo, mi trabajo contó con el asesoramiento, en los aspectos científicos, del Dr. Alberto de la Torre (Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, UNMDP–CONICET). Para el relevamiento del diario *La Nación* se consultó la colección disponible en la biblioteca popular Bernardino Rivadavia, de la ciudad de Tandil, además de la hemeroteca del Congreso de la Nación, en Bs. As.

A todos los mencionados, personas e instituciones, deseo expresarles mi gratitud.

NOTA PRELIMINAR

Historia de los textos

El 30 de abril de 1905 apareció, en las páginas del diario *La Nación* de Buenos Aires y a continuación de un escrito firmado por Enrique Gómez Carrillo, la primera de una serie de crónicas remitidas, desde Europa, por José Ingegnieros –quien todavía firmaba con la forma original de su apellido, que luego castellanizó. Había partido ese mismo mes, para asistir como representante argentino al V Congreso Internacional de Psicología, que tendría lugar en la ciudad de Roma. Asimismo, se le había confiado el estudio de los sistemas penitenciarios europeos, con miras a una modernización de los mecanismos de reclusión penal en la Argentina. Durante su periplo europeo, que se extendió hasta octubre de 1906, redactó una serie de «correspondencias», a pedido del entonces director del diario, el ingeniero Emilio Mitre.

Tiempo después, esas crónicas fueron recogidas, aunque con variaciones textuales, supresiones y agregados, en los libros *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte,* publicado por la casa valenciana Sempere en 1906,[1] y *Al margen de la ciencia* (Bs. As., Lajouane y Cia., 1908).[2] También en el octavo volumen de las *Obras completas* del autor, que terminó de compilar Aníbal Ponce según las indicaciones del propio Ingenieros, aparecen bajo el título de «Crónicas de viaje». Como ocurre en los casos antes mencionados, esta edición tampoco incluye todas las crónicas publicadas inicialmente en *La Nación*.

Estas variaciones textuales no son, por cierto, exclusivas de las crónicas de viaje. Por el contrario, es un rasgo de la producción intelectual de Ingenieros la reformulación de sus ideas y la reescritura constante de sus textos, al punto de que Gregorio Weinberg, al prologar el tomo de las obras completas dedicado a su obra filosófica, ha lamentado «la falta de un estudio crítico que analice en todos sus detalles las variantes de los textos de Ingenieros, sometidos siempre a reelaboración y ajuste.»[3] Ese problema señalado por Weinberg es altamente visible en relación con el corpus de textos que presentamos acá, textos que no sólo fueron reformulados sino, en algunos casos, completamente excluidos de los libros posteriores del autor, como ocurre con tres de las crónicas publicadas en *La Nación:* «La tuberculosis», «La crisis del socialismo en Italia», «La transmisión del pensamiento». Entre esas adiciones y supresiones señalamos la aparición, en *Italia,* de la crónica «Jesús y Federico», recogida en los libros posteriores pero que no encontramos en *La Nación,* dedicada a las figuras de Jesucristo y Nietszche. En *AMC* se incluyen, a su vez, varias crónicas que no están en el diario ni en *Italia:* «Elogio de la risa», «Las manos de Eleonora Duse», «La vanidad criminal», «El vagabundo ilustre», «Sobre psicología musical» y dos discursos, pronunciados en ocasión de haber obtenido el Premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada en el país –el libro producto de su trabajo de tesis en medicina, *Simulación de la locura*– y en el banquete que se le ofreció al regresar al país en 1906.

En cuanto a la edición de las crónicas que integra las obras completas, también ofrece variantes y supresiones respecto del diario y las primeras ediciones en libros. Entre ellas destacamos la ausencia de la crónica sobre «Las manos de Eleonora Duse» así como de las tres que consignamos arriba como publicadas únicamente en el diario. Por otro lado, esa edición ofrece las crónicas totalmente reorganizadas en relación con las versiones previas, puesto que se divide en cinco apartados cuyo contenido varía desde una sola hasta doce crónicas: «Elogio de la risa», «Italia», «Los psicólogos y la psicología», «Al margen de la ciencia» y «Dos discursos».

El viajero estudioso

Las crónicas aparecen usualmente en las páginas tres, cuatro o cinco del diario –cuyos ejemplares tenían entre dieciséis y veinte–, tras los anuncios clasificados y antes de la sección «Telegramas (de nuestros corresponsales)» que sintetizaban la actualidad nacional e internacional.[4] En la sección destinada a las crónicas hay, a su vez, una subdivisión, pues podemos notar, en primer lugar, la crónica de autor, firmada y encabezada como una carta al director, y, en segundo término, generalmente bajo el subtítulo de «Crónica general», noticias más amplias que los escuetos telegramas pero no firmadas y que informan sobre temas de actualidad: análisis de la guerra ruso-japonesa, epidemias varias, terremotos, detalles de los progresos materiales en distintas regiones argentinas, la muerte del general Mitre en 1905 y los avatares de la colecta pública para erigirle un monumento en 1906, sinopsis de las sesiones de las cámaras de diputados y senadores, novedades de la temporada veraniega en Mar del Plata y del acaecer político y universitario de la ciudad de La Plata, que tenía un corresponsal permanente.

La fecha de los textos de Ingenieros no se condice, obviamente, con la de publicación, lo cual se debe, presumiblemente, a los ritmos del correo transatlántico. Por ello encontramos períodos de relativo silencio y luego una seguidilla de crónicas con intervalos semanales o de pocos días. Los límites de espacio impuestos a este tipo de textos en el diario han debido influir, es de suponer, en la selección y reorganización del material a publicar. Así tenemos, por ejemplo, las crónicas tituladas «Sobre las ruinas» I y II, publicadas con un intervalo de cuatro días y que quizás constituyeron, en la redacción original, una sola crónica, editada en dos partes por el periódico, o la desaparición de párrafos enteros que aparecen en la versión de *Italia* y que no aparecieron en *La Nación*, a pesar del hecho significativo de que se hace en ellos alusión directa al lector del diario. Eso es visible, por ejemplo, en la crónica «Últimas notas de un congreso» en que encontramos, en la versión de *Italia,* la frase: «Se leyeron allí muchos trabajos interesantes, demasiado técnicos para ser referidos a los lectores de *La Nación*», alusión a los receptores previstos en el diario que, curiosamente, no aparece en la versión de la crónica publicada en sus páginas. El hecho de que esa frase no haya aparecido en la versión del diario y sí en el libro publicado en España permite conjeturar que integraba la redacción original del texto enviado por Ingenieros, que fue recortado para ajustarlo a la disponibilidad de espacio del diario. Estos destiempos y la brevedad impuesta al género no obstan, sin embargo, al efecto de actualidad y referencialidad que configura

el ángulo más periodístico de la crónica.[5]

Pero, por otro lado, es frecuente en estas crónicas la irrupción de una retórica plena de imágenes y un culto preciosista del lenguaje al mejor estilo del modernismo. Al decir de Max Henríquez Ureña, aunque Ingenieros «no fue, propiamente hablando, un literato», se advierte, en estas crónicas que nos ocupan, «el empeño de hacer literatura».[6] Ese empeño se evidencia, a nuestro juicio, en una preocupación por la *estilización* del discurso de la crónica que busca diferenciar a su enunciador del mero *reporter,* como lo han señalado, estudiando otros autores latinoamericanos del período, Julio Ramos y Susana Rotker.[7] Esa preocupación por el estilo se conjuga, asimismo, con una ideología de base cientificista, lo cual lleva al sujeto de estas crónicas a delinearse como un observador formado en las ciencias médicas y naturales –en clara sintonía con su rol de emisario en un congreso científico– que trata de extrapolar a todos los objetos que su mirada analiza y su lenguaje representa, una matriz interpretativa tomada de las doctrinas evolucionistas. De ahí que, *naturalmente,* Ingenieros configure un mapa ideológico en que *progreso, modernidad, civilización, ciencia, trabajo (estudio), productividad* adquieren el rango de valores. Sin embargo, el proceso coetáneo de escisión de los saberes y la consecuente especialización lingüística de cada campo del conocimiento, también limitaban sus posibilidades de divulgación, como lo demuestra la frase antes citada en que el carácter «demasiado técnico» de ciertos trabajos los hacía incomunicables para el lector previsto.

Simultáneamente, ese sujeto se exhibe como un *connaisseur* verdadero, no improvisado, del *buen gusto* y de la tradición cultural europea y nacional. Es así como la visita a los distintos lugares reseñada en las diversas crónicas, desde hospicios para alienados hasta museos y plazas de toros, es reinterpretada bajo un prisma culturalista muy propio de la estética modernista, que colabora en asignarle densidad simbólica a los espacios y personajes representados. Por otro lado, el sesgo autobiográfico presente en estos textos –inevitable dado el ángulo de inmediatez testimonial que adopta el sujeto escriturario en relación con el mundo referido– llega a una exhibición de la emoción, la sensibilidad, el orden afectivo, que se exacerba hasta poner en escena la interioridad sentimental de un personaje que bien podría ser ese artista «que viaja de incógnito» en el Sirio y que es «el que más disfruta [y] el que menos paga el impuesto» del mareo, pues se dedica a contemplar el mar desde la perspectiva privilegiada de una sensibilidad superior de artista que, en la huella del romanticismo, encuentra su igual en la magnificencia de la naturaleza. En consonancia con esto, su visión de los espacios y los objetos de arte, así como de los espectáculos y los acontecimientos sociales, se ve mediatizada por experiencias previas de lectura que lo llevan a transformar los lugares que visita en verdaderos «paisajes de cultura».[8]

Ciertamente, Ingenieros se construye como un viajero que no sólo vive desde la sincronía la experiencia de la modernidad sino que puede evaluar, diacrónicamente, a través de su saber estético-literario y su conocimiento científico, lo que esa modernidad europea, con la que entra por vez primera en contacto directo, significa. De ahí que se lo pueda ubicar en la categoría de «viajero estudioso» que, en la primera de las crónicas titulada «Sobre las ruinas», opone a la del «viajero ingenuo», arquetípicamente representado por un «tranquilo burgués» sin más intereses que los de un «simple turista».

Frente a la forma superficial de viajar y conocer de este último, se erige la del observador estudioso, científico, culto en sentido amplio, impregnado de los valores modernos y que, al efectuar una arqueología de los múltiples sentidos y temporalidades inscriptos en los espacios visitados, está en condiciones de extrapolar el desenvolvimiento futuro de esa etapa del proceso histórico de la civilización occidental –remitimos, al respecto, a crónicas como «El imperialismo».

Un breve repaso por las cuestiones abordadas en las crónicas nos permitirá señalar tres grandes ejes temáticos: el arte, la ciencia, la política. Respecto del primero, destacamos algunas crónicas como las dedicadas a la temporada de ópera en Italia, la visita a los sitios arqueológicos y la admiración del arte antiguo, así como la descripción de la arquitectura de las ciudades o las reflexiones suscitadas por el arte moderno en exposiciones como la que tuvo lugar en Venecia. Una crónica en la que se reseña una corrida de toros en Madrid –espectáculo que el propio cronista considera regresivo pero que defiende en términos estéticos–, y otra sobre la placentera y estimulante experiencia de un jugador en el casino de Montecarlo, bien podrían entrar en esta categoría que aúna el arte con la dimensión del espectáculo.

En cuanto a la ciencia, se halla representada, en primer término, en las crónicas que reseñan la actividad del congreso de psicología. En este punto vale la pena aclarar que la primera de esas crónicas es la única que aparece acompañada por una fotografía en la que posan los asistentes al congreso, con Lombroso, Ferri e Ingenieros, entre otros y en primera fila. Crónicas destinadas al estudio del sistema judicial italiano, a un congreso sobre la tuberculosis o a los experimentos sobre espiritismo y la posibilidad de accionar a distancia y mediante el pensamiento, se encuadran en esta categoría, eventos y situaciones que son siempre analizados a la luz de los criterios científicos experimentales. Las visitas a centros de estudio y hospitales también podrían agregarse a este grupo, aunque los encuentros, de rigor en la época, con personalidades ilustres, líderes políticos e intelectuales, estarían en la frontera entre las crónicas de arte, las científicas y las de tema social y político.

Entre las últimas cabe incluir la recensión de una manifestación anticlerical en París –no por antirreligiosa menos despreciable para Ingenieros, para quien toda forma de masividad era irracional y un gesto, en última instancia, conservador, de acuerdo con una idea que cristalizaría tiempo después en *El hombre mediocre*–, la síntesis de las opiniones políticas de los campesinos franceses o la tragicómica «Las fatigas de un huelguista», además de todas aquellas que reseñan el acontecer del partido socialista italiano, sucesos que Ingenieros se esfuerza en interpretar a la luz de las nacientes ciencias sociales y defendiendo una posición que por ese entonces hacía suya: la propia de un reformador progresista, opuesto tanto al anarquismo como al marxismo ortodoxo.

En todos estos textos y recorridos estéticos, científicos y políticos, intelectuales en sentido amplio, es la vinculación de Ingenieros con el saber, con la tradición letrada, la que permite al viajero practicar una hermenéutica de los lugares visitados imposible para quien careciera de cierto capital simbólico. De ahí que Oscar Terán haya señalado, en acertada formulación, el hecho de que en Ingenieros pervive «el mito romántico del intelectual como una naturaleza tan marginal como excepcional por su capacidad

para descifrar las esencias del mundo y los signos de una sociedad».[9] Un desciframiento que se resuelve en textos que, tomando cierta distancia del *estilo* meramente informativo, pagan su tributo a los cánones del gusto mientras desvelan una singular *erudición*.

Notas

1 De aquí en más, *Italia*.

2 En adelante, *AMC*.

3 Gregorio Weinberg, «De las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros» en *Obras completas*. Tomo VII. Bs. As., Ediciones Mar Océano, 1962, p. 7.

4 Eventualmente, en fechas patrias como el 25 de mayo y el 9 de julio o en ocasiones escpeciales, se agregaba un «suplemento ilustrado» que explotaba las posibilidades tecnológicas de la fotografía, presente también en otras secciones del diario pero que encontraba en ese suplemento un ámbito especialmente propicio. El diario terminaba dedicando la mitad de sus páginas -o más- a las ofertas de propiedades, campos, subastas de ganado y otras informaciones comerciales relacionadas con el mundo agropecuario. A esto hay que sumar interesantes avisos publicitarios, que iban desde liquidaciones de tiendas de ropa y tónicos para reconstituir los deteriorados nervios de los eventuales lectores hasta curiosas «pilules orientales» para fortificar el «hermoso pecho» que las damas debían lucir según los dictados de la moda de la época, así como remedios contra la sífilis y otras enfermedades venéreas que eran promocionados con verdadero fervor higienista.

5 Seguimos a Susana Rotker en su conceptualización de la crónica como un género que posibilitó el encuentro del periodismo con la literatura y cuya época fundacional, en las letras hispánicas, coincidió con el movimiento modernista. En el caso de Ingenieros, es evidente que encuadraba sus notas de viaje en La Nación en esta tipología discursiva, dado el título que puso a la antología incluida en las obras completas, así como el uso del término en el seno de los mismos escritos, que el lector podrá apreciar en las páginas que siguen. Véase Susana Rotker, *La invención de la crónica*. México, FCE / Fundación para un nuevo periodismo iberoamericano, 2005 [1992], pp. 15 – ss.

6 Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*. México / Bs. As., FCE, 1954, p. 200.

7 Cfr. el libro ya citado de Susana Rotker, pp. 25 y 116. También Julio Ramos. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX,* México, FCE, 2003 [1989], especialmente los capítulos IV y V: «Límites de la autonomía: periodismo y literatura» y «Decorar la ciudad: crónica y experiencia urbana», pp. 82-144.

8 Pedro Salinas citado en Ángel Rama, «Prólogo» a Rubén Darío. *Poesía*. Edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p.XXVII.

9 Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*. Madrid / Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 26.

CRITERIO DE LA EDICIÓN

A la hora de presentar las crónicas de Ingenieros, tomamos algunas decisiones. Entre ellas, quisiéramos destacar las siguientes:

- reproducimos los textos en el orden cronológico con que aparecieron en el diario *La Nación*. Ciertamente, podríamos haber elegido otro ordenamiento, pero consideramos que de este modo el lector tendrá un panorama más claro de la frecuencia y disposición temática de las crónicas tal como fueron publicadas originalmente;
- consignamos, en notas al pie, las variantes textuales registradas en ediciones posteriores, particularmente en los libros *Italia en la ciencia, en la vida y en el arte* (Valencia, Sempere, 1906) y en *Al margen de la ciencia* (Bs. As., Lajouane, 1908). Exceptuamos de esta confrontación la versión de las obras completas, por considerar que es fácilmente asequible para los lectores interesados en estos temas, a diferencia de las ediciones de 1906 y 1908;
- siempre mencionamos esos libros en forma abreviada: *Italia* y *AMC,* respectivamente;
- cuando agregamos o corregimos alguna letra (por considerar que hubo una clara errata tipográfica), usamos corchetes [ ];
- modernizamos la acentuación, especialmente de los monosílabos;
- cuando las modificaciones entre una edición y otra parecen responder a un criterio tipográfico, no las consignamos. Nos referimos con esto al uso de palabras mayúsculas en algunos nombres (exposición / Exposición; correo / Correo) o al empleo de comillas o bastardillas para destacar palabras (en el diario se suelen usar comillas para destacar palabras, muchas de las cuales aparecen con bastardillas en los libros, sobre todo en *Italia*). En ese caso, consignamos simplemente la tipografía que corresponde a la versión del diario;
- no debe creerse que las modificaciones introducidas por Ingenieros en *Italia,* respecto de la edición en el diario, se mantuvieron en *AMC*. Por el contrario, muchas veces hay diferencias entre ambos libros. Por eso mismo, consignamos en cada nota en cuál de los dos libros (o en los dos, si es el caso) se presentan las divergencias respecto de la versión inicial en *La Nación;*
- una de las variantes más frecuentes entre las distintas versiones concierne a la puntuación. Por ejemplo, Ingenieros usa el punto y coma en el diario con excesiva frecuencia, y en los libros transforma esas frases en oraciones independientes, finalizadas con un punto. No consignamos esa clase de variantes porque equivaldría a transcribir varias crónicas casi completas. Nos centramos en variantes léxicas, sintácticas (sobre todo, ordenamientos diversos de las frases) y secciones de los textos que han sido agregadas o suprimidas;
- las bastardillas y comillas son del original;
- en cuanto a la segmentación de las crónicas en secciones marcadas por una breve

línea o asteriscos, la mantenemos de acuerdo con la versión del diario, aunque a veces diverge de la subdivisión de las crónicas en los libros.

Domingo, 30.IV.1905, página 6, columnas 3 y 4.

UN IMPUESTO DE LA BELLEZA[1]

El mareo

A bordo del Sirio

Señor Director de LA NACIÓN:

Impelido por la hélice trepanadora, el monstruo surca la salmuera violenta, abanicado por brisas tibias, bajo un sol implacable. Nubes coquetas, de tono ceniciento, obstan sus rayos meridianos. Las más próximas proyectan sombras violáceas sobre el azul vidrioso de las olas: diríase que entre ambos trópicos flotaran errantes islotes de violetas inmarcesibles, esparcidas por mano ignota sobre la mole de agua que atesora tanto misterio de suicidios y naufragios.

Bajo la superficie oleosa contonéanse gravemente las mareas; hay, debajo, un incesante desfilar de olas pesadas, amplias como los gestos de los antiguos oradores griegos.[2] Así, serenamente majestuoso, con su ritmo pujante disimulado tras la aparente mansedumbre, el océano parece mostrar en cada comba el golpe de remo de un argonauta legendario; y resulta magnífico, soberbio como el silencio de una multitud amenazadora no encrespada aún por el ciclón de pasiones sin freno, como el rebalsamiento de ígnea lava que ya no contiene el cráter y paso a paso calcina las faldas y los valles.

Sobre esa plenitud de fuerzas en movimiento avanza la nave, se mece a toda hora, inquieta, ya leve y risueña, ya profunda y sombría; ora en gárrulo tiempo de valse, ora en andar pausado de habanera tropical; y, por momentos, crugiendo el maderamen, cimbrando los vidriales, rodando las *steamer-chair* sobre la cubierta impermeable, el buque se encabrita y caracolea como un brioso potro de nuestra pampa que siente sobre su lomo por vez primera la audacia del jinete.

Entonces, suele gemir una voz gentil:

-Doctor, estoy mareada…

-Paciencia, amiga mía. El mareo es lógico, es necesario; la belleza tiene sus impuestos y el mareo es uno de los más justificados: el mar cobra para que lo admiren. El ciclón devasta, el champaña embriaga, la cordillera apuna, la hermosa enamora, el genio desequilibra; toda belleza, toda fuerza, todo placer involucra una pena, un dolor, un desgarramiento. El mar conoce la infinitud de sus maravillas y exige un impuesto. El caso es sencillo: ¿su contemplación merece las molestias del mareo?

*

* *

Para muchos el tributo es gravoso; para la mayoría es injusto, porque no es ecuánime ni inflexible: la eterna paradoja de la igualdad.[3] Algunos lo pagan usurariamente y otros lo eluden; además, no siempre gozan los que pagan, ni existe proporcionalidad entre la mengua y la satisfacción de cada uno.

Estudiar el mareo es un pasatiempo tentador para cualquier médico desocupado; su causa es desconocida, sus formas carecen de clasificación metódica, su terapéutica está recluida en los incerteros tanteos del curanderismo transatlántico. La observación empírica ilustra poco acerca del mecanismo íntimo que lo determina; apenas si permite señalar algunas diferencias fácilmente perceptibles. Cualquier observador meticuloso comprobará que, en general, el impuesto del mareo no se paga con uniformidad: el inglés no se marea lo mismo que el brasileño, ni las solteras como las casadas, ni el hombre como la mujer, ni el niño como el anciano. También existen diferencias cuyo origen estriba en las peculiaridades del carácter individual: un poeta no puede marearse como un luchador del casino, ni la inflada tendera de suburbio como el ágil piruetista de la arena acrobática, ni el mozalbete ablandabrevas como el viejo lobo encanecido sobre el rolar de las ondas tumultuosas. Cada sujeto concibe el mareo de una manera distinta y, por ende, cada cual se marea según lo concibe: como que,[4] en gran parte, el problema depende de la autosugestión.

*

* *

Melancólicamente recostada junto a la borda, una soltera asaz romántica pone los ojos en blanco, el compás de las bordadas, con regular intermitencia; sus manos exangües se pierden entre los encajes de su blusa matinal, como si peinaran complicadas cabelleras de sedas finas. Y mirando[5] a ratos el intranquilo juego de las espumas coronadas por airones de rocío, brillantes como abalorios de ágatas translúcidas, recibe con indolencia las gotas saturadas de salitre que brincan hasta perderse entre el oro viejo de su cabeza ensortijada. Sufre el mareo con gracia; de cuando en cuando sobreviene un ahilo para complementar el correcto cuadro. Marearse de esa manera es en gran parte cuestión de coquetería y de tedio, cuando no simple deseo de evocar el recuerdo de lejanas Carlotas y Julietas que sueñan con imaginarios Werthers y Romeos.[6]

Más allá, con desvencijada fisonomía de espantabobos, como antigua máscara de tragedia ateniense, la mueca de una suegra amenaza a las olas, al viento, al sol, al buque, a los pasajeros. Cruzadas las manos sobre el abdomen excesivo, los dedos pulgares jugando a perseguirse en una translación sin fin, vigila al yerno desgraciado; tan desgraciado que[7] una viudez prematura le privó de la esposa sin libertarle de la suegra. Esta reniega a media voz, protesta contra la naturaleza, maldice los elementos, regaña a los que no se marean tanto como ella. Y de pronto, dando más de seis barquinazos para andar menos de un metro, se llega al pasamanos de estribor y allí se esfuerza en vano por desperdiciar los alimentos que no ha ingerido. Cada crisis le produce una agriación en el carácter,[8] de suyo avinagrado, estableciéndose proporciones entre el mareo y sus acometividades agresivas.

*

* *

Sobre la cubierta esmerilada por el salitre se marea un comerciante neoyorquino. Su mayor problema es la conservación del equilibrio; cree poseer un talismán en el whisky y la cerveza, de que abusa sin reparos. Camina a toda hora, separando los pies en busca de una ancha base de implantación que lo reconcilie con el perdido centro de gravedad; el sonoro taconeo de sus zapatos rememora un alegre compás de cakewalk. Huye del camarote, aborrece las sillas de viaje, no se acostumbra a los bancos; tiene, él también, su teoría, atribuyendo a la inmovilidad todos los males. Por eso está siempre de pie, pasea a trancos, y traza más eses que las pronunciadas por los inmigrantes italianos que ensayan[9] por vez primera el estropeo del habla castellana. Sin embargo, nadie podría decir cuánto hay de mareo y cuánto de ebriedad en sus oscilaciones, pues la belleza y el alcohol parecen cobrarle un mismo impuesto.

En cambio, un brusco hacendado italiano vive sumergido en la camilla de su camarote. Entre dos boqueos se recomienda a varias vírgenes de su predilección, y más que a otras a la del Carmen. No come porque lo traiciona el estómago, aunque siente nostalgias de inolvidables ravioles y minestrones; no duerme por estorbárselo el ruido del vapor, no se levanta para esquivar los tormentos de una equilibración imposible, no fuma, no lee porque es analfabeto, ni siquiera piensa. No piensa, naturalmente; ignora esa difícil tortura en que algunos hombres se deleitan. Así yace, como un bulto a obscuras, sin que nadie comprenda el por qué de su existencia y de su viaje.

*

* *

Ruidosamente se marea una francesa, más frágil de intenciones que de costumbres. Entra y sale del comedor cada vez que lo juzga inoportuno, concentrando todas las atenciones,[10] cascabeleando sus mareos. Desde el pasillo grita sus deseos[11] de champaña helado, que prueba y no bebe; ocupa tres mozos y dos sirvientas, emite quejas de opereta, se desmaya a voces[12] cuando sospecha que la olvidan. Entonces arquea su cuerpo de pantera, amenaza morir, y adopta visajes que le envidiarían Mimí Pinzón o Margarita Gauthier para sus literarias agonías. Su cónyuge es cómplice pasivo de estos mimos y desvíos; pues, aunque olvidáramos decirlo, es evidente que una mujer de este corte siempre tiene un marido a la espalda.

Se burla de ella una alemana de curvas superfluas, mofletuda, cuya nariz de rojo múrice parece estar sonriendo ante la incomprensible inmensidad del mar. Tiene, como todos, su teoría; opina que los latinos sufren el mareo de estómago y los anglosajones el de cabeza.[13] Para ser consecuente, bebe por dos, come por tres, y digiere por cuatro, pregonando a tontas y a locas que el alimento es el mejor lastre[14] contra el mareo. Bien lastrada, merodea por los pasillos, trepa sobre la cubierta,[15] se vuelca voluminosamente

sobre los bancos. Allí palidece en silencio cuando la toma el mareo de cabeza, y paga su impuesto con terribles murmuraciones, como todo contribuyente forzoso. Sin embargo, el apetito no la abandona; sufre en silencio, esperando que suene otra campana y le anuncie que es hora de repetir la embestida contra manjares y brebajes.

Un inevitable petimetre aprovecha los intervalos de su mareo para cambiar seis trajes y doce corbatas: las tiene de lazo y de nudo; plastrones y cintillos, rojas y lilas, de seda, de fantasía y hasta de raso floreado. Su flacura gomosa parece ajarse cada vez que le falla la cabeza, como si el mareo destornillase en su cerebro la imaginaria circunvolución de la elegancia.

Un viejo de barba tolstoiana gruñe sus roncos ayes desde un rincón de la popa, contemplando el ir y volver de las cadenas que aprisionan el timón y orientan a la mole sobre el mar. La entera familia de un lechero vasco, nueve personas en todo, dedica las horas hábiles del día a olfatear otros tantos frascos de agua colonia falsificada, que le[16] recomendó el curandero del barrio, antes de embarcarse. Un setentón, veterano de muchos viajes transatlánticos,[17] tiene su elixir infalible en el humo de su pipa; ello no impide que el mareo le venga con frecuencia, y, más de una vez, su boca empalagada por la náusea deja caer la pipa exánime, mientras su cara palidece cubriéndose de frías transpiraciones. Una rubia irlandesa parece desteñirse por los ayunos, como si la brisa marina hurtara los colores de sus mejillas.

Por fin, una morocha deliciosa entretiene su mareo dejándose enamorar por un mediquillo zumbón, de ojos traviesos, más gustoso en devastar corazones que en curarlos, y que absuelve las consultas de la niña vertiendo en su alma galanterías corrosivas.

*

* *

Todos ellos, en formas diversas, pagan este impuesto de la belleza; todos se marean.

Pero ¡ironía de las cosas! ellos no son los que más gozan del espectáculo cuyo importe pagan. Es la eterna desproporción de los impuestos, agravada en este caso por la circunstancia de estar singularmente favorecidos los contrabandistas: la belleza del mar es mayor para los que menos se marean. Imaginaos un concierto donde pagaran entrada los sordos y tuviesen acceso gratuito los oyentes o un cinematógrafo sostenido por un impuesto a los ciegos para mayor deleite de los que ven!

El mar es así. Avaro de sus bellezas para con el mayor tributario y generoso hasta lo infinito para con los insolventes. Pero ello tiene su razón en la propia inteligencia del mar, que le sirve para disponer sus excepciones.[18]

Un artista viaja de incógnito, sin más amigos que sus propios pensamientos, sin más interlocutores que el mar y el horizonte. Vive sobre el puente de comando o contra la baranda que está junta al astabandera de popa.[19] Durante horas y horas mira el piélago vasto, abarcando las olas amplias y escudriñando las burbujas de espuma fugaz. Se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos

enigmas. Luego mira hacia el norte de la proa, como quien descifra un misterio sobre las olas y bajo las nubes, mientras se tumban a uno y otro lado los mástiles apremiados por el peso de las jarcias. Cuando arrecia el movimiento, el artista parece encelarse súbitamente: habla con el mar; animándolo a encresparse bajo el latigazo de su invectiva o el estímulo de su loa; le grita locamente su admiración, quiere espolonearlo con el gesto, dirigir sus tumultos a compás de sus íntimos entusiasmos. Por momentos diríase que va a arrojarse en su seno, buscando fundir su alma en el abismo, como si fuese un sublime concertador de ritmos y de bellezas, de rumores y de energías,[20] en quien se conjuraran todas las líricas inspiradas por el mar, desde Virgilio y Byron hasta Hugo y D'Annunzio.

Ese artista ideal no se marea. El mar es inteligente: no cobra impuesto a los que comprenden toda su belleza.

JOSE INGEGNIEROS

Notas

1 No incluida en *Italia*. En *AMC* aparece bajo el título «El impuesto del mar», sin ningún subtítulo, fechada «Sobre el Océano, 1905" y sin la firma ni la referencia al destinatario.

2 En *AMC*: amplias como gestos de antiguos oradores griegos.

3 En *AMC*: eterna paradoja es la igualdad.

4 En *AMC*: pues

5 En *AMC*: cabelleras de seda fina. Mirando

6 En *AMC*: de lejanas Carlotas que sueñan con Werthers imaginarios.

7 En *AMC*: yerno desgraciado, tanto que

8 En *AMC*: esa crisis produce agriación en su carácter

9 En *AMC*: por los inmigrantes italianos al ensayar

10 En *AMC*: concentrando todas las miradas

11 En *AMC*: grita sus ansias

12 En *AMC*: y se desmaya a voces

13 En *AMC*: los latinos sufren mareos de estómago y los anglosajones de cabeza.

14 En *AMC*: que el alimento es lastre ideal

15 En *AMC*: Bien lastrada merodea sobre cubierta

16 En *AMC*: que recomendó

17 En *AMC*: transoceánicos

18 En *AMC*: tiene su razón en la propia inteligencia que dirige sus excepciones.

19 En *AMC*: Vive sobre el puente de comando o junto al astabandera de popa.

20 En *AMC*: de ritmos y bellezas, de rumores y energías

Lunes, 15.V.1905, página 3, columnas 3, 4, 5 y 6.

SAN VICENTE[1]

Señor director de LA NACIÓN:

La nostalgia mordía en los corazones como un ancla; el austro propicio silbaba entre las jarcias, rumbo a San Vicente, más veloz que la nave pero menos que nuestro deseo de pisar tierra. El océano formaba a la espalda una infinita landa azul, como[2] inmenso abanico japonés abierto desde la popa y a todos los rumbos, floreado por las sombras que ponían de trecho en trecho las nubes diseminadas con negligencia. En la visión lejana de la proa una sombra rompía la línea del horizonte, como un acento circunflejo perdido entre el cielo y el mar: era un peñón, el primero visible de los muchos que constituyen el archipiélago de Cabo Verde.

Poco a poco surgieron otros; a breve andar el cuadrante de la máquina señaló media fuerza y nos deslizamos blandamente por entre los canales. Para los más, las islas parecían peñascos arrojados al azar desde el cielo; algunos casquivanos fantaseaban un imaginario apedreo de Neptuno por Júpiter ofendido. Para los menos, parecían levantadas del fondo del océano por el brazo de algún coloso encerrado en el centro de la tierra. No había sabios que explicaran su verdadero génesis geológico; las moles plutónicas podían lucir su rojiza estriación horizontal sin que la palabra de la ciencia turbara su reposo multisecular.

De pronto el canal se ensancha.[3] A la izquierda aparece la isla de Santiago, donde está la capital del archipiélago; a la derecha, entre costas matizadas por basaltos y feldespatos, se divisan faldas aridísimas teñidas de ocre: entre ellas un villorrio con casuchas blancas, azules, rojas, verdes, amarillas. En el centro del canal culmina un faro, partiendo en dos la línea del horizonte, desde una isla que emerge del fondo del mar como una columna: su forma cónica y su estriación transversal le han valido un nombre insubstituíble, que por demasiado pintoresco sólo puede citarse por aproximación: la, como diremos, la incorrección del diablo.[4] No obstante sus dimensiones no figura en los versos que dieron popularidad a Juan Cruz Varela.

El vapor viró hacia la derecha, enfiló el canal de ese lado y ancló frente a la población multicolor.[5] Los ventanillos alineados a lo largo del casco parecían mirar curiosamente el panorama, como ojos de la nave acostumbrados a contemplar fijamente los más lejanos horizontes, descifrando el secreto de las olas fecundas en quietudes y en tempestades.

—

El espectáculo, ya harto vulgar, de la turba de negros zambulléndose en el mar transparente para atrapar una moneda, ya sea un sueldo o una lira, es indigno de ser descripto.[6] El más elemental orgullo de la especie queda mortificado al presenciar por vez primera ese ejemplo de lasitud moral ofrecido por las razas inferiores. Todos los ingenuos[7] lirismos de fraternidad universal se estrellan contra estas dolorosas realidades. Están lejos, muy distantes uno de otro el criterio formado en quince años de biblioteca y el juicio que se impone en quince minutos de observación directa de la vida. Acaso sea ésta una de las mayores dificultades para las ciencias de aplicación a la política, forjadas frecuentemente en los bufetes más que en el laboratorio de la vida social misma: la falta de contacto con la realidad en todas sus fases innumerables, la falta de concordancia entre los esquemas ideológicos y los fenómenos a que ellos se refieren.

La crítica del conocimiento es progresivamente más difícil a medida que se complica el orden de los fenómenos estudiados: un problema de aritmética puede resolverse en una celda, uno de química desde el gabinete, uno de biología general en el laboratorio, ¿pero los problemas de sociología, es decir, de alta política científica?[8] Sin embargo, en esta esfera cada hombre cree poseer verdades infalibles, principios absolutos, dogmas intangibles, que a la postre suelen resolverse en estériles sectarismos o en violentas ortodoxias: una teoría[9] para diez pueblos distintos, una norma general para cien casos particulares y heterogéneos, una ley y una ética para cien millones de hombres desiguales.

La simple visión de esos negros sugiere mil cuestiones, ilumina mil problemas con luz inesperada: las razas, la nacionalidad, la esclavitud, los paralelos históricos, la evolución del régimen colonial, y cien más que llenarían muchas correspondencias.[10] Así, por ejemplo, cuando leemos en Mitre o López –para citar solamente a los mayores– el desarrollo de la importación de esclavos africanos a las antiguas colonias españolas del Río de la Plata, nos los imaginamos como víctimas de la iniquidad de los blancos y simpatizamos con su dolor; suponemos, involuntariamente, que aquellos esclavos africanos eran como los actuales negros que anualmente suelen ir de jaquet y galerita a saludar la estatua de Falucho. Es un error craso, sin embargo, que nos falsea la interpretación del papel histórico de la raza negra en la formación del pueblo y el carácter argentinos.[11] Los negros importados a la colonia,[12] eran, con toda probabilidad, semejantes a los que pueblan San Vicente: una oprobiosa escoria de la especie humana. Juzgando severamente, es fuerza confesar que la esclavitud –como función protectiva y como organización del trabajo– debería mantenerse, en beneficio de estos desgraciados, de la misma manera que el derecho civil establece la tutela para todos los incapaces y con la misma generosidad con que se asila en colonias a los alienados y se protege a los animales. La esclavitud sería la sanción política y legal de una realidad objetiva, puramente biológica. En San Vicente está abolida de derecho; pero la situación de hecho en que vive esta gleba es la propia del esclavo, si no inferior. Las leyes no pueden modificar los fenómenos biológicos y sociales; sólo deben limitarse[13] a interpretarlos, adaptándose a ellos.

La solidaridad humana resulta aquí una preocupación lírica e irracional. Los derechos del hombre podrán ser justos para aquellos que han alcanzado[14] una misma etapa de evolución biológica; pero, en rigor, no basta pertenecer a la especie humana para comprender esos derechos y usar de ellos. ¿El voto de estos negros puede equivaler al

de Spencer? Los hombres de las razas blancas, aun en sus grupos étnicos más inferiores, distan un abismo de estos seres, que parecen más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados.

Su tipo antropológico es simiesco, en grado tal, que es difícil concebirlo viendo los cromos de los tratados de antropología o las colecciones de cráneos de los museos. A la natural inferioridad de su armazón ósea, agréganse todos los rasgos que exteriorizan su mentalidad genuinamente animal: las actitudes, los gestos, el lenguaje, los gustos, las aptitudes, los sentimientos de bestia domesticada y, por fin, su mismo *standard of life,* que, por misérrimo, avergonzaría al propio antropopíteco de Dubois.

La primera impresión al ver sus barquillas mugrientas bajando hacia el vapor,[15] es nauseosa. Sin más abrigo que un harapo dispuesto a guisa de taparrabo, llegan en montones de cinco, ocho, diez, en cada embarcación. Desde lejos piden monedas, poniendo en las nubes sus gritos de entonación ancestral;[16] cuando un cobre cae en las olas, se abalanzan en bandada sobre la limosna, se zambullen, se dan de mojicones debajo del agua, trenzando sus cuerpos como nudos vivientes. Un minuto después vuelve a flotar en la superficie esa triste resaca humana,[17] mientras el elegido por la suerte exhibe entre los dientes el codiciado fruto de la gresca.

Los pasajeros suelen divertirse en ese entretenimiento; sus espíritus, generalmente frívolos o aburridos, encuentran grato el pasatiempo, como los niños que en el zoo de Palermo[18] arrojan golosinas a una jaula de monos, para ver la disputa. Los pasajeros, no siendo niños por su edad, lo parecen por sus gustos. Si es afrentoso el espectáculo de hombres que mendigan, no es consolador el de los que se divierten a expensas de tanta miseria moral y material.

Los célebres negros, cuya pantomima acuática suele celebrarse con varios días de anticipación,[19] resultan lastimosos bufonzuelos mendicantes. Las personas que consideran decorosa la limosna podrían ejercerla en otra forma, ahorrando a la especie humana esa desdorosa exhibición de su propia indignidad.

—

La enseñanza fundamental que se recibe, no es, por cierto, halagüeña para espíritus nublados por preocupaciones[20] democráticas. Los hombres de razas inferiores no deberían ser, política y jurídicamente, nuestros iguales: son inaptos para el ejercicio de la capacidad civil y no debieran considerarse «personas», en el concepto jurídico. Por supuesto que en la regla caben mil excepciones; esta verdad relativa sería un error tomándola en absoluto, como todas las afirmaciones absolutas respecto de fenómenos biológicos y sociales.

Estos negros viven hacinados en chozas desmanteladas, pues las casas bonitas sólo son ocupadas por extranjeros; comen maíz pisado, rara vez carne, pocas verduras;[21] beben agua pésima, que compran a un precio relativamente elevado, cuando no pueden adquirir su veneno habitual, una caña violenta llamada *cashasha*. Los hombres adultos

suelen trabajar en la carga y descarga del carbón, tarea accidental y que se paga a destajo. Cuando no huelgan pueden ganar por día una cantidad de reis fuertes, que corresponde a poco más de un peso argentino;[22] el mismo día los reis se transforman en caña.

Se cuentan a dedo los que hablan portugués y ninguno encontramos que supiera leer y escribir. [23] No tienen siquiera ideas religiosas, siendo éstas un índice de cultura entre los hombres de mentalidad inferior, incapaces de excluir o reemplazar las ideas religiosas por nociones científicas. En las épocas de carestía, que son frecuentes, estos negros perecen de hambre a miles; el año pasado murieron c[u]atro mil en la isla de Santiago, en los alrededores de la capital.

Semejantes hombres no pueden sobrevivir en la lucha por la vida. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies animales, acabará con ellos toda vez que se encuentren frente a frente con las razas superiores. Adviértase que los actuales negros de San Vicente deben ser, ya, la flor y nata de su grupo étnico, pues en algunos siglos de contacto con los blancos sólo han podido sobrevivir los ejemplares de *élite;* igualmente los negros que aun vemos en Buenos Aires[24] son la fina flor de los importados[25] por los españoles a la antigua colonia,[26] los capaces de adaptarse[27] a las condiciones de vida propias de nuestro ambiente europeizado.

Cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico; a lo sumo se les podría proteger para que se extingan agradablemente, facilitando al mismo tiempo la adaptación provisional[28] de los que por excepción puedan hacerlo.[29] Pero sería absurdo tender a su conservación indefinida, así como favorecer la cruza de negros y blancos. La propia experiencia de los argentinos está revelando cuán nefasta ha sido la influencia del mestizaje[30] en la argamasa de nuestra población, actuando como levadura de nuestras más funestas fermentaciones de multitudes, según nos lo enseñan desde Sarmiento, Mitre y López, hasta Ramos Mejía, Bunge y Ayarragaray.

Algunos sociólogos, con criterio de filántropos antes que de sabios, ofrecen artificiosos ejemplos a estas realidades aflictivas;[31] para ellos las razas humanas se equivalen en principio, bastándoles el carácter de humanas para ser igualmente civilizables. El caso del Japón es su ejemplo favorito, con todo el prestigio de una actualidad gloriosa; pero el ejemplo falla por su base.[32] El Japón que vence a Rusia no es el Japón que describen los literatos viajeros ni el que sugieren los malabaristas de circo; es el Japón europeizado que viste a la parisien, pelea con fusiles y cañones europeos, que estudia y sabe la táctica militar de las mejores escuelas.[33] Una raza que puede civilizarse no es una raza inferior; éstas son, precisamente, las inadaptables, las no civilizables. Los japoneses de hoy, aptos para asimilar la civilización de los pueblos más evolucionados, no constituyen una raza inferior o, por lo menos, son el residuo[34] seleccionado y adaptable de una raza generalmente inferior e inadaptable. En Manchuria pelea[35] un Japón europeo contra una Rusia europea también, por lo menos en su capacidad de asimilar la civilización europea. Lo singular es que se siga viendo en el Japón al malabarista, como en el argentino al gaucho o al indio con plumas; pero es fuerza decir que no gobiernan al Japón los pordioseros del arrozal, ni se ve en Buenos Aires el resplandor

bizarro de lanzas montoneras. [36]

Lamentar la desaparición de las razas inadaptables a la civilización blanca equivale a lamentar el progreso biológico[37] y contradecir los datos de la ciencia. Los ganaderos se desviven por seleccionar y refinar sus razas, prefiriendo las cabezas de ganado fino y estableciendo enormes diferencias en el precio de unas y otras.[38] ¿Qué diríamos del que prefiriera la cría del escuálido carnero criollo a la del Lincoln o el Rambouillet, la del mancarrón a la del puro de carrera? El sociólogo que observa las razas humanas con el cerebro y no con el corazón, está obligado, por lo menos, a pensar lo mismo que el criador en materia de razas equinas o lanares. ¿O, por ventura, la raza humana nos interesa menos que ellas?

—

La condición material de los pueblos, de las clases sociales y de los individuos, tiende a bastarse con sus propias aptitudes[39] para la lucha por la vida y para la mejor adaptación al medio en que viven. Razas como la que puebla las peñas del archipiélago de Cabo Verde, tienen que ser miserables. El ambiente natural contribuye eficazmente a ese resultado; salvo alguna fértil quebrada en la isla de Santiago, todo revela allí una aridez pavorosa. No hay productos naturales. El reino mineral no tiene fuentes de riqueza en explotación. El vegetal se refugia en pocos vericuetos que el azar irrigó de aguas proficuas; no hay cultivos en proporciones que permitan hablar de producción agrícola, no siendo las numerosas lechugas descoloridas que el cónsul argentino cultiva en su propia huerta, a fuerza de regadera y para su consumo personal. La ganadería es desconocida. Sobre tales cimientos económicos vegeta una constitución social que le corresponde estrictamente.

Faltando riquezas naturales explotables, no hay producción industrial de ningún género. La única fuente de subsistencias es el comercio de carbón; esta actividad comercial determina el tipo de la pequeña población[40] de San Vicente. Un grupo de extranjeros, portugueses e ingleses en su mayor parte, se enriquece en el tráfico del combustible. Una pequeña parte de la población indígena trabaja por vil salario en las operaciones inherentes a ese tráfico, constituyendo un proletariado cuya miseria está proporcionada con su inferioridad étnica e intelectual. Por fin, el resto, la población indígena,[41] la más inferior y menos apta para el trabajo de carga y descarga del carbón, viven[42] en pleno parasitismo social, acechando al transeúnte extranjero para mendigar su limosna de pocos sueldos, a cambio de lo único que puede ofrecer, su propia indignidad. Baste decir que un cicerone, solicitado por algunos viajeros para conducirlos a sitios de recreo, los condujo a su hogar, a fin de que su propia familia ganase los francos que resultasen del entretenimiento.[43]

Esta miseria crónica es el rasgo más característico de la población, a punto de repercutir en la mentalidad de los europeos y funcionarios allí residentes. Cuento al caso. A las once antemeridianas[44] la oficina de Correos[45] sólo podrá[46] vender estampillas

para tarjetas postales, siempre que se pidieran en pequeña cantidad; el franqueo de las cartas era imposible hasta la una, pues el jefe de la oficina había ido a almorzar y guardaba las estampillas de algún valor en un bolsillo del saco, dejando a sus empleados un pequeño número de las de poco monto. Otro cuento. El dueño[47] del único «hotel» de la localidad, al ser visitado por los pasajeros, ofreció mandar en busca de carne y huevos, por si alguno tenía el propósito de refocilarse allí; adviértase que el vapor era esperado en San Vicente y que el hotelero[48] mandó a bordo un negro descalzo para distribuir tarjetas de su negocio.

Por tal correo y semejante hotel puede inducirse fácilmente lo demás.

—

La miseria de la raza africana tiene un solo paréntesis en esa isla. Una visita a la cárcel, en compañía del cónsul argentino, Sr. Raúl Ferro,[49] persona de encantadora amabilidad, nos permitió ver algunos negros felices.[50]

La cárcel[51] es un edificio de sesenta metros por cuarenta, inaugurado a fines del año recién transcurrido. Una verja exterior ciñe el frente del edificio. Cuatro cuadras espaciosas (cuya posición rememora la casa de los osos en el jardín[52] de Palermo), dan albergue a una treintena de presos. Catorce de ellos son menores de edad; hay una sola mujer. El delito común es el robo; hay un presunto uxoricida, un procesado por riña, otro por lesiones, y un viejo tenido por brujo y sospechado[53] «de sacar el unto» a las personas, delito que todos mencionan y nadie sabe en qué consiste. El régimen es patriarcal. Los presos beben *cashasha* junto con los centinelas y juegan a los naipes con el alcalde;[54] reciben visitas de sus mujeres e hijos dentro de las celdas, tocan la guitarra y bailan con las negras.

Toda su pena es la secuestración; pero ninguno se queja de ella. Varios en cambio, confiesan su dicha por tener ¡al fin! casa limpia, cómoda, aereada[55] y llena de sol, comida segura, ropa decente, todo ello sin la obligación de trabajar para ganarse la vida que arrastran los que están en libertad. Así se explica por qué por el robo de una cuerda, un par de alpargatas, tres bananas, una bolsa vacía, y otros delitos similares se dejan estar meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial.[56] Los bienaventurados no quieren ser absueltos, temen la libertad: saben que esta heroína de los filósofos románticos sólo puede ofrecerles una vagancia probable a cambio de un hambre segura.[57]

En este sentido la abolición de la esclavitud ha sido una desdicha para los negros libertos. Todo sistema de producción fundado en el trabajo de esclavos tenía para éstos la ventaja de asegurarles la existencia. La posesión de un hombre representaba la propiedad de cierta cantidad de mercancía, bajo la forma de fuerza de trabajo. El amo hacía trabajar a sus esclavos y los mantenía en buen engorde a fin de que su trabajo rindiese mucho; de lo contrario[58] perdía su propio capital. La abolición de la esclavitud reemplazó la venta del negro por su alquiler a destajo o a salario; su fuerza de trabajo no se compra para siempre, se alquila cuando se la necesita. El capitalista no tiene

interés alguno en asegurar la existencia individual de los negros asalariados; si mueren nada pierde, alquila otros. Y los alquila por un salario tanto más bajo cuanto mayor es la oferta y la miseria de los postulantes. Por eso la esclavitud representaba para estos negros una felicidad relativa, como la sujeción al hombre la representa para los animales domésticos. La libertad actual les ofrece la perspectiva del desamparo y la muerte[59] por inanición.

Sin embargo, desde la biblioteca lejana y al calor de sentimientos tan absurdos como generosos, no faltarán filósofos y sociólogos que crean haber favorecido a estos grupos étnicos inferiores[60] clamando contra la esclavitud.

—

La situación económica de la metrópoli influye sobre el estado de la colonia, lusitanamente disfrazada con el rumboso título de Provincia. Salvando las naturales distancias, San Vicente nos evoca a Buenos Aires en el siglo XVII. España y Portugal, entradas al período de su decadencia histórica, no supieron ni podían dar vida a sus colonias. Sin capacidad productiva natural ni industrial, sin instituciones sociales evolucionadas, sólo pudieron instaurar en sus colonias un régimen de explotación y monopolio poco inteligente. Al principio el indígena fue inmolado por la avaricia del conquistador que sólo pensaba en despojarlo o destruirlo; después surgieron dos tipos económicamente paralelos: el encomendero de indios y el negrero de esclavos africanos.[61] Cuando surgió algún comercio,[62] las metrópolis, indigentes, sólo pensaron en ponerle trabas y monopolizarlo usurariamente, a costa de cegar las fuentes de su propia riqueza. Finalmente los criollos bien nacidos, hijos de europeos y excluidos de toda actividad económica productiva, comprendieron que podían librarse de la onerosa tutela de sus mayores, apoderándose del poder político para explotar en beneficio propio las riquezas naturales de la tierra natal. Esa es la sinopsis de la independencia de todas las colonias que tenían recursos de vida propia.

El archipiélago de Cabo Verde[63] está aún como la América[64] en el siglo XVII; gracias a su indigencia no puede ni necesita independizarse. Allí no hay riquezas, no hay producción alguna; el poder político no daría ni quitaría ventajas o facilidades económicas, pues no representa la administración de una vasta empresa productora. Los hijos de portugueses, que se cuentan a dedo, no se consideran nativos ni están excluidos del magro comercio local; el poder político nada significaría para sus intereses económicos. Los negros son una masa políticamente inapreciable.

El cónsul argentino en San Vicente, *rico home* criollo, reconocía la imposibilidad de plantear el problema de la independencia del archipiélago, «pues no hay riquezas ni privilegios que disputarle a Portugal». Le preguntamos qué pensaría del asunto si existieran allí millares y millares de cabezas de ganado, como las[65] tenía Buenos Aires en 1810. Sonrió graciosamente, asegurándonos que en ese caso la isla no sería miserable y los criollos harían lo posible para ser los dueños de casa.

San Vicente sólo tiene importancia como estación carbonera; este hecho no ha escapado a la perspicacia económica de los ingleses. Así como a principios del siglo pasado aparecieron Berresford y Witelocke en el Río de la Plata,[66] en el archipiélago se han instalado fuertes compañías marítimas y carboneras, substrayendo a las inexpertas manos de los portugueses la hegemonía comercial del lugar. Estas son las invasiones inglesas civilizadas; antes las hacían con descargas de metrallas, ahora con descargas de libras esterlinas. Y son más eficaces.

Los naturales se regocijan de este lento cambio de patronazgo, productor de sensibles progresos en la población durante los últimos diez años. Prefieren los modernos amos inteligentes a los antiguos negreros inciviles.

JOSE INGEGNIEROS.

Notas

1 En *Italia*, aparece con el título «San Vicente. –Los negros.» En la versión recogida en ese libro, no aparecen el encabezado «Señor director de LA NACIÓN» ni la firma de Ingenieros. Esta crónica es la única que integra la primera de las cuatro secciones en que está organizado el libro, titulada «En viaje». Por su parte, en *AMC* lleva el título «Las razas inferiores» y está fechada en «San Vicente, 1905", sin la referencia al destinatario ni la firma.

2 Palabra suprimida en *Italia* y *AMC*.

3 En *Italia* y *AMC*: El canal se ensancha de pronto.

4 En *Italia*: la… ¿cómo diremos? la incorrección del diablo.

5 Texto agregado en *Italia* y *AMC*: El vapor viró hacia la derecha, enfiló el canal de ese lado y ancló frente a la población multicolor: una aldea jovial, vestida con la alegría del iris, como una maritornes en traje de verbena.

6 En *AMC*: descrito.

7 En *Italia*: ingeniosos lirismos

8 En *Italia*: ¡pero los problemas de sociología, es decir, de alta política científica!

9 En *Italia* y *AMC*: una misma teoría.

10 En *AMC*: muchas crónicas.

11 En *Italia* y *AMC*: en la formación del pueblo y el carácter americanos.

12 En *Italia* y *AMC*: las colonias.

13 En *Italia* y *AMC*: debieran limitarse

14 En *Italia* y *AMC*: para los que han alcanzado

15 En *Italia* y *AMC*: boyando hacia el vapor

16 En *AMC*: cadencia ancestral

17 En *Italia* y *AMC*: Un minuto después, esa triste resaca humana vuelve a flotar en la superficie

18 En *Italia* y *AMC*: como los niños que en un jardín zoológico

19 En *Italia* y *AMC*: cuya pantomima acuática deleita la imaginación de los pasajeros con varios días de anticipación

20 En *Italia*: precauciones. En *AMC*: prevenciones

21 En *AMC*: rara vez carne y pocas verduras

22 En *Italia* y *AMC*: que corresponden [*AMC*: corresponde] a poco más de dos francos o un peso argentino

23 En *Italia* y *AMC*: Se cuentan a dedo los negros que hablan portugués y y no encontramos ningún adulto que supiera leer y escribir.

24 En *Italia* y *AMC*:que aun vemos en América

25 En *AMC*: introducidos

26 En *Italia* y *AMC*: las antiguas colonias

27 En *AMC*: los adaptados

28 En *AMC*: facilitando la adaptación provisional

29 En *Italia* se agregan estas oraciones: Es necesario ser piadosos con estas piltrafas de carne humana; conviene tratarlos bien, por lo menos como a las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres o a los avestruces adiestrados que pasean en el de Amberes. No contaría con nuestro voto el severo tribunal mississipense, que, en el pueblo poéticamente llamado Magnolia, acaba de condenar a diez años de trabajos forzados a una mujer blanca, llamada Teresa Perkins, por haberse casado con un negro.

30 En *AMC*: del mulataje

31 En *Italia* y *AMC*: ofrecen artificiosas razones a estas realidades afligentes [el resto de la oración está suprimido. Se agregan, en cambio, las frases que siguen]. Juan [*AMC:* Jean] Finot, en su reciente libro *El prejuicio de las razas*, [*AMC*: *La preocupación de las razas*], ha sintetizado los mejores argumentos que el sentimentalismo puede oponer a la descarnada crueldad de los hechos. Existen dos cuestiones, absolutamente distintas, que suelen englobarse en una sola.

Por una parte encontramos a los autores que ponen los factores étnicos como base de la sociología, a la manera de Laponge [*AMC*: Lapouge] o de Folkmar. Su antecesor directo es Nietzsche y su precursor Gobineau, cuya exégesis reciente debemos a Ernest Seilliéze, Robert Dreyfus, Jacques Morland y otros. Para ellos la cuestión de las razas existe en el seno mismo de las razas blancas. Ese es el absurdo o, por lo menos, el terreno incierto y escabroso. El antagonismo entre arios y semitas, entre dolicocéfalos y braquicéfalos, carece de pruebas; en esta parte es fuerza convenir con Finot que la cuestión de las razas es un prejuicio antes que una realidad.

Pero el problema tiene otra fase; Finot la resuelve sobreponiendo su buena intención a la verdad misma de los hechos. Max Nordau, que en estas mismas [*AMC*: las mismas] columnas de *La Nación* se ha entusiasmado por su libro, no pudo menos que asestarle un golpe de gracia, diciendo: «No hablemos de las razas de color. El caso de ellas no necesita ser definido. Su inferioridad es incontestable.» Esa breve sentencia está corroborada por la opinión de todos los hombres de estudio que han *visto* poblaciones de negros. Cuando D'Haussonville, partidario de los negros, los vio en Virginia y en la Georgia, cambió de opinión y tuvo la honradez de confesarlo. «¡Pobres negros! Me intereso mucho por ellos y, sin embargo, debo hacer una confesión. Llegué a América siendo absolutamente negrófilo, convencido hasta los tuétanos de que entre un negro y un blanco no había diferencia alguna, salvo el color de la piel. Después, poco a poco, acabé por comprender el prejuicio, concediendo que lo fuera, y hoy debo declarar con toda humildad que no me es posible considerar a un negro como mi semejante.» Esta valiente declaración puede leerse en sus *Notas e impresiones a través de los Estados Unidos*.

En un libro de Enrique Gaullier, *Estudios americanos*, muy superior a su reputación, no obstante haberlo dedicado a Taine, que aceptó muy complacido el homenaje, hemos leído

alguna vez un breve cuento que vale un tomo de filosofías sobre las razas. En el Far-West, en un lejano confín de Montana, una casa única se levantaba sobre el territorio casi desierto. Bajo el alero de la casa [*AMC*: mansión] estaban cuatro seres humanos. El primero de ellos era un americano, propietario de esas tierras; estaba tendido en su silla de campo, los talones apoyados en la balaustrada, a la altura del mentón; un cigarro humeaba entre sus labios y leía un ejemplar de diario llegado por el último correo. El segundo, apoyado en las columnas de la glorieta, contemplaba con aire grave y solemne el horizonte de las montañas azuladas que se perfilaban a la distancia, entre las cuales el sol descendía rápidamente; apoyaba su mano sobre el cañón de una carabina, envuelto el cuerpo en un amplio manto rojo, sobre el cual descendían largas trenzas de cabellos negros adornadas por una pluma de águila: era un pielroja. El tercer sujeto era un negro; tarareaba entre dientes alguna canción, mientras engrasaba un par de botas pertenecientes al amo blanco; sus cabellos crespos, su cabezota redonda y sus dientes blanquísimos, como los de un perro, contrastaban singularmente con la silueta bronceada del autóctono. Por fin, el cuarto hombre era un chino, el cocinero de la casa; vagaba en torno de una olla, sin que su larga cola occipucial pareciera incomodarle en sus operaciones culinarias. Ante ese cuadro profundamente simbólico, Gaullier se formuló esta pregunta: «¿Ese americano, ese propietario reclinado en su cómoda silla y leyendo su diario en medio del desierto, no es, por decir así, el símbolo viviente de la supremacía de la raza blanca?» Podrá haber divergencias de detalle; Jules Huret, en su *enquête De San Francisco al Canadá*, cree que los pielesrojas no son superiores a los negros. Pero la opinión se manifiesta uniforme en advertir el abismo que existe entre los hombres blancos y los hombres de color. En última instancia, como observó Gastón Deschamps en *Le Temps*, el mejor argumento que Roosevelt haya dado en favor de la superioridad de la raza blanca, es el gesto humanitario con que hizo sentar a su propia mesa al negro Booquer [*AMC*: Boocker] Washington.

No cabe en una correspondencia periodística [*AMC*: en una crónica] el debate amplio de tan amena [*AMC*: obtusa] cuestión, ni podrían recordarse todas las opiniones que convergen a demostrar estas palabras autorizadas de Renán: «Los hombres no son iguales: las razas no son iguales. El negro, por ejemplo, está hecho para servir las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco.» Opinión decidida y catapultante; la hubiera firmado el propio Gobineau.

Las razas humanas son diferentes en principio, son desiguales, no se equivalen, no son todas igualmente civilizables. La igualdad humana es un sueño digno de ingenuos como Cristo y de enfermos como Bakounine. [*AMC*: de ingenuos como Cristo y Bakounine].

32 En *Italia* y *AMC*, esta oración está reemplazada por el siguiente párrafo: Suele oponerse el ejemplo del Japón, con todo el prestigio de su actualidad gloriosa. Es un ejemplo falso. Gobineau, tan grande en sus videncias geniales como en sus desequilibrios [*AMC*: Gobineau, grande en sus videncias geniales y en sus desequilibrios] fronterizos del manicomio, previó ya esta objeción en su interesante *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Los japoneses difieren de los chinos por la mezcla de elementos étnicos diferentes. Además de cierta indudable aleación de raza negra, contienen elementos de raza blanca, especialmente en sus clases más elevadas. Eso confirmaría la idea de que la población malesa, que constituye el fondo de la población, ha sido primitivamente civilizada por colonias de raza blanca, versión cimentada por la analogía entre muchas de sus leyendas mitológicas y las leyendas corrientes en Asiria. Gobineau explica de esa manera las particularidades fisiológicas y morales que caracterizan al pueblo japonés.

33 En *Italia* y *AMC*: Por otra parte, no es posible desconocer que el Japón que vence a Rusia, no es el que describen los literatos viajeros, desde Pierre Loti hasta Gómez Carrillo. Ni es

tampoco el que nos sugieren los malabaristas de circo. Es el Japón europeizado, que viste a la parisién, pelea con fusiles y cañones europeos, que [en *AMC* se elide este subordinante] estudia y sabe la táctica militar de las mejores escuelas de Inglaterra y Alemania.

34 En *AMC*: no constituyen una raza inferior; son, por lo menos, el residuo

35 En *AMC*: peleó

36 En *Italia* y *AMC*: Lo singular es que se siga viendo en el japonés al malabarista, como en el sudamericano al gaucho o al indio emplumado; es necesario advertir que no gobiernan en Tokío los pordioseros del arrozal, como no se ve en Buenos Aires el resplandor bizarro de lanzas montoneras.

37 En *AMC*: a abdicar del progreso biológico

38 En *AMC*: enormes diferencias de precio entre unas y otras.

39 En *Italia* y *AMC*: suele corresponder a sus propias aptitudes

40 En *Italia* y *AMC*: el tipo sociológico de la pequeña población

41 En *Italia*: el resto de la población indígena; *AMC*: la negrada indígena

42 En *Italia* y *AMC*: vive

43 En *Italia* y *AMC*: los francos producidos por el entretenimiento.

44 En *AMC*: ante meridiano

45 En *AMC*: de correo

46 En *Italia* y *AMC*: podía

47 En *AMC*: Otro. El dueño

48 En *Italia* y *AMC*: hostelero

49 En *Italia*: señor Raúl Ferro

50 En *AMC*: Una visita a la cárcel, nos permitió ver algunos negros felices.

51 Se omiten estas dos palabras en *AMC*.

52 En *Italia* y *AMC*: en el jardín zoológico

53 En *Italia* y *AMC*: sospechoso

54 En *Italia* y *AMC*: alcaide

55 En *Italia*: aireada

56 En *Italia* y *AMC*: Así se explica que por el robo de una cuerda, un par de alpargatas, tres bananas, una bolsa vacía, y otros delitos similares se dejen estar meses y meses en la agradable prisión, sin apresurar el trámite judicial.

57 En *AMC*: sólo puede ofrecerles un hambre probable a cambio de un hartazgo seguro.

58 En *Italia* y *AMC*: en el caso contrario

59 En *Italia* y *AMC*: del desamparo y de la muerte

60 En *Italia*: a estos étnicos inferiores. En *AMC*: a estas razas inferiores

61 En *AMC*: aquí el encomendero de indios y allí el negrero de esclavos africanos.

62 En *Italia* y *AMC*: Cuando se organizó algún comercio

63 En *Italia* y *AMC*: El archipiélago Cabo Verde

64 En *AMC*: como la América latina

65 En *AMC*: como los tenía

66 En *Italia*: aparecieron en el Río de la Plata Berresford y Witelocke. En *AMC*: aparecieron en el Río de la Plata los Berresford y Witeloke

Viernes, 2.VI.1905, página 4, columnas 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.

[de todas las crónicas de Ingenieros publicadas en *La Nación,* ésta es la única que se acompaña de una fotografía, en la que posan todos los participantes del congreso]

UN CÓNCLAVE DE PSICÓLOGOS[1]

Señor director de LA NACIÓN:

La colosal estatua de Benito XIV, dominadoramente erguida en la sala de los Horacios y Curiacios, entre los evocadores museos del Capitolio,[2] contempló desde su pedestal un espectáculo que no soñara Miguel Ángel cuando trazó los planos de los palacios magníficos y de la escalinata majestuosa.

En la vasta sala parecían murmurar remotos ecos triunfales del Capitolio antiguo, mezclados con el cercano rumor de las grescas políticas que conmovieron el Capitolio moderno, teniendo por escenario ese mismo recinto de los Horacios.[3] Por las grandes ventanas abiertas frente al azul clarísimo, el sol volcaba en frágiles transparencias sus olas de luz y de tibieza; el cielo que sedujo a Taine y a Stendhal, parecía complicarse en la bienvenida que Roma daba a los sabios de todos los países, cubriendo con dosel dignísimo el homenaje preparado por la ciudad invicta[4] a través de los siglos y de las devastaciones.

Las fisonomías de los sabios[5] desbordaban sonrisas frente a la mañana clásicamente hermosa y ante aquellas paredes[6] doblemente venerables en la historia y en el arte. Nadie habría osado vislumbrar en ellos a los descendientes de los bárbaros que otrora vinieron[7] del continente[8] sobre la península, con el ímpetu del río que se desborda o del alud que se precipita, destruyendo las maravillas que el arte pagano esparció pródigamente sobre las siete colinas,[9] desmantelando los testimonios de su esplendor y su belleza. Aquéllos traían la tea incendiaria, éstos la antorcha iluminadora; sobre los mármoles que aquellos hacían resonar[10] bajo los cascos de sus potros desenfrenados, éstos llegan sobrecogidos[11] de admiración y de respeto. En la invasión de los modernos extranjeros la mueca y el gesto del bárbaro se han transformado en sonrisa y genuflexión ante las ruinas, elocuentes en su mutismo solemne. En estas caras de sabios que ajó la fatiga de los laboratorios y de las clínicas, en sus ojos hondos y brillantes por tantas noches de meditación insomne, en las frentes abovedadas[12] por la perenne rumiación de las ideas, parecía resplandecer el goce de un voto cumplido, místicamente. Pues hay en estos congresos[13] un ambiente de fe, un tono de peregrinación, como si realmente acudieran[14] a postrarse ante los imaginarios altares de la *nouvelle idole,* para usar el afortunado epíteto de François de Curel.

La ciencia, en verdad, realizaba allí algunos milagros. El profesor ruso Abrikosoff departía cariñosamente con el diputado japonés Motora, olvidando que en el Oriente remoto la sangre teñía las manos de dos pueblos enredados en una ciclópea experiencia

de crueldad y de progreso. Flechsing y Janet trituraban en un cordial apretón de manos la vieja herrumbre francogermana. Vaschide y Gheorgow confundían en una misma aspiración científica el alma rumana y el alma búlgara. Henschen, un sueco grande y lírico, trajo el saludo simpático de sus nieves a la Italia floreciente en su más hermosa primavera;[15] el viejo James, en su áspera fuerza de centauro yanqui, representaba allí la vida intensa y fecunda. Y, por fin, una voz llevó hasta el Capitolio el eco de la raza fuerte que está surgiendo en las pampas lejanas,[16] proclamándola adornada por todas las pujanzas de la juventud. En cada palabra extranjera oíase la nostalgia del terruño, pues de lejos es más fuerte el amor por el propio país, [17] siempre desconocido o menospreciado por los hijos que lo habitan; así también muchos nativos de Roma suelen apagar sus vidas de cien años sin haber visitado una sola vez las ruinas del Foro y de la Villa Adriana.

Italia estaba generosamente representada. Su vieja guardia confundíase con la numerosa legión de los jóvenes. Desde Sergi hasta Morselli, desde Bianchi hasta Luciani, Sciamanna y Tanzi, Ferri y Lombroso, Mantegazza, Fano, Mosso, Mingazzini, Marro, Virgilio, Tamburini y cien más.

La afinidad atemperaba el cariz solemne del recinto y de la ceremonia. La primavera esparcida en el frescor de aquella mañana extraordinaria se desposaba místicamente con la primavera de una fe vigorosa,[18] la fe en la ardua labor de la investigación científica. Por momentos la estatua de Benito XIV parecía estremecerse interiormente, como si comprendiera que esa nueva fe era distinta de la[19] que llega a su crepúsculo arrodillándose entre las naves de oro y lapislázuli de San Pedro; otra fe anunciaba su aurora,[20] en nombre de ideales fecundos para la vida, servidos por métodos que orientan hacia el conocimiento objetivo de los seres y los fenómenos del universo.[21]

Durante dos horas interminables, mirando los párpados apagados en el frío de la estatua, parecía descubrirse en el mármol un esfuerzo violento y tenaz, como un deseo de cerrar los ojos ante aquella página de historia humana, diminuto reflejo de esa ley universal que sobrepone el mañana al ayer, la juventud a la vejez, la vida a la muerte.

*

* *

Dos discursos doctrinarios caracterizaron la fiesta inaugural: uno pronunciado por el ministro de instrucción pública, Leonardo Bianchi, y otro por el sabio José Sergi, presidente del consejo.[22] Después hablaron varios delegados extranjeros; esta ocasión sirvió a pocos para salir lucidamente de su relativo incógnito y a muchos para ponerse en ridículo, mascullando los eternos cumplidos de etiqueta en idiomas inaccesibles; o en una caricatura verbal del italiano que avergonzaría hasta el rojo púrpura las mejillas de los artífices de la Crusca.

Leonardo Bianchi, magüer sea ministro, es un sabio psiquiatra italiano, autor de un modernísimo tratado de las enfermedades mentales. Representa menos de sesenta años y piensa como un joven de veintiocho; olvida que es ministro entre los sabios y

tiene para todos una palabra gentil, una confianza de camarada. De la Argentina sólo conocía el nombre y los libros de un alienista a quien cita en su monumental tratado, siendo inútil repetir su nombre aquí. Su discurso fue denso, atrevido, terminante; es un valioso documento de la cultura moderna[23] y un jalón fundamental en los rumbos verdaderamente científicos[24] de la psicología moderna.

Dijo que ya no estorba nuestro camino el espiritualismo clásico enmarañado por las distintas facultades preconstituidas en el alma, ni las teorías de la escolástica nacidas al calor del sentido común antes que del buen sentido, ni el antiguo espíritu de asociación[25] que imprimía un carácter estático al alma humana; esas diversas tendencias han sido corregidas o reemplazadas por las doctrinas del evolucionismo biológico, que señaló otros rumbos y otros métodos[26] a las nuevas generaciones.[27]

El pensamiento filosófico abstracto, sea cual fuere su contenido, recorrió ya su ciclo. Fue luz en la obscuridad de los tiempos; pero, en rigor, sólo representaba los impulsos de la conciencia mística[28] de la naturaleza individualizada. Leibnitz, Spinoza, Kant, Descartes, Rosmini, Hegel y otros, cumbres preclaras del pensamiento filosófico, son puntos de orientación en la historia de un período instable e inadaptado al análisis[29] objetivo de la naturaleza.

Ahora el pensamiento se vuelve sobre sí mismo, desciende de las vetas[30] culminantes y con frecuencia inaccesibles de la metafísica, encuentra su casa, descubre sus usinas, las recorre una por una, las examina obstinadamente; así la naturaleza se reintegra en su propia dignidad. El método especulativo ya está completamente destronado.[31]

El pensamiento es una fuerza,[32] la conciencia es una de sus maneras de manifestarse, el cerebro es el órgano destinado a espiritualizar la naturaleza, a formar las imágenes de las cosas externas, a asociarlas y a conservarlas.[33] El pensamiento, pues, refleja y resume el medio ambiente en que se desarrolla, registrando su historia. Considerado como fuerza, es uno de tantos modos del movimiento y está gobernado por leyes que también rigen la transmisión de las demás; considerado como función, emana de órganos, y por eso la psicología ocupa un lugar en los dominios de la biología.

Estas ideas fundamentales fueron desarrolladas ampliamente en el discurso oficial del ministro Bianchi. Y para que su brillante[34] oración fuera completa, integrando a la ciencia con el arte, recordó que en esa misma hora se inauguraba en Venecia la exposición internacional de arte moderno. Allá convergían las formas infinitas de la belleza, aquí los frutos maduros del pensamiento que la naturaleza almacena en los cerebros; allá era la fiesta del sentimiento estético en la simpatía de los sentidos, aquí la victoria de los hechos en la simpatía de las inteligencias; dos tendencias, dos maneras del ser: la «belleza» y la «realidad». Y terminó enunciando un saludo de Roma a Venecia; un augurio de los sabios a los artistas,[35] para que el arte y la ciencia se complementen en la cultura de los pueblos y sean solidarios en su misión social. Ellos son la fuerza que traspasa las fronteras de las naciones y tiende el vuelo sobre las diferencias de raza, pues toda el alma de la humanidad está siempre orientada hacia lo Bello y hacia lo Verdadero.

Es honroso para la cultura italiana el que un ministro pueda pronunciar esas nobles palabras para traducir sin reticencias la modernidad de su pensamiento.[36] Entiéndase

bien: un discurso oficial, del ministro de una monarquía, al pie de la estatua de Benito XIV.

*
* *

Sergi está en ese punto de la vida en que los abuelos tienen nietos menores de diez años. Hay cierta amable travesura en su bondad; sonríe siempre, pero con mesura, como si temiera que sus labios sufriesen por cualquier risa violenta. Es cariñoso, apacible, ligeramente protector; esto último suele disculpársele en homenaje a su mucho saber y a sus tranquilas canas. Si gusta de una persona, suprime todo límite[37] a la confianza y al respeto, se torna camarada y en un par de días se impone el tutearlo familiarmente.[38] Conoce los trabajos antropológicos del museo de La Plata, algunos estudios y revistas pedagógicas de Buenos Aires y los ensayos de psiquiatría y criminología[39] que se le remiten con frecuencia. Inquirió noticias acerca del sabio Ameghino y de sus obras.

Su discurso fue tan preciso como el precedente.[40] Para Sergi, un fenómeno psicológico es un hecho harto complicado si consideramos las condiciones[41] que lo determinan. Depende de órganos que encontramos en el encéfalo y en todo el sistema nervioso; depende[42] de las condiciones biológicas del ser vivo, es decir, de todos los otros órganos y funciones de la vida, con las cuales[43] está en íntima relación; depende también[44] de las condiciones del ambiente social, que es el área en que[45] el fenómeno se mueve y de la cual adquiere[46] formas particulares o comunes; depende, por fin, de una serie ignorada y obscura de antecedentes de la vida individual, es decir, de la herencia, de los residuos de generaciones[47] que escapan a nuestra investigación y permanecen en la sombra absoluta.[48]

Lo que sabemos de la psiquis humana sólo es una muestra superficial de un trabajo que escapa[49] a nuestro análisis. Con frecuencia nos contentamos con esta[50] simple superficialidad, creyendo que ella es todo y nos dice todo;[51] sin embargo, la conciencia sólo nos manifiesta el hecho elaborado, no el que se está elaborando. La psiquis seguiría siendo un vasto y profundo mar inexplorado sin el concurso de las ciencias biológicas y aun de la patología, la cual nos revela muchos fenómenos que pasan inadvertidos durante el funcionamiento normal. No es, pues, superfluo el concurso de los anatomistas, fisiólogos, psiquiatras, naturalistas, sociólogos, en un congreso de psicología; todos son colaboradores y su esfuerzo reunido[52] puede revelarnos los modos de funcionamiento propios[53] de la actividad psicológica y las condiciones que determinan ese trabajo funcional.

Esa labor no debe ser un lujo de nuestra actividad mental, un efecto de la curiosidad científica que impele a los sabios[54] hacia el descubrimiento de los misterios de la naturaleza orgánica; esa labor es una necesidad de la evolución humana hacia el perfeccionamiento[55] del hombre individual y social. Queremos mejorar el hombre mediante la educación,[56] pero nuestro arte de educar es todavía poco científico, empírico en gran parte; sin embargo, tenemos la intuición clara de que el arte de educar sería

eficaz si derivara del conocimiento de la naturaleza humana.[57] Esta será una de las más fecundas aplicaciones[58] de la psicología moderna.

*
* *

Una de las sesiones generales del congreso presentó singular interés. El profesor Lipps, de Mónaco, desarrolló el tema «Los caminos de la psicología». Su discurso tuvo una franca entonación metafísica, pues Lipps es uno de los jefes de la tendencia que se opone[59] al método puramente experimental. Distinguió dos formas de psicología: la una estudia las modificaciones de cada personalidad, la otra estudia[60] la unidad fundamental del espíritu. Así como la ciencia natural no puede subir desde el examen de los fenómenos externos hasta su íntima realidad[61] y su causalidad última,[62] también debe distinguirse en psicología el estudio de los fenómenos que se producen en la conciencia y el estudio del yo «en sí mismo»; este último sería el objeto de la verdadera psicología. Colocado sobre este carril de trascendentalismo, Lipps resbaló a afirmar la necesidad de que[63] la psicología se convierta[64] en una disciplina puramente filosófica; criticó intensamente a la psicología[65] fisiológica, la cual pretende llegar a la explicación de[66] los fenómenos del mundo interior fundándose sobre los datos del mundo exterior, que, a su vez, son concebidos y elaborados[67] mediante actividades puramente psicológicas. Por eso, cuando se pasa al estudio del fenómeno psicológico[68] en sí mismo, se entra a la metafísica, a esa misma metafísica que abarca[69] a la psicología y a todas las ciencias.[70]

Esta marejada de idealismo filosófico encontró su eficaz rompeolas en el espíritu científico predominante en el congreso. Lipps se libró de muchas críticas porque habló en alemán y con escasa elocuencia. El profesor Ahars, de Cristianía, avanzó algunas críticas sencillas y eficaces; pero correspondió a Höfler,[71] de Praga, el discurso más importante de la jornada.

Evidentemente conmovido, con lágrimas en los ojos, manifestó la profunda impresión que le causaban las palabras de Lipps, considerándolas como una condena del trabajo a que él había consagrado veinticinco años de su vida. Esta hora, dijo, es solemne[,] tiene un gran valor histórico, es la hora en que debemos decir si conviene renunciar a nuestros métodos científicos y volver al kantismo, pues Lipps, como psicólogo, ha pronunciado el credo de un kantiano.[72] Y después de rebatir[73] eficazmente el idealismo y la metafísica, reclamando para la psicología todos los beneficios del método científico, fundado principalmente en la observación objetiva y en la experimentación, terminó con estas palabras: «Nosotros, viejos, que otrora habíamos filosofado, hemos comprendido que era necesario ser y permanecer hombres de ciencia; ahora Lipps, hombre de ciencia, nos declara que desea ser y permanecer filósofo».[74]

Los que entendían alemán siguieron con verdadera emoción esta controversia, eco de la vieja lucha entre el idealismo filosófico y la psicología científica. Intervinieron en

ella varios psicólogos, casi todos en sentido positivista. Sin embargo, al día siguiente, el profesor De Sarlo, de Florencia, en su conferencia[75] sobre «la psicología y las ciencias filosóficas», se manifestó en favor del método metafísico; y[76] después de terminado el congreso inició una polémica en los diarios, acompañándole Guido Villa, Benito Croce y otros profesores de filosofía.

Estas reacciones contra los métodos científicos –cuando no ocultan disidencias personales, como ocurre entre los contendientes italianos– son el reflejo de esa ley de vaivén que Spencer pone como condición misma del progreso, ley de los atrasos parciales que, en definitiva, no obstan a la evolución. Sin embargo, recordando el reciente debate se oye un vago rumor de inquietudes, el temor de que un paréntesis muy grande aletargue[77] el adelanto de la ciencia, como si un vientecillo precursor de vendaval pasara por sobre el tejado [de este][78] flamante edificio elaborado en medio siglo de esfuerzos y de investigaciones.

*

* *

William James, en un francés anquilótico y duro al oído, disertó sobre el concepto de la conciencia. Observó que la antigua distinción entre el yo y el no yo, entre el sujeto y el objeto, la conciencia y lo extraconciente,[79] conduce a un dualismo que se encuentra en casi todas las teorías, más o menos veladamente. La psicología acepta los fenómenos de la conciencia y los opone a los externos; pero no tiene el derecho de considerarlos heterogéneos. La percepción de una cosa y la cosa son lo mismo; la realidad es la percepción misma, *elle*[80] *est percepi,* como dijo Berkeley. Las impresiones que nos producen los objetos que llamamos reales,[81] y las que nos proporcionan la memoria y la fantasía independientemente de ellos, no son substancialmente distintas. La conciencia es, simplemente,[82] el punto de intersección entre dos órdenes de hechos que sólo difieren por sus nombres de externos e internos. La distinción entre objeto y sujeto es funcional;[83] no es ontológica, sino real.

Después de criticar los diversos sistemas filosóficos ante las conquistas fundamentales de la psicología, pesando las teorías dominantes acerca del concepto moderno de la conciencia, se declaró abiertamente monista y positivista,[84] corroborando sus declaraciones con argumentos y hechos expuestos con perfecta claridad, despertando viva admiración en aquella asamblea de sabios. James nunca ha vertido afirmaciones tan decisivas. Al terminar, una salva de aplausos cubrió sus palabras, iniciándose una discusión interesantísima.

Entre un murmullo de simpatía general, que hace honor a la tolerancia de los congresistas, desfiló hacia la tribuna la silueta enjuta e inteligente del ilustre profesor Buillod, viejo sacerdote francés, que dirige en París una importante revista de filosofía.

La palabra fácil, el además severo, la elegancia en sus giros de expresión y en la manera de concebir sus ideas,[85] todo influyó para que se le escuchara con interés. Después de rendir homenaje al talento científico de James, objetó el concepto

fundamental de su teoría y se detuvo en atinadas observaciones sobre los sistemas filosóficos de Spinoza y de Descartes;[86] como era de presumir, terminó declarándose dualista.

El profesor Lipps no aceptó la interpretación de James acerca de los fenómenos de la conciencia. Se declaró monista y partidario de la relatividad de todos los fenómenos. Hizo notar que la divergencia[87] estriba en el criterio filosófico[88] con que encara la psicología, criterio absolutamente distinto del que inspira a los psicólogos de laboratorio. No ve, por otra parte, la necesidad de imponer el monismo a cualquier sistema o teoría científica.[89] Terminó haciendo votos por que dentro de diez o veinte años venga un gran cerebro filosófico a distinguir y fijar bien el dualismo desde el punto de vista científico, desarrollando a la vez el monismo en el campo de la filosofía.[90]

Intervinieron en esta discusión los profesores Beannis,[91] Itelson, Cleperède[92] y Tarozzi. Después de ellos habló James, por segunda vez, deteniéndose a refutar las observaciones del sacerdote Buillod.

Con esta nota importante se cerraron las sesiones generales del quinto congreso internacional de psicología.[93] Puede considerársele[94] como una nueva y poderosa afirmación del rumbo científico que ha seguido este orden de conocimientos, durante el último cuarto de siglo. La psicología se ha emancipado de la filosofía abstracta y queda inscripta en el grupo de las ciencias biológicas; al desprenderse de la metafísica ha ganado en precisión y en métodos mucho más de lo que ha perdido en extensión.

En el inmenso arenal de un Sahara filosófico, la ciencia ha organizado su modesto oasis.

JOSE INGEGNIEROS

Roma, 6 de mayo de 1905.

Notas

1 En la versión recogida en *Italia*, no aparecen el encabezado «Señor director de LA NACIÓN» ni la firma de Ingenieros, como tampoco la fecha que, excepcionalmente, aparece en el diario al final del texto. Esta crónica es la primera de las cuatro que integran la segunda sección del libro, titulada «En la ciencia». En *AMC* se mantienen el título y los datos de lugar y fecha: «Roma, 1905", aunque no los datos del destinatario ni la firma.

2 En *AMC*: entre los evocadores museos capitolinos

3 En *AMC*: ese mismo recinto [se suprime: de los Horacios].

4 En *Italia*: el homenaje que les preparaba la ciudad invicta. En *AMC*: el homenaje que les preparaba la eterna ciudad

5 En *AMC*: de los peregrinos

6 En *AMC*: y cabe aquellas paredes

7 En *Italia*: que otro tiempo vinieron

8 En *AMC*: del setentrión

9 En *Italia* y *AMC*: sobre las encantadoras colinas

10 En *AMC*: que ayer hacían resonar

11 En *AMC*: hoy llegan sobrecogidos

12 En *Italia* y *AMC*: en las frentes que se dirían abovedadas

13 En *Italia*: Pues hay en los congresos científicos. En *AMC*: Pues hay en ciertos congresos científicos

14 En *AMC*: como si realmente aquellos acudieran

15 En *Italia* y *AMC*: en su más risueña primavera

16 En *Italia* y *AMC*: en las pampas americanas

17 En *Italia*: oíase la nostalgia del terruño, desde lejos es más fuerte el amor por el propio país [*AMC*: amor al propio país]

18 En *Italia* y *AMC*: con el amanecer de una fe vigorosa

19 En *AMC*: ese nuevo credo era distinto del

20 En *AMC*: anunciaba allí su aurora

21 En *Italia*: de los seres y de los fenómenos del universo

22 En *Italia* y *AMC*: Dos discursos doctrinarios caracterizaron la fiesta inaugural [*AMC*:ceremonia inaugural]: el uno pronunciado por el ministro de instrucción pública, Leonardo Bianchi, y el otro por el sabio José Sergi, presidente del Congreso.

23 En *AMC*: un valioso documento de cultura

24 En *AMC*: en los rumbos científicos

25 En *AMC*: ni el antiguo asociacionismo

26 En *AMC*: que señaló otros horizontes y métodos

27 En *Italia* se reproduce como discurso directo: Dijo «Ya no estorba nuestro camino el espiritualismo clásico enmarañado por las distintas facultades preconstituidas en el alma, ni las teorías de la escolástica nacidas al calor del sentido común antes que del buen sentido, ni el antiguo espíritu de asociación que imprimía un carácter estático al alma humana; esas diversas tendencias han sido corregidas o reemplazadas por las doctrinas del evolucionismo biológico, que señaló otros rumbos y métodos a las nuevas generaciones.»

28 En *AMC*: sólo representaba la conciencia mística

29 En *AMC*: período instable e impropio para el análisis

30 En *AMC*: cimas

31 En *Italia*: El método especulativo está completamente destronado. En *AMC*: El método especulativo está destronado.

32 En *AMC*: el pensamiento es un modo de energía biológica

33 En *AMC*: a reunir imágenes de las cosas externas, a asociarlas y conservarlas.

34 En *AMC*: audaz

35 En *AMC*: Y terminó enviando un augurio de los sabios a los artistas

36 En *AMC*: Es honroso para la cultura italiana que un ministro pueda expresar sin reticencias la modernidad de su pensamiento.

37 En *AMC*: suprime límites

38 El resto del párrafo no figura en *AMC*.

39 En *Italia*: los ensayos de la psiquiatría y criminología

40 En *AMC*: el anterior

41 En *AMC*: si se consideran los factores

42 Verbo elidido en *AMC*.

43 En *Italia*: con los cuales

44 Estas dos palabras se suprimen en *AMC*.

45 En *AMC*: condiciones del ambiente social, área en que

46 En *AMC*: y donde adquiere

47 En *AMC*: de la herencia: residuos de generaciones

48 En *Italia* y *AMC*: permanecen en la sombra.

49 En *Italia*: de trabajos que escapan. En *AMC*: de actividades que escapan

50 En *AMC*: nos basta esa

51 En *Italia*: nos lo dice todo

52 En *AMC*: colectivo

53 En *AMC*: puede revelarnos las maneras propias

54 En *AMC*: Esa labor no es un lujo de nuestra actividad psíquica o un efecto de la curiosidad que impele a los sabios

55 En *AMC*: de la evolución hacia el perfeccionamiento

56 En *AMC*: Se predica el ascenso humano mediante la educación

57 En *AMC*: empírico en gran parte; el arte educativo sería eficaz si arraigara en el conocimiento de la naturaleza humana.

58 En *AMC*: Ésta será una fecunda aplicación

59 En *AMC*: la tendencia contraria

60 En *AMC*: investiga

61 En *Italia*: hasta su última realidad

62 En *AMC*: y sus causas últimas

63 En *AMC*: resbaló hasta afirmar que

64 En *AMC*: debe convertirse

65 En *AMC*: criticó intensamente la psicología

66 En *AMC*: pues pretende explicar

67 En *AMC*: sobre los datos externos, concebidos y elaborados

68 En *AMC*: psíquico

69 En *AMC*: se entra a la metafísica, que abarca

70 En *Italia*: que abarca la psicología y todas las ciencias.

71 En *AMC*: Hoffer

72 En *Italia*: «Esta hora –dijo– es solemne, tiene un gran valor histórico, es la hora en que debemos decir si conviene renunciar a nuestros métodos científicos y volver al kantismo, pues Lipps, como psicólogo, ha pronunciado el credo de un kantiano.»

73 En *Italia* y *AMC*: Después de rebatir

74 En *Italia*: permanecer hombres de ciencia; nos declara que desea ser y permanecer filósofo. Esa supresión, que parece ser una errata, se corrige en *AMC*: permanecer hombres de ciencia, en el momento preciso en que uno de los nuestros declara que desea ser y permanecer

filósofo.

75 En *AMC*: disertación

76 Conjunción elidida en *AMC*.

77 En *Italia* y *AMC*: que un paréntesis aletargue

78 Reponemos estas palabras siguiendo la versión de *Italia* y *AMC*. No están en la versión del diario pero parece una errata, pues la frase queda sintácticamente confusa.

79 En *Italia* y *AMC*: extraconsciente

80 En *AMC*: illa

81 En *AMC*: los objetos llamados reales

82 Adverbio elidido en *AMC*.

83 Lo que sigue está suprimido en *AMC*.

84 En *AMC*: declaróse monista y positivista

85 En *Italia*: la elegancia en sus giros de expresión y la manera de concebir sus ideas

86 En *AMC*: de Spinoza y Descartes

87 En *AMC*: su divergencia

88 En *Italia*: fisiológico [pero por el sentido del párrafo, debe ser una errata].

89 En *Italia*: científicos.

90 En *AMC*, no aparece el párrafo que sigue. En su lugar, se incorpora el texto correspondiente a las crónicas «Lombroso y los hombres pobres» y «Últimas notas de un congreso».

91 En *Italia*: Beaunis

92 En *Italia*: Cleparède

93 En *Italia*, esta primera oración está sustituida por el siguiente párrafo: La forzosa limitación del espacio, impide exponer extensamente las ideas cardinales de los demás trabajos leídos en las sesiones generales del Congreso. Muchas de esas conferencias fueron en extremo interesantes. Baste enumerar las principales. Pierre Janet disertó sobre las oscilaciones del nivel mental; Paul Solier, sobre la conciencia y sus grados; Sully James, sobre las relaciones entre la psicología y la pedagogía; Charles Richet, sobre el porvenir de la psicología y de la metapsíquica; Th. Flournoy, sobre la psicología de la religión; Giuseppe Bellucci, sobre el fetichismo primitivo en Italia. Todos trabajos sabios, muy ponderados, verdaderas monografías sobre diversos temas de actualidad científica.

En *AMC*, no aparecen ni la oración original ni el párrafo ampliado de *Italia*.

94 En *AMC*: En suma, creemos que el V Congreso Internacional de Psicología puede considerarse… En *Italia*: En suma, el V Congreso Internacional de Psicología puede considerarse…

Sábado, 1.VII.1905, página 4, columnas 3 y 4.

LOMBROSO Y LOS HOMBRES POBRES[1]

Roma, mayo de 1905

Señor director de LA NACION:

César Lombroso, que ha llenado el mundo con su nombre,[2] no es inteligente.[3] Le bastaría serlo, siquiera fuese a medias, para ser un hombre de genio.[4] Su cerebro es siempre nebuloso, tal cual vez caótico, como una perpetua noche en tempestad;[5] por eso mismo resplandecen con más violencia los relámpagos que esparce el genio en su tiniebla. Lombroso tiene esa peculiaridad mental: chispazos geniales y falta absoluta de talento, entendido este último como la forma superior de la inteligencia educada.

No piensa, adivina; juega al gallo ciego con las ideas científicas. Ha tenido algunas intuiciones verdaderamente geniales. Bastaría citar las más notorias:[6] la importancia real del estudio de los delincuentes para comprender el determinismo del delito y la pretendida correlación ente el genio y la locura. Nuestro propósito no es hacer su estudio crítico. En ambas doctrinas tuvo precursores más o menos definidos. Sus ideas cardinales, presentadas en groseros bocetos sin desbastar, fueron pulidas por la crítica eficaz de sus propios partidarios hasta adquirir contornos realmente científicos. Por sí mismo Lombroso no podrá crear un cuerpo de doctrina ni iniciar una escuela.[7] Carece de las dos aptitudes fundamentales de la inteligencia:[8] el espíritu crítico que permite el análisis, y el espíritu generalizador, que hace posible la síntesis. Esos dos caminos, que conducen de la inteligencia al talento, nunca fueron abiertos en la tupida maleza de su cerebración.[9]

La «escuela» de Lombroso constituye un fenómeno interesante de psicología colectiva. El profesor de Turín es el símbolo convencional de un partido científico. Nadie cree en él sin reservas, ninguno comparte sus teorías sin beneficio de inventario; pero todos le llaman maestro, ilustre maestro, eminente maestro.[10] La primera impresión que causa una tertulia de sus discípulos es desagradable: parece un comité de equívocos politiqueros, una asamblea de sacerdotes descreídos, un concilio de idólatras que ríen del fetiche.[11] Empero, a poco de tratarlos, detrás de esa aparente comedia convencional[12] se descubre una sincera y bondadosa complacencia para con ese hombre canoso y endeble[13] que ha luchado tenazmente y con rara pertinacia por el triunfo de nuevos horizontes que vislumbraba y no sabía definir. Ellos saben, y en voz baja osan decirlo, que Lombroso fue solamente un gran propulsor, un gran removedor de ideas, correspondiendo a otros la verdadera elaboración crítica y la generalización precisa de sus primitivos teoremas.

En el reciente congreso internacional de psicología, la escuela criminológica italiana

sentó sus cuarteles en la sección cuarta, junto con las aplicaciones pedagógicas y sociológicas de la psicología. Las sesiones fueron cuatro, presididas alternativamente por Sommer, Lombroso, el delegado argentino y Ferri;[14] fueron importantes, pero[15] habrían podido serlo mucho más. Durante el primer día, los psicólogos criminalistas se preguntaban recíprocamente si vendría el maestro, Lombroso; todo se alegaba para explicar su ausencia: la salud quebrantada, la edad, las ocupaciones, deberes de familia. Al día siguiente se afirmó que vendría, sin falta.

Concurrió, en efecto, a la tercera sesión.[16] Entró en el aula[17] un hombrecillo bajo, más bien grueso, de aspecto setentón, con poblado bigote blanquiamarillo y pequeña pera del mismo color; cabeza deforme, cara vulgar,[18] ojos abogatados, nariz ornada por gafas, cuello grueso y flojo, cuerpo en forma de bolsa, piernas cortas y movimientos pausados. Su indumentaria es modesta, aunque severa, siendo su pieza principal una levita ya verdinegra. Habla con leve acento dialectal, probablemente piamontés. Su cara ingenua y satisfecha parece tener una sonrisa para cada uno de los presentes,[19] pues en cada uno ve[20] un discípulo o un admirador. Cuando llega se oye un cuchicheo, todos se ponen de pie, un aplauso resuena y se le abre paso hasta la mesa de la presidencia. El delegado argentino, que preside la sesión, pronuncia algunas palabras saludando al «precursor» de la criminología moderna. Ferri, que está a su derecha, al terminar le pregunta en voz baja y con una sonrisa bondadosa: ¿lo crees precursor solamente?[21] El interpelado sonríe a su vez, con benevolencia llena de intención; después agita la campanilla y declara abierto el acto.[22] Lombroso, que está a su izquierda, retribuye el saludo que le hace la cuarta sección[23] por intermedio de la presidencia, encontrando frases elocuentes y enternecidas.[24]

*

* *

Esta sección fue, sin duda, la más numerosa e interesante del congreso; así debía ser en Italia.[25] Se produjeron varias discusiones animadas y se insinuaron cuestiones de importancia.

El profesor Sommer disertó sobre el paralelismo o antagonismo de los caracteres físicos y psíquicos de la degeneración, sosteniendo la falta de correlación[26] entre ambos. Lombroso, con el ingenuo entusiasmo[27] que le es habitual, declaró que las ideas de Sommer confirmaban sus teorías sobre los caracteres físicos de los delincuentes; esta opinión pareció poco meditada.[28] El delegado argentino observó que los caracteres físicos degenerativos son comunes a todos los degenerados, no presentando ningún carácter especial en los delincuentes; además, su estudio en los degenerados y particularmente en los delincuentes, debería considerarse secundario, siendo los caracteres psíquicos los más importantes en su estudio y para su diferenciación.[29] Lombroso estaba a punto de encontrarse otra vez de acuerdo con el preopinante, cuando[30] Ferri terció en el debate con el laudable propósito de poner un punto final, evitando la irrupción de inoportunas heterodoxias.

El profesor Lombroso estudió someramente las causas de la genialidad en Atenas, atribuyendo su lozano florecimiento al usufructo de una elevada libertad política; la demostración, aunque superficial, fue muy aplaudida. Terciaron varios sociólogos y no pocos aficionados; muchos insistieron sobre la función social del genio y la importancia de los factores económico-sociales[31] en su determinación. A la postre, el debate resultó más largo que interesante; todos tenían empeño de poder referir que habían discutido con Lombroso. Y esto es humano, aun entre sabios. Como si el contacto con la celebridad madura pudiera contagiar el germen de la soñada gloria venidera.

Dos tercios de la última sesión[32] fueron consagrados al debate promovido por una nueva clasificación de los delincuentes, presentada por el delegado argentino, y fundada sobre el estudio de sus caracteres psicopatológicos.

Guarnieri le hizo algunas objeciones técnicas y Montesano otras de carácter jurídico,[33] extensivas a toda la escuela positiva; pero su más ardiente impugnador fue Enrique Ferri, el cual, como es sabido, es autor de la clasificación actualmente adoptada por los secuaces[34] de la nueva escuela.[35]

La controversia fue larga y vivaz. Ferri es un orador extraordinario.[36] Tiene un físico altivo, hermosamente dominador; su voz está poblada de inflexiones que dan todos los matices de la pasión, no obstante su timbre atiplado, más propio de capilla Sixtina que de asamblea revolucionaria. Su reciente campaña, a la cabeza del socialismo semianarquista, le ha valido algún desprestigio entre la gente de ciencia, algunas hostilidades por parte de los adversarios y no pocas diatribas de los socialistas reformistas que acaudilla Turati[37]. Pero cuando toma la palabra se hace oír con respeto por los adversarios y arrastra a sus partidarios con ímpetu de huracán. Sin embargo, como orador, está muy viciado[38] por el género tribunicio, que es actualmente el de su predilección;[39] esto le quita eficacia[40] en la oratoria científica, en la dilucidación técnica de las ideas, pues se ha acostumbrado más al manejo de las pasiones que al de los cerebros. Es inútil repetir que la escuela criminológica italiana le debe su prestigio y su difusión,[41] pues Ferri supo transformar en sistema las concepciones deshilvanadas de Lombroso y deducir todas las aplicaciones[42] al derecho penal.

En la primera parte de su discurso, Ferri levantó las objeciones de Guarnieri,[43] que afectaban en común a todos los positivistas, alcanzando momentos de elocuencia felicísima. En seguida entró a criticar la nueva clasificación, desde el punto de vista técnico, y dentro del común criterio positivista; reconoció sus ventajas consideradas[44] clínicamente, a la vez que formuló[45] sus deficiencias desde el punto de vista jurídico-penal, rindiendo homenaje a su autor, por la originalidad de su clasificación en asunto tan trillado. El autor respondió extensamente, proponiéndose demostrar que, según los propios criterios de la escuela positiva, el estudio de los delincuentes debía ser clínico, independientemente de toda preocupación jurídica y de todo apriorismo en la distribución de la penalidad. Sólo cabe agregar que[46] el *Avanti!,* dirigido por el mismo Ferri, en la crónica del día siguiente reconoció que el autor «reveló en la polémica la vasta preparación psicológica, psicopatológica, sociológica y jurídica que servía de fundamento a su nueva clasificación.»[47]

Estas discusiones, y otras que fuera inoportuno resumir, anuncian la inminencia de

una nueva orientación en el estudio de los delincuentes; el examen de sus anomalías antropológicas va cediendo el paso al estudio de sus anormalidades psicológicas.[48] La antropometría de los delincuentes es análoga a la de todos los demás degenerados; los caracteres diferenciales deben buscarse en el terreno de la psicopatología.

Tal vez la presencia de Lombroso sea un obstáculo a esta renovación de su escuela; por una ley general, todos los iniciadores[49] de hoy llegan a ser los conservadores de mañana, cuando la marcha de su propia obra va más allá de los límites que ellos le fijaron[50] en su concepción primitiva. ¿Habrá, pues, que esperar la muerte de Lombroso,[51] para no amargar su vejez con estas heterodoxias impuestas por los nuevos adelantos científicos? La criminología italiana necesita esperar ese doloroso episodio; esto no significa que lo deseen sus discípulos de hoy para convertirse en sus correctores de mañana.[52]

*

* *

Es digno de especial mención[53] un trabajo del profesor Nicéforo sobre «las clases pobres». El estudio de éstas se ha limitado, hasta hace poco, a investigaciones de economía social o de estadística; el autor propone ensanchar ese campo aprovechando los conocimientos de la antropometría, la psicología y la higiene. Otrora[54] los economistas y sociólogos estudiaban a las clases pobres[55] desde el bufete y frente al silencio tranquilo de las bibliotecas; después los agitadores líricos han declamado en su oratoria torrencial la infelicidad y la injusticia que gravita sobre los pobres; hoy la ciencia puede aplicarles el método de observación y experimental. Además de estudiar el pauperismo abstractamente, haciendo como Proudhom la «filosofía de la miseria», conviene estudiar al pobre de carne y huesos, haciendo su estudio natural como la zoología estudia al cisne, la botánica a la caña de azúcar y la mineralogía a la piedra pómez.

Repítese lo ocurrido en criminología. Los metafísicos y juristas clásicos[56] limitábanse a estudiar[57] el delito como entidad jurídica; el delincuente no se estudiaba, era un maniquí inanimado e incoloro, sin personalidad propia, una categoría metafísica sobre la cual se prendía con alfileres un artículo del código penal. Los criminologistas[58] científicos comprendieron que ese maniquí, ese fantoche, era, por el contrario, un factor primordial en la determinación del delito; entonces se estudiaron los caracteres físicos y psicológicos de los delincuentes al mismo tiempo que las condiciones del medio social donde ellos delinquen. Nicéforo, por un camino paralelo, quiere estudiar al hombre[59] pobre como exponente concreto de la miseria; el examen económico y moral[60] del pauperismo se completa así con su estudio humano,[61] es decir, con el estudio natural del pobre. Los resultados de esta «antropología de las clases pobres» son, por cierto, muy interesantes.

El examen de los caracteres físicos, fisiológicos y psicológicos, minuciosamente realizado, demuestra la inferioridad física e intelectual de los hombres pertenecientes a

las clases sociales inferiores.

El estudio de sus caracteres etnográficos comprende el examen de su estado de civilización, creencias,[62] costumbres, usos, prejuicios, artes y creencias religiosas. Resulta que el grado de civilización de las clases pobres, étnicamente considerado, equivale al de los pueblos primitivos y salvajes. En ellas encuentra Niceforo las primitivas formas violentas de la criminalidad, el animismo, el culto de los fantasmas, el demonismo, la creencia en daños y posesiones diabólicas, la personificación y adoración de objetos y fenómenos naturales (astros, meteoros, árboles, fuego, agua, piedras: politeísmo e idolatría), las ofrendas propiciatorias, los banquetes sagrados, la adivinación por los animales, los agüeros, los maleficios, las brujerías, etc. Las manifestaciones estéticas de las clases pobres recuerdan los sentimientos similares de los primitivos, los salvajes y los niños. La literatura de la masas populares (cuentos, tradiciones, refranes, rapsodias, crónicas, argot[63]), su gusto por el folletinesco novelón de aventuras a fuertes tintas, así como todo el arte manifestado en sus danzas, canciones, tatuajes, grafitos, ornamentos personales, iconografía, etc.,[64] forman la última parte de estas investigaciones y confirman la misma conclusión: las clases pobres constituyen una verdadera raza atrasada dentro del medio social en que viven.[65]

Las causas de este hecho han sido estudiadas en el ambiente social y en las condiciones de vida de los pobres: alimentos, nutrición, fatiga, alojamiento, talleres, instrucción, etc. Se deduce que la inferioridad de los pobres es el resultado del medio económico en que viven, antes que el índice de una inferioridad orgánica original.

Niceforo, al dilucidar científicamente una de las faces del pauperismo, plantea[66] importantes problemas sociológicos. Sus estudios enuncian un hecho a todas luces evidente: la inferioridad biológica e intelectual de las clases pobres.[67] Este es un hecho y no una opinión; los hechos se consignan, sólo se discuten las opiniones. Además encontramos que la causa de esa[68] inferioridad reside principalmente en las condiciones propias de su ambiente económico.

Si las columnas de un diario fuesen cátedra de sociología,[69] he aquí algunas inducciones que podrían someterse al criterio de los lectores:[70] 1° La modificación previa del medio económico es indispensable para corregir o atenuar la inferioridad física, intelectual y moral de las clases pobres. 2° Su actual inferioridad les impide propender al propio elevamiento; sólo pueden elegir entre los buenos y los malos pastores, sin alusión al precioso drama de Octavio Mirbeau. Luego sería falsa aquella sonada frase de Marx: la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos[71] (adviértase que Marx no era pobre ni trabajador, en el sentido biológicosocial de esos términos). 3° La modificación de las condiciones económicas, indispensable para el mejoramiento de las clases pobres, sólo puede ser la obra de hombres pertenecientes a la raza superior,[72] desde el punto de vista físico e intelectual.

La conclusión política de esas tres premisas[73] podría ser un socialismo aristocrático, donde los hombres, física e intelectualmente superiores propendiesen a mejorar las condiciones de vida de los pobres, de la raza inferior. Señalamos el problema, sin abordarlo. En ese terreno podrían conciliarse el cristianismo materialista de Marx y el darwinismo inflexible de Nietszche, el socialismo que aspira a mejorar la situación de

los pobres y el aristocratismo biológico que persigue la selección de las razas y de los individuos superiores.

El problema nunca ha sido planteado en esta forma. Sería divertida una discusión entre individualistas de Stirner o Nietszche, y comunistas de Cristo o Marx.

JOSE INGEGNIEROS.

Notas

1 En la versión recogida en *Italia*, no aparecen el encabezado «Señor director de LA NACIÓN», la fecha ni la firma de Ingenieros. Esta crónica es la segunda de las cuatro que integran la segunda sección del libro, titulada «En la ciencia». En *AMC*, aparece incluida en la crónica «Un cónclave de psicólogos».

2 En *AMC*: con su fama

3 En *Italia* y *AMC*: es un hombre genial, pero no es inteligente.

4 En *Italia* y *AMC*: para ser un verdadero hombre de genio.

5 En *AMC*: caótico: una perfecta noche en tempestad

6 En *AMC*: Bastaría citar, entre las más notorias,

7 En *Italia* y *AMC*: Por sí mismo Lombroso no habría podido crear un sólido cuerpo de doctrina ni iniciar una escuela sistemática.

8 En *AMC*: Carece de dos aptitudes fundamentales:

9 En *Italia* y *AMC* se agrega este párrafo: Es relámpago que rompe las negruras sombrías de la nube. Y es aquilón vigoroso [*AMC*: de la nube; es aquilón vigoroso] que desmantela fortalezas seculares; pero no ha sido ni será jamás un creador metódico o un crítico sereno, ni un arquitecto de monumentos sólidamente seculares [*AMC*: sólidamente inconmovibles], ni la monótona gota de agua que horada el granito con lentitud tranquila, pero con eficacia irremediable.

10 En *Italia* y *AMC* están elididas estas últimas cuatro palabras y se agrega esta oración: Lombroso, además de ser una doctrina, es un símbolo, es el estandarte de una corriente científica nueva, fecunda en promesas y esperanzas.

11 En *Italia* y *AMC*: La primera impresión que causa una tertulia de sus discípulos es de sorpresa: parece una asamblea de sacerdotes descreídos, un concilio de idólatras que le adoran por costumbre, pero sin fe.

12 En *Italia* y *AMC*: detrás de ese aparente convencionalismo

13 En *Italia* no está este último adjetivo. En *AMC*: se descubre un cariño sincero para ese hombre canoso

14 En *AMC*: por Sommer, Lombroso, Ingegnieros y Ferri. [El resto de la oración está suprimido].

15 En *Italia*: aunque

16 En *Italia* y *AMC* se agrega: mientras ocupaba la presidencia el que estas líneas escribe. Su físico no corresponde, por cierto, a su fama; una enfermedad reciente le ha desmejorado bastante en complicidad con la vejez ineludible.

17 En *Italia y AMC*: Entró al aula

18 En *Italia*, las últimas cuatro palabras están sustituidas por: fisonomía como hay muchas. En

AMC: cabeza deforme, fisonomía como hay muchas.

19 En *AMC*: para todos los presentes

20 En *AMC*: en cada uno cree ver

21 En *Italia*, la pregunta está entrecomillada.

22 En *Italia* y *AMC*: El interpelado juzga prudente no insistir entre las diferencias que existen entre un maestro y un precursor; agita la campanilla y declara abierto el acto.

23 En *Italia* y *AMC*: la sección cuarta

24 En *Italia* y *AMC*: encontrando frases tiernas y elocuentes.

25 En *Italia* y *AMC*: Esta sección fue, sin duda, la más numerosa e interesante del Congreso; como debía ser en Italia, cuna de la moderna criminología científica.

26 En *AMC*: la falta de equivalencia

27 En *Italia* y *AMC*: con el entusiasmo

28 En *AMC*: opinión que pareció poco meditada.

29 En *AMC*: los más importantes para su diferenciación.

30 En *Italia* y *AMC* se suprime esta primera parte de la oración, que comienza en: Ferri terció en el debate...

31 En *AMC*: factores económicos

32 En *AMC*: la última conferencia

33 En *Italia*: Montesano le hizo algunas objeciones técnicas y Guarneri otras de carácter jurídico

34 En *Italia*: adeptos

35 En *AMC*, todo este párrafo se sustituye por la siguiente frase: Su más ardiente impugnador fue Enrique Ferri, autor de la clasificación actualmente seguida por los adeptos de la nueva escuela.

36 En *Italia*: La controversia fue larga y viva: Ferri es un orador extraordinario, es el talento en acción. En *AMC*: La controversia fue larga y vivaz. Ferri, cerebro luminoso al servicio de una vasta cultura, es un orador extraordinario: el talento en acción.

37 En *AMC*: los socialistas que acaudilla Turati.

38 En *Italia* y *AMC*: está algo viciado

39 En *AMC*: el género tribunicio, actualmente de su predilección.

40 En *Italia* y *AMC*: esto atenúa su eficacia

41 En *Italia* y *AMC*: Es inútil repetir que detrás del agitador político hay un sabio de verdad; la escuela criminológica Italiana le debe su prestigio y su difusión

42 En *AMC*: y deducir de ellas las más importantes aplicaciones

43 En *Italia*: Guarneri

44 En *Italia*: considerándola

45 En *Italia*: señaló

46 En *Italia* se suprimen estas cuatro primeras palabras

47 Este extenso párrafo no aparece en *AMC*.

48 En *Italia*, esta extensa oración se convierte en tres: Estas discusiones, y otras que fuera inoportuno resumir, anuncian la inminencia de una nueva orientación en el estudio de los delincuentes, completando las ideas mismas de la Escuela Positiva Italiana, según criterios estrictamente científicos, recogidos en la clínica y en el laboratorio. El estudio de las anomalías

antropológicas de los delincuentes está destinado a ceder el paso al estudio de sus anormalidades psicológicas. La morfología empírica será sustituida por la psicología científica. Lo mismo ocurre en *AMC*, aunque con variantes: Estos y otros debates, que fuera inoportuno resumir, anuncian la inminencia de una nueva orientación en el estudio de los delincuentes, completando a la Escuela Positiva Italiana, según criterios estrictamente científicos, recogidos en la clínica y en el laboratorio. El estudio de las anomalías antropológicas de los delincuentes está destinado a ceder el paso al de sus anormalidades psicológicas. La morfología empírica será sustituida por la psicología científica.

49 En *AMC*: revolucionarios

50 En *AMC*: sobrepasa los límites que ellos señalaron

51 En *Italia* y *AMC*: ¿Habrá que esperar la desaparición de Lombroso

52 En *Italia* se agregan dos párrafos, que tampoco aparecen en *AMC*:

Más de sesenta comunicaciones fueron sometidas al juicio de la ilustre Asamblea. Asturaro trató de la evolución que experimentan los estudios criminológicos, de la antropología a la sociología; A. G. Bianchi estudió la influencia de la psicología en los procesos penales; Fausto Squillace disertó sobre la concepción del alma social, sus relaciones genéticas y evolutivas entre el individuo y la sociedad; el ilustre profesor Aquiles Loria envió un trabajo acerca de las recientes aplicaciones de la psicología a la economía política; Scipio Sighele analizó la criminalidad específica de los ambientes políticos; De Sanctus estudió la significación psicológica de los dibujos de los niños; Lino Ferriani, la criminalidad en los jóvenes; Antonio Marro, la influencia de la pubertad sobre la criminalidad; Eduardo Audenino comunicó sus estudios sobre el campo de la visión exacta de las formas en los alienados y en delincuentes natos; Edgardo Berillón describió su método de reeducación durante la sugestión hipnótica; Pasquale Rossi dedicó seis monografías al estudio de la psicología colectiva; Salvatore Ottolenghi leyó tres estudios sobre policía científica y antropología criminal; Ida Faggiani analizó la idea del tiempo en los niños normales, y la memoria en los niños deficientes; Rodolfo Senet anunció una investigación sobre las condiciones psicológicas de la indisciplina escolar; Paul Valentín un interesante estudio sobre el feminismo ante la psicología positiva.

Motivó una discusión especial, un trabajo del doctor P. Consiglo sobre la psicología de los vagabundos en Rusia, estudiada a través de las novelas de Máximo Gorka. Aprovechó la ocasión Enrique Ferri para pronunciar un brillante discurso contra la autocracia, enviando un saludo a Gorka y sus compañeros, presos en esos momentos por su amor a las libertades populares. El delegado argentino refirió detenidamente los estudios hechos en su país sobre el *atorrantismo,* encarado por Franciso Veyga en su fase clínica y por Emilio Zucarini en su fase sociológica.

53 En *Italia* y *AMC*: de mención especial

54 En *Italia* y *AMC*: Antaño

55 Preposición elidida en *AMC*: estudiaban las clases pobres

56 En *Italia* y *AMC*: Los metafísicos y los juristas clásicos

57 En *AMC*: a encarar

58 En *Italia*: criminólogos

59 En *Italia* y *AMC*: por un camino paralelo, estudia al hombre

60 En *AMC*: la encuesta económica y moral

61 El resto de la oración estpa suprimido en *AMC*.

62 Palabra suprimida en *AMC*.

63 En *Italia:* crónicas y *argot.* En *AMC*: crónicas y *jerga*
64 En *Italia:* etcétera
65 En *AMC*: del medio en que viven.
66 En *Italia* y *AMC:* concurre a plantear
67 En *AMC*: de los miserables.
68 En *Italia* y *AMC:* esta
69 Esta primera parte de la frase se suprime en *AMC*.
70 En *AMC*: de los estudiosos
71 En *Italia*, la frase de Marx aparece entrecomillada.
72 En *Italia* y *AMC:* a la clase considerada superior
73 En *Italia* y *AMC:* de las tres premisas

Martes, 4.VII.1905, página 3, columnas 4, 5, 6 y 7.

ÚLTIMAS NOTAS DE UN CONGRESO

Caracteres de las pasiones
Sabios y estudiosos
Los órganos de la inteligencia
Fantasías del magnetismo[1]

Roma, mayo de 1905.

Señor Director de LA NACIÓN:

Todos tenemos pasiones; son las notas agudas en la armonía de la vida humana. Buenas o perversas, tenues o intensas, obstinadas o fugaces, pero las tenemos. La mayoría de los hombres las llevan a cuestas sin tener cuenta cabal de su naturaleza; con igual inconsciencia lleva el tigre las manchas de su piel y el pavo real el abanico de su cola.[2] Son contados los hombres que acostumbran mirarse por dentro; pocos los que llegan a hacerlo fríamente, como un anatomista desmenuza el cadáver de un anónimo.[3]

¿Para qué? Se preguntarán los más. El ingeniero mecánico viaja con igual comodidad y tan velozmente como el acompasado señor feudal, aunque el primero conozca los complicados rodajes de la locomotora y el segundo sólo sepa el precio de la alfalfa y de los cueros. También la vida humana es un viaje, uno de los caminos recorridos por la materia a través de la forma orgánica; no está probado que viajen más ni mejor los conocedores de su mecanismo.

Esa objeción pone en tela de juicio la utilidad del saber para la felicidad individual, asunto digno de Goethe y de Renán. En nuestro caso particular es indudable[4] que el examen de las propias pasiones constituye[5] su freno más eficaz. La pasión es vendaval[6] que abomba las velas, arquea los mástiles, vuelca al buque entero o lo estrella contra las peñas de una costa ignota; la inteligencia razonadora es el timón que permite aprovechar[7] del buen[8] y del mal viento sin comprometer los destinos de la embarcación. Otelo no mataría a Desdémona si se detuviera a estudiar la influencia del atavismo, de la educación o del orgullo sobre sus propios celos; Dante habría roto, avergonzado, muchos cantos de su *Comedia,* al saber que la ambición y el despecho eran el resorte humano que hacía estallar su genio en versos divinos; Ravachol no iría a la guillotina cantando un himno anarquista si pudiera mirar su propio cerebro[9] como en el agua de una fuente y comprender las causas patológicas de sus pasiones antisociales; Luis de Baviera no podría escuchar las supremas sinfonías wagnerianas si escudriñara los procesos fisiológicos que hacen grata la audición musical;[10] Isolda o Francesca no llegarían hasta el amor adúltero si antes pretendieran saber todos los por qué[11] de su

pasión por Tristán o por Paolo[12] Malatesta.

Ese es el hecho seguro. Pero el problema es otro. ¿Las pasiones son benéficas o nocivas? ¿Intensifican la vida o la agotan rápidamente? ¿Conviene conocer el mecanismo de las pasiones[13] a fin de contenerlas o inhibirlas? Son tres preguntas que harían feliz a un filósofo desocupado. La curiosidad científica, que es una forma perfecta del *dilettantismo*,[14] se advocaría el derecho de explorar las pasiones humanas, aun cuando el saber no implicara ventajas para la vida –asunto que siempre estará por resolver, no obstante los debates interminables de los filósofos, o en virtud de ellos.

El profesor Ribot, envió a la segunda sección del congreso de psicología una memoria sobre los caracteres específicos de la pasión. Considera que en los tratados contemporáneos de psicología suele descuidarse[15] o faltar el estudio de las pasiones; su trabajo se propone reaccionar[16] contra esa omisión, demostrando que las pasiones son formas[17] especiales de la vida afectiva y tienen caracteres propios fácilmente determinables.

Para hacer clara y comprensible la cuestión conviene distinguir tres formas principales de los fenómenos en el dominio de los sentimientos. [18]

Los estados afectivos, propiamente dichos, expresan los apetitos, deseos y tendencias, siendo inherentes a la organización misma del hombre. Constituye[n] lo trivial de nuestra vida ordinaria, ocupan transitoriamente la conciencia, con intensidad escasa o mediana. Las emociones son estados bruscos, roturas violentas pero fugaces del equilibrio sentimental (miedo, ira, etcétera). Son reacciones pertenecientes a mecanismos innatos, son la obra de nuestra constitución fisiológica. Las pasiones tienen su fuente natural en los estados afectivos; no son puramente emotivas o fisiológicas, sino humanas. Solamente existen en el hombre capaz de reflexión; los animales, los niños, los primitivos, tienen explosiones o impulsos, pero no pasiones.

Ribot les atribuye tres caracteres propios. El primero es la existencia de una «idea fija» o predominante, que sería su núcleo, su centro; las ideas fijas sólo se transforman en pasiones porque involucran sentimientos y tendencias[19] a la acción.

El segundo carácter es la «intensidad». Es evidente en las pasiones dinámicas (el amor, el juego, etc.), donde el deseo se manifiesta incesantemente bajo la forma de acción y no se agota con el ejercicio. En las pasiones estáticas (odio, avaricia, ambición calculadora, etc.), la intensidad existe en estado de tensión, como un ascua violenta bajo la ceniza, y a menudo como fuerza inhibidora de las reacciones naturales.

La «duración» es el tercero de los caracteres que les atribuye Ribot. Las pasiones, aun las más cortas, duran muchísimo más que las emociones puras y simples. La pasión se opone a la emoción como lo crónico se opone a lo agudo.

En suma, las ideas de Ribot consolidan la diferencia ya señalada por Kant. Este comparaba a[20] la emoción con un torrente que desborda, rompiendo sus diques, y a la pasión con un río que cava su propio lecho cada vez más profundamente. Ribot considera necesario ocupar esa posición abandonada, pero con los métodos y los recursos de la psicología moderna, especialmente los de la patología. Sin embargo, insiste en el rechazo de la tesis de Kant, que consideraba a todas las pasiones como enfermedades.

En este punto, la opinión de Ribot es muy discutible; sería derechamente falsa si

reemplazáramos la palabra enfermedad por la palabra anormalidad o desequilibrio. Si se admite que el primer carácter de la pasión es la existencia de una idea fija, no puede afirmarse que ella es un estado normal; la idea fija es una condición patológica de la actividad mental, una enfermedad de la inteligencia que perturba todo el raciocinio por uno de los mecanismos ya estudiados bajo el nombre de «lógica mórbida».[21]

Aparte de esta divergencia técnica, cabe reconocer que Ribot ha promovido una discusión de hechos y no de palabras. Es tan erróneo confundir la emoción con la pasión, en el orden de los sentimientos, como confundir la percepción con la imagen o la imagen con el concepto, en el orden de la inteligencia.

Los sabios por dentro[22]

En esta misma[23] sección del congreso, destinada a la psicología introspectiva, se consumaron numerosas producciones de especulación metafísica, amén de otras puramente literarias; en todas partes zumban enjambres de aficionados que siguen comprendiendo la filosofía a la manera antigua, o sea como arte de hablar y escribir agradablemente sobre las cuestiones que se ignoran mejor. Fue la piedra del escándalo, un océano de discusiones nebulosas acerca de palabras antes que de hechos, sin claridad ni precisión, contrastando con el espíritu objetivo y el método científico predominante en las otras secciones del congreso. El joven[24] sociólogo Pablo Orano publicó un artículo en un diario político de Roma pidiendo se suprimiera esta sección en los congresos venideros. La medida, excesiva al parecer, resultó más que justificada cuarenta y ocho horas después.

A poco de terminar las sesiones aparecieron sombras de borrasca en el horizonte; se produjo una impetuosa polémica en los diarios, promovida por los filósofos[25] introspectivos contra los psicólogos experimentales. Fue un desborde repentino de pasiones, rencores personales, odios políticos, envidias científicas;[26] la insurrección de lo trivial contra lo culto, el sacudimiento de la bestia que conspira[27] dentro del hombre. En semejante río revuelto, el lodo salpicó por igual sobre todos los nombres respetables en la ciencia y la filosofía italianas.

Estos torbellinos[28] psicológicos no se comprenden hasta el momento de presenciarlos. Los demás hombres tienen una idea especial del hombre de ciencia, hasta atribuirle un físico y un carácter determinado[s].[29] Podría reconstruirse el tipo:[30] hombre viejo o entrecano, gasta lentes de fuertes vidrios, usa barba larga y alguna porción de melena, viste levita o saco semisucio, sombrero de copa o chambergo, botines deslustrados o rotos. Moralmente, se le supone incapaz de reír, solemne, paciente, cerrado[31] para el amor y para la ira, sin aficiones artísticas, ni gustos literarios. Ese juicio es erróneo, las más de las veces. El ejemplo eficaz de esa erroneidad lo daba en el congreso el sabio Vaschide, director del laboratorio de psicología experimental en la Sorbona.[32] Es un joven de treinta y un años,[33] elegante, perfumado, físicamente bello, sin bigote ni barba; para complemento de su originalidad, ha nacido en Rumania. Cuando no estudia es la encarnación del *esprit* francés. Aunque ya casado, gustábale agradar a las congresistas: habría sido el tormento de muchos maridos si el congreso[34] hubiese durado un mes.

Es wagnerista eximio y ejecuta con talento a Beethoven y Grieg; cultiva a Molière, gusta de Albert Samain y no desdeña a Anatole France. En el museo del Vaticano estuvimos una hora en el Belvedere viendo las cuatro maravillas: Laoconte,[35] Apolo, Perseo y Antínoo. Frente a las cascadas de Tívoli nos extasiamos una tarde entera, sentados sobre una piedra antigua, sin decir una palabra, oyendo el murmullo de las cascadas y el canto de los pájaros; al regresar no sentimos el menor deseo de comentar la infinita poesía de esa naturaleza, como temiendo que la ineficacia de las palabras pudiera perturbar el sereno recuerdo de sus encantos.

Este sabio ocupa una posición científica eminente[36] y cuenta en su haber cuatro libros más que discretos; está en plena fecundidad[37] y posee un extraordinario poder de expansión individual,[38] aunque en este congreso no intervino en cuestión alguna y leyó un trabajo perfectamente inadvertido.[39] Existen otros tipos de sabios; aunque parezca inverosímil los hay tontos, ridículos, maridos celosos, padres absurdos, amigos desleales, mercaderes en su profesión, clericales, anarquistas, patriotas, envidiosos, muchísimos envidiosos, casi todos envidiosos.

La posesión de cualidades[40] poco vulgares no los exime de tener los defectos comunes a todo el vulgo.[41] Léase este fragmento de literatura científica, lleno de exquisita cortesía, aplicado por el ilustre profesor Patrizi al célebre profesor Fano:

«Con un lenguaje más abierto y viril del que V.[42] se industria en usar, le diré que semejante agravio sólo habría podido esperarlo de un calumniador profesional o de un hombre orgánicamente vil.» «Basta, basta, eximio calumniador». «Su artículo es el clamoroso reventar de una hueca vejiga de vanidad»; «su agresión es la obra de un timidísimo y mendaz acusador… pues esperó que me fuese de Roma para no poder contestarle con la rapidez y la eficacia[43] que correspond[ían] a su provocación». «A pesar de esto modero mi reacción…» (!) y «no concluiré con un ¡hasta la vista! pues sus piernas deben permanecer bien plantadas para sostén de las letras nacionales, de las ciencias, de la filosofía, de la fisiología y para mayor gloria de la especie humana.»

Inútil decir que después de semejante batahola los sabios no se batieron. Ni lo intentaron, sin recurrir siquiera al socorrido reglamento del partido socialista, que lo prohíbe cuando sus miembros temen batirse, o a la prohibición de la Iglesia invocada por los católicos.

¡Esto pueden el cielo luminoso y la excitante primavera de Italia![44] Dos sabios de verdad, excelentísimos padres de familia en invierno y en días nublados, se empenachan como cualquier nativo de Gascuña o de Andalucía, convirtiendo en plaza de toros el laboratorio experimental. ¿Por qué? ¿Por el prejuicio del honor, por el amor de una mujer hermosa, por la sensualidad del dinero, por la sugestión del patriotismo, por la vanidad de lucirse?»

Por mucho menos. Discutían sobre la originalidad y la eficacia de un aparatito[45] que es de temer no modifique los destinos de la humanidad.

*

* *

Dos jóvenes cercopitecos y el profesor Ezio Sciamanna, velludos los primeros y calvo el segundo, constituyeron la nota interesante de la primera sección del congreso,[46] destinada a la psicología experimental en sus relaciones con la anatomía y la fisiología. Otros sabios leyeron trabajos sobre tópicos interesantes para los especialistas, modestos artífices de mosaicos y miniaturas perdidas en la decoración de la mole, cuya arquitectura conciben solamente los espíritus sintéticos y generalizadores.[47] Sciamanna supo acertar con un tema de índole general y de interés científico permanente.[48]

El cerebro y la inteligencia

Cuando Flechsig designó ciertas zonas del cerebro como centros[49] de ideación, planteóse nuevamente este problema: ¿Las aptitudes intelectuales son la función de todo el cerebro o solamente de algunas regiones determinadas?[50] Los fisiólogos y los clínicos han vuelto a discutir el antiguo concepto que ubicaba en los lóbulos frontales anteriores el sitio propio de la inteligencia.

Es fuerza mencionar someramente una premisa técnica del asunto. Sciamanna cree que las zonas asociativas de Flechsig no pueden considerarse como verdaderos centros de la ideación,[51] destinados a las actividades superiores, es decir, como últimas estaciones[52] donde llegan y se registran las impresiones que los agentes externos determinan en los centros de proyección, mediante los sentidos. Las considera como puntos destinados a desviar y difundir las corrientes intracerebrales que nacen de la actividad de un centro sensorial; de esa manera la excitación centrípeta de un centro de proyección estimula simultáneamente muchos centros lejanos, sensitivos y motores, determinando la reviviscencia de las imágenes impresas[53] anteriormente por los agentes externos.

El lóbulo frontal, en sus relaciones con la inteligencia, no puede tener mayor importancia que las otras regiones del cerebro llamadas zonas asociativas, más cercanas de los centros de proyección correspondientes[54] a los sentidos especiales. Sobre este punto[55] las enseñanzas de la clínica no han sido muy fecundas;[56] esto aumenta el valor de los datos experimentales.

El profesor Leonardo Bianchi realizó en 1894 importantes experimentos sobre monos, admitiendo francamente la participación de los lóbulos frontales en los más elevados procesos de la inteligencia. Algunos años después, continuando sus estudios, el actual ministro de instrucción pública[57] creyó poder afirmar que los lóbulos frontales servían[58] para la fusión consciente de las dos actividades superiores del espíritu, los sentimientos y la inteligencia. Por tanto, eran los órganos directores de la conducta y presidían[59] a todas las formas inteligentes de la actividad individual.

Los experimentos de Sciamanna en la universidad de Roma no confirman los resultados que obtuvo Bianchi en la de Nápoles. El profesor romano presentó al congreso dos monos privados quirúrgicamente de sus lóbulos frontales anteriores. No ha podido observar ninguna variación en sus funciones intelectuales, su conducta es la

consuetudinaria, sus manifestaciones instintivas son las mismas y las aptitudes adquiridas mediante la educación se conservan como antes de ser operados. En suma, después de habérseles extraído una gran parte[60] de los lóbulos frontales, los monos presentados al congreso no ofrecen ningún cambio en su personalidad. Ante el resultado de esos experimentos, Sciamanna cree poder afirmar que el lóbulo frontal anterior no puede considerarse como el sitio especial o exclusivo de las funciones intelectuales propiamente dichas.

Esta conclusión, esperada por los entendidos en fisiología cerebral, tiene importancia por los hechos experimentales en que se funda. La nueva psicología, fundada sobre seguras bases biológicas, considera la inteligencia como la forma evolucionada y compleja de funciones elementales que son propias de la materia viva: la sensibilidad y el movimiento; afirma, además, que todo el organismo concurre a constituir las funciones psicológicas, la personalidad humana, especiándolas [sic][61] en los centros nerviosos por un simple fenómeno de división del trabajo.

En definitiva, por ahora sólo puede afirmarse que el conjunto de funciones llamado inteligencia resulta del trabajo armónico y regular de todo el cerebro; las perturbaciones debidas[62] a lesiones parciales deben atribuirse a la rotura de esa armonía y no a que determinadas zonas del encéfalo tengan el patrimonio exclusivo de la inteligencia.[63]

Ocultismo y espiritismo

En la tercera sección, cuyos trabajos presidieron Morselli, Janet, Sollier y Dumas, leyéronse trabajos de aliento sobre psicopatología patológica en su mayor parte demasiado técnicos.[64] El primer día, con motivo de una comunicación del Dr.[65] Del Torto, se inició una interesante escaramuza sobre los mediums,[66] el medianismo y los fenómenos que suelen designarse desacertadamente con el nombre de espiritismo científico.[67]

Este es uno de los campos frecuentados por los semicultos en psicología, como los semicultos en medicina caen en la homeopatía o el electromagnetismo, y los semicultos en sociología merodean por las inmediaciones de la revolución social. Son cerebros incompletos que se indigestan rumiando su entrevero de conocimientos y preocupaciones, de hechos y prejuicios, de ciencia y metafísica. Son casos de fanatismo complicado con un saber exiguo y unilateral, mil veces más funesto para su cultura que la ignorancia completa. Saber mal y a medias es peor que no saber.

El doctor Del Torto, por ejemplo, ha «inventado» una explicación de los fenómenos de transmisión mental, que los italianos y alemanes llaman de transferencia psíquica, y los franceses e ingleses califican de sugestión mental. Del Torto pretende que los centros nerviosos de cada hombre representan un imán y se encuentran rodeados de una atmósfera o campo vital. Un hombre puede influir sobre el campo vital de otro, como un imán sobre el campo magnético de otro. Bajo esa influencia los elementos de ambos sujetos se orientan en un mismo sentido y esta coincidencia es la vía del transporte psíquico.

Diez años de asiduo ejercicio bibliográfico, no nos permiten explicar mejor esa teoría, que, a su vez, no explica ninguno de los fenómenos que el autor desea explicar. Se funda en premisas imaginarias e indemostrables, de las cuales deduce conclusiones completamente ajenas a los conocimientos científicos actuales.

Un apasionado espiritista, Enrique Carreras (algo debía tener de español, siquiera el apellido), conocido por su intimidad con los espíritus más populares en los trípodes saltarines de Roma y de Turín, cogió la ocasión al vuelo y repitió el consabido discurso acerca de las fotografías espiríticas de Crookes, las fantasías de Flammarión, los experimentos de Rochas, los estudios de la Sociedad Londinense de investigaciones psíquicas, la mesurada simpatía de Richet y las declaraciones ingenuas[68] de Lombroso. Habló con calor, como persona que al fin se libera de un gran peso o desahoga un deseo reprimido por muchos años.

Intervinieron Morselli, Sollier, el delegado argentino y otros profesores, aportando al debate las nociones que puede prestarle la psicopatología del sistema nervioso; excluyeron por igual la invención magnética de Del Torto y la fe espiritista de Carreras. La discusión tornóse interesante: se prescindió del trabajo inicial del debate y se trataron cuestiones harto obscuras para iluminarlas definitivamente en una charla de congreso.

Nadie niega la existencia de fenómenos anormales (algunos los llaman extranormales) en los sujetos llamados médiums; esos fenómenos suelen producirse gracias a la presencia del médium y de los experimentadores. Las personas que tienen conocimientos especiales sobre la fisiología y la patología del sistema nervioso[69] saben que los médiums suelen ser sujetos histéricos o simples sugestionados; los conocimientos clínicos y experimentales sobre la materia permiten explicar perfectamente la mayor parte de esos fenómenos, su casi totalidad. Quedan algunos hechos no explicados todavía; para su interpretación bastaría admitir que en el organismo humano existen modos de sensibilidad y de fuerza mal conocidos aún, pero cuya existencia comienza a demostrarse.

Los que no saben psicología, ni fisiología del sistema nervioso, ni patología cerebral; los que no han pisado una clínica ni un laboratorio, se limitan a atribuir esos fenómenos a los espíritus de los muertos. Esta no es una explicación científica, ni siquiera extracientífica; es una creencia. El espiritista atribuye a los espíritus los movimientos del trípode y las comunicaciones que cree recibir de ultratumba con perfecta buena fe; así también el primitivo atribuye el rayo a la ira de los dioses y los fuegos fatuos a paseos de los muertos para distraerse del tedio sepulcral asustando a los pacíficos vecinos de las necrópolis. Representa, pues, una etapa primitiva de la interpretación de los fenómenos naturales; se encuentra en el mismo caso que las otras formas del animismo en psicología, de la metafísica en filosofía, del catastrofismo en sociología. Allan Kardec, Hegel y Bakunine[70] son tres manifestaciones diferentes de una misma etapa del saber humano.

Eusapia Palladino

Estos fenómenos anormales, por su mismo carácter extraordinario, se prestan

singularmente a la exageración pleonástica y al arreglo novelesco. Cada libro contiene un décimo de hechos observados personalmente y nueve décimos de referencias ajenas, casi siempre de tercera o quinta mano, cuando no de vigésima. Ocurre lo mismo con los relatos personales, además del espíritu de proselitismo interviene en estas exageraciones la vanidad personal, pues el relato de cosas interesantes proyecta interés sobre el protagonista.[71]

En Buenos Aires nunca pudimos observar[72] ningún fenómeno digno de atención, no obstante haber solicitado ese favor de varios círculos espiritistas y de una rama teosófica,[73] siempre se chocaba con la falta de buenos médiums. En Roma buscamos la manera y la ocasión de conocer a Eusapia Palladino, la celebre médium que han estudiado tantos psicólogos y mentalistas contemporáneos. Partía ella de Roma el mismo día en que llegamos, después de haber pasado una temporada en la casa del príncipe Ruspoli, distinguido caballero que suele sesionar con ella por curiosidad o entretenimiento. Un colega muy ilustrado y en extremo gentil, el Dr. Testa,[74] nos proporcionó una carta para su amiga Eusapia. La visitamos en Nápoles, pasando para Pompeya, y obtuvimos la promesa de que regresaría a Roma a fin de efectuar algunas sesiones experimentales.[75]

La médium napolitana manifiesta deseos de ir a Buenos Aires y ha iniciado algunos trámites con una de las diminutas ramas teosóficas bonaerenses. La proyectada jira [sic] no es fácil; dependerá, en última instancia, del interés que ponga en ello un erudito aficionado argentino, el mismo que sostuvo en LA NACIÓN una interesante polémica sobre ocultismo, con Rubén Darío diez años atrás.

Juicio general del congreso[76]

Estas rápidas impresiones sobre el ambiente, los hombres y las teorías, permiten comprender en sus líneas generales la obra y las tendencias del quinto congreso internacional de psicología, celebrado en Roma.[77]

El profesor Sergi sintetizó el juicio general en breves términos.[78] Muchos creen –dijo– que un congreso científico debe resolver definitivamente todos los problemas que preocupan a la humanidad; cuando no ven este resultado, deducen conclusiones muy escépticas sobre la utilidad de los congresos. Esta falsa espera, tanto mayor cuanto más arduos son los problemas tratados, como ser[79] el alma humana y su mecanismo funcional, expone a sufrir desilusiones también mayores.[80]

Esta vez, sin embargo, el congreso[81] puede afrontar serenamente el juicio más severo. Dos tendencias y dos métodos viven en permanente conflicto dentro de las ciencias psicológicas; puede afirmarse como un éxito de mucho valor la entonación impresa por una de ellas a todo el trabajo del congreso, la tendencia nueva, estrictamente científica. No la que observa empíricamente los fenómenos del alma, sino la que trata de investigarlos científica y metódicamente,[82] hasta recurrir a instrumentos de precisión cuando ellos son necesarios para disminuir los errores que pudieran atribuirse a deficiencias o ilusiones de nuestros sentidos.

Ese camino, además de señalar rumbos nuevos[83] a la psicología y a la fisiología,

abre horizontes sobre todos los estudios que interesan a la inteligencia humana, permite aplicaciones a las ciencias, a las letras y a las artes, e influye de esa manera sobre la orientación de la cultura moderna.[84]

JOSE INGEGNIEROS

Notas

1 En *Italia,* esta crónica está dividida en dos: «Psicología introspectiva y psicología experimental» y «El limbo de lo sobrenatural». Con ellas se completa la segunda sección del libro, «En la ciencia». Como es usual, no aparecen allí ni el encabezado, ni la firma ni los datos de lugar y fecha. En *AMC*, aparece incluida en la crónica «Un cónclave de psicólogos».

2 En *Italia* y *AMC:* lleva el tigre las manchas sobre su piel y el pavo real sobre el abanico de su cola.

3 En *Italia:* de un ser anónimo.

4 En *Italia* y *AMC:* verosímil

5 En *AMC*: constituya

6 En *AMC*: tempestad

7 En *Italia:* aprovecharse

8 En *AMC*: bueno

9 En *Italia* y *AMC:* mirar en su propio cerebro

10 En *Italia* y *AMC:* los procesos fisiológicos que sirven de engranaje a la obsesión musical

11 En *Italia* y *AMC:* saber todas las causas

12 En *AMC*: Pablo

13 En *AMC*: conocer su mecanismo

14 En *Italia* y *AMC:* que es la forma superior del *dilettantismo*

15 En *AMC:* que en los tratados contemporáneos suele descuidarse

16 En *AMC*: su trabajo reacciona

17 En *AMC*: demostrando que son formas

18 En *AMC*: Para ser claro y comprensible distingue tres formas principales de fenómenos en el dominio de los sentimientos.

19 En *AMC*: tendencia

20 Preposición suprimida en *AMC:* Este comparaba la emoción

21 En *Italia* y *AMC:* perturba todo el raciocinio mediante un mecanismo ya estudiado bajo el nombre de *lógica mórbida*. [comillas y no bastardilla en *AMC*].

22 Aunque se mantiene la división en secciones del texto, marcada por asteriscos, en *Italia* desaparecen estos subtítulos. En *AMC* no hay subtítulos ni asteriscos, aunque sí un espacio en blanco entre las distintas secciones del texto. En *Italia* se agrega el siguiente párrafo, al inicio de esta sección, ausente en *AMC*:

Nos incumbe recordar que entre muchos trabajos incomprensiblemente extrecientíficos se leyeron algunos de importancia verdadera. El abogado Alejandro Levi disertó sobre la importancia de las investigaciones psicológicas para la filosofía del derecho; A. Groppali

envió un trabajo acerca del proceso de formación y evolución de la conciencia jurídica; Antonio Renda estudió la hereditariedad como método para la investigación psicológica; Francesco del Greco dio lectura a una sesuda Memoria sobre la psicología del carácter y las contribuciones que a ella aporta la psiquiatría; Paolo Orano estudió el fenómeno de la timidez y sus consecuencias intelectuales; H. Beaunis comunicó sus observaciones sobre las formas crepusculares del pensamiento; Henri Pieron dio a conocer un interesante estudio sobre cien noches de sueños; Juan Papini analizó la influencia de la voluntad sobre el conocimiento; el profesor argentino Horacio G. Piñero comunicó el estado de la enseñanza de la psicología en la República Argentina.

23 En *AMC*: En esa misma

24 En *AMC*: distinguido

25 En *AMC*: psicólogos

26 En *AMC*: pasiones, odios políticos, envidias científicas, rencores personales;

27 En *AMC*: que se oculta

28 En *AMC*: Tales torbellinos

29 En *Italia* y *AMC,* esta oración se completa con las siguientes palabras: es el «señor Teufelsdrock» que pinta Carlyle en su *Sartor Resartus,* es el viejo filósofo cuyas huellas sigue *El Discípulo* de Paul Bourget, es el *Silvestre Bonnard* de Anatole France.

30 En *Italia* y *AMC:* Podría reconstruirse el tipo sintético del sabio en pocos rasgos

31 En *AMC*: obtuso

32 En *Italia* y *AMC:* el sabio Vaschide, del laboratorio de psicología experimental en la Escuela de Altos Estudios.

33 En *Italia* y *AMC:* treinta y dos años

34 En *AMC*: cónclave

35 En *AMC*: Laocoonte

36 En *Italia:* brillante

37 En *Italia:* está en la plena fecundidad

38 En *Italia,* termina aquí la oración. La siguiente comienza: Sin embargo, aunque en este congreso

39 En *AMC* se omite completa esta primera oración.

40 En *AMC*: de algunas cualidades

41 La oración que sigue y los cuatro párrafos que restan hasta el fin de la sección están suprimidos en *AMC*.

42 En *Italia:* usted

43 En *Italia:* con la rapidez y eficacia

44 En *Italia:* de la Italia!

45 En *Italia:* de un interesante aparatito

46 En *Italia* y *AMC:* tan velludos los unos como calvo el otro, fueron la nota más interesante de la primera sección del congreso

47 Esta oración está reemplazada, en *Italia,* por las cuatro siguientes: Sciamanna es un vejete simpático y tranquilo; todas las líneas de su fisonomía parecen denunciar la inteligencia y la bondad. Tiene prendas morales muy estimables; sólo podríamos atribuirle un defecto, la modestia, defecto que es en un hombre de valer y equitativa virtud en los inútiles. Los años

gravitan sobre su espalda y la encorvan apaciblemente; pero su espíritu no envejece, su amabilidad exquisita no se nubla, ni tiene la inaguantable solemnidad que suele traicionar a los simuladores del saber y del talento. Es profesor eximio y maestro bondadoso; ello vale tanto como los volúmenes científicos que no ha escrito.

Lo mismo ocurre en *AMC*, con variaciones en la segunda de las oraciones agregadas: sólo podríamos atribuirle una falla: la modestia, que es defecto en un hombre de valer y equitativa virtud en los inútiles.

48 En *Italia* y *AMC* se especifica: relaciones entre la corteza del cerebro y las funciones psíquicas.

Asimismo, en nota al pie, la crónica del diario consigna: El profesor Ezio Sciamanna falleció repentinamente en Roma, el 19 de mayo. P.[S.] En *Italia* se completa esa nota con la expresión: pocos días después de terminado el congreso. En *AMC* no aparece ninguna nota o aclaración.

49 En *AMC*: centro

50 En *Italia* la pregunta está entre comillas.

51 En *AMC*: centros de ideación

52 En *AMC*: claves

53 Palabra elidida en *Italia,* seguramente por error. En *AMC*: imágenes anteriormente producidas

54 En *AMC*: y correspondientes

55 En *Italia* y *AMC*: ese punto

56 En *Italia:* tan fecundas

57 En *AMC* se suprime la referencia al cargo de Bianchi: continuando sus estudios, creyó poder afirmar

58 En *AMC*: que los lóbulos servían

59 En *AMC*: serían los órganos directos de la conducta y presidirían

60 En *AMC*: extraído gran parte

61 En *Italia* y *AMC*: especializándola

62 En *AMC*: los trastornos debidos

63 En *Italia* se agregan estos dos párrafos, ausentes también en *AMC*:

Aunque no tienen el mismo interés general que el de Sciamanna, merecen recordarse los interesantes trabajos de Paul Sollier sobre la nutrición general y el trabajo psíquico; G. Nurigazzini, influencia del lóbulo frontal sobre el cerebelo, y viceversa; Charles S. Myers, el sentido del ritmo en los puntos primitivos de la fisiología del cerebelo. Bonnier, plan general de psicología animal; Henri Pieron, estudios psicológicos de una especie de mirmicida; G. Robinowicht, experiencias sobre el sueño eléctrico.

Toda labor interesante; magna como exponente de los nuevos rumbos y métodos; pequeñísima si la comparamos con los innumerables interrogantes que nos pleantean los problemas del espíritu humano.

64 Esta primera oración está sustituida, en *Italia,* por dos párrafos, con los cuales comienza «El limbo de lo sobrenatural» (ver primera nota de esta crónica). En *AMC* esos párrafos inician la última sección de la crónica «Un cónclave de psicólogos», indicada por un mayor espaciado, sin subtítulos ni asteriscos:

Enrique Morselli es una de las personalidades más conspicuas de la psiquiatría moderna. Alienista ilustradísimo, crítico penetrante, filósofo completo, escritor galano. El sabio está doblado por un artista. Sus obras más fundamentales, la *Antropología* y la *Semeiología de*

las enfermedades mentales, serán pronto libros clásicos. Hay en ellos erudición vastísima, claridad perfecta de estilo, disciplina ejemplar en el análisis, criterios sintéticos irreprochables. Ha sabido hacer de la psiquiatría lo que Lombroso no pudo hacer de la antropología criminal. Tiene, como Sergi, un riguroso espíritu de sistema. Cualquier alienista moderno puede llamarle maestro, sin reticencias. El físico lo ayuda: es buen mozo, no obstante haber doblado ha tiempo los cincuenta años. Sus colegas envidiosos [*AMC*: Colegas envidiosos] contaron a los congresistas extranjeros que se tiñe el pelo y el bigote; es un pequeño desquite que se toman contra su mucho talento, pero es menester agregar que está muy bien teñido, si es verdad el chisme. Conversa muy bien y habla en público desplegando una persuasiva elocuencia de hombre superior, de maestro que sabe mucho y dice muy bien su saber: parece nacido para la cátedra y merecería un puesto en la más eminente academia.

Presidió los trabajos de la primera sección, destinada a la psicología patológica, alternándose [*AMC*: turnándose] con tres franceses ilustres: Janet, Sollier y Dumas. [Lo que sigue no figura en *AMC*] Se leyeron allí muchos trabajos interesantes, demasiado técnicos para ser referidos a los lectores de *La Nación;* mencionaremos los títulos de algunos, para dar una impresión del conjunto y orientar a algún aficionado a este género de estudios. Sante de Sanctus estudió algunos tipos de mentalidad inferior; Gilbert Ballet se ocupó de la psicoterapia y los límites de su acción; N. Vaschide dilucidó el desdoblamiento de la conciencia en los neurópatas; Luis Gualino refirió sus observaciones sobre la psicología comparada de los idiotas; C. Calucci expuso la importancia de la psicología en la obra de los reformatorios; Augusto Lemaitre descubrió los trastornos de la mentalidad en un niño de quince años; Giulio Ferrero disertó sobre el desarrollo de la inteligencia en un caso de privación simultánea de la vista y del oído; A. di Luzemberger analizó la interpretación psicológica de la histeria y otras neurosis funcionales; Henri Pieron se ocupó de la anestesia histérica a la fatiga; Georges Dumas dio a conocer la patología de la sonrisa; José Ingegnieros refirió sus investigaciones sobre los trastornos del lenguaje musical en los histéricos; Paul Valentín analizó las causas morales de la neurastenia sexual; S. E. Henschen trató de la sordera verbal pura.

65 En *Italia:* doctor

66 En *Italia:* acerca de los médiums

67 En *Italia:* que suelen designarse con el nombre de espiritismo científico, desacertadamente. En *AMC* no figuran esta oración ni los diez párrafos siguientes, por lo cual el texto continúa con la oración que comienza diciendo: «Estas rápidas impresiones», aquí colocada al inicio del apartado «Juicio general del congreso».

68 En *Italia:* las impremeditadas declaraciones

69 En *Italia*, aunque parece una errata: psicología del sistema nervioso

70 En *Italia:* Bakounine

71 En *Italia* se agrega el siguiente párrafo: La parte novelesca es enorme en los relatos de los escritores más serios. Podemos dar fe de una chanza jugada al ingenuo Flammarión. Un joven profesor argentino, cuyo nombre no será difícil adivinar, puso a prueba la inocencia del astrónomo enviándole dos relatos realmente extraordinarios de apariciones de difuntos a distancia, pocos momentos después de la muerte. Tan bonitos eran los casos –pues la fantasía suele superar a la realidad en materias como ésta– que el empedernido espiritista los intercaló en su libro *Lo desconocido y los problemas psíquicos,* ensalada de otras historias semejantes, que circula como bíblico evangelio entre los espiritistas subalternos. Libros como ese, por mitad trágicos y por mitad tartarinescos, son el corrosivo de la ingenua imaginación popular, demasiado popular para que tenga relación alguna con la ciencia.

72 En *Italia:* ver

73 En *Italia:* de varios círculos espiritistas de una rama teosófica

74 En *Italia:* doctor Festa

75 En *Italia* se agrega: Desgraciadamente, no pudimos llevar a cabo nuestro buen deseo; pocos meses después estuvo en París, llamada por el Instituto Psicológico, misteriosamente oculta por sus experimentadores, hasta el punto de negársenos su presencia, no obstante llevar para ella una carta de orden íntimo y personal.

76 Esta última sección, marcada por asteriscos y sin el subtítulo, como ya indicamos, se inicia en *Italia* con el siguiente párrafo:

No podríamos terminar la crónica del congreso sin decir que Santer de Sanctus, su secretario general, fue un elemento primordial de su éxito. Es profesor en la Universidad de Roma, hombre joven, bien trajeado, alegre, decidor, activísimo, amén de otras buenas cualidades que no le impiden tener mucho talento y respetable erudición. Entre sus libros, algunos son de mérito, como *Los sueños* y *La mímica del pensamiento*. Asimila con facilidad, posee buen sentido crítico y sabe generalizar con discreción; agreguemos que su estilo es interesante y está dicho que es un excelente escritor científico.

77 En *AMC*: la obra y las tendencias de este cónclave de psicólogos.

78 En *Italia:* en los términos siguientes. En *AMC* se elide «en breves términos».

79 En *Italia:* como son

80 Estas dos oraciones, con las palabras de Sergi, están entrecomilladas en *Italia*.

81 En *AMC*: el cónclave

82 En *AMC*: trata de investigarlos metódicamente

83 En *AMC*: señalar derroteros

84 En *AMC*, donde esta crónica está incluida, con todas las referentes al congreso, en una sola denominada «Un cónclave de psicólogos», se agregan a continuación los últimos párrafos de la que en *La Nación* llevaba originalmente ese nombre.

Viernes, 14.VII.1905, página 3, columnas 5, 6 y 7.

LA TEMPORADA LÍRICA DE MASCAGNI[1]

Roma, junio de 1905

Señor director de LA NACIÓN:

El amor de Roma, como el de todas las adorables casquivanas, tiene felices caprichos e injustos desgaires, crecientes y menguantes. Un día de sus favores vale un siglo de éxito en cualquiera otra de las cien ciudades italianas, como una caricia[2] de Manón o la Montespán no podría cambiarse por la vida entera de una modesta maritornes.

Mascagni y D'Annunzio han conquistado el cerebro y el corazón de esta metrópoli, otrora[3] gema del orbe y hoy emporio subalterno,[4] pues[5] una barbarie de quince siglos ha desmantelado la grandeza del asiento imperial de Augusto y de Trajano; Roma no pudo resurgir a la antigua supremacía en el breve paréntesis marcado por el Renacimiento. Ahora es de buen tono, y de perfecta romanidad, leer al exuberante estilista y escuchar al inspirado compositor. Ambos han vencido obstinadas resistencias antes de obtener su cariño y sus mimos; actualmente usufructúan el voluptuoso privilegio del aplauso público, junto con la loa incondicional de la crítica oficiosa.

En su intimidad intelectual, D'Annunzio revela una rara cultura puesta al servicio de un temperamento en extremo sensitivo. Como el sátiro de Hugo, él escucha el canto salvaje de las florestas, del mar, de las mieses y de las viñas, para cantarlas después en su lenguaje constelado de imágenes y de prodigiosa riqueza verbal, como Guy de Maupassant, ofrenda sus opimas cosechas a Pan Cicorne, cuya zampoña agreste le enseñó las más sensuales melopeas. Sus yerros literarios y personales son meros accidentes que se eclipsan ante el brillo meridiano de su talento y de su ilustración asombrosa; es necesario oírle para comprender que a la cumbre se llega por el estudio incesante, no por el azar o la improvisación. Demostrando su talento, con obras más bien que con actitudes, impuso su éxito; le fue fácil, pues la gloria busca al mérito como el rayo a la punta acerada. Es verdad, sin embargo, que muchas veces tarda en llegar y la espera no está exenta de incomodidades.[6]

La fisonomía de Mascagni es tan conocida como sus peripecias profesionales. No lo son menos las leyendas circulantes acerca de sus bizarras originalidades; representan el tributo que rinde la mediocridad al genio, ya sean simples invenciones de la ingenua fantasía popular, ya gotas de acíbar que en la copa del triunfo vierte la envidia. Mascagni ha tenido que desvirtuar con su obra las preocupaciones difundidas sordamente para difamarlo; son otra prueba[7] de su valer. Vargas Vila definió la envidia como el culto de las almas viles a las almas grandes; es, también, la adoración del mérito[8] por el despecho, la forma bastarda de la admiración, pues[9] envidiar es estar de rodillas ante una gloria. Ahora, en Roma, causaría lástima quien repitiera en serio los chismes con que los necios han honrado al maestro liornés. Se le estima y respeta sin restricciones. El anuncio

de una temporada lírica exclusivamente compuesta de obras suyas, ejecutadas bajo su dirección, constituyó un verdadero acontecimiento artístico y social.[10]

Aumentaba el interés público el segundo estreno de «Amica»,[11] cuyo éxito ante la heteróclita sociedad que desfila por Montecarlo había entusiasmado a sus admiradores y exasperado a cuantos le envidian. En cambio, el maestro excluyó del cartel a «Cavalleria Rusticana» e «Iris», juzgándolas demasiado conocidas para figurar en esta resurrección de «Amico Fritz», «Ratcliff» y «Zanetto».[12] Estas obras[13] parecían aletargadas, las que no muertas; esperaban que el maestro, con afecto paternal, las sacara del olvido que gravitaba sobre ellas, pesado como una lápida que parecía definitiva, no obstante los amables epígrafes[14] con que la crítica había honrado sus merecimientos.

A fines de abril comenzó la temporada, que ayer terminó[15] con la décima de «Amica»: los honores de la primera noche correspondieron a «Amico Fritz».

*

* *

El público estaba compacto[16] en el teatro enorme; parecía un trigal incesantemente removido por tenue brisa. El deseo remueve así a las multitudes.

Cuando Mascagni apareció entre la orquesta, rumbo a su atril, la marea humana pareció henchirse de entusiasmo, desbordando en una ovación unánime. De pie, con gesto digno, sereno como una ola aun no encrespada por la tempestad, el maestro dio comienza a su cometido. Viéndole dirigir por vez primera, Mascagni es el único intérprete de su drama musical; no puede mirarse cosa alguna fuera de él mismo. La acción escénica pasa inadvertida. Él llena todo;[17] su música y su persona parecen fundirse en una entidad única, como si los sonidos emanaran de su propio cuerpo. De pronto se agazapa como una pantera flexible, se arquea como si una endeble racha[18] lo doblara a compás de un juego gracioso de la orquesta. Después se estira y se encoge, se expande y se concentra, vibra, trepida, se aplaca; diríase que es un aparato viviente destinado a medir la intensidad o las inflexiones de la música. La mano izquierda flota siempre sobre el atril como una mariposa, cual si pulsara en el aire un invisible instrumento; ora sus dedos parecen recamar un finísimo encaje de notas, ora ordenar el desgranamiento de una cadencia o el despliegue de una venusta sinfonía. Cada ritmo y cada tema encuentran en su organismo una vibración peculiar. Un sordo creería oír la orquesta con sólo mirar al que la dirige.

De pronto sus movimientos se amplifican y vigorizan como si fuera menester un esfuerzo interior para arrancar a la orquesta la polifonía buscada.[19] Su cabellera desgreñada ondula sin descanso, su persona entera parece levantarse de la tarima, la mímica asume aspectos dictatoriales, los brazos crujen hasta parecer descoyuntarse; entonces su figura se destaca dominadora como la de un creador que pugnara con la materia misma que forma los instrumentos y arrancase de ella los elementos fonéticos[20] primordiales para fundirlos en un himno a la gloria de Euterpe.

He ahí a Mascagni teniendo en su mano las riendas de una gran orquesta. Cuando

termina un acto de música intensa se le ve rendido, corriendo parejas la tarea intelectual con un fuerte desgaste físico;[21] en este caso el trabajo cerebral y muscular está reforzado por la emoción propia de todo autor que se somete a un público, resultando aún más agotador.

Dirigiendo sus propias obras Mascagni es magnífico. Combina la severa precisión técnica de Toscanini con la avasalladora pasionalidad de Mugnone; y, sobre todo, dirige la expresión de sus propios sentimientos estéticos, que nadie siente jamás como el autor mismo. Algunos critican lo excesivo de su gesto y la mímica interpretativa que fluye de toda su persona, acusándole de histrión y de *poseur.*[22] Esos críticos juzgan en frío; no tienen la emotividad musical de Mascagni y no son autores de las obras que él dirige.

*

* *

La producción total de Mascagni,[23] juzgada objetivamente, no parece aún definitiva. Su temporada en el teatro Costanzi con la exclusión de «Cavalleria» e «Iris»[24] poco da que esperar sobre la perdurabilidad total de ninguna de las obras ejecutadas.

La ópera contemporánea tiene dos públicos y dos críticas. El público de poca o mediana educación musical busca en ella una fuente de fáciles emociones que le den una sensación de belleza; es decir, exige que la música excite por medio del oído su sensibilidad general en sentido propicio para provocar una emoción de placer. El público muy educado, que conoce los secretos resortes de la técnica, no tiene emociones musicales simples y directas, sino a través de su inteligencia especializada, a través de su crítica estética. Para el primero basta hablar el lenguaje ingenuo del sentimiento; para llegar al sentimiento del segundo es necesario hablar un lenguaje perfeccionado que también satisfaga a la inteligencia. En otras palabras, el público no educado sólo es capaz de emociones simples, mientras que el otro sólo tiene emociones intelectualizadas.[25] Análoga diferencia existe entre la oratoria tribunicia y la oratoria académica frente a sus públicos respectivos.

La música del primer género suele triunfar el mismo día de su estreno ante la mayoría del público que ordinariamente llena un teatro. La música del segundo género[26] sólo es apreciada por los educados y eruditos,[27] que nunca son la mayoría de un público. Las melodías son tanto más agradables para la multitud cuanto mayor es su sencillez; viven aunque las menosprecien los críticos. Así vivirán Bellini y Donizzetti, Rossini y Verdi, cuatro apellidos italianos. La música sinfónica es accesible a un público cada vez mayor, pero se mantiene forzosamente impopular, como ocurre con la de Bach, Beethoven, Mozart y Wagner. El caso es análogo en literatura: la novela de Dumas tiene otros lectores que la de Flaubert, el drama de Sardou otros espectadores que el de Ibsen, los versos de Stecchetti otra clientela que los de Carducci. Sin embargo, ambos géneros pueden vivir, pues emocionan a públicos diferentes; en cambio, las obras de carácter intérlope no gustan a ninguno.[28]

Ante la sencillez de Verdi puede sonreír compasivamente un wagneriano; pero ese raudal melódico gustará siempre a los oyentes sencillos, pues sacude con eficacia el mecanismo sentimental que pone en juego sus emociones estéticas. En cambio, el verdiano entusiasta se espantará ante el sinfonismo de Wagner, cuya complejidad le resulta incomprensible, mientras el erudito, ya avezado,[29] encuentra en ellas[30] todos los elementos de goce intelectual que ya son indispensables[31] para producirle emociones de belleza. Por las mismas razones la educación literaria hace que parezca vulgar el estilo de Dumas, incongruente el convencionalismo efectista de Sardou y triviales los sonetos de Stecchetti, mientras que los espíritus no desbastados por la cultura declararán inaccesible el nobilísimo estilo de Flaubert, nebuloso el simbolismo de Ibsen e inarmónicas las odas magistrales de Carducci.

«Amico Fritz», «Rantzau» y aun el mismo «Ratcliff» –con tener, este último, tantos momentos soberbios– morirán.[32] Son difíciles para un público e insuficientes para el otro. Vivirá en cambio «Cavallería», obra admirable dentro de su género inferior, y acaso viva buena parte de «Iris», porque tiene páginas técnicas de primer orden, frescura original en varios puntos y el justamente celebrado Himno al Sol, que es una de las mejores creaciones sinfónicas producidas por Mascagni. «Zanetto» morirá también, por lo menos como producción teatral. Es un acto que dura cincuenta minutos, ocupados por un solo dúo[33] entre sus dos únicos personajes. Tiene, en general, una técnica sobresaliente, pero carece de vida para el teatro. La escena tiene sus exigencias; Mascagni no puede violarlas sin perjudicarse. Los más entusiastas wagnerianos reconocen que es excesivamente largo el célebre dúo de amor de «Tristán e Isolda», no obstante ser de una belleza musical pocas veces superada; sus cuarenta minutos bastan para fatigar la atención de los críticos y hacer incontenible el hastío de los indiferentes. Mascagni lo ha excedido infligiendo a su público diez minutos más, sin que el valor emocional de su «Zanetto» pueda compararse al del célebre dúo[34] de la obra maestra wagneriana.

No son superfluas, aunque un poco atrasadas, algunas impresiones personales sobre «Amica»,[35] cuyo estreno en Roma alcanzó un éxito muy discutido.

Un solo párrafo basta para recordar su argumento, ya notorio. Amica, sobrina de Camoine, se ha criado en casa de éste, junto con dos hermanos huérfanos, Jorge y Rinaldo. El primero es melancólico, amoroso,[36] infeliz; el segundo es bello y vigoroso, habita las altas montañas,[37] «más cerca del cielo, más lejos de la tierra». Amica ama en secreto a Rinaldo, que ha sido arrojado del hogar; el tío Camoine decide casarla con Jorge y ella confiesa entonces su verdadero amor. En vano Jorge le susurra palabras tiernas, en vano la amenaza[38] Camoine. Rinaldo llega entonces,[39] y le habla el único lenguaje que su pasión comprende; Amica huye con él, en medio de una tempestad. En el acto segundo Jorge alcanza a los fugitivos. Rinaldo reconoce en el rival a su hermano amadísimo; el amor manchado por la sangre y el remordimiento le repugna. Huye hacia la montaña y deja a Amica a su hermano;[40] ella lo sigue por peñascos[41] y entre matorrales; sobre cataratas y abismos, siempre más lejos, cada vez más alto, hasta la muerte: cae Amica entre la trágica corriente tumultuosa, mientras Jorge y Rinaldo se desesperan ante la desgracia común.

Al levantarse el telón se oyó un silencio lleno de curiosidad ansiosa.

Entre el murmullo de la aurora se percibe en la campiña el tañer de lejanos cencerros; pasa la tropilla y al mismo tiempo llegan los sones de ingenuos instrumentos pastoriles. De esa agreste suavidad inicial, de esa frescura idílica, la música asciende lentamente hasta la plenitud de la tragedia. Una romanza de Jorge provoca los primeros aplausos. Un gracioso coro de pastores deleita amablemente al público y lo seduce con su gárrula melodía que puede tararearse después de una sola audición; es de fácil técnica y de efecto inmediato, sobre todo el danzable final. Ovaciones al autor y primer bis. Un dúo entre Jorge y Amica, lleno de melancólica ternura, arranca más aplausos; Mascagni no concede el bis, pedido con insistencia. Otro hermoso dúo, entre Amica y Camoine, hace recordar al de Alfio y Santuzza en «Cavalleria», más por la vista que por el oído; muchos aplausos y Amica tiene que repetir la frase final. Desde ese momento el éxito aumenta hasta el triunfo estrepitoso. Un dúo entre Rinaldo y Amica se despliega con heroica grandilocuencia, lleno de pasión sugerente, es un andante marcial apoyado sobre un acompañamiento *strappato,* de mucho efecto aunque inspiradamente sencillo.[42] El estro melódico fluye con fuerza; el ímpetu salvaje del alma apasionada, el grito de amor, la ansiedad del deseo, encuentran alta expresión en un lenguaje musical vivificado por la exuberancia de tonos violentos. Este dúo encrespa al público, que amenaza varias veces interrumpirlo con sus aplausos y sus bravos. Sobre el dúo se desarrolla la eficaz descripción orquestal de una tempestad, entre cuyo intermitente relampagueo fugan los amantes.[43] Es una página de mérito indiscutido y de bastante originalidad, aunque no tan extraordinaria como parece creerlo el público entusiasmado; siendo incomparable con la de Verdi,[44] en «Rigoletto», también lo es[45] con la magnífica de Beethoven, en la «Sinfonía Pastoral».

Termina el acto con una ovación. Caballeros y damas, platea y palcos, todo el público de pie, aclaman[46] al maestro, que sale una, cinco, diez veces; la ovación aumenta. Mascagni está conmovido; en muchos años no ha tenido un éxito semejante. El público le obliga a volver a su puesto, bisándose el dúo entero y toda la tempestad entre nuevas expansiones de los concurrentes.

El segundo acto comenzó ante un público ya conquistado y terminó en un completo fracaso, no obstante las reticencias con que la prensa intentó amenguar el desastre y la reacción favorable en las funciones sucesivas.[47] Un intermedio sinfónico lo precede. Se desarrolla[48] sobre dos temas: el primero sintetiza la acción desarrollada en el acto anterior y el segundo prepara el desarrollo final, desenvolviéndose ambos[49] en formas originales y complejas, pero difíciles de percibir para oídos poco educados en[50] la música sinfónica. Aunque largo, el intermedio es bueno; a cada instante se descubre la mano maestra que tejió el himno de «Iris», pues la técnica sinfónica[51] es equivalente, aunque la inspiración melódica es muy inferior.[52] El público lo oyó con interés y lo habría aplaudido con entusiasmo; pero al terminar se levantó el telón y aparecieron magníficas decoraciones, semejando una cascada en el curso de un río alpestre. Esto distrajo la atención: el público, temiendo se creyera que aplaudía las decoraciones, se privó del placer de aplaudir[53] el intermedio. Esta primera[54] e inmerecida tibieza preparó las siguientes.

Amica, Jorge y Rinaldo llenan los treinta y cinco minutos de este acto, con largos monólogos musicales; son de buena factura y la orquesta trabaja muy bien, pero el

público grueso no consigue apreciar la entonación bastante wagneriana de todo el acto, que es un incesante clamor de pasiones devastadoras. En el gran dúo final, entre Amica y Rinaldo, las frases de éste se diluyen suavemente en la poderosa expresividad sinfónica que domina todo el acto.[55] Cuando reaparece el tema de las frases grandilocuentes, tan aplaudido ya, el público se anima y aprueba: en seguida cae en completo silencio hasta el final. Una parte de los presentes aplaude, la mayoría se va, algunos sisean. Se llama a Mascagni una vez; se insiste por cortesía y sin obtener que salga por segunda.[56]

Después del ruidoso triunfo del primer acto nadie habría osado pronosticar semejante fracaso.

*

* *

El público de un estreno, como forma de multitud heterogénea, tiene un juicio esencialmente falible; los hombres, al reunirse, adicionan sus sentimientos, pero restan sus inteligencias. Asociarse es disminuirse individualmente, aunque ello puede ser útil e indispensable para ciertas formas de acción colectiva y social. El juicio del público sobre «Amica» podemos interpretarlo así: triunfó el primer acto porque estaba al alcance de todos, el segundo fracasó debido a su propia superioridad melodramática y sinfónica.

Las originalidades técnicas de Mascagni son, con frecuencia,[57] frívolas travesuras que dan la sensación de lo bonito, sin llegar a lo bello; son aceptables o tolerables[58] porque, en general, no consiguen afear el conjunto. En cambio, «duelen al oído», permítaseme la expresión, sus intencionadas roturas de las frases melódicas: si éstas aparecen espontáneamente, si fluyen del cerebro del artista como recurso propio para expresar las pasiones del drama, su interrupción violenta es antiartística; rehuir la vulgaridad es encomiable, pero el oído tiene su lógica y no es posible violarla so pretexto de originalidad. Torturando el buen gusto se llega a transformar la emoción de placer en emoción dolorosa, la belleza en fealdad.

El coro del primer acto posee esa amable sencillez que complace el oído y arrulla el sentimiento; el dúo entre Rinaldo y Amica es de ingenua solemnidad, emociona al público lo mismo que una marcha triunfal. Ambos números fueron los dos grandes factores[59] del éxito y pronto disfrutarán la gloria barata del organillo callejero. Al día siguiente del estreno, Mascagni ha debido sentir más amargura por esos aplausos fácilmente ganados que por la caída del acto segundo, cuyo fracaso podía prever un mediocre conocedor del gusto común, antítesis del buen gusto.

En el segundo acto se ennoblecen mucho la técnica sinfónica y el recitado musical. Puede objetarse que las figuras de los tres personajes podrían estar más claramente diseñadas, señalándose mejor el colorido de cada uno. Musicalmente las pasiones parecen algo confundidas, en el punto mismo en que cada una debía distinguirse de las demás. Wagner insiste en caracterizar de esa manera las pasiones fundamentales de sus personajes, acompañando su acción dramática con temas claros y obstinados.

Esta observación no impide reconocer que el acto fracasado[60] pertenece a un género incontestablemente superior que el del acto triunfante. Si en vez de seguir una alta inspiración melódica hubiese diseminado al azar media docena de romanzas, minués y coros, cada uno de éstos le habría valido una ovación. No cabe engañarse a este respecto: esas son las condiciones del éxito de una ópera ante el público habitual de nuestros teatros. ¿Cómo acogería un acto compuesto por diez romanzas de Tosti, cantadas por artistas de primer orden y acompañadas por una de nuestras grandes orquestas? Convengamos en que alcanzaría un éxito delirante.[61]

Mascagni ha renunciado por esta vez a sus habituales transacciones[62] con los gustos del público semiculto; su segundo acto busca la simultánea generación de la música y de las palabras, de manera que el acento instrumental corresponda a los sentimientos expresados por los personajes. Su línea melódica se eleva progresivamente, sin brusquedades, y por ende sin que el grueso público advierta la creciente plenitud de la agitación sentimental, que llega hasta el paroxismo trágico. Esa homogeneidad de estilo y ese procedimiento concienzudo provocaron la perplejidad del público que, con las manos aun calientes del acto primero, acechaba alguna siciliana o serenata que le permitiese desahogar sus entusiasmos.

Ya en «Ratcliff» –la ópera más poderosa y genial del maestro– surge esa tendencia hacia la íntima conexión del drama con la música, ahora bien definida en el segundo acto de «Amica»; tal vez señale el rumbo definitivo de su obra futura.

En ese terreno será cada vez más difícil que una buena obra obtenga éxito ruidoso al estrenarse. El público[63] pródigo de palmadas y de entusiasmos[64] no comprende ni resiste las complicaciones de una música demasiado superior a su educación musical. El público severo y difícil, el educado, además de ser una escasa minoría, difícilmente otorga sanciones definitivas en un estreno, pues el juicio es tanto más difícil, cuanto mejor es la obra. Téngase en cuenta, por otra parte, que Wagner, con su monstruosa genialidad, ha excedido todos los límites e imposibilitado el parangón con sus sucesores; es difícil que su caso se repita en la evolución de la estética musical. Su reforma, antes que la obra de un genio, es el supremo florecimiento del genio de toda una estirpe, es el compendio eficaz de las aspiraciones que animaron a una legión de sinfonistas y de poetas, que corren de Bach a Beethoven y de Wieland a Goethe.

Ahora el dilema es terrible para los operistas. Hacer música inferior para triunfar en los estrenos, o hacerla superior para ir al fracaso inmediato, salvo los juicios de la minoría y de la posteridad. Ambos actos de «Amica», con sus estilos, atestiguan esta verdad.[65]

Mascagni podría hacer en una semana una ópera deliciosamente inferior, como «Cavalleria», por ejemplo, y obtener otro éxito de ovaciones y de popularidad.

¿El deseo del éxito fácil y seguro no lo seducirá en mitad de su nuevo camino? ¿Resistirá a la tentación de triunfar retrocediendo?

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 En *Italia,* esta crónica es la segunda de las seis que integran la tercera sección: «En la vida y en el arte». Como en el resto, no se consignan el destinatario, la firma ni los datos de lugar y fecha. En *AMC*, se modifica ligeramente el título: «Una temporada lírica de Mascagni».

2 En *AMC*: las cien ciudades italianas: una afelpada caricia

3 En *Italia* y *AMC:* antaño

4 En *AMC* se suprime el resto de la oración.

5 En *Italia* esta palabra está sustituida por un punto y seguido.

6 En *Italia* y *AMC* está suprimido este párrafo sobre D'Annunzio.

7 En *Italia* y *AMC:* son la mejor prueba

8 En *Italia* y *AMC*: y, también, como la adoración del mérito

9 Palabra suprimida en *Italia* y *AMC*.

10 En *AMC:* un verdadero acontecimiento artístico. [se suprimen las dos últimas palabras]

11 Éste y los siguientes títulos de óperas se destacan, en *Italia,* mediante bastardillas.

12 En *Italia* y *AMC* se agrega: ¿Y *Le Maschere?*

13 En *Italia* y *AMC:* Esas obras

14 En *AMC*: epitafios

15 En *AMC:* que terminó

16 En *AMC*: apiñábase compacto

17 En *AMC*: Él lo llena todo

18 En *AMC*: como si endeble racha

19 En *AMC*: para arrancar de la orquesta la robusta polifonía.

20 En *AMC*: los signos fonéticos

21 En *Italia:* la tarea intelectual corre parejas, pues, con un fuerte desgaste físico. En *AMC:* pues la tarea intelectual corre pareja con un fuerte desgaste físico

22 En *AMC*: de histrión y *poseur.*

23 En *AMC*: de este compositor

24 En *Italia* y *AMC:* con la exclusión de *Cavalleria, Le Maschere* e *Iris*

25 En *Italia,* aunque parece una errata: el público no educado sólo es capaz de emociones intelectualizadas. En *AMC*: En otras palabras, el público educado sólo es capaz de emociones intelectualizadas.

26 Sustantivo elidido en *AMC*.

27 En *AMC*: los educados y los eruditos

28 En *Italia* y *AMC:* no satisfacen a ninguno. Son demasiado buenas para el inculto e incompletas para el técnico.

29 En *AMC*: más avezado

30 En *Italia:* encuentra en ellos. En *AMC*: encuentra allí

31 En *AMC*: todos los elementos de goce intelectual ya indispensables

32 En *Italia* y *AMC* se añade: probablemente

33 En *AMC:* ocupados por un dúo.

34 En *AMC*: resista comparación con el célebre dúo
35 En *Italia* y en *AMC*: No son superfluas algunas impresiones personales sobre *Amica*
36 En *AMC*: suave
37 En *AMC*: habita en las altas montañas
38 En *AMC*: le amenaza
39 Adverbio omitido en *AMC*.
40 En *Italia* y *AMC*: a merced de su hermano.
41 En *Italia:* por los peñascos
42 En *AMC*: aunque inspirado y sencillo
43 En *Italia:* se fugan los amantes.
44 En *Italia* y *AMC*: con la ingenua de Verdi
45 En *Italia* y *AMC*: lo es también
46 En *Italia* y *AMC*: aclama
47 En *Italia* y *AMC*: la reacción favorable que fue acentuándose en las funciones sucesivas.
48 En *AMC*: se desenvuelve
49 En *AMC*: prepara el final, desgranándose ambos
50 En *AMC*: poco educados a
51 Adjetivo omitido en *AMC*.
52 En *Italia* y *AMC*: nos parece inferior
53 En *AMC*: celebrar
54 En *AMC*: Tal primera
55 Las últimas tres palabras se suprimen en *Italia* y *AMC*.
56 En *AMC*: Se llama a Mascagni; se insiste por cortesía, sin obtener que salga una segunda vez.
57 En *AMC*: suelen ser
58 En *AMC*: aceptables y tolerables
59 En *AMC*: fueron los grandes factores.
60 En *AMC*: caído
61 En *Italia:* Alcanzaría, sin duda, un éxito delirante. En *AMC*: Alcanzaría, sin duda, un triunfo delirante.
62 En *Italia* y *AMC*: Mascagni ha renunciado a sus habituales transacciones
63 En *Italia* y *AMC*: El público ignorante
64 En *AMC*: hosannas
65 En *Italia* y *AMC*: con sus estilos, netamente heterogéneos, atestiguan esta verdad.

Miércoles, 19. VII. 1905, página 3, columnas 5, 6 y 7.

EL SOCIALISMO EN ITALIA[1]

Milán, junio de 1905

Señor Director de LA NACIÓN:

La política revolucionaria de Enrique Ferri entra en su ocaso.[2] Los mismos anarquistas que le sirvieron de base para derrotar a Turati, han organizado una conspiración doméstica contra él; su hegemonía dentro del partido socialista concluirá muy en breve.[3] Su talento, por todos reconocido, no será escudo eficaz para obstar las consecuencias de sus propios yerros. La caída será una resultante lógica del encumbramiento; suele narrarse que el inventor de la pólvora fue víctima de una explosión intempestiva. Ferri ha inventado la pólvora política.

La presente crisis del socialismo en Italia tiene una historia muy sencilla. Sus causas no deben buscarse en la alta sociología política, sino en el juego modestísimo de pasiones humanas, demasiado humanas.[4]

La mayoría de los anarquistas de Italia, para evitar las persecuciones del gobierno, se refugió en el partido socialista. No pudiendo con su temperamento –pues éste es la base fundamental de sus predilecciones doctrinarias– comenzaron a trabajar de zapa dentro del partido, que se vio imposibilitado para eliminarlos en masa o neutralizar su acción. Combatir a esos anarquistas vergonzantes era sacrificar la propia popularidad; Felipe Turati, cerebro culto y carácter integérrimo, asumió valientemente esa[5] actitud, desde el primer día.

Enrique Ferri, personalmente enemistado con Turati, creyó llegada la ocasión para consolidar su predominio personal dentro del partido. Actuando en plena contradicción con sus ideas científicas más fundamentales,[6] hízose leader de la fracción llamada revolucionaria y derrotó a la fracción reformista acaudillada por su antiguo rival. El último congreso entregó a los ferristas la dirección del partido y la redacción del *Avanti!,* su órgano. Turati, desde Milán, continuó su prédica, esperando que los acontecimientos le dieran plena razón, haciendo primar la realidad de los hechos sobre la elocuencia de la retórica tribunicia.[7]

Ferri se creyó árbitro de los destinos de Italia. Así como los anarquistas vergonzantes se sirvieron de él para anular a Turati, él se sirvió de ellos[8] para hartar su inconmensurable amor propio. Su talento, su reputación y su elocuencia prodigiosa sirvieron a la causa de los enemigos internos del partido, quienes retribuyeron el servicio con las monedas falsas de la popularidad callejera.[9] Ferri mantuvo ese prestigio acariciando y elogiando las pasiones de la masa, fácilmente sugestionable por los que más gritan de revolución y de catástrofes reivindicadoras. Embarcado en esa política demagógica, dio tantos traspiés como pasos llevó a cabo.[10]

Los afiliados más sectarios continuaron aplaudiéndole, pero todos los ciudadanos ajenos a su cofradía se hartaron bien pronto de su imprudencia.[11] Llegaron las últimas elecciones generales. El partido, ya anarquizado, fue a las urnas sin disciplina alguna; los partidos conservadores,[12] hastiados por el palabreo crónico de los titulados revolucionarios[13] y por su inconsulta manía de provocar huelgas absurdas (a punto de haber fracasado todas ellas) concurrieron compactos. El partido socialista sufrió en Italia su primera derrota electoral, gracias a la política de Ferri, y, por ende, a la influencia subrepticia de los anarquistas infiltrados en sus filas.

Sobrevino entonces una reacción, naturalmente. La catástrofe reveló a Ferri todo lo que sus pasiones le ocultaban. Los reformistas cobraron nueva pujanza en sus ataques contra los revolucionarios[14] y el nombre de Turati comenzó a pronunciarse con creciente simpatía. Ferri sintió que faltaba el suelo bajo sus pies: hizo varias declaraciones que le acercaban a los reformistas, consiguiendo que éstos no las tomaran en cuenta y que los revolucionarios desconfiaran de él. Temiendo a los reformistas se desgració con los revolucionarios.

Una tarde a fines de mayo,[15] entramos al *Avanti!* para corregir las pruebas de un artículo editorial y encontramos la redacción convertida en alborotado avispero. Los redactores en masa estaban sublevados contra Ferri y habían renuncia[do] colectivamente, pidiendo se convocara a la dirección del partido, y si era menester al congreso,[16] para optar entre ellos y el director. La causa incidental fue una leve arbitrariedad de Ferri: el nombramiento de un cronista que antes había sido excluido por incorrecciones que es inútil precisar. Pero las causas verdaderas, según nos dijo a gritos Enrique Leone, jefe de la redacción, como para que las oyera el interesado[17] que estaba en el salón contiguo, eran dos: la inaguantable megalomanía de Ferri y una divergencia política[18] que se ha concretado bajo el nombre de «sindicalismo».

-¡Estamos hartos de Ferri!– gritaba,- ¡hartos de política! La acción parlamentaria es ineficaz para los intereses del proletariado. La lucha política debe relegarse al segundo plano. Es necesario organizar sindicatos obreros y plantear la lucha de clases en el terreno económico…

En suma: los revolucionarios que ahora conspiran contra Ferri, como ayer lo hacían contra Turati, son anarquistas de cepa más o menos genuina, aunque se califiquen de otra manera. Como Ferri ya no quiere servir a su política negativa, han resuelto eliminarlo[19] en la misma forma que a Turati; esto los obliga, por fin, a salir de su posición equívoca y a descubrir su verdadero credo político, aunque no se deciden a confesarlo de plano.[20]

*

* *

La política del partido socialista en Italia atraviesa por una crisis que se resolverá, probablemente, por un brillante desquite de Turati; su tendencia reformista cuenta ya con el apoyo de ocho décimos del grupo[21] parlamentario socialista.

Felipe Turati es un hombre feo, pero extraordinariamente simpático, encantador. Su físico es la antítesis del de Ferri, lo mismo que su método político. Es de buena estatura, viste correctamente, aunque sin elegancia, usa barba;[22] sus ojos en una mirada dicen más que un libro de trescientas páginas. Es amable sin afectación y[23] una ingenua sonrisa orna su feo hocico hasta embellecerlo.[24] Es sencillo hasta la familiaridad, como todo grande hombre que se ignora a sí mismo; Ferri, en cambio,[25] no se ignora ni se olvida un solo minuto[26] en todo un año. Turati ha tenido siempre el valor de confesar abiertamente sus opiniones sociológicas, casi siempre adversas al socialismo impulsivo y sentimental de las masas obreras, eso le ha valido muchas invectivas y las turbas le han honrado con sus injurias. Se le dijo burgués, traidor, aspirante a ministro, traficante político; hoy mismo, un diario de los labriolistas, le endereza esta metáfora: «venenosa serpiente que amenaza morder el corazón del proletariado». Turati se ríe de sus adversarios y los compadece. El sabe más que ellos; los ignorantes no pueden ofender al estudioso.

Turati representa en Italia la etapa moderna y evolucionada del socialismo internacional.[27] Allí, como en todas partes,[28] el socialismo nació imperfecto,[29] caótico. Antes de llegar a la forma turatiana ha pasado diversos períodos evolutivos, cuya ley general ya hemos señalado y aplicaremos ahora al caso particular que nos ocupa.[30]

El socialismo italiano fue sentimental en su primera época. El sentimiento, rebelde a toda manifestación de injusticia, no mesura la reacción bajo el contralor de la inteligencia; siempre es desbordante, excesivo. Todas las reacciones sentimentales conducen al lirismo, a la utopía. Pero hay en toda utopía, como en toda paradoja, un núcleo de verdad. El tiempo pasa rápido sobre la utopía, como saludable vendaval; sólo deja en pie el núcleo real, la parte de verdad objetiva cuyo advenimiento es imposible evitar.

Esta evolución es evidente en el socialismo italiano, a partir de las secciones de la Asociación Internacional para arribar al reformismo de Turati, Biszolati y Ca.[31]

Cuando los países más evolucionados entraron de lleno al sistema de producción capitalista, cuando se intensificó la civilización, aparecieron ciertos males que le son inherentes, según demostró Edward Charpenter en un libro paradojal.[32] La reacción contra esos males fue una racha poderosa de sentimentalismo ingenuo y de filantropías bien intencionadas: Saint Simon, Fourier, Enfantin, Considerant, Cabet, Blanc, Lerroux, dieron vida en Francia al llamado «socialismo utópico». En Italia tuvo representantes distinguidos, desde Campanella hasta Cafiero; pero su floración fue más lozana en las innumerables secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada y disputada por Marx y Bakounine.[33] El socialismo utópico surgió como vigorosa expresión de agravios contra los males inherentes a la organización económica contemporánea: fue un lirismo plebocrático, mezcla de rencores y de filantropías, de rebeliones y de ensueños.[34]

En la utopía no se diseñaba[35] el núcleo de realidad posible.

Ese primer período se caracteriza[36] por negaciones antes que por afirmaciones; éstas son formuladas[37] en el segundo período. Todo no era fronda en la selva del utopismo idealista. Los leñadores descubrieron algunos troncos resistentes y seguros; desdeñando la fronda, que sólo podía durar una estación, el socialismo comenzó a

definir algunos principios[38] sociológicos, verdaderos o verosímiles, poniéndolos como base de su construcción ideológica.[39] Se formuló una interpretación realista de la historia, se determinó la preeminencia de los factores económicos en la evolución social, se enunció una teoría de la lucha de clases, otra del valor, una ley de los salarios, etc.; a este conjunto de errores y de exactitudes, de ilusiones y de realidades, se le adjudicó el nombre de socialismo «científico» como antítesis del «utópico», calificativos consagrados por Engel en un capítulo de su «Anti-Duhring» que circula profusamente como folleto separado. El nuevo calificativo sólo pudo significar que algunos afiliados al socialismo (pongamos veinte sociólogos por cada millón de proletarios ignorantes) trataban de substituir la retórica sentimental de los demagogos por fundamentos pedidos a las ciencias modernas, principalmente a la economía política y a la sociología.[40] En ese período se encuentra la mayoría de los socialistas de todos los países, inclusive los que Ferri ha acaudillado en Italia.[41]

El núcleo de la realidad posible comienza a delinearse entre las nebulosas de la hipótesis.[42]

A esos dos períodos de negaciones radicales y de afirmaciones precipitadas sucede el tercer período, caracterizado por la crítica de los propios socialistas y por la adaptación de las doctrinas abstractas a la política concreta.[43] Watson, Bernstein, Vandervelde, Turati, Millerand,[44] Jaurès, Bissolati,[45] representan políticamente esa tercera etapa del socialismo. Los «ideales» y los «principios» de la fase utópica que aun enmarañaban la fase que pretendía de científica, son olvidados por los socialistas inteligentes que inician la nueva etapa.[46]

Quedan, por lo menos, relegados a un plano muy remoto, como simple recordación de un pasado de luchas y sacrificios cuando no significan una simple concesión a las preocupaciones de las masas que sirven de plantel a los jefes inteligentes; con esto no excluimos que muchos ignorantes lleguen a ser jefes y crean de buena fe en la panacea revolucionaria, soñando subvertir el orden social en el momento oportuno, con la misma facilidad con que se cambian las bambalinas en el entreacto de un espectáculo teatral.[47] En este período crítico y positivo del socialismo, sus objetivos políticos se concretan en «programas mínimos» y sus procedimientos de realización se traducen por una lucha «dentro de la legalidad», aspirando a modificar las instituciones vigentes de conformidad con los propios programas: es el socialismo que ocupa ministerios en Francia, con Millerand, y que llega hasta organizar un entero gabinete en Australia con Watson.[48] Esta es, en Italia, la política de Felipe Turati, con las variantes impuestas por las condiciones propias de tiempo, modo y lugar.

El núcleo de la realidad posible se desvincula de la utopía y tiende a realizarse.[49]

Una larga charla con Turati[50] –en que intervino de paso la Dra.[51] Ana Kulischioff, su intelectual compañera– confirmó nuestra concepción de la política socialista. Mientras el partido se limita a ejercer una actividad crítica y opositora, puramente negativa en el orden político, (como la acción ejercida por los anarquistas) puede mantenerse intransigente, libre de tocamientos con las fracciones progresistas de la burguesía más evolucionada.[52] Pero cuando el partido acepta la lucha dentro del orden legal existente, interviene en la lucha política y formula un programa realizable dentro del régimen

presente, su conducta no puede ser la misma.[53] Cuando se entra a ejercer una acción política positiva –no ya de puras negaciones, sino persiguiendo la realización de un programa– surge la necesidad de coincidir y aliarse con otros partidos toda vez que ellos resuelvan realizar reformas comprendidas en el programa socialista.[54] Y adviértase que esta posibilidad se presenta a diario; baste recordar que Roberto Peel, el más grande de los reformadores ingleses fue un conservador que adoptó y realizó una gran parte del programa de los progresistas.[55]

Volviendo a hablar de Italia, agregaba Turati:[56]

-Es inútil pretender la mezcla del agua y del aceite; nosotros, los reformistas, somos los antípodas políticos de los anarquistas titulados revolucionarios. No debemos seguir juntos, ni nos conviene perpetuar esos[57] equívocos que llevan al confusionismo. En cuanto a Ferri, la culpa es suya y es tarde para quedar bien con todos; si antes fue complaciente con los muchachos de Labriola, ahora debe resignarse a ser su víctima…[58]

*

* *

¿Quién es Arturo Labriola?

Al salir del estudio de Turati, en un cuarto piso desde cuyas ventanas se domina el Duomo, que tanto enorgullece a los católicos de Milán,[59] encontramos a Paolo[60] Mantica, codirector del *Divenire Sociale,* revista de entonación revolucionaria, que aspira a equilibrar la influencia de la *Critica Sociale,* dirigida por Turati. A dos pasos de allí, en la Galería, nos sentamos a paladear una limonada; al punto sobrevino Monicelli, uno de los redactores renunciantes del diario oficial.[61] Ambos revolucionarios (excelentes hijos de familia, después de todo) nos acompañaron al domicilio de Labriola, donde encontramos tres o cuatro jóvenes más,[62] perfectamente anónimos; el término medio de su edad no llegaba a los veinticinco años. Antes de tres minutos advertimos que se trataba de una conspiración en regla para derrocar a Ferri, contra quien se repartían las acusaciones[63] de megalómano y politiquero exitista. De paso aplicaban a Colajanni los más feroces cáusticos verbales, pues el ilustre sociólogo se había permitido zamarrear sin piedad al cabecilla de los revolucionarios sindicalistas, a Arturo Labriola.

A pesar del apellido, y no obstante la creencia general, este joven no es hijo, ni siquiera lejano,[64] del ilustre profesor Antonio Labriola, que fue uno de los más eminentes críticos del socialismo marxista. Arturo es un muchacho, aun[65] más por su temperamento que por su edad, pues frisa en los treinta y dos años, aunque sólo aparenta veinticuatro. Es rubio, casi buen mozo, de estatura mediana, tiene ojos clarísimos y muy vivaces; no usa barba ni bigote porque aun no le nacen. Hay algo especial en su fisonomía[66] que revela una constante hipertensión nerviosa; Colajanni se permitió clasificarlo de epiléptico y neurasténico. Labriola habla vertiginosamente, sin detenerse, pasando de un tema a otro sin agotar ninguno. Habla mucho de sí mismo, dejando traslucir que padece[67] la misma flaqueza egolátrica que atribuye a Ferri.

Labriola comparte con Enrique Leone y Walter Mocchi (el popular marido de la actriz Ema Carelli) la jefatura del grupo; son pocos, pero obvian al número con la

audacia y la actividad. Creían[68] poder arrastrar a Ferri en su corriente anarquista; pero Ferri ya no se atreve a seguirlos,[69] temiendo la crítica de los reformistas; como consecuencia de su moderación, los revolucionarios resolvieron eliminarlo[70] de la dirección del *Avanti!* Para justificar esa hostilidad personal han inventado una disidencia de principios y de métodos, entre revolucionarios simples y revolucionarios sindicalistas. Las palabras de Enrique Leone, antes mencionadas, sintetizan el programa de estos «muchachos», como los llama Turati, que no llegan a cuarenta pero gritan como ochenta mil.[71]

Si Turati es el polo positivo del socialismo, Labriola es el polo negativo.[72]

*

* *

El partido socialista italiano se transforma; en política, transformarse es progresar.[73] Las doctrinas y los hombres necesitan rejuvenecerse continuamente para ser viables y no desfallecer; los cerebros estudiosos tienen que rendir homenaje[74] incondicional a las lecciones de las cosas y de los acontecimientos, sacrificando todo prejuicio y todo apriorismo.[75] Turati, que es un sociólogo y no un tribuno demagogo,[76] lo reconoce abiertamente: «El partido socialista se ha transformado; es un partido de reformas progresivas.[77] Su acción es eminentemente reformadora, tornándose cada vez más legalitaria:[78] ¿debería rebelarse contra el orden legal[79] que le permite vivir y desarrollarse?»[80] Cada día se aleja más y más[81] de la vieja ortodoxia marxista, como ya se han alejado Bernstein y Jaurès. Por eso pudo objetarle Enrique de Marinis, diputado que emigró del partido socialista al partido radical:[82] «Tú, querido Turati, sufres una ilusión mental; continúas creyéndote marxista, pero ya no lo eres, ni puedes serlo. Cuando crees defender el pensamiento científico y sociológico de Marx, lo derrumbas o lo modificas».[83]

Esa transformación del socialismo es la condición más segura de su vitalidad.[84] La crítica del marxismo ha sido la prueba del crisol y ha servido para depurarlo.[85] El movimiento socialista debe agradecer a Sorel, a Antonio Labriola, a Croce, a Cunow, a Masaryk, a Loria, a Bernstein, a Posada y a cien más, esa labor crítica que lo ha emancipado de muchas preocupaciones económicas.[86]

Libre de sus primitivas inflexibilidades y de sus aforismos apodícticos, el socialismo debe considerarse como la tendencia natural de la evolución sociológica en los pueblos civilizados, es decir, llegados a un desarrollo completo del sistema económico capitalista, cuyo análisis magistral ha realizado Aquiles Loria.[87]

Para la sociología, que no sería científica si no fuese determinista, el socialismo no es bueno ni es malo; es una tendencia inevitable de la evolución, una forma superior de la economía social. El movimiento obrero y los partidos socialistas no son la causa de ese fenómeno, sino una de las manifestaciones políticas que lo acompañan.[88]

Siendo una tendencia natural de la evolución no puede restringirse a una estrecha política sectaria, ni puede ser el monopolio de ningún partido.[89] No es un invento

filantrópico de los ricos en favor de los pobres, ni es un invento de los pobres que anhelan vivir mejor; es un hecho, una realidad de la evolución social, que los ricos combaten sin comprenderla y los pobres apoyan[90] comprendiéndola menos.[91] Si es una verdad sociológica, una noción científica harto compleja, es evidente que no puede saberla el ingenuo estanciero ahogado en millones, ni el escuálido proletario analfabeto.[92]

Es fácil, sin embargo, evidenciar la lógica del socialismo a los hombres ilustrados,[93] a los que gustan de escudriñar los problemas sociológicos. Bastaría, por ejemplo, demostrarles sucesivamente, estas preposiciones:[94]

-Las sociedades civilizadas evolucionan hacia una creciente generalización del bienestar medio de los individuos que componen los grupos sociales. Esa evolución está subordinada al incremento de la actividad económico[95] productiva. La organización y división del trabajo social tiende a crear instituciones en que el principio de solidaridad reemplaza al principio de antagonismo en la lucha por la vida, con beneficio para todos los componentes del agregado social. En el momento histórico presente el fenómeno económico fundamental es la formación del sistema productivo capitalista, que modifica substancialmente las bases económicas de todo el orden social. Esa modificación determina, a su vez, cambios profundos en las demás instituciones sociales, en concordancia con las nuevas relaciones económicas. La expresión «actual y posible» de todos esos cambios constituye un programa de reformas económicosociales, a cuya actuación se encaminan los países civilizados.

Estos rasgos generales indican las causas y las tendencias de la política socialista positiva.[96]

*

* *

Los países nuevos –y es incomprensible que la Argentina se empeñe en no figurar entre ellos– tienen el privilegio de no estar amarrados por rutinas y tradiciones seculares; pueden ponerse a la cabeza de la civilización y demostrar que es posible realizar progresivamente los programas socialistas. Australia ha dado el ejemplo maravilloso de su legislación del trabajo,[97] convirtiéndose en un verdadero laboratorio de sociología experimental. Allí, por vez primera en el mundo civilizado, se constituyó en abril de 1904 un ministerio socialista, siendo jefe del gabinete el leader del partido,[98] Watson.

Estos hechos sancionan definitivamente la tendencia que Turati quiere imprimir al socialismo.[99] Ya no puede considerársele[100] como una simple protesta de rebeldes o de hambrientos; es fuerza reconocer que es una forma de política positiva, la manifestación más moderna de la sociología aplicada, que es la única política científica.

Los hombres estudiosos, cuya imparcialidad de criterio estriba en su alejamiento de la política militante, no necesitan adular a los electores ni aplaudir a los gobernantes. Por eso pueden advertir a éstos que el socialismo no se evita con leyes de resistencia o con persecuciones policiales, y recordar a aquéllos que su advenimiento no se apresura

con discursos incendiarios o con huelgas inopinadas.

Las nociones fundamentales del evolucionismo determinista –no menos exactas en sociología que en todas las ciencias biológicas y sociales– deberían iluminar por igual a los perezosos y a los apresurados, a los reaccionarios y a los revolucionarios.

En la vasta utopía de ayer se incuba la modesta realidad de hoy; en la exuberante utopía de mañana palpitarán nuevas realidades, modestas pero infinitas. Flujo y reflujo de una marea secular, la evolución social se compone de afirmaciones y negaciones, de contrastes entre la ilusión y la realidad, a base de palabras grandes y de hechos pequeños.[101]

Ya no es posible creer en toda la utopía; pero es necesario[102] aceptar toda la realidad.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 En *Italia,* esta crónica es la quinta de las seis que integran la tercera sección: «En la vida y en el arte». Como en el resto, no se consignan el destinatario, la firma ni los datos de lugar y fecha. En ese libro, está subdividida en los siguientes subtítulos: «I. Enrique Ferri y sus tendencias políticas», «II. Felipe Turati y sus tendencias políticas», «III. La interpretación utópica del socialismo», «IV. La interpretación marxista del socialismo», «V. La interpretación contemporánea del socialismo», «VI. La lucha de clases y la cooperación de clases», «VII. Arturo Labriola y sus tendencias políticas», «VIII. La política socialista» y «IX. La leción del socialismo italiano». Esta crónica no fue recogida en *AMC*.

2 En *Italia,* se agrega: cediendo terreno al socialismo evolucionista de Felipe Turati.

3 En *Italia:* Los mismos anarquistas que sirvieron de base al ilustre criminólogo para derrotar a sus adversarios, organizan conspiraciones domésticas contra él; su hegemonía dentro del partido socialista peligra y acaso concluya muy en breve.

4 En *Italia:* Sus causas deben buscarse en la alta sociología política al mismo tiempo que en el juego modestísimo de pasiones humanas, demasiado humanas.

5 En *Italia:* esta

6 En *Italia* se agrega: puesto que es evolucionista

7 En *Italia:* de las retóricas tribunicias

8 En *Italia:* él los aprovechó

9 En *Italia:* Puso su talento, su reputación y su elocuencia prodigiosa al servicio de los enemigos internos del partido, quienes retribuyeron el holocausto con las monedas falsas de la popularidad callejera

10 En *Italia:* dio muchos traspiés; tantos como pasos llevó a cabo.

11 En *Italia:* comprendieron muy luego su imprudencia.

12 En *Italia:* los conservadores de todo matiz

13 En *Italia:* de los revolucionarios

14 En *Italia:* Los reformistas adquirieron nueva pujanza para oponerse a los revolucionarios

15 En *Italia:* Una tarde a fines de Mayo próximo pasado

16 En *Italia:* un congreso

17 En *Italia:* según nos dijo Enrique Leone, jefe de la redacción, gritando a fin de que las oyera el interesado

18 En *Italia:* una nueva divergencia política

19 En *Italia:* Como Ferri no se presta completamente a su política negativa; han resuelto hostilizarlo
20 En *Italia:* de pleno
21 En *Italia:* de casi todo el grupo
22 En *Italia:* Es de buena estatura y viste correctamente, aunque sin elegancia, usa una barba anormal, pero discreta
23 Conjunción elidida en *Italia*.
24 En *Italia:* pareciendo embellecerlo.
25 En *Italia* se agrega: según dicen sus propios amigos
26 En *Italia:* momento
27 En *Italia,* esta oración está reemplazada por: Turati cree que, en rigor, no existen dos tendencias dentro del socialismo italiano. Para él la tendencia revolucionaria es, en los más, un penacho verbal, para jugar con el sentimentalismo de las masas, exento de influencia sobre la acción real de los mismos que lo adoptan por coquetería; en otros es un simple disfraz del anarquismo negativo y antisocialista que pretende reconquistar en el partido italiano la ciudadanía que perdió en la violenta ruptura de 1892, en el congreso de Génova. La cuestión de las dos tendencias ha sido analizada ampliamente desde esa época. Fue muy fácil separar la cuestión superficial, fundada en discordias mezquinas, artificio pueril para diferenciarse y para dominar dividiendo, de la otra cuestión real y profunda, jamás negada: el conflicto entre la tendencia socialista y la tendencia anarquista; pero, según Turati, esta última cuestión debe colocarse en su sitio verdadero, es decir, fuera del partido. «La orden del día Mocchi-Labriola, aprobada en el Congreso de Brescia en 1904, no es más que la formulación abstracta y sintética –ni siquiera nueva– de aquella táctica y de aquellos principios que siempre hemos combatido como ajenos y enemigos del socialismo moderno, al mismo tiempo que ajenos y enemigos de todo el moderno movimiento del proletariado.» (1) Por eso, frente a las irrealizables intenciones de concordia y unión de las fracciones socialistas, Turati ha definido su criterio en una frase más elocuente que una disertación. «La unidad del partido socialista debe ser la unidad del partido socialista solo, ¡jamás el contubernio entre socialistas y anarquistas, sea cual fuere el disfraz que éstos adopten.»
    Con igual intención, diez años antes, en el Congreso de Génova, pudo exclamar Prampolini, dirigiéndose a los anarquistas y a los corporativistas: «Desde hace años estamos empeñados en combatirnos en los diarios, en las asambleas, en las plazas en los Congresos. No diré que haya mala fe de una u otra parte; pero es indiscutible que esta lucha existe, es de todos los días, de todas las horas, porque somos dos partidos esencialmente diversos, y recorremos dos caminos absolutamente opuestos. No puede haber comunidad alguna entre nosotros.» (2)
    Esos son los verdaderos términos del conflicto que palpita en el movimiento socialista italiano, siendo, a su vez, un reflejo del conflicto latente en el socialismo internacional.
    (1) Turati: «La fine delle tendenze», en su *Critica Sociale,* número 4, 1904.
    (2) Prampolini: «Discurso» publicado en la *Lotta di Classe,* Agosto 29 de 1892.
28 En *Italia:* En Italia, como en todas partes
29 En *Italia:* nació indefinido
30 En *Italia:* Antes de llegar a la forma en que Turati lo concibe pasó por diversos períodos evolutivos, cuya ley general conocemos ya. La evolución es evidente; conviene generalizar su análisis, incluyendo la fase italiana del socialismo dentro del movimiento internacional, que ahora asume caracteres de política positiva.
31 En *Italia,* estos dos últimos párrafos están expandidos en los siguientes: El socialismo debe entenderse como una interpretación del movimiento social, dadas las condiciones especiales del momento histórico en los países más evolucionados de la civilización ariana. Es la simple

intelección de un fenómeno, independiente de la «voluntad social» y de toda política sectaria o partidista. Así como es ilusión el libre albedrío individual, lo es también el sociológico o político. Los hombres no hacen la historia; los socialistas no hacen el socialismo. Existe una política socialista porque los fenómenos sociales se reflejan en los cerebros humanos y determinan su orientación en cierto sentido, que les corresponde naturalmente. Los modos de pensar son la causa; si no el producto de los modos de vivir y del momento de la evolución en que aparecen. El socialismo, por ende, no debe considerarse como un proyecto, un deseo, un ideal, un programa o un objetivo: es una constatación del rumbo presente de la evolución social. En este sentido, reviste caracteres de doctrina sociológica, superior a los menudos intereses de cualquier facción política mili[tante]. Esa es la forma en que puede hoy plantearse y discutirse sociológicamente el socialismo, prescindiendo de toda la hojarasca plebocrática con que lo enmarañan los que operan sobre el sentimiento de las masas.

El pensamiento humano, para llegar a una interpretación exacta de la realidad en cualquiera de sus manifestaciones fenoménicas, suele atravesar distintas etapas, verdaderos períodos. Antes de arribar a la intelección científica de un fenómeno, pasa por sus interpretaciones teológica y metafísica. Esta es una de las pocas verdades esenciales que nos ha legado Augusto Comte, cuyas mejores intenciones sociológicas naufragaron en el caos de sus postreras divagaciones metafísicas. Todos los modos del conocimiento atraviesan por tres períodos progresivos.

El desarrollo económico de la civilización europea determinó una nueva tendencia de la evolución social, cuya interpretación constituye el núcleo de la doctrina socialista. Esa interpretación ha pasado necesariamente por tres etapas, de acuerdo con la teoría general del conocimiento. La primera fase, utópica, corresponde al período teológico; la segunda, empírica (pretendida «científica»), corresponde al período metafísico; la tercera, crítica y práctica, es propia del período verdaderamente científico y positivo.

Conviene advertir que existe un grupo de tendencias y aspiraciones sentimentales asociadas actualmente al socialismo, las cuales han existido en toda época; aunque ejercen influencia en la política militante, aportando el concurso de las masas, nada tienen que ver con la teoría científica del socialismo. Antes bien, son una maraña perjudicial y perturbadora; las concesiones a ese sentimentalismo son nocivas al estudio de los problemas sociales, debilitan o anulan sus conclusiones ante la crítica científica. Son la expresión de esa eterna tendencia de la humanidad hacia el mejoramiento sucesivo de sus condiciones materiales de vida. Junto a cada progreso realizado, a cada aumento de bienestar, surge la aspiración hacia el nuevo mejoramiento. Es la perpetua quimera, el «más allá» siempre soñado, que más se aleja cuando creemos aproximarnos más a él. El problema de la desigualdad social de los hombres y el deseo lírico de obviarla ha preocupado a muchos soñadores de todos los tiempos. No será menester que nos remontemos hasta Confucio y Platón, ni habrá que escudriñar las intenciones o los proyectos de Marco Aurelio y San Agustín, Campanella y Bacón, Tomás Moorus y Harrington. Huelga también recordar que una de las fases del cristianismo primitivo, con su moral caritativa, fraternizadora, protectora de los siervos y de los serviles, podría llenar algunas páginas en la historia de las utopías precursoras del socialismo sentimental.

Al evolucionar la sociedad feudal hacia la sociedad burguesa, surgen las condiciones materiales que determinan la evolución económica capitalista; ella, a su vez, prepara la ruta posterior de la evolución en sentido socialista. Pues, digámoslo desde ya, su rasgo esencial característico es la tendencia a socializar los sistemas productivos y los medios de producción.

El movimiento intelectual, que tuvo su más acabada expresión en los enciclopedistas, fue el

reflejo ideológico de la gran transformación social que se operaba; tomando por causa el efecto más aparente y ponderable, se le consideró como el propulsor de la Revolución francesa. Se ve la hélice que gira y se le atribuye la marcha de la nave; nadie advierte la presión del vapor en las calderas. Las ideas se mueven en el mundo como hélices y agitan a las masas como paletas de hierro que baten el agua inerte; pero, en rigor, el mundo social marcha gracias a la presión de invisibles calderas: las mismas fuerzas físico-naturales que mueven a las nebulosas y a los cristales, a la encina robusta y a la hormiga. Esa es la conclusión que nos impone la filosofía científica en su más reciente concepción del universo.

La realización de la república burguesa es el exponente de un simple hecho económico. El predominio de la economía burguesa sobre la feudal, implica [el] advenimiento de la república burguesa sobre la monarquía feudal. Pero dentro de esta realización latía ya el problema venidero; todo fruto maduro contiene la semilla de otra nueva planta. Morelly –y no Diderot, como se creyó al principio y aun repiten muchos socialistas mal informados– expuso e intentó difundir un sistema encaminado a legislar el «estado social perfecto», con el nombre de *Código de la Naturaleza:* era una especie de comunismo coercitivo, draconiano. Al tiempo mismo, aunque por otro camino, Rousseau formulaba su *Contrato Social,* verdadero *vade mecum* de los revolucionarios, quienes sancionaron su triunfo en la noche del 4 de Agosto, en la Asamblea de Versalles; pues, como dice Taine en *Los orígenes de la Francia contemporánea* (1), la Revolución francesa fue algo así como el *Contrato Social* en acción.

Poco después, sobre las huellas de Morelly, Babeuf pretendió completar la obra revolucionaria, organizando su célebre conspiración comunista, que le condujo a la guillotina.

Cerrado ese ciclo embrionario, el socialismo utópico comienza a formularse en sistemas definidos. Aparece Saint-Simón, cuyas teorías, de importancia suma, no es posible mencionar sin respeto; fue un gran observador y un vidente. Poco después, Fourier enunció sus teorías económico-sociales, vislumbrando, como entre ensue[ños], su sistema basado en la organización falansteriana. Más tarde cúpole el turno a los ensayos prácticos de Roberto Owen, quien creyó posible la organización de colonias obreras ideales, perdidas como islotes en el océano de la civilización capitalista; se arruinó junto con la quiebra de su proyecto. Cabet siguió huellas análogas, fracasando como él ruidosamente. Pero cabe reconocerles un mérito grande, aunque indirecto. Ellos fueron los instigadores de ese género de estudios que poco más tarde, con Adam Smith y Ricardo, constituyó una ciencia nueva: la economía política. Ese origen explica las singulares aplicaciones que se exigieron a esa ciencia en sus comienzos. En su nombre se intentaba justificar o demoler todos los planes de utopías sociales. Era, alternativamente, el torpedo y la red metálica de los conservadores y de los revolucionarios. El 48 dio su consagración de sangre a todo el movimiento de los utopistas. Luis Blanc, subido al poder en los albores de aquella República demagogizada, enunció oficialmente el derecho al trabajo e intentó la organización de sus célebres e infortunados talleres nacionales. Es conocido el desastre de tan extemporáneo y absurdo socialismo de Estado, que tanta sangre costó en las siniestras jornadas de Junio. Durante todo ese primer período, el socialismo es una simple teología humanitaria y sentimental; un caso de culto por principios abstractos, que nada significan en la política positiva de un país, pues no corresponden a realidades tangibles, ni expresan situaciones de hecho. El sentimiento, rebelde a toda injusticia, no mesura la reacción bajo el control de la inteligencia; siempre es desbordante, excesivo. Desde Babeuf hasta Luis Blanc, encontramos una concepción del socialismo como reacción sentimental, en nombre de palabras que nada concretan, como «justicia», «libertad», etc.; en su honor florece el lirismo y se idolatra la utopía. Pero hay en toda utopía, como en toda paradoja, un núcleo exacto, alguna parte de verdad objetiva cuya realización es imposible evitar; ella sobrevive a las bien intencionadas

imprudencias de sus amigos y a las absurdas represalias de sus adversarios.

(1) Publicada por esta Casa Editorial.

32 En *Italia:* En suma: cuando los países más evolucionados entraron en la economía capitalista, aparecieron y se intensificaron ciertos males que son inherentes a nuestra civilización misma, según demostró Edward Charpentier en un libro agudo y paradojal.

33 Estas dos últimas oraciones están suprimidas en *Italia*.

34 En *Italia:* Entonces surgió el socialismo utópico, como vigorosa expresión de agravios contra los males propios de la organización económica capitalista, como lirismo plebocrático, mezcla de rencores y filantropías, de rebeliones y de ensueños.

35 En *Italia* se agrega: sin embargo

36 En *Italia:* El primer período es pobre, en cuanto a su parte positiva se caracteriza

37 En *Italia:* se formulan

38 En *Italia:* a definirse en algunos principios

39 En *Italia:* como armazón de su vestidura doctrinaria

40 En *Italia,* las dos últimas oraciones se transforman en las siguientes: Después del vendaval revolucionario del 48, floreció el movimiento socialista de la Asociación Internacional de los trabajadores. En Noviembre del año anterior se había reunido en Londres un Congreso iniciado por la Liga de los Comunistas; Marx y Engels habían sido encargados de redactar un programa, que fue el célebre «Manifiesto del Partido Comunista», cuya aparición coincidió con los movimientos revoltosos del 48. De allí arranca el «marxismo». Comparado con el socialismo de los utopistas, señala un notable progreso en la interpretación del movimiento social. No obstante ser en gran parte empírico y metafísico, planteó los problemas sociales en forma accesible y facilitó su análisis crítico, preparando lentamente una transformación ulterior del socialismo hacia su fase evolucionista y determinista. A partir de esa época, se formuló una interpretación realista de la historia, completando el concepto materialista de la escuela de Feuerbach, constituida por la extrema izquierda del hegelianismo alemán; se determinó la importancia fundamental de los factores económicos en la evolución social, incurriendo en exageraciones impuestas por los objetivos políticos que la doctrina estaba llamada a apuntalar; se enunció en sentido absoluto una teoría de la lucha de clases, que sólo resultó exacta en sentido relativo y como una de tantas formas de la lucha por la vida entre los hombres; una teoría del valor, ampliación generosa de la enunciada por Ricardo, y menos inexacta que las demás teorías corrientes sobre este punto; una ley «de bronce» de los salarios, inexacta como ley absoluta, pero indiscutible como tendencia general del precio de los salarios, etc. Al lado de esos ensayos de doctrina verdadera, florecían concepciones catastróficas de la evolución social, risueñas teorías sobre la concentración de la riqueza y el empobrecimiento cada vez mayor de los pobres, presagios apocalípticos sobre la inminente desorganización del Estado o de la familia, eglógicas demostraciones de la imposibilidad de las guerras, proyectos de bonos de trabajo para reemplazar a la moneda, dictadura de la clase obrera, etcétera. A ese conjunto de cosas inverosímiles y de fantasías absurdas, de ilusiones y de realidades, se pretendió con precipitación adjudicarle el nombre de «socialismo científico», como antítesis del «utópico», calificativos consagrados por Engels en un capítulo de su *Anti-Durhing,* que circula profusamente como folleto de propaganda. En rigor, sólo fue un sistema metafísico, más próximo de la verdad que la teología de los utopistas. Y fue, lógicamente, el precursor inmediato del socialismo positivo que se va formando a sus expensas, aprovechando los buenos muros que están de pie entre sus escombros. El pomposo calificativo de «científico» sólo pudo significar que algunos afiliados al socialismo –pongamos

veinte intelectuales por cada millón de proletarios ignorantes– trataban de sustituir la retórica sentimental de los demagogos por fundamentos pedidos a las ciencias modernas, particularmente a la economía política y a la sociología.

41 En *Italia,* se suprime esta oración y se agrega: Toda la crítica del marxismo –como interpretación del movimiento socialista– puede limitarse a poner de relieve un absurdo fundamental que anula su valor en cuan[t]o él pretenda ser un sistema de política científica. W. Sombart, el ilustre profesor de Breslau, en un libro afortunado, señaló claramente esta contradicción entre el pensamiento y la acción de Marx, entre su teoría y su política. Mientras su doctrina histórico-social es determinista y evolucionista, en el mejor sentido sociológico de la palabra, él no ha cesado jamás de predicar la agitación revolucionaria y de anunciar la inminencia de una revolución sangrienta (1). A este hecho real suelen oponerse sofismas de justificación, más dignos de leguleyos que de sociólogos, pretendiendo explicar lo que significan los términos evolución y revolución, para deducir que la segunda es el período terminal o crítico de un ciclo de la primera, en el mismo sentido en que lo afirma Eliseo Reclús, no en sus obras de sabio, sino en cierto socorrido folleto de propaganda. Para obviar ese confusionismo, propio de los que no tienen ideas claras o encuentran ventajas en las obscuras, especificaremos en qué consiste la contradicción del marxismo. Al decir que su teoría histórico-social puede referirse a la corriente del evolucionismo determinista, queda implícitamente sentado que acepta la evolución como un hecho progresivo, inevitable e independiente del deseo y la voluntad de los hombres; en cambio, la revolución, en el concepto político de Marx –y en el de todos los anarquistas militantes contemporáneos– está entendida como un movimiento de violencia colectiva, organizado por los revolucionarios con el objeto de operar un cambio repentino en el manejo de los intereses sociales, mediante la dictadura del proletariado, según los unos, o la expropiación revolucionaria, según los otros.

Esta contradicción fundamental entre la teoría y la política de Marx –que hemos enunciado desde hace muchos años, combatiendo ilusiones revolucionarias de los socialistas militantes– a la larga se impuso a la atención de todos los críticos del socialismo, amigos o adversarios, determinando una nueva fase de su interpretación. Sin embargo, durante medio siglo ese ha sido el criterio general del socialismo político internacional; en él se encuentra la gran masa de los socialistas de todos los países.

(1) W. Sombart: *Le Socialismo et le mouvement social au XIX siècle*. Traducción francesa, págs. 108-110.

42 En *Italia:* En esa etapa, el núcleo de realidad posible comenzó a delinearse entre las nebulosas de la utopía.

43 Esta primera oración se modifica y es precedida, en *Italia,* por sendos párrafos, que copiamos a continuación: Mientras el socialismo prosperaba en la política militante y esparcía sus aforismos entre las glebas, recolectando votos por millares y escalando las bancas de los Parlamentos, los estudiosos pusieron sus doctrinas en el alambique y las sometieron a la prueba purificadora. De allí van saliendo, poco a poco, transformadas substancialmente. Sus atenuaciones son esenciales las más de las veces, adquieren carácter científico de verdad. Se está separando toda la escoria sentimental y metafísica, inconciliable con los conocimientos de la sociología positiva.

Los críticos adversarios fueron numerosos: Spencer, en Inglaterra; Richter y Haeckel, en Alemania; Garofalo, Negri; Florentini, Massarini, Morasso, Pareto, Vitelleschi, Ferraris y Longoni, en Italia; Guyau, Leroy Beaulieu y Picot, en Francia, y cien más. Pero fueron, sin duda, más eficaces los críticos salidos del propio socialismo, como el idealista Malón, el político Bernstein y el anarquista Merlino; y más que ellos, mucho más, los sociólogos

independientes y más bien partidarios: Schäffle, Sorel, Loria, Cunow, Hugo, Masarik, Croce, Labriola, Posada, etc.

Así, a los dos períodos de negaciones radicales y de afirmaciones precipitadas, sucede el tercer período, caracterizado por la crítica del socialismo y su adaptación a las necesidades de una política positiva.

44 En *Italia* se añade: Merlino

45 En *Italia* se añade: Deville

46 En *Italia:* Los «principios» del período utópico son olvidados o repudiados por los socialistas inteligentes

47 En *Italia:* quedan, por lo menos, relegados a un plano muy secundario, como simple recordación sentimental de un pasado de estériles luchas y sacrificios; otras veces significan una simple concesión a las preocupaciones de las masas que deben servir de plantel político a los jefes inteligentes. Esa concesión, por supuesto, sólo existe tratándose de jefes inteligentes; muchos ignorantes que llegan a dirigir masas obreras o a influir sobre ellas, siguen creyendo de buena fe en las panaceas revolucionarias. Sueñan subvertir el orden social en el momento oportuno, con la misma facilidad con que se cambian las bambalinas en un entreacto de espectáculo teatral.

48 Esta oración se sustituye, en *Italia,* por las siguientes: En este período eminentemente crítico y positivo del socialismo, sus objetivos políticos se especifican claramente y se concretan en los titulados «programas mínimos»; sus procedimientos de realización se traducen por las diversas formas de «lucha dentro de la legalidad». Las reformas comunes a todos los programas mínimos socialistas pueden enunciarse en pocos acápites fundamentales: extensión de republicanismo democrático, legislación protectora del trabajo, Estado laico, nación armada; las reformas particulares varían con las condiciones de cada país, consultando su régimen monetario, su forma de gobierno, su sistema agrario, educativo, judicial, etcétera, según las circunstancias. Ese programa se limita a propiciar la finalidad completa del proceso en nuestro momento histórico: la política evolucionista, la civilización misma. Verdad es que algunos programas suelen estar mechados por ingenuidades anticientíficas, como la justicia por jurados, el voto de las mujeres, etc.

Esa tiende a ser la política de los partidos socialistas más prósperos y evolucionados. La política que organiza todo un ministerio socialista en Australia, presidido por Watson; la que en Francia ocupa ministerios en un gabinete republicano, con Millerand; la que en Italia apoya al ministerio monárquico de Zanardelli, con Turati; la que en Bélgica persigue la educación y organización de las masas, sin hacer hincapié en la forma monárquica de gobierno; la que en todos los países comienza a librarse de la pesadilla marxista de la «lucha de clases» absoluta, tan cara a las plebes, y concibe a su lado la «cooperación de clases», que suele ser su eficaz contrapeso y correctivo en la vida real.

49 En *Italia,* esta oración precede a la que aquí figura como última del párrafo anterior y ostenta algunas variantes: El núcleo de realidad posible se desvincula definitivamente de la utopía y tiende a realizarse.

50 En *Italia:* con el ilustre sociólogo

51 En *Italia:* doctora

52 En *Italia:* Mientras el socialismo se limitó a ejercer una acción opositora puramente negativa en el orden político (como la erigida en sistema por los anarquistas), pudo mantenerse en la intransigencia, libre de tocamientos con las fracciones progresistas de la burguesía más evolucionada, consecuente con la teoría de la «lucha de clases».

53 En *Italia:* Pero cuando un partido acepta la acción política dentro del orden legal existente, interviene en la vida electoral y parlamentaria y formula un programa realizable dentro del sistema económico actual, su actitud política se modifica forzosamente.

54 En *Italia:* Cuando entra a ejercer una acción positiva –no ya de simples negaciones antiburgues[a]s, sino persiguiendo la realización de un programa– surge la necesidad de coincidir y concordar con otros partidos, toda vez que éstos emprendan reformas de carácter socialista.

55 En *Italia* se modifica esta oración y se agregan unas cuantas más: Esa cooperación de los partidos a los fines del progreso, superiores a los propósitos de cada partido, es una ley general en política; Roberto Peel, el más proficuo de los reformadores ingleses, fue un conservador que, por la fuerza de las cosas, adoptó una gran parte del programa de los progresistas.

Aunque algunos de sus jefes no lo reconozcan abiertamente, la política de los partidos socialistas comienza a adaptarse a este criterio.

Al concretar su acción presente a los programas mínimos, ha desterrado al porvenir las reivindicaciones trascendentales y ha roto el yugo de muchas anticuadas preocupaciones. La inflexible antítesis entre el socialismo y la economía presente ha cedido su puesto a cooperaciones más y más racionales.

En Francia hemos visto a Millerand participando provechosamente a la política de un ministerio republicano, con una eficacia que sólo niegan o desconocen otros socialistas que no pudieron llegar a ministros, no obstante desearlo; y más tarde, los socialistas de casi todas las fracciones, con Jaurés a la cabeza, entraron en el «bloc» republicano e hicieron política ministerialista para aniquilar a la reacción clérico-militar. En Australia, desde hace varios años, el partido socialista vota en el Congreso, junto a los progresistas y los liberales, alternativamente, según que unos u otros estén en el poder y le ofrezcan realizar alguna parte de su programa; y cuando ellos organizan el primer gabinete socialista del mundo, presidido por su propio jefe, Watson, pueden mantenerse pocos meses en el gobierno, gracias a los votos de alguna de las fracciones burguesas. En Italia, cuando el ministerio Zanardelli ofrecía garantizar las más fundamentales libertades democráticas y era fuerza apoyarlo para evitar la reacción que estaba en acecho, el grupo parlamentario socialista, en masa votaba por el ministerio día a día; allí se manifestó abiertamente la disidencia entre los socialistas modernos dirigidos por Turati, llamados «ministerialistas», y la fracción jacobina y seminanarquista, que tuvo a Ferri por abanderado.

En Bélgica y en Alemania, el partido socialista ha dado su voto en cien cuestiones, que implicaban renunciar a algunas de las premisas de principio, en homenaje a las necesidades de la práctica y a la oportunidad del voto. Por fin, en Buenos Aires, el partido socialista se ha asociado en varias circunstancias a otros partidos o asociaciones netamente burguesas, con fines determinados y *contingentes;* su único diputado al Parlamento fue elegido por pocos electores socialistas y muchísimos de varias fracciones burguesas opositoras al gobierno.

Todo este cambio en la acción política del partido, esta evolución de una intransigencia obstinada hacia una armonización fácil, sólo implica determinar o amenguar la más anarquista de las premisas sentadas por Carlos Marx: la «lucha de clases» y el «antagonismo absoluto de los intereses entre el proletariado y cualquier fracción de la burguesía.»

Primero fue la crítica sentimental de Malon, que hizo sonreír a los marxistas empedernidos. Después la heterodoxia fue más firme que Bernstein (1), cuyo libro alborotó el cotarro a punto de que Kautsky (2) tuvo que escribir otro para contestarle; ambos volúmenes fueron ponderados con ecuanimidad por el propio Sorel (3). Bernstein tuvo de su lado en el Congreso de Hanóver (1899) a Wollmar, David, Auer y otros conocidos jefes del socialismo alemán.

Sus vistas fueron bien acogidas en el extranjero: Jaurés en Francia y Turati en Italia proclamaron que junto con la «lucha de clases» existía la «cooperación de clases», y que esto debía modificar la sistemática intransigencia seguida hasta entonces por el partido.

La teoría marxista es unilateral y sencilla; por eso mismo es accesible a los propagandistas ignorantes y simpática a las masas. Engels (en el *Anti-Dühring)* escribe que toda la historia humana es una historia de la lucha de clases; esas clases son el producto de los métodos y las relaciones de producción o, en otras palabras, de las condiciones económicas de su época. En la sociedad moderna hay lucha de clases entre los capitalistas detentores de los medios de producción y los productores despojados de ellos, los asalariados. El perpetuo e inevitable antagonismo entre esas dos clases, la una explotadora y la otra explotada, señala el punto de partida de la lucha de clases.

Se ha objetado por los mismos socialistas que esa teoría parte de premisas falsas. No hay *una* burguesía y *un* proletariado, ni existen *dos* intereses, ni éstos son siempre y necesariamente antagonistas. La actividad económica de un país crea *varios* intereses diversos, propios de los terratenientes, los industriales, los comerciantes, los especuladores, y crea *varios* intereses diversos correspondientes a los obreros industriales, a los agricultores, a los medianeros, a los pequeños propietarios. De allí el error fundamental de la división empírica y absoluta entre burgueses y proletarios, capitalistas y asalariados. La teoría de la lucha de clases sólo es cierta como caso particular de la lucha por la vida, que abarca otras fases no menos complejas e importantes: la lucha de razas, la lucha entre naciones, la lucha entre los capitalistas, la lucha entre los sexos, la lucha entre las profesiones, la lucha entre los individuos. Y el antagonismo o la concordancia de intereses no son tan simples como los formulan los marxistas. En definitiva: hay intereses comunes a toda la humanidad, intereses comunes a toda una raza, a toda una nación, a toda una clase, a todo un sexo, a todo un gremio, a toda una familia o a un solo individuo.(4)

En esas condiciones, las fuerzas que actúan en la vida política y social no pueden siempre dividirse en capitalistas y proletarias. En mil circunstancias hay intereses de raza o de nación que son comunes al millonario y al hambriento. Un aumento en el precio de los cereales beneficia a todos los argentinos, y una invasión de langosta los perjudica a todos. Una reacción monárquica o clerical en Francia perjudicaría por igual a los republicanos, a los radicales y a los socialistas; en cambio, el ministerio monárquico de Zanardelli favorecía a todos esos partidos en Italia con sólo garantizar las libertades más primordiales.

En un orden más concreto, a la vez que más general, los intereses de la clase obrera pueden concordar en mil casos con los de una u otra fracción de la burguesía, o ser menos perjudicados por una que por otra. Existen, pues, varias acciones accesibles al proletariado, que pueden convenirle según las circunstancias.

La cooperación de todas las clases es una necesidad para los fines de utilidad común: el aumento de la riqueza y del bienestar nacional, que a todos beneficia. La cooperación del proletariado con fracciones evolucionadas de la burguesía es posible, toda vez que puede tener intereses paralelos o sinérgicos. La cooperación del proletariado a la acción política de la fracción que menos lo perjudica contra la que más lo perjudica, es lógica. La acción independiente del proletariado sólo se impone para gestionar aquellos intereses que le son exclusivos y que pueden ser antagonistas con los de todas las demás clases sociales; en este caso, y sólo en éste, hay verdadera lucha de clase y política de clase en el sentido marxista. Con esto no negamos que haya intereses de clase propios del proletariado; pero afirmamos que además de esos pueden existir otros, comunes con la burguesía o con alguna de sus fracciones. Adviértase que la cooperación de clase presupone la existencia de dos clases distintas, por lo menos, y que para distinguirlas en economía y en política es necesario, casi siempre, que exista entre ellos [sic] una divergencia o lucha de intereses. La «cooperación de

clase –como ha demostrado con brillo Felipe Turati– coexiste con la lucha de clases. Se concilian –en determinados casos y circunstancias– los intereses opuestos.» (5)

Estas ideas no son, indudablemente, las más cómodas para hacer política a base de obreros; pero es el caso de elegir entre la verdad sociológica y las conveniencias electorales de un partido. El obrero concibe el socialismo en su forma lírica y sentimental; está siempre dispuesto a usar de la política como de un instrumento de lucha antiburguesa. Su móvil es el hambre o el descontento, no la sociología. Su «fe» no implica una «convicción» ni equivale a ella. Pero todo espíritu estudioso se ve obligado a denunciar esos errores, máxime cuando hace –como es nuestro caso– sociología socialista y no política de partido. Felipe Turati, en cuya compañía mental se nos encontrará con mucha frecuencia, es bien decisivo a este respecto. Considera que el socialismo, como doctrina sociológica, es inaccesible a los obreros; llega hasta repudiar su adhesión, si ella tiene por precio las ilusiones y por causa la inconsciencia. «No es esto, me parece, lo que debemos perseguir; no son estas adhesiones tumultuarias, a las cuales no sabemos qué concepto exacto corresponde en la mente de las multitudes arrastradas a la causa. Nada, en efecto –se ha escrito muchas veces-, es más difícil para el adulto que rehacer en sí mismo la psicología del niño, a pesar de que todos hemos pasado por ella, y con mayor razón nos es difícil representarnos la mentalidad del campesino. Lo que para nosotros es una convicción, fruto de un proceso mental laborioso, de luchas combatidas interiormente, de dudas vencidas, consolidada y templada al mismo tiempo por toda una serie compleja de conceptos acerca de la morfología y la evolución de las sociedades, en aquellos cerebros vírgenes –demasiado vírgenes– todavía bien puede ser la expresión exclusiva de un deseo, la ilusión subjetiva de una inminente y peligrosa palingenesia social, para la cual sólo bastaría la fuerza del número, sin ver los obstáculos que hacen largo y áspero el camino, sin suponer los inevitables coeficientes de reducción que acompañan su aplicación gradual. De eso pueden nacer peligros insospechables para la vida misma del partido y para el progreso del movimiento emancipador. La conciencia socialista de las masas, que es el objeto de nuestra propaganda, no puede ser una improvisación; en el campo de la actividad política, lo mismo que en el de la investigación científica, para nada sirve precipitar las conclusiones. Si se requieren años para transformar por completo el hombre físico, sustituyendo células nuevas a las viejas y gastadas, se requiere aun más tiempo para transformar al hombre intelectual y moral, dada la predisposición natural del plasma renovado para asumir cada día las mismas actitudes, las mismas vibraciones del que acaba de ser reemplazado poco a poco. Los milagros de la gracia son buenos para la religión, la cual se ocupa de los asuntos del más allá; pero no pueden tener aplicación en las cosas de este mundo. La fe puede ser una fuerza formidable cuando viene a coronar una convicción madurada y positiva; pero mientras la preceda o la reemplace, sólo puede ser una debilidad y un obstáculo a la formación de esa conciencia, cuyos aspectos externos simula: en ese caso, ella no hace convencidos, sino fanáticos que se agitan al tanteo en plena obscuridad. Esta concepción de la inevitable lentitud de todo movimiento histórico ampliamente humano, debe aplicarse a toda la acción socialista.» (6)

Conviene, pues, al socialismo renunciar a todas las exageraciones violentas, otrora exigidas por las masas como condición de su aplauso y de sus votos. Se advierte entre sus directores la necesidad de aceptar el régimen económico actual, y perseguir dentro de él reformas de verdad; los sociólogos conocen y afirman la necesidad de favorecer, en general, el advenimiento y la realización completa del régimen económico capitalista, como condición previa e indispensable para toda evolución ulterior.

En las fases parciales de la acción socialista encontramos transacciones semejantes. El antimilitarismo sistemático cede ante un discreto oportunismo; los más violentos tribunos callan ante la inminencia de cuestines internacionales que ponen en jaque graves intereses

económicos de todo un país, inclusive los del proletariado. El internacionalismo se convierte en bonito penacho, siempre que no contraste con los sentimientos y conveniencias de la nación; en París, a Gabriel Deville, al rendir cuenta de su mandato ante sus electores del cuarto distrito, pocos días después de la cuestión de Marruecos, le hemos oído terminar con estas palabras: «Soy francés primero, y después internacionalista.» Carlos Marx le habría lapidado; los electores de su partido le aplaudieron. La religión se declara materia privada, aunque en rigor el partido es anticlerical. La abolición de la familia y el amor libre se han convertido modestamente en unión libre; y muchos admiten ya que hay ventajas administrativas en mantener la ley de matrimonio civil, con las atenuantes de un divorcio amplio y fácil.

Y no insistiremos sobre los renunciamientos y apuros sucesivos en que se ha visto el socialismo, toda vez que le ha sido menester ocuparse de *política socialista agraria*. Destrée y Vendervelde (7) nos dicen que en Bélgica los votos socialistas agrarios suelen obtenerse como simples votos de oposición. Kautsky (8) se ve en serios aprietos para conciliar el programa socialista agrario y la teoría marxista de lucha de clases, acabando por afirmar la imposibilidad de formular un programa idéntico para todos los países y en todos los momentos, sin contar con las serias divergencias que minan el socialismo alemán respecto del problema agrario. Engels (9) decía que si los poderes públicos vinieran a manos de los socialistas, éstos no pensarían en expropiar a los pequeños propietarios, planteando así el debatido problema de la pequeña propiedad rural. Ese reconocimiento implícito es la causa de graves discordias; refleja en parte el antagonismo entre la teoría científica y los intereses electorales. Jaurés (10) se pl[i]ega a este modo de ver con razones más hábiles que lógicas. Por eso Galli (11) puede argumentar en su contra: «Obligados los socialistas franceses a conciliar su doctrina con las exigencias prácticas de la lucha política diaria, armonizan términos teóricamente opuestos, gracias a un «colectivismo» en el cual, a falta de un capitalismo agrícola, creador de masas asalariadas, se deja un puesto para la pequeña propiedad privada, disfrazándola como propiedad de «instrumento de trabajo». Este problema agrario ha impuesto modificar lo más esencial de las doctrinas, la parte relativa a la socialización de la propiedad misma.

(1) *Socialismo théorique et social-democratie pratique*. París, edit. Stock.
(2) *Le marxismo et son critique Bernstein*. París, edit. Stok.
(3) En *Revue Internationale de Sociologie*. París, Mayo 1900.
(4) S. Faure, *Le douleur universelle;* Ingegnieros, *La simulación en la lucha por la vida,* cap. III, etc.
(5) *La crisis del movimiento socialista*. –Ivanoe Bonomi.- Biblioteca de *La Crítica Sociale,* 1904, pág. 9.
(6) «Misticismo Socialista», en *Le leghe di resistenza e il partito socialista*. –Bibl. *Critica Sociale,* Milán, 1902, páginas 43-44.
(7) *Le Socialisme en Belgique*. Segunda edición, 1903.
(8) *La politique agraire du parti socialiste*. Trad. francesa, 1903.
(9) En *Die neue Zeit,* núm. 10.
(10) *Socialisme et Paysans,* París, 1897.
(11) *Le Socialisme et l'Agriculture,* París, 1902.

56 En *Italia:* Para estas ideas encontramos una completa confirmación en las de Felipe Turati. Volviendo a hablar de Italia, agregó el ilustre sociólogo:

57 En *Italia:* estos

58 En *Italia:* ahora debe resignarse a ser el cómplice forzoso de sus errores y exageraciones.

59 En *Italia:* que enorgullece por igual a los ateos y católicos de Milán

60 En *Italia:* Pablo

61 En *Italia:* del diario oficial del partido socialista.

62 En *Italia:* a dos o tres jóvenes más

63 En *Italia:* contra Ferri, repitiéndose las acusaciones

64 En *Italia:* ni siquiera pariente lejano

65 Palabra suprimida en *Italia*.

66 En *Italia:* En su fisonomía hay algo especial

67 En *Italia:* que no está muy libre de

68 En *Italia:* Creyeron

69 En *Italia:* mas ahora Ferri no se atreve a seguirlos

70 En *Italia:* intentaron eliminarlo

71 En *Italia,* se modifica el final de la frase y se agregan unos párrafos: que no llegan a cien, pero gritan como doscientos mil.
En el reciente congreso regional, celebrado en Brescia a principios de 1904, Mochi y Labriola presentaron una orden del día que obtuvo 73 votos, contra los 68 que pudo reunir Turati. He aquí los dos artículos sensacionales del documento seminanarquista: «1° Confirmando el carácter de la acción proletaria, permanentemente e intransigentemente revolucionario y adverso al estado burgués, el Congreso declara que es una degeneración del espíritu socialista el transformar la organización política de la clase proletaria en partido principalmente parlamentario, oportunista, constitucional y posibilista monárquico; por tanto, rechaza, como incoherente con el principio de la lucha de clases y con la verdadera esencia de la conquista de los poderes públicos toda colaboración del proletariado con la burguesía, ya sea mediante la participación de los miembros del partido en cualquier gobierno monárquico o republicano, ya sea mediante el apoyo a cualquier rumbo gubernamental de la clase burguesa.» «4° Aunque la acción parlamentaria del partido es preeminente en la obra de agitación, y para habilitar al proletariado en la gestión de los asuntos públicos, el partido considera que en los Parlamentos no podrá ser resuelta la abolición de la propiedad privada, ni siquiera todas aquellas conquistas previas de carácter político y económico que están fuera de la Constitución italiana, el Congreso afirma una vez más que no renuncia a ninguno de los medios de ataque y de defensa contra el Estado y el gobierno, reservándose también el uso de la violencia para los casos en que fuera necesario.»
Fácilmente se comprenderá que Labriola y sus amigos asumen el rol de rivales de Turati; esos artículos son la antítesis teórica y práctica de los presupuestos por el diputado de Milán respecto de la actitud correspondiente al grupo parlamentario socialista: «Considerando que los partidos burgueses, representados en el Parlamento y en el gobierno, no consituyen una compacta y única masa igualmente reaccionaria, pero están divididos entre sí por antagonismos de intereses, que pueden hacerles preciosa la cooperación eventual de las fuerzas proletarias, el Congreso considera que el grupo socialista debe seguir atentamente, a los fines de su propia política, el giro y los conflictos de la política burguesa, favoreciendo las combinaciones y tendencias que concurran a una democratización cada vez mayor del Estado, y combatiendo las combinaciones y tendencias que nos alejan de ella.» (1)
(1) Informes publicados en la *Critica Sociale,* Febrero 16 de 1905.

72 En *Italia:* Basta con lo dicho. Si Turati es el polo positivo del socialismo italiano, Labriola es su polo negativo.

73 En *Italia,* esta frase cambia por: En presencia de esta evolución de las doctrinas y de la política del socialismo –incontrastable, no obstante las dificultades accidentales que el encubierto anarquismo de las fracciones revolucionarias pueda atravesar en su camino-,

podría suponérsele destinado a una próxima decadencia o desintegración. ¿Qué queda de él?

Si no lo más, queda ciertamente lo mejor: el núcleo realizable, libre de utopías. Esa depuración no es la muerte, como podrían creer los partidarios ilusos o los adversarios obcecados; es la salvación del socialismo. Si la política del partido se ha transformado, es porque progresar implica transformarse.

74 En *Italia:* los estudiosos necesitan rendir homenaje

75 En *Italia:* abandonando todos sus prejuicios doctrinarios y todos sus apriorismos.

76 En *Italia:* que es sociólogo y no tribuno

77 En *Italia:* progresistas

78 En *Italia:* legalitario

79 En *Italia:* debería rebelarse al orden legal

80 En *Italia* se incluye una nota al pie con la siguiente aclaración: F. Turati, *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale*). Milán, 1902.

81 En *Italia:* Turati, y cien como él, se aleja cada día más

82 En *Italia:* del partido socialista al radical

83 En *Italia,* se inserta aquí una nota al pie: E. De Marinis, *Socialismo e Radicalismo* (Biblioteca della *Critica Sociale*). Milán, 1902.

Asimismo, en el párrafo se agrega esta oración: La misma objeción puede repetirse a la mayoría de los militantes, que aparentan seguir pensando a la manera de hace veinte años, como si ello fuese un mérito o una prueba de coherencia mental: la inmutabilidad del adoquín.

84 En *Italia:* La transformación del socialismo y de los socialistas es, como decíamos, su mejor garantía de vitalidad: los seres viviso se transforman continuamente, asimilan, desasimilan, crecen, enferman, *viven,* en una palabra. La materia inorgánica es la única inerte; dejar de transformarse es negar la vida, es morir.

85 En *Italia:* La crítica del marxismo ha servido para depurarlo; si sólo quedara de él una nueva orientación para el estudio genético de la Historia, ello compensaría de los muchos errores que en su nombre se han difundido entre las masas ignorantes.

86 En *Italia:* La política socialista puede agradecer a Sorel, a Labriola, a Loria, a Croce, a Bernstein y a cien más la crítica desmenuzadora operada en las teorías de su barbudo apóstol.

87 En *Italia:* Libre de sus primitivas inflexibilidades y de sus aforismos apodícticos, el socialismo se impone ahora como interpretación positiva del movimiento social contemporáneo.

88 En *Italia:* Para la sociología determinista, no es bueno ni malo: es una tendencia inevitable de la evolución. El movimiento obrero y los partidos socialistas no son las causas de esa evolución, sino una de sus manifestaciones, pues se traduce en actividades más complejas que la simple fase económica, aunque todas orientadas convergentemente.

89 En *Italia:* Así comprendido, el socialismo no puede identificarse con ninguna acción política estrecha y sectaria, ni puede monopolizarlo ningún partido.

90 En *Italia:* defienden

91 En *Italia* se agrega: Y así debe ser.

92 En *Italia:* Si es una verdad sociológica, una demostración científica, claro está que no puede saberla el ingenuo rentista ahogado en millones ni el escuálido proletario analfabeto.

93 En *Italia:* Sería fácil, sin embargo, demostrar la logica de esa evolución socialista a los hombres estudiosos

94 En *Italia,* esta oración se convierte en las dos siguientes: Las conclusiones mejor sentadas de la filosofía científica concuerdan con el núcleo de realidad posible contenido en la tercera fase del socialismo, que podría clasificarse de «reformista, posibilista y legalitaria». La simple

enunciación de las siguientes proposiciones basta para evidenciar su lógica rigurosa.

95 En *Italia:* económica

96 En *Italia:*Esos rasgos generales bastan para caracterizar la «acción socialista» dentro del movimiento social contemporáneo. Figuran en diversa proporción en las tres maneras de interpretar el socialismo.

Para los creyentes que se han detenido en el primer período –siguen siendo el mayor número entre los sectarios ignorantes–, el programa mínimo es una concesión hecha a la realidad presente, de importancia secundaria; el socialismo es «lo otro»: la fraternidad universal, la igualdad, la supresión de la propiedad privada, de la nacionalidad, de la familia, etc.

Esa es todavía la forma popular del socialismo, la forma plebocrática; en rigor, tales socialistas son simples anarquistas, no obstante diferenciarse de ellos en que aceptan la acción electoral y parlamentaria. La masa ignorante no puede encarar el problema de otra manera. Desde que el socialismo se ha fundado sobre bases científicas serias, ha dejado de ser accesible a la inteligencia infantil de las muchedumbres. Además de Turati, otro de los más ilustres críticos del marxismo lo afirma explícitamente. «En su conjunto –dice–, la doctrina del materialismo económico, entendido como filosofía, o sea «como una concepción general de la vida y del mundo, no me parece que pueda entrar entre los artículos inaccesibles a la cultura popular» (1). Por eso caen en el abuso los políticos militantes que suelen desbarrar en su nombre llevados por su criterio simplicista y unilateral.

En los que profesan el socialismo en su segundo período, hay una concepción menos errónea del asunto: reconociendo que los «ideales» y los «principios» no son realizables actualmente, se limitan a afirmarlos, como desiderátum remoto; pero luchan en el campo político y económico por el conseguimiento de lo realizable, por las reformas enunciadas en el «programa mínimo». Este es el criterio general del socialismo de Bebel y de sus similares.

Para los del tercer período, el socialismo relega la utopía a la utopía, se ocupa de la vida actual, de los problemas actuales, propone leyes y aborda misterios: es el socialismo de Millerand y de Watson. Es un socialismo que está «en los hechos», no en las palabras o en las preocupaciones sectarias, ya vengan los hechos de la plaza o del ministerio.

En esta última tendencia estuvimos decididamente enrolados durante las postrimerías de nuestra larga y precipua actuación militante en el partido socialista argentino. En el mismo orden de ideas escribía el doctor Juan B. Justo, distinguido propagandista: «Es el caso de rebatir cierto modo de ver, cierta manía de trascendentalismo todavía demasiado común entre los socialistas. Absortos ante la perspectiva de la futura forma social que anhelamos y prevemos, todo lo refieren a la inmediata realización del ideal, y desprecian u olvidan las necesidades y las ventajas actuales de la clase trabajadora.»

Y confirmando su concepto real y objetivo de la acción socialista, terminaba una conferencia sobre la cooperación obrera diciendo: «Por eso yo quedaría muy contento si de esta conferencia algunos de ustedes salieran resueltos a asociarse nada más que para consumir, por ejemplo, el pan y el jabón mejores y más baratos.»

¡Cuán lejos están los socialistas inteligentes de pretender subvertir, con un decreto dado en la convención o sobre la barricada, la propiedad individual, la nacionalidad, la familia, la constitución!...

Esta última forma no cuenta con el apoyo de las glebas. Pero el progreso de las ideas innovadoras nunca fue obra de las mayorías ni de las masas populares, ya se titulen reaccionarias o revolucionarias. Es siempre un pequeño núcleo de hombres ilustrados y activos el que piensa, dirige y realiza las innovaciones. Aciertan en ello Reclús, Kropotkine y Faure, cuando afirman la eficacia de las minorías revolucionarias y las resistencias de las masas populares, por incapacidad de comprenderlas. Pero olvidan que esa misma teoría es aplicable también dentro del movimiento socialista y anarquista: la multitud, allí como

doquiera, es ignorante y reaccionaria. Sólo es inteligente una pequeña minoria estudiosa, que viene a ser la levadura de la chusma inerte; ésta sigue lo mismo a un fraile católico que a un anarquista, a un ateo que a un salvacionista. En último caso, la acción política innovadora resultará de que la grey prefiera los nuevos pastores a los viejos, como hemos sostenido ha poco en el órgano oficial del socialismo argentino.(2)

Confirma ese criterio la opinión del ilustre revolucionario Pierre Lavroff (3). En su teoría del progreso atribuye toda la evolución histórica a una pequeña minoría de «intelectuales», es decir, de individuos capaces de desenvolverse mentalmente y de sentir la necesidad de ese desenvolvimiento. Es esa minoría de «élite» intelectual la que realiza el progreso *contra* la inercia o los desvaríos absurdos de la multitud rutinaria o enfurecida. La masa es tan funesta al progreso cuando es reaccionaria como cuando exagera y magnifica ideales que halagan sus sentimientos. Su entusiasmo no es robustez mental, sino hipertrofia degenerativa; no es masa de músculo vigoroso para la acción, sino tumor de grasa que dificulta el movimiento. De allí una sencilla diferenciación. La retórica antiburguesa y dinamitera es el plato favorito de las multitudes socialistas, mientras que el socialismo positivo, la política que lo realiza, sólo es comprensible y practicable por hombres ilustrados. Estas conclusiones nos acercan por muchos conceptos al llamado socialismo de cátedra.

Aquiles Loria, nuestro ilustre maestro, ha podido afirmar con razón en su último libro (4) que las ideas extremas jamás han triunfado en la historia; el triunfo ha correspondido siempre a las ideas medias, cualesquiera que fuesen las condiciones de tiempo, modo y lugar. Cada idea extrema que fracasa tiene su idea media correspondiente que triunfa. La historia del desenvolvimiento *ideológico* de la humanidad sería, simplemente, la historia de sus ideas extremas; pero la historia del desenvolvimiento sociológico de la humanidad –de las «realizaciones» sociales– sólo sería la historia de la actuación de sus ideas medias correspondientes.

La evolución del socialismo italiano –y las generalizaciones que sugiere, aplicables a todos los países– merecen estudiarse como una lección de política positiva. Ella iluminará por igual a los revolucionarios ilusos y a los reaccionarios imprevisores.

(1) Antonio Labriola, *Discorrendo di Socialismo e di Filosofia*. Roma, 1989, pág. 11.

(2) *Comentario a Max Nordau* en *La Vanguardia,* 1° de Mayo de 1902.

(3) Lettres historiques. Traducción de Goldmith. París, 1902.

(4) A. Loria: Verso *La Giustizia Sociale*. Edit. Soc. Ed. Libraria, Milán, 1904, 435 y siguientes.

97 En *Italia:* el ejemplo de su amplia legislación del trabajo

98 En *Italia:* siendo su jefe el leader del partido

99 En *Italia* se añade: italiano.

100 En *Italia:* considerarse

101 En *Italia:* Flujo y reflujo de una marea secular, la evolución social vive de afirmaciones y negaciones sucesivas, de palabras grandes y de hechos pequeños. En la vasta utopía de ayer se incuba la modesta realidad de hoy, así como en la exuberante utopía de mañana palpitarán nuevas realidades, modestas, pero infinitas. Es el ritmo de vaivén eterno que determina, en definitiva, la marcha humana, siempre acicateada por el ensueño en su interminable peregrinación de escalamiento y de progreso.

102 En *Italia:* indispensable.

Sábado, 29.VII.1905, página 3, columna 7; página 4, columnas 1 y 2.

SOBRE LAS RUINAS[1]

I

Los críticos de Roma – Una conferencia en el Foro – La fastuosidad pagana – Más allá del bien y del mal.

Roma, junio de 1905

Señor director de LA NACIÓN:

«Me preguntas si en Roma nos divertimos. Divertirse es una palabra francesa y sólo tiene sentido en París. Aquí, siendo extranjero, es necesario estudiar; no hay otro recurso.» Esas palabras de Taine pueden repetirse después de cuarenta años. Las pupilas frívolas nacieron ciegas para la evocadora visión de Roma.[2] Sin un grande[3] y exquisito sentimiento de arte, sin un amor tierno,[4] casi filial, por sus escombros elocuentes, la permanencia tórnase pronto inútil o tediosa.[5]

Hay un sentido oculto que permite gustar de las cosas muertas. Cada piedra contiene el esbozo de un gesto, cada columna levanta[6] frente al cielo una pasión pujante,[7] cada arco sostiene una gloria, cada friso narra una gesta, cada escoria de la antigua grandeza[8] denuncia un vicio o afirma una virtud.[9]

Toda ciudad tiene un alma, y tiene, como todas las almas, sus refracciones y sus afinidades.[10] Roma es propicia a los cerebros intuitivos, capaces de reconstruir una época sobre un plinto hecho trizas;[11] Florencia ofrece a los delicados y sensitivos la exquisitez de su arte y la sutileza de su ingenio; en Venecia todavía hay lugar para algunas docenas de románticos.[12] Los financistas y especuladores maniobran admirablemente[13] su alquimia de cifras entre el plomo que la atmósfera pulveriza sobre las cosas[14] de Londres. En Madrid se desperdician los ociosos y se divierten los pazguatos. En la entraña cancerosa de París se regodean los «rastas».[15]

El tranquilo burgués suele visitar a Italia como simple turista.[16] Cuatro bocanadas de aire sobre el Pincio, una serenata en el golfo de Nápoles, la inevitable ascensión al Vesubio y la peregrinación a Pompeya,[17] dos jiras [sic] en góndola por el Canal Grande,[18] un paseo hasta la plaza de la Señoría[19] y una noche de espectáculo en la Scala. Le basta un ejemplar de la guía Baedeker, cuya provechosa vulgaridad supera a todo elogio. ¡Cuántas correspondencias e impresiones de viaje[20] han sido pacientemente copiadas de sus páginas!

El turista con pretensiones de intelectual podrá barnizarse de arqueología refugiándose

en un fácil libro de Palèologue, moderno y recomendable.[21]

El estudioso no saciará su curiosidad limitándose a analizar introspectivamente las propias impresiones; y no le faltarán,[22] por cierto, fuentes en que abrevar sus ansiedades.[23] Encontrará grandes fruiciones de espíritu indagando cómo se reflejaban[24] esas mismas cosas en otros cerebros observadores[25] y hará una fecunda crítica comparativa de las emociones estéticas. Supongámosle oriundo de París o[26] frecuentador de la más modesta de sus bibliotecas circulantes.

Singulares impresiones de estética y de crítica se encuentran diseminadas en Montaigne y Montesquieu, en Voltaire y madame de Staël.[27] Un verdadero libro de viaje publicó, a principios del siglo pasado, el padre Jacquier, muy erudito para su época, aunque redactado en el seboso estilo propio de los manuales de cocina.[28]

Al poco tiempo escribió Stendhal sus dos tomos de paseos en Roma. Igualmente admirables por la utilidad de sus indicaciones y por la amabilidad de su estilo.[29] Esta obra se lee con simpatía, aunque ya es vieja de un siglo;[30] ocurre con ella como con[31] ciertas damas espirituales que benefician de las canas, aumentando los encantos de su trato[32] en proporción al número de estrías que graba Cronos sobre su piel. Puede perdonarse al mismo Stendhal un tercer tomo,[33] absolutamente inferior, donde refiere impresiones recogidas desde Nápoles hasta Florencia.[34] Taine recomienda de hecho, aunque no de palabra, la serena claridad que campea en el estilo de estos paseos en Roma, pues los sigue en varios pasajes de su *Viaje á Italia;* los hombres como Taine no plagian.[35]

Salteados quedan Chateaubriand, implacable escudriñador de catacumbas, y el sonámbulo Lamartine, cuya enfermedad, mezcla de inflamaciones líricas y desmayos románticos, no le impidió aderezar cuatro malicias contra Dante.[36]

En el viaje de Theophile Gauthier desbordan encantadoramente los decires personalísimos que desgrana con gesto asiático sobre las bellezas de Génova, Venecia, Milán y Florencia. Los reflejos de las cosas en su espíritu son siempre originales; diríase que el orífice, como Nerón, las[37] miraba al través de una preciosa gema, la esmeralda de su ingenio. Sintió los más hondos encantos de Venecia;[38] los alienistas encuentran páginas de aguda psicología descriptiva en el capítulo dedicado al manicomio de San Sérvolo. En todo el libro cascabelea el rico estilo de «España» y «Constantinopla», ambos imitados[39] por De Amicis, el cual, en muchos pasajes, le ha pirateado[40] páginas enteras.

En alguna madrugada de agotamiento neurasténico hilvanó Bourget sus «Sensaciones de Italia», detestable ejemplo de frivolidad artística y literaria, que nadie creería hermano de «El Discípulo» o «La Etapa».[41] Asselineau arruinó sus buenas impresiones de Italia revistiéndolas[42] de un estilo andrajoso y desteñido.[43] A. de Mezières osó reunir en volumen sus candorosas impresiones de viaje;[44] las de esta península parecen una tesis para optar al doctorado en tontería. Edmond About, amigo de Taine e íntimo de Sarcey, tiene páginas llenas de gracia y de finísimo gusto.[45] Alejandro Dumas, el fecundo mulato, no podía morir sin dejarnos sus sentencias sobre Italia; las forjó con espíritu excesivamente novelesco, y no es posible recomendar su «Corricolo» y su «Un año en Florencia» a personas que en algo estimen su tiempo.[46]

Se leerán con provecho las dos magníficas series de paseos arqueológicos de Gastón Boissier, de indiscutible utilidad como introducción al estudio personal de las antigüedades.[47]

Los autores ingleses y alemanes forman una bibliografía vasta que sólo conocemos a través del catálogo de la Biblioteca nacional de Roma.[48] Suelen ser trabajos de sesuda arqueología, antes que sensaciones de crítica o de arte, cuya importancia es exclusiva para los especialistas.[49] Huelga, por interminable, la mención de monografías técnicas publicadas en Italia sobre todas y cada una de las ruinas.[50] Se cuentan por millares.

Roma sugirió a Castelar una de sus páginas más líricas y a Zola su conocida novela, que completa la trilogía de Lourdes y París. Un viajero argentino lamentará no poder repasar los libros de viaje de cuatro[51] compatriotas distinguidos, si no tuvo la previsión de incluirlos en su equipaje: Lucio López, Miguel Cané, Eduardo Wilde y Angel Estrada (h.).[52]

Después de tantas lecturas, el viajero ingenuo preguntará al viajero estudioso[53] si aun le quedan impresiones verdaderamente propias. El estudioso hará su examen de conciencia y si aun cree tener alguna la desbastará visitando al profesor Boni, director de los trabajos de excavación del Foro, y asistiendo a una sola de sus conferencias; siempre será superflua la segunda. El estudio de las otras ruinas romanas[54] resulta más proficuo asistiendo a los cursos de Lanciani y Venturi, que enseñan topografía romana y arte antiguo, respectivamente. Ambos han publicado obras de positivo mérito sobre sus especialidades.

De esa manera será fácil sacrificar la originalidad al saber, la imaginación a la crítica. Y, en suma, se obtendrá una impresión consciente, preferible en todos los casos a las improvisadas sensaciones puramente literarias.

*

* *

Sobre el Foro Romano yacen esparcidos sin previsión los escombros augustos, como sobre un antiguo campo de lides heroicas las armaduras que la carcoma de las edades roe en vano, pero no aniquila. El frescor de pocas yerbas[55] mitiga habitualmente su pesadumbre. Cada primavera llega como una fiesta sobre la blancura de los mármoles, atenuando su palidez, que parece traducir nostalgias de almas caídas que sueñan sus catástrofes irreparables; abril salpica, por millares, las manchas rojas de las amapolas, cuyo matiz violento contrasta con la severidad apacible de aquella blancura silenciosa, como advirtiendo el eterno florecimiento[56] de la vida sobre la muerte.

Entramos al Foro siguiendo al profesor Boni, cuya vida transcurre sobre los escombros. Es talentoso, amable y tan poco elegante como suelen ser los arqueólogos de mediana estatura; tiene la dicha de mostrar cincuenta años escasos, pero se murmura que ha vivido algunos más. Su flaqueza incorregible consiste en cierto afán de obscurecer en mal francés las cosas que diría claramente en buen italiano. Cada vez que en Roma tiene lugar un congreso, o llega una comitiva de extranjeros, figura como plato obligado

una conferencia «en francés» sobre las ruinas del Foro. Le oímos dos veces. La una se dirigía a psicólogos y la otra a ciclistas; pero, en ambas, dijo lo mismo;[57] se paró sobre determinadas piedras, hizo indicaciones similares, desplegó gestos idénticos, con igual entonación y timbre de voz, como fonógrafo que muerde con su púa de acero sobre un eterno cilindro de celuloide. Por ese motivo no hay ventaja en acudir más de una vez a su disertación.

Un distinguido estanciero argentino asistía, por compromiso, a la conferencia; ya había visitado a Roma[58] varias veces y hablaba del Foro con perfecta familiaridad,[59] como de su estancia. Era uno de esos hombres prácticos que detestan cordialmente la cultura y el bufete; ponía su mayor vanidad en conocer a Roma sin haber leído una sola cartilla[60] arqueológica, ni siquiera el democrático «Baedeker».[61] Le vimos sorprenderse cuando oyó decir que el Foro en cuestión no había sido el único, ni el más grande, ni el más bello de los muchos que hermoseaban a la ciudad eterna.

Eran sitios públicos, lugares de reunión al aire libre, con una plaza rodeada por varios pórticos, simples o dobles, de uno o más pisos. En cada Foro existían, siempre, una o varias[62] basílicas. En algunos había profusión de monumentos honorarios y decorativos que aumentaban su belleza y solemnidad. Allí se ejercitaba la justicia y lucían sus galas extraordinarias los retóricos de toda laya; allí también convergía la actividad comercial. Banqueros, mercaderes y usureros concurrían a los foros para traficar bajo la fresca sombra de los pórticos. En casi todas las ciudades había algunos; por la naturaleza compleja de su actividad, podrían compararse a las actuales plazas de aldea, en cuyo rededor[63] se levantan la iglesia y la municipalidad, la escuela y el club, la trastienda de botica y la redacción del semanario, el juzgado de paz y la comisaría. La diferencia estriba en que los foros de aquella época, aun en las aldeas, ostentaban una ornamentación desconocida en nuestros días. En Roma, «caput mundi», eran admirables el foro Trajano,[64] el de Augusto, el de César, el de Nerva, el Romano, el Boario, y otros.

En la época imperial fue el fastigio de su esplendor; sólo quedan ruinas escasas. El mayor de todos fue el Foro Trajano,[65] cuyos planos trazó Apolodoro de Damasco, arquitecto griego; cuéntase que para construirlo fue necesario derribar muchos edificios y desmontar una falda del monte Quirinal. El foro propiamente dicho, ocupaba una amplia área rectangular, rodeada por tres pórticos dobles. Allí surgían el templo de Trajano y la basílica Ulpia; en el centro de un patio, desafiando al cielo con su pompa majestuosa, erguíase la columna Trajana, cuyos magníficos bajo relieves han encantado a críticos y artistas durante veinte siglos. En todas las construcciones de ese Foro asombraba el derroche de granitos raros, columnas de mármoles veteados y policromos, frisos y capiteles con bajo relieves[66] magníficos, estatuas de bronce y paramentos de metales preciosos, mosaicos de mármoles amarillos y violetas, todo convergiendo a hacer paradisíaca la molicie de los dominadores del mundo. Casiodoro, su más fiel descriptor, dice que cuanto más y mejor[67] se lo observaba, tanto más producía la impresión de un milagro.

De tanta grandeza, además del aserto de los historiadores, cuyas referencias no suelen ser claras ni concordantes entre sí, los viajeros ingenuos pueden ver fantásticas

reconstrucciones en yesos o grabados que se venden a los forasteros en las librerías del corso o de la plaza de España, y a menor precio en los cambalaches de Transtíber. Los foros más modestos, como los que aun vemos en Pompeya y Herculano, parecen simples plazas rodeadas por templos y pórticos, con uno o dos órdenes de arcadas; pero están desmantelados y les falta lo que fue su mejor característica: la generosa ornamentación.

El Foro romano, único sometido a la inspección ocular de los contemporáneos, vivió[68] en pleno abandono durante muchos siglos, después de haber sufrido ultrajes y depredaciones de los godos, vándalos, hérulos, lombardos, sarracenos y cristianos: pues conviene tener presente que estos últimos completaron lentamente la devastación de Roma, con sus rapiñas en grande y pequeña escala, con su desidia y menosprecio por todo lo que evocara la grandeza pagana. Baste decir que en 1611, bajo el dominio del papa Pablo V, se demolieron varios antiguos arcos de triunfo[69] para ensanchar las calles; ya Urbano V había puesto en venta las piedras del Coliseo; Pablo II había tomado[70] las necesarias para edificar el palacio Venecia,[71] de uso particular, imitándole los cardenales Riario y Farnasio.[72] Sixto V pretendió transformarlo en casa de inquilinato; pero los nietos de Urbano VIII, de la familia Barberini, fueron más prácticos y recogieron todos los materiales para su magnífico palacio, dando lugar al ingenioso refrán: «lo que no hicieron los bárbaros hicieron los Barberini».[73]

En los grabados medioevales, que suele mostrar el profesor Lanciani en clase, el Foro romano está representado por una serie de ruinas enterradas hasta la mitad, recubiertas por una profusa vegetación silvestre que pone sus raíces como cuñas entre los bloques de mármol y de travertino. Montaigne lo vio en ese estado. Para Voltaire era un despreciable amasijo de piedras mugrientas, aunque en la misma época el padre Jacquier lo proclamó admirable. Stendhal lo vio semienterrado todavía y refiere las estériles intentonas del príncipe ruso Demidoff para que le permitieran desenterrarlo a su propia costa. Napoleón ya había puesto en descubierto el coliseo y otras maravillas de aquella época.[74] Encontrándose en Roma, en 1813, Stendhal vio desenterrar el pedestal de la columna de Focas; una inscripción antigua aplacó las dudas que habían atormentado a muchos arqueólogos, poniendo en danza su empirismo. Circuló por ese entonces un soneto ingenioso. Habla el mismo Focas: «Un obrero con su pico descubrió todo en dos días; mi gloria renace. Sabios tontos; colocando unos sobre otros los tomos que habéis escrito acerca del nombre de mi columna, se formaría una pila más alta que ella. ¡Cuánto más útiles y menos aburridos seríais arrojando vuestra pluma y cogiendo un pico!»[75]

Taine dedica al Foro dos páginas escasas. Si hemos de creerle, en 1865, bajo el dominio de los papas,[76] veíanse allí espectáculos de miseria y abandono que actualmente resultan inconcebibles. «Viejas feas y chicos sucios se calientan al sol, entre basuras. Pasan dos monjes blancos o morenos, seguidos por escolares con sombrero negro, guiados por un eclesiástico rojo. Una fábrica de camas de hierro cruje y resuena cerca de la basílica.» En cambio: «Aun se descubren rasgos de la antigua raza y del antiguo genio. Muchas de esas viejas se parecen a las sibilas del Renacimiento. Tal paisano, con sandalias de cuero, con su manto manchado por el polvo, tiene una traza admirable, la nariz distinguida, el mentón griego, los ojos negros que hablan con elocuencia, chisporroteando en ellos el brillo de su genio nativo. Bajo las bóvedas de Constantino,

desde media hora, una voz salmodiaba letanías; me aproximo y encuentro a un hombre, piernicruzado en tierra, que leía[77] en voz alta y con entonación recitativa, ante cinco o seis vagos tirados sobre el polvo, el *Orlando Furioso,* el combate de Rolando y de Marsilia.» Más afortunados que Taine, los viajeros de hoy no ven el espectáculo de las mujeres andrajosas; pero, en cambio, no tendrán la dicha de tropezar con atorrantes[78] románticos. A fuer de irreverentes, cabe pensar que el pincel maestro de Taine puso algunos toques decorativos en el cuadro, colocando allí esas brujas y trovadores en decadencia como simple coquetería de su prosa literaria.

Hoy todo ha cambiado. La idea que nos sugieren Jacquier, Stendhal o Taine[79] resulta completamente inexacta. Todas las ruinas están en descubierto, sin más mugre que la inevitable de los siglos. El profesor Boni no ceja en su labor; temiendo que la prisa destruya los restos que se pretende conservar, realiza un trabajo lento pero minucioso y certero, conforme al adagio de la gota que horada la piedra.

*

* *

Descendiendo del Capitolio por una calle que corre sobre el antiguo Clivus Capitolinus, hacia la Vía Sacra, que lleva al Coliseo, se encuentran las ruinas del Pórtico de los doce dioses y de los templos de Saturno, Vespasiano y la Concordia; el magnífico arco de Septimio Severo se conserva en excelente estado y parece dispuesto a mantenerse en pie algunos siglos más; contigua está la columna de Focas; a poca distancia los restos de las basílicas Julia y Emilia, y las ruinas de la Curia o Senado, sirviendo como cimientos de la iglesia de San Adrián. Del templo de Cástor y Pólux quedan tres magníficas columnas en mármol de Paros; más allá escombros de los templos de Venus, César y Faustina, la Regia, el palacio de las vestales, las tres enormes bóvedas de la Basílica de Constantino y, por fin, el Arco de Tito, inicuamente rehecho por un mediocre arquitecto, muy celebrado en tiempos de Pío VII.

Recorriendo las callejuelas del Foro, todo espíritu medianamente culto reconstruye, con envidia, las horas que el pueblo de César y de Augusto podía pasar bajo uno de esos pórticos o en el interior de una basílica, oyendo a los más elocuentes oradores, cuya mayor ambición era obtener su aplauso y cuya voz se rompía en mil ecos sobre los mármoles que por todas partes la rebotaban.

Entre el tono gris del pequeño valle lucen su ebúrnea blancura centenares de capiteles corintios, mostrando al cielo la gracia audaz de sus volutas y el doble orden de sus hojarascas; el pie inexperto tropieza con fragmentos de arquitrabes, el uno con frisos triglífados, metopas en el otro, éste con bajo relieves[80] de grifos mitológicos o con heroicas escenas de guerra, aquél con candelabros o calaveras; discos o astillas de fustes estriados atestiguan la asombrosa profusión de columnas en ese paraje delicioso, destinado al solaz de aquella Roma, cuyo poderío no conoció precedentes ni tuvo sucesores.

Más allá del arco de Tito, en el fondo, se levanta la mole del Coliseo y a su derecha

el gran arco de Constantino, obra mediocre del período de la decadencia.[81] Antes de llegar a la calle que rodea el enorme anfiteatro se tropieza con las ruinas de los templos de Venus y de Roma, adosadas, mirando al Coliseo las primeras y al Foro las segundas. El emperador Adriano en persona trazó sus planos; mas Apolodoro, arquitecto de Trajano, se permitió señalar en la obra dos incorrecciones ya irreparables. La imprudente crítica tuvo por precio la vida.

Suele terminar en ese punto la invariable conferencia del profesor Boni, a noche ya avanzada. El ilustre arqueólogo, con su voz monótona emitida al desgaire,[82] propia de maestrescuela que repite su abecé por millonésima vez, consigue aburrir hasta los tuétanos a dos tercios de sus oyentes.[83]

*

* *

Mientras regresamos, un reflejo rubio y rojo inunda aquel cementerio de cosas dos veces milenarias. El crepúsculo gradúa en el lejano horizonte sus notas de oro y de escarlata, como si los bronces de infinitos guerreros y la sangre de infinitos vencidos se mezclara[n] atropelladamente en aquel lejano confín del cielo y de la tierra, recordando, como en una macabra fantasmagoría, el precio de heroísmos y de martirios que costó a la humanidad la grandeza del imperio de Occidente.

Entre la penumbra del horizonte destacaban sus perfiles los restos de frisos y cornisas, las columnas con sus gárrulos capiteles, los fustes quebrados por la saña de tantos siglos, los arcos intactos y petulantes, erguidos frente al tiempo. Junto con el avance de la tiniebla crecía la solemnidad majestuosa de aquel panorama evocador. En la melancolía de esa noche estival, toda llena de recordación y de silencio, pensamos con sobrecogimiento que nuestros pies humillaban los propios mármoles por donde transitaron su gloria o su infamia los reyes y los cónsules, los tiranos y los emperadores. La imaginación esparcía entre las ruinas, confusamente, las figuras de César y de los Gracos, de Augusto y de Nerón, de Heliogábalo y de Domiciano. Y la sombra parecía confundir en un solo rastro, sobre las mismas piedras, las pisadas de Agripina y de Cornelia, la madre de todos los vicios y la madre de todas las virtudes.

Era un símbolo. Tanta grandeza y tanta pompa debían neutralizar, por fuerza, todas las normas de la ética. Sin imposiciones morales, los hombres rompieron las amarras del deber y del remordimiento, para ascender a una región donde eran palabras sin sentido el vicio y la virtud, donde los únicos ideales de la vida eran la fuerza, el placer y la potencia, suprimiendo todo freno a la dicha de vivir.

El pueblo romano, dominador del mundo, tendía, como todos los dominadores, a colocarse más allá del bien y del mal.

JOSE INGEGNIEROS

Notas

1 En *Italia,* la primera parte de esta crónica aparece, bajo el título «Los peregrinos de la Italia hermosa», como la sexta y última de las que integran la tercera sección: «En la vida y en el arte». La segunda mitad, manteniendo la denominación «Sobre las ruinas», inaugura la parte cuatro del libro, «Evocaciones de Italia». Como en el resto, no se consignan los subtítulos, el destinatario, la firma ni los datos de lugar y fecha. En *AMC* aparece bajo el título «La Roma imperial», fechada en Roma, 1905. Se divide en tres secciones: «Los peregrinos de la Italia hermosa», «Entre las ruinas» y «La megalomanía de los emperadores».

2 En *Italia* y *AMC* se agrega: es una ciudad de ensueño y de recordación, un templo de mil grandezas pasadas, un lugar de peregrinación para almas superiores.

3 En *Italia* y *AMC:* profundo

4 En *AMC*: amor latino

5 En *Italia* y *AMC* se añade: El Papa actual es un modesto burgués [*AMC* agrega: excelente persona], muy distinto del preclaro y transparente León XIII que nos describe Rubén Darío en sus *Peregrinaciones,* en cierto maravilloso artículo que jamás olvidará quien lo haya leído. Si el Papa es un burgués, no puede sorprender que el rey sea una excelente persona. [*AMC:* que el rey sea un tonto inofensivo]. Signo de los tiempos. En cambio, están allí las ruinas de los emperadores inconmensurables, únicos, unánimes. [*AMC:* las ruinas de emperadores inconmensurables, únicos; ellas son el atractivo intelectual de la ciudad tiberina y es creíble que el sol no haya alumbrado cosas más admirables en la historia de las civilizaciones extinguidas.]

6 En *Italia* y *AMC:* erige

7 En *Italia* y *AMC:* pujante y humana

8 En *Italia* y *AMC:* de la grandeza antigua

9 En *Italia* y *AMC:* denuncia un vicio magnífico o una virtud deslumbradora. En esta suprema plenitud, los vicios y las virtudes se equivalen, son igualmente sublimes.

10 En *Italia:* Toda ciudad tiene un alma y posee, como todas las almas, refracciones y afinidades que le son propias. En *AMC*: Toda ciudad posee refracciones y afinidades que le son propias.

11 En *AMC* se sustituye el resto del párrafo por lo que sigue: es un modo particular del alma humana y para sentirla es necesario ponerse al unísono con ella. Es un modo superior, sin duda. Todos sus grandes peregrinos han sido astros de magnitud primordial; Roma e Italia fueron la irresistible estrella que ha orientado la marcha de altos espíritus, Reyes Magos de esta religión de la belleza cuyo profeta moderno fue Jhon Ruskin. Huelga decir que sus libros de arte, verdaderos evangelios, fueron escritos o pensados en Italia, frente a la glauca gloria del Adriático.

12 En *Italia:* en Venecia todavía tienen programa algunas docenas de románticos sugestionados. Fuera de Italia es lo mismo.

13 En *Italia:* Los financistas de sabia aritmética manipulan admirablemente

14 En *Italia:* sobre las casas

15 En *Italia,* estas dos últimas oraciones cambian por: En Brujas florece la vara poética que llevan todas las manos cultas, la vara que, a pesar nuestro, nos sirve de cayado en las vagancias de Ensueño y de Esperanza. En Madrid todo sonríe: las flores, el cielo, los ojos hondos de las mujeres, el ébano o el oro de sus trenzas, alternativamente; allí se desperdician los ociosos y se divierten los pazguatos. En Berlín está la fuerza; en Bruselas flota la deliciosa ambilidad del hogar risueño. Hay mujeres en Viena, pasiones en Barcelona, mugre interesante en Constantinopla, cuadros del viejo Brueghel en Amsterdam. En la entraña cancerosa de París fermentan cien mil prostitutas y se regodean los «rastas».
Roma es un modo particular del alma humana; para sentirla es necesario ponerse al unísono

con él. Es un modo superior, sin duda. Sus grandes peregrinos han sido todos los astros de magnitud primordial; Roma e Italia han sido la irresistible estrella que ha orientado la marcha de los grandes espíritus, Reyes Magos de esa religión de la belleza, cuyo profeta moderno fue Jhon Ruskin. Huelga decir que sus libros de arte, verdaderos evangelios, fueron escritos o pensados en Italia, frente a la glauca gloria del Adriático.

16 En *Italia* y *AMC:* El apacible burgués suele visitar la península con precipitación de bárbaro o con apática mansedumbre de rentista: ignora el misterio de cada ruina y es insensible a la más leve emoción de arte. Necesita referir que ha recorrido la Italia, y lo consigue fácilmente:

17 En *Italia* y *AMC:* y el descenso a las desmanteladas ruinas de Pompeya

18 En *Italia* y *AMC:* Canalazzo

19 En *Italia* y *AMC:* un paseo en la playa [*AMC:* plaza] de la Señoría.

20 En *AMC*: ¡Cuántas impresiones de viaje

21 En *Italia* y *AMC:* El turista con pretensiones de intelectual, puede barnizarse de arqueología, refugiándose en un cómodo libro de Paléologne [*AMC*: Paléologue], moderno e interesante.

22 En *Italia*: sus propias impresiones; no le faltarán… En *AMC:* sus propias impresiones; le sobrarán…

23 En *Italia* y *AMC:* sus ansias de investigación.

24 En *Italia* y *AMC:* reflejan

25 Palabra suprimida en *Italia* y *AMC*.

26 En *Italia* y *AMC:* y

27 En *Italia* y *AMC*: Estuvieron en Roma, buscando inspiración y emociones, Rabelais y Montesquieu, Montaigne, Milton y Addison, De Brosse, Lalande, Dupaty. Alguno en sus libros, todos en su correspondencia, dejaron el testimonio de su admiración ante el rostro [*AMC*: rastro] de la magnificencia imperial.

28 En *Italia* se modifica esta oración y se agregan otras*:* Mezcla de mística devoción por la Roma cristiana del Renacimiento y de sobrecogido respeto frente a la devastada Roma pagana de los Césares, se encuentra en el libro de viajes del padre Jacquier, muy erudito para su época, pero escrito en el estilo pedestre y seboso que campea en los manuales de culinaria popular.

En *AMC*: Un libro de viajes del padre Jacquier, muy erudito para su época, es mezcla de mística devoción por la Roma cristiana del renacimiento y de sobrecogido respeto frente a la devastada Roma pagana de los Césares; está escrito en el estilo pedestre que campea en los manuales de urbanidad popular.

En *Italia* y *AMC*, asimismo, se agrega: Goethe, espíritu leonardiano, fue a Italia en busca de [*AMC*: buscando] la tierra clásica, de [preposición omitida en *AMC*] la Roma suntuosa, asiento de [*AMC*: cuna de] la fuerza y de la universalidad. En Asís sólo deseó ver la pequeña fachada de un templo pagano, sostenida por armoniosas columnas corintias; en Venecia, gema del romanticismo, sólo se interesó por el Paladio. El gran tudesco no vio [*AMC*: no miró] la Italia del Renacimiento. Browning y los prerrafaelistas ingleses vinieron, en cambio, en busca del arte que floreció en el crepúsculo de la Edad Media, encontrando la mina fecunda de los Giotto y los Beato Angélico. Dos temperamentos, dos formas de arte; una tercera vieron [*AMC* añade: más tarde] los románticos, a través de su tercer temperamento.

Voltaire debe ser leído; fue tan profundo como Quevedo y mucho más que todos juntos los miembros de la moderna Academia Francesa. Escribió mucho sobre Italia, a menudo picarescamente. Eugene Bouvy ha tenido la feliz idea de comentarlo, en su [*AMC*: Eugenio Bouvy es su comentarista en el] curioso libro *Voltaire et l'Italie,* muy recomendable.

Los románticos, bandada inolvidable, volaron a la península, como a un país amigo de sus almas indeclinables. Urbain Meingen, en su estudio sobre *L'Italie des romantiques,* nos muestra a los siete hombres representativos de esta [*AMC*: esa] época literaria, viajando casi al

unísono en el tiempo y totalmente unificados en el ideal. «No son los únicos –dice–, pero ellos forman un grupo natural. Chateaubriand y lord Byron eran amigos de madame de Stael, lord Byron era amigo [*AMC*: lo fue] de Shelley, que a su vez lo era de Kyats [*AMC*: Keats]; Alfredo de Musset, en fin, correspondía en verso con Lamartine y le hablaba de lord Byron. Hay, además, entre esos escritores cierto parentesco intelectual [*AMC*: parentesco de espíritu]. Chateaubriand ejerció una gran influencia sobre Lamartine, que leía apasionadamente los versos de lord Byron; éste debe mucho a madame de Stael, por la cual también Shelley tenía gran admiración. Keats es un poco independiente, más, por la manera como se inspira en Dante y en Milton, está próximo de Chateaubriand y de Shelley al mismo tiempo; por otra parte, sabe gustar de Bocaccio, como lo hará también Alfredo de Musset. Este último, que les sigue, ha recogido toda su herencia.»

Chateaubriand describe visiones italianas en *Los mártires,* en *El genio del cristianismo,* en *Memorias de ultratumba* y en el volumen póstumo, *Viajes por América y por Italia*. Shelley nos dejó impresiones imperecederas. Musset llenó sus obras de personajes italianos, como Shakespeare, aunque fue simulador de alta envergadura: no había pisado Italia cuando publicó sus *Contes d'Espagne et d'Italie*. Lamartine nos dejó cien páginas en sus *Meditations;* en 1811 vio

> Les palais des héros par les ronces couverts,
> des dieux couchés au seuil de leurs temples déserts,
> l'obelisque éternel ombrageant la chaumiére,
> la colonne portant une image étrangère,
> l´herbe dans les forum, les fleurs dans le tombeaux
> et ces vieux panthéons peuplés de dieux nouveaux;
> tandis que, s'élevant de distance en distance,
> un faible bruit d´vie interrompt ce silence…

Todo eso no le impidió aderezar cuatro malignas insolencias contra el sumo Dante. [Oración omitida en *AMC*].

Madame de Stael esculpió sus impresiones en *Corina,* obra magnífica que sólo podemos posponer al canto cuarto de *Childe Harold,* donde nos muestra su Italia lord Byron; éste no supo emocionarse ante el arte del Renacimiento, pero le conmovieron las ruinas imperiales. Jhon Keats, como antes Browning, penetró el espíritu del arte prerrafaelista y fue de hecho el precursor de Burne Jones y Dante Gabriel Rosseti.

29 En *Italia* y *AMC,* estas dos oraciones se sustituyen por: Stendhal conoció mejor que nadie la sociedad italiana de su tiempo; *La Chartreuse de Parme* es un libro alado. Sus dos tomos de *Promenades dans Rome* son doblemente admirables, por la utilidad de sus indicaciones y por la amabilidad de su estilo.

30 En *Italia* y *AMC*: no obstante ser vieja ya de un siglo

31 En *AMC*: ocúrrele como a

32 En *Italia* y *AMC*: aumentando sus atractivos

33 En *Italia* y *AMC*: volumen

34 En *Italia* y *AMC*: en el cual refiere impresiones recogidas *De Naples á Florence*.

35 En *Italia:* la serena claridad de estilo que campea en sus paseos en Roma, pues revela seguirlos en ciertos pasajes de su *Voyage en Italie* (1); los hombres como Taine saben no plagiar.

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

36 En *Italia* y *AMC,* este párrafo está suprimido y aparece este otro: Siguiendo a Musset encontramos a George Sand, cuyas impresiones quedaron fijadas en sus *Lettes d'un voyageur;* sobre Venecia escribió párrafos llenos de amor y de garrulería. Brizeux tuvo la original idea de enfrentar los paisajes de Italia a los de su nativa Bretaña. Augusto Barbier se inspiró junto al Tíber y el Arno para escribir *Il Pianto,* quejas sin trascendencia. Hugo, en *Lucrecia Borgia*

y en *Angelo, tirano de Padua,* nos muestra la Italia del estilete y del veneno; la magnificencia de su estilo y la pompa de sus metáforas suplen a lo demás.

37 En *Italia:* los

38 En *Italia* y *AMC:* encantos de Nuestra Señora de los Mares Muertos

39 En *Italia* y *AMC:* muy leídos

40 En *AMC:* lo ha plagiado

41 En *Italia:* ¿En qué mañana de agotamientos neurasténicos hilvanó Paul Bourget sus *Sensations d'Italie?* Son un detestable ejemplo de frivolidad literaria; nadie creería que este libro es hermano de otros admirables como *Le Disciple* o *L'Etape*. En *AMC*: ¿En qué mañana de agotamientos neurasténicos hilvanó Paul Bourget sus *Sensations d'Italie,* detestable ejemplo de frivolidad literaria?; nadie creería que ese libro es hermano de otros tan admirables como *Le Disciple* o *L'Etape*.

42 En *Italia* y *AMC:* impresiones peninsulares al revestirlas

43 En *Italia* y *AMC,* se agrega: Paul de Musset llegó hasta Sicilia y nos dejó un bonito libro de viaje. Los Goncourt publicaron después de cuarenta años sus notas recogidas en el cincuenta y tantos.

44 En *Italia:* las candorosas observaciones recogidas en varios viajes. En *AMC*: las candorosas observaciones bostezadas en varios viajes

45 En *Italia* y *AMC:* llenas de gracia, escritas con finísimo gusto.

46 En *Italia* y *AMC:* no podía morir sin legarnos su Italia; en *Corricolo* está bien grabada la pintoresca jovialidad de la vida napolitana, magüer sea plebeyo su estilo. Su *Un año en Florencia* no puede reomendarse a personas que en algo estiman su tiempo.

Hay otros. En el catálogo de la Biblioteca Nacional de París figuran los viajes de Bergeret de Granicourt, Beroy, Víctor Fournel, abate Pillié, condesa de Polignac, Ana Potocka, Bernard Berenson y Herman Riegel. ¿Son interesantes? Nada es imposible; «por pálpito» [expresión suprimida en *AMC*] leeríamos, en primer término, el libro de Ana Potocka, escrito recientemente sobre sus memorias y cartas del año 1826.

47 En *Italia* y *AMC:* Todo viajero ilustrado leerá [*AMC*: meditará] con provecho las dos magníficas series de *Promenades Archéologiques,* por Gastón Boissier; es indiscutible su utilidad como introducción [en *AMC*: utilísima introducción] al examen personal de las antigüedades romanas.

48 En *Italia* y *AMC:* Los autores ingleses y alemanes constituyen una bibliografía no menos vasta, que sólo conocemos a través de los catálogos de la Biblioteca Nacional de Roma y de la incomparable biblioteca del British Museum de Londres.

49 En *Italia* y *AMC:* está restringida al círculo de los especialistas.

50 En *Italia* y *AMC:* sus ruinas

51 En *AMC*: algunos

52 En *Italia* y *AMC:* Lucio López, Miguel Cané, Soto y Calvo, Eduardo Wilde y Angel Estrada (h.). ¿Cabe dudar que Italia es el país elegido para las grandes peregrinaciones de Arte?

53 En *AMC*: el viajero ingenuo preguntará al estudioso

54 Adjetivo omitido en *AMC*.

55 En *Italia* y *AMC:* hierbas

56 En *AMC*: florecer

57 En *AMC*: Le oímos dos veces y en ambas dijo lo mismo

58 En *AMC*: visitado Roma

59 En *AMC*: con familiaridad

60 En *Italia:* cuartilla

61 En *AMC*: ni siquiera una democrática guía.

62 En *AMC*: existía, siempre, una o más

63 En *Italia* y *AMC:* derredor
64 En *Italia:* de Trajano
65 En *Italia:* foro de Trajano
66 En *AMC*: bajos relieves
67 En *AMC*: que cuanto mejor
68 En *AMC*: estuvo
69 En *AMC*: triunfos
70 En *AMC*: y Pablo II tomó
71 En *Italia* y *AMC:* el palacio de Venecia
72 En *Italia* y *AMC:* Farnesio
73 En *Italia:* lo hicieron los Barberini.
74 En *AMC*: de la gran época
75 En *Italia* y *AMC,* se agrega: Shelley, en una carta a Peacock, escrita desde Nápoles, refiere la impresión que recibió después de ver las ruinas del Foro. «Roma es, por decir así, la ciudad de los muertos; mejor aún, es la ciudad de los que no pueden morir, pues sobreviven a las malignas generaciones que habitan y atraviesan los lugares que la grandeza imperial hizo sagrados para siempre. En Roma, por lo menos durante el primer entusiasmo que se aplica a contemplar la antigua edad, nada se ve de los italianos. La disposición misma de la ciudad contribuye a la ilusión, pues sus vastas murallas antiguas tienen diez y seis millas de circunferencia, de manera que su población escasa queda esparcida en un espacio casi tan grande como Londres. En su interior hay grandes campos abandonados, céspedes en todas partes, bosquecillos en las ruinas; una verde colina, muda y solitaria, domina el Tíber. Los jardines de los palacios modernos son como bosques salvajes de cedros; pinos y cipreses. El cementerio inglés está sobre un repecho verde, junto a los muros, debajo de una tumba piramidiforme de Cayo Cestio; es, creo, el más solemne y hermoso de los cementerios que he visto. Cuando lo visitamos, el sol brillaba sobre el rocío de otoño; oíamos suspirar el viento en los árboles, que se elevan más altos que la tumba de Cestio; el sol ardía bajo la cálida luz, mirábamos las tumbas, casi todas de niños y de mujeres, y nos repetíamos que su sueño era envidiable para el día de nuestra muerte…»

    Esa es la obra de quince siglos de critianismo; esa es la barbarie verdadera, la que no vino del Norte, sino de Galilea: convertir en un triste cementerio a la capital del mundo civilizado, con un solo paréntesis bien intencionado: el Renacimiento. [*AMC*: con un solo paréntesis: el Renacimiento]. La opinión de Shelley no es única; oigamos lo que dice madame de Staël en una de sus cartas al poeta Monti: «Os confieso que yo no sería capaz de pasar mi vida en Roma; la idea de la muerte nos sobrecoge de tal manera, se nos presenta bajo tantos aspectos, en las catacumbas, en la Vía Appia, en la pirámide de Cayo Cestio, en los subterráneos de San Pedro, en la iglesia de los Muertos, que apenas se está segura de estar viva.» Y en *Corina* agrega: «En Roma todo es extranjero, aun los mismos romanos, que no parecen vivir en ella como propietarios, sino como peregrinos que se han sentado a reposar junto a las ruinas.»

    Esa barbarie cristiana se prolongó hasta la caída del poder temporal de los papas. [*AMC* añade: que señaló el nuevo Renacimiento actual, bajo la dinastía burguesa de los Saboya].
76 En *Italia:* dominio papal. En *AMC*: dominio de la tiara
77 En *AMC*: leyendo
78 En *AMC*: vagabundos
79 En *Italia* y *AMC:* Jacquier, Stendhal, Shelley, madame de Staël o Taine
80 En *AMC*: bajos relieves
81 En *AMC*: obra mediocre de la decadencia
82 En *AMC:* con su voz monótona [se suprimen las tres palabras que siguen]
83 En *Italia* y *AMC:* consigue aburrir a dos tercios de sus oyentes.

Miércoles, 2.VIII.1905, página 4, columnas 3,4 y 5.

SOBRE LAS RUINAS[1]

II

El profesor Lanciani y el Coliseo – Las termas de Caracalla y de Diocleciano – Jaulas de mármol – Megalomanía monumental de los emperadores – La arquitectura y la democracia.

Roma, julio de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

El Plata es uno de los cuatro ríos representados por Bernini en la ornamentación de su grandiosa fuente, erigida en el centro de la plaza Navona a mediados del siglo XVII. Sus aguas se confunden simbólicamente sobre la magnífica taza de mármol pentélico, en cuyos cuatro ángulos surgen los dioses de la tetralogía fluvial: Ganges, Nilo, Plata y Danubio.[2]

Entre la plaza Navona y el Panteón, en pleno campo de Marte,[3] está el edificio de la universidad, anexo a la iglesia de San Ivor, más conocido por[4] el nombre de «la Sapienza». En una aula del piso alto, sobre el ala derecha, escuchamos siete lecciones del profesor Lanciani respecto de la ruina más hermosa de Roma: el Coliseo. El ilustre arqueólogo enseña topografía romana complementando sus disertaciones del aula con lecciones objetivas[5] sobre las ruinas mismas. Conoce, naturalmente,[6] los cuándo, los cómo y los porqué[7] de cada escombro, a la manera de ciertos pacientes coleccionistas que recuerdan los más inútiles detalles relativos a cada ejemplar de su innumerable filatelia. Las canas sesentonas que ya grisean sobre su frente y la obesidad que infla su vientre como una vasija etrusca, no aplacan sus entusiasmos arqueológicos; su actividad revive cada vez que se trata de trepar[8] sobre un andrajo de la magnificencia antigua. Y se le ve, como un cabrito adolescente, correteando sobre la última galería del Coliseo, encaramado en la cornisa del Panteón, prendido amorosamente de los bajos relieves[9] en la concavidad de un arco, mirando todo, analizando piedra por piedra, removiendo la tierra estratificada en veinte siglos, extraviándose en los vericuetos de una catacumba, con el mismo empeño que pone un cirujano genial –el rey, Doyen, por ejemplo–[10] en manosear las vísceras dolorosas y sangrientas.

Porque las ruinas son como las vísceras[11] de la historia remota, y[12] el arqueólogo diseca las piedras como el anatomista los músculos y las arterias.

De labios de Lanciani recogimos cien detalles sobre las peripecias de la construcción del Coliseo, y sobre las azarosas aventuras de su existencia; algunos papas saquearon sus piedras para edificar sus palacios privados, otros lo pusieron en subasta, lo usaron

como fortaleza, lo alquilaron como fábrica de grasa o betún,[13] lo transformaron en depósito de basuras, y, por fin, como destilería del guano de la ciudad.

Con visible exageración[14] algunos historiadores pretenden que esta mole enorme fue construida en sólo cuatro meses, trabajando en la obra doce mil judíos esclavizados por Tito, e invirtiéndose en ella una suma de escudos romanos equivalente a cincuenta millones de francos. El emperador Floro Vespasiano, amigo de las ciencias e íntimo de Plinio, cuya *Historia Natural* está dedicada a Tito, edificó los tres primeros órdenes del edificio; Tito, su hijo y sucesor, agregó dos más. La obra fue concluida por Domiciano, a quien los historiadores proclaman insigne en el manejo de la flecha; y cuentan que,[15] para matar sus horas de ocio ejercitaba su asombrosa habilidad cazando moscas, a respetable distancia, con diminutas flechas de oro. Una cinegética en miniatura.

El Coliseo es un monumento único.[16]

Acaso no falte andaluz que se atreva a compararlo con cualquier plaza de todos de Cádiz o Sevilla; en boca de un pelafustán, y en Madrid, esa comparación pasaría por un buen chiste. Sin embargo, el parecido es tan exacto como el que muchos ingenuos creen descubrir entre la catedral de Buenos Aires y la Magdalena de París, sin conocer a esta última,[17] que es un modelo de estilo arquitectónico.

Stendhal observa que el hombre más sensible a las artes, J. J. Rousseau, por ejemplo, leyendo en París la descripción más sincera[18] del Coliseo, no dejaría de conceptuar ridículo a su autor, por las exageraciones que creería[19] descubrir en sus palabras; sin embargo, sólo le habría preocupado el afán de amenguar sus impresiones, temiendo el juicio del lector lejano.

El Coliseo puede considerarse como la más soberbia tipificación arquitectónica de los anfiteatros, creación genuinamente romana, aunque derivada de los teatros griegos; estos últimos fueron imitados frecuentemente por los arquitectos de Roma, pudiendo verse ejemplares muy bien conservados[20] en Pompeya, Herculano y Fiesole. En el extranjero merecen visitarse los de Arlés, Nimes y Orange.

Varios órdenes de arquitectura se observan en la fachada del anfiteatro de los Flavios. El piso bajo es dórico, el segundo jónico y los superiores son corintios. Esta superposición de los estilos griegos es una de las innovaciones fundamentales de la arquitectura romana. Es inútil repetir aquí la descripción del Coliseo; puede copiarse en cualquier tratado elemental de arqueología romana.[21] Baste[22] recordar que en el interior de la enorme elipse cabrían[23] ciento diez mil espectadores, admirablemente distribuidos por[24] grupos cívicos y profesionales.

Después de releer en excelentes traducciones de Suetonio, Marcial y Tito Livio, muchos datos respecto de la época a que pertenece el Coliseo, y numerosas referencias al anfiteatro mismo, el estudioso tropezará en Dion Casio con la descripción de su fiesta inaugural. Cuenta que fueron muertos cuatro elefantes y nueve mil fieras; hubo luchas de gladiadores, batallas y parodias de combates navales. Esos espectáculos duraron cien días. Para favorecer a la plebe, Tito, desde un lugar culminante del anfiteatro, arrojaba pequeños globos de madera en cuyo interior había vales por alimentos, ropas, objetos de oro y de plata, tierras, caballos, esclavos.

Si hemos de creer a Marcial, el Coliseo tuvo gran auge[25] en tiempos de Domiciano. El poeta menciona muchos episodios curiosos y no pocos inverosímiles, dignos de sucinta mención. Una mujer peleó contra una leona y le dio muerte; un gran pillastre fue crucificado y expuesto a las caricias de un oso, con el resultado que es de presumir. Un condenado tenía que volar como Dédalo[26] para escapar de las garras de un oso;[27] este desgraciado precursor de la navegación aérea cayó de bruces y fue víctima de la bestia. Un rinoceronte, con su cuerno, destripó un toro. Cierto león que hirió a su cuidador fue muerto a flechazos; el bestiario Capoforo[28] mereció ser antepuesto a Meleagro y Hércules,[29] pues en un solo día y en el mismo espectáculo mató veinte fieras, entre las cuales Marcial enumera búfalos, bisontes, leones y leopardos. Un elefante, después de matar un toro,[30] se arrodilló ante Domiciano; una tigre consiguió matar un león, hecho que nunca se había presenciado en Roma, si hemos de atenernos a la palabra del poeta. Un gamo que corría perseguido por veloces sabuesos, al llegar frente al emperador, se arrojó a sus pies, en actitud suplicativa, y los perros se detuvieron sin tocar la presa, como si hubiesen reconocido que debían respetar la sagrada majestad del César. Algunos leones jugaban en la arena con las liebres, ocultándolas en sus bocas cerradas y soltándolas ilesas en seguida. Tigres, osos, bisontes y ciervos, tiraban de los carros como caballos, adaptados al rigor del freno y de la fiesta. Un elefante bailaba. Algunos ciervos y gamos peleaban entre sí hasta matarse. Un león y un carnero vivían juntos, alimentándose ambos con carne de cordero.

Dejando a Marcial, que dio rienda suelta a su poética fantasía, recordemos que Trajano, celebrando su triunfo en Dacia, hizo combatir en los anfiteatros de Roma 11.000 fieras y 10.000 gladiadores. Esas enormes cifras son ridículas comparadas con los soberbios espectáculos celebrados en el Coliseo por Cómodo, cuya fragmentaria descripción encontramos en las crónicas de Capitolino, Lampridio, Spartiano y en el propio Dion Casio.

Muchos escolares simiocultos [sic],[31] que han visto la estampa del Coliseo en los manuales de la historia[32] o en las tarjetas postales, suelen creer que las escenas revividas por Sienkiewicz en su *Quo vadis?* ocurrieron allí. Y se emocionan tiernamente mirando la estampa,[33] que les evoca el recuerdo de aquellas terribles persecuciones contra los primeros cristianos, magistralmente pinceladas por Renán, en su *Anticristo*[34]. Nerón no conoció la mole que hoy admira el turista, ni se oyó jamás en su recinto la palabra arbitral de Cayo Petronio. La saña del sanguinario artista necesitaba un escenario más vasto, aunque para el buen gusto del árbitro de las elegancias habría sido perfecto el ambiente del Coliseo.

No lejos del Foro, al otro lado del Palatino, en cuyas entrañas yacen los cimientos colosales del palacio de los Césares, se extendía el Circo Máximo, cuya capacidad excedía en mucho a la del Coliseo. Fue construido por Tarquinio[35] Prisco, y en tiempos de Dionisio de Halicarnaso podía contener 150.000 espectadores; Vespasiano lo restauró, dándole capacidad para 250.000 hombres. Constantino lo agrandó aún más, para que 380.000 romanos pudieran aclamarlo cuando entraba a presidir los juegos circenses. Allí tuvo lugar el martirio de los cristianos,[36] cuya reproducción en cera puede verse en el museo Grevin, en uno de los grandes bulevares de París; allí debe transportarse la emocionante fantasía del ruso ilustre, la lucha heroica de Ursus

con el Toro, para salvar de sus astas el adorable cuerpo de Livia.[37] El tiempo ha borrado las ruinas de este circo para evitar a Roma el recuerdo de sus crueldades más ignominiosas.

El profesor Lanciani, rodeado por treinta oyentes de ambos sexos, estaba en la tercera galería del Anfiteatro Flavio cuando el sol entró al ocaso. Por entre las ventanas del lado opuesto caían haces de roja luz, y[38] en el horizonte lejano el crepúsculo volcaba un hervor de incendio y de hemorragia. Todos a una, pensamos en las hogueras y en la sangre derramada en las arenas de la metrópoli imperial, cuya grandeza tuvo, como el sol de esa tarde, un poniente de púrpura.

- - -

Italia, propicia a la intelectualidad femenina, ofrece una gama infinita de mujeres originales, conocer a Matilde Serao, a Teresa Labriola y a Ada Negri, en el mismo día, es un caso feliz[39] que no ocurre en cualquier parte. Hay una gama infinita de mujeres intelectuales, de todo matiz[40] y de toda vocación, desde Margarita, la reina madre, que hace versos y frecuenta a Carducci, hasta la desventurada Linda Murri que marchita su ajado romanticismo en la jaula judicial, junto con su amante, su amiga y su hermano.

Una joven marquesa, *dilettante* de arqueología, es un hallazgo raro pero no inverosímil en Italia. Encontrarla equivale a resolver muchas incógnitas de la curiosidad arqueológica, pues en tales mujeres se asocian al saber las naturales inclinaciones del sexo por la pedagogía. Todo ello no impide, por otra parte, que la histeria y la nostalgia de ensueños compliquen agradablemente el hallazgo, durante un par de meses.

Discípula del profesor Lanciani, distribuye la vida exuberante de sus treinta años entre los músicos clásicos, la literatura d'annunziana y el estudio minucioso de las ruinas memorables. En suma, una de esas almas inquietas e interesantes, contradictorias, llenas de frivolidades y melancolías, predestinadas a tener en cada hora de su vida un capítulo de novela. Su propia cultura les hace inabordable la felicidad subalterna del hogar; no debieran casarse nunca, para evitarse las inevitables incomodidades de una separación prematura.

Nos dio conferencias extraoficiales sobre las Termas de Caracalla y de Diocleciano, el Palacio de los Césares en el Palatino, la Villa Adriana en Tívoli, el Panteón y otras obras máximas de la arquitectura imperial. Es imposible describir eficazmente las cosas grandes, y ridículo sería[41] traducir en palabras la emoción de fuerza y de belleza que aquellas sugieren.[42]

Para reconstruir la historia, las termas de Caracalla son como una pieza de esqueleto fósil en manos del paleontólogo. Son una parte de un todo enorme, una parte lógica y proporcionada que permite inducir la complexión del conjunto, así como una tibia o un diente autorizan a formular la clasificación de un ejemplar zoológico perdido. Si no fueran bellas, absolutamente bellas, estas ruinas producirían asombro y envidia. Salones iguales no se fabrican ya; las termas de Caracalla ocupaban un área de 110.536 metros cuadrados.

Bajo sus bóvedas enormes, en recintos constelados de mármoles preciosos y bronces dorados, podían bañarse al mismo tiempo[43] miles de romanos. Había pórticos, gimnasios, bibliotecas, galerías artísticas, academias, esedras o salas de conversación, jardines, palestras, esferisterios, todo. El emperador había volcado allí miles de obras artísticas; en las termas se recogieron el Toro Farnesio, el Hércules Farnesio, la Flora de Nápoles, y otras cien obras de arte que honran su memoria en los museos.[44] Había mil seiscientos sillones de mármol, en las paredes revestimientos de mármol, pisos con mosaicos de mármol, piscinas de mármol, techos de mármol, magníficas escalinatas de mármol, centenares de estatuas de mármol, una pomposa megalomanía de mármol,[45] un magnífico delirio del fasto y de la belleza.

Las termas de Diocleciano, aunque menos bellas, eran más grandes todavía; podían bañarse al mismo tiempo tres mil doscientos ciudadanos. Su reconstrucción topográfica requiere alguna paciencia y estudio, pues sobre ellas se ha edificado durante quince o veinte siglos. Los restos son magníficos y de imponencia suntuosa. Sobre una de sus alas edificó Miguel Ángel la iglesia de Santa María de los Ángeles, que tanto nos admira:[46] en otra, está actualmente el museo nacional de las termas; lejos de allí, sobre una de las primitivas rotondas terminales, la actual iglesia de San Bernardo.

Las había en Roma en cantidad crecida,[47] pues cada emperador deseaba complacer al pueblo y le ofrecía una terma. Son dignas de recordación las de Adriano, Alejandro Severo, Constantino, Domiciano, Nerón, Tito, Trajano, Agripa. Estas últimas terminaban detrás del Panteón; sus aguas aun llegan a la admirable fuente de Trevi, en una plazoleta rodeada por grandes edificios que hace resonar el ruido de las aguas que caen interminablemente; Madame de Staël, con exageración propia de su gusto y de su sexo,[48] dice que, cuando cesa de funcionar, por alguna reparación, parece producirse un gran silencio en toda Roma.

El obligado accesorio de las termas fueron los acueductos, pues al regalar una terma, el emperador debía asegurar su provisión de agua, trayéndola desde remotas distancias. Así se explican esos arcos en ruina que atraviesan llanuras, valles y montañas, sin conocer dificultades o resolviéndolas atrevidamente. El primero de ellos data de cuatro siglos antes de nuestra era; sus restos sorprenden por la imponencia de las proporciones. Más tarde se construyeron algunos con dos y tres órdenes de arcadas sobrepuestas, corriendo un canal de agua diversa por cada uno de ellos. Fue en todo tiempo su arquetipo el que traía las tres aguas: marcia, tépula y julia.

No obstante su pobreza decorativa, los acueductos son admirables por su estructura; constituyen un excepcional ejemplo de robustez y siguen desafiando la irreverencia de la intemperie sin llevar cuenta de los siglos que pasan. El célebre acueducto de Segovia, en España, cuyo doble orden arquitectónico está construido con monolitos enormes, aun conserva más de cien arcadas. En Nimes, sobre el Gard, consérvase muy bien otro acueducto romano, de tres órdenes sobrepuestos, cuya altura total alcanza a cincuenta metros.

He aquí dos cifras significativas para la higiene pública. El emperador Nerva elevó a un millón y trescientos mil el número de metros cúbicos de agua destinados diariamente a la provisión urbana. En tiempos de Trajano funcionaban en Roma nueve acueductos.

Frente a esas ruinas no desmerecen las del Palatino, cuya magnitud no luce como debiera; están en gran parte, debajo del suelo, pues la edificación superior fue devastada por las piraterías alternativas de los bárbaros y de los cristianos. Las ruinas de Villa Adriana,[49] cerca de Tívoli, parecen pertenecer a uno de esos fantásticos castillos encantados que los niños se imaginan cuando leen las fábulas de Cordelia o las *Mil y una noches*. Adriano había viajado mucho e hizo de su palacio una maravilla, reuniendo en sus jardines las copias o imitaciones de todos los edificios y parajes célebres que había conocido en sus peregrinaciones imperiales. Su descripción puede leerse en cualquiera guía de Roma y sus alrededores; la impresión que produce no podrá leerse en libro alguno.

Ese tono emotivo se mantiene ante las otras magnificencias del imperio. Stendhal considera el Panteón como el exponente más perfecto de la arquitectura romana; su magnífico interior sugirió a Taine una página admirable.[50] El mausoleo de Adriano, sobre cuyo[51] armazón vive el castillo de Sant'Angelo; el enorme circo de Maxencio;[52] la Via Apia,[53] con su preciosa tumba de Cecilia Metelia entre miles de escombros sepulcrales; todo, en fin, es emblema de una ciudad que vivió para el triunfo y para el placer, dominando y explotando en beneficio de sus pobladores todo[54] un continente.

Este concepto de la ciudad universal no ha resurgido jamás y tórnase cada vez menos posible. Falló la misma Roma cuando quiso erigirse en capital cristiana del mundo; ahora falla París, intentando en vano ser su capital atea.

- - -

Podría condensarse en una sola frase la impresión de las ruinas imperiales: realizan la más admirable y armónica fusión de la potencia y de la belleza.

Señalan una época en la evolución de la arquitectura. Los romanos desbordaron con rapidez los límites del arte etrusco, cuya obra maestra admiramos todavía: la Cloaca máxima, tan justamente alabada por Montesquieu. Cuando recibieron de Grecia sus estilos simples, ya ilustres en la historia del arte, los desenvolvieron o completaron con rasgos fundamentales. La adopción de los arcos, de las bóvedas y[55] de las cúpulas, así como la superposición de los órdenes arquitectónicos griegos, constituyen los rasgos propios de la época romana y bastan para definir su tipo peculiar.[56] Pero el carácter más representativo del imperio de Occidente fue la grandiosidad de las moles, la imponencia de las masas. Las ruinas del Palatino y de la Villa Adriana asombran por sus proporciones, castigan el orgullo de los pueblos contemporáneos, deprimen y mortifican a los modestos arquitectos de la actual Roma burguesa. Las acrópolis de Atenas y Selimunto[57] no producen la misma impresión; acaso puedan suscitarla semejante las moles arquitectónicas[58] de Egipto y de Asiria.

Justamente se repite que, si no tuviéramos otro testimonio material de la civilización griega, habría bastado el solo Partenón para mostrar la altura intelectual que alcanzó ese pueblo, cuyo espíritu comprendió maravillosamente[59] el alma loca y grandiosa de Nietzsche. Si la Roma de los emperadores nos hubiera legado una sola de sus ruinas

enormes, el Coliseo o el Palacio de los Césares, el Panteón o las termas de Caracalla, esa única mole habría simbolizado su poder infinito, su osadía, su fastuosidad, su pujanza, su pompa lujosa, su culto del triunfo y su amor por la gloria, todas las cualidades que hicieron de Roma la capital de una civilización: la ciudad única, servida por más de cien millones de hombres y enriquecida por todas las comarcas de la tierra.[60]

Sobre tanta grandeza –cuya aurora y cuyo crepúsculo reconstruyó sabiamente Guillermo Ferrero–[61] sobrevino una lenta carcoma de barbarie y de cristianismo. Las ruinas paganas fueron arrasadas o despojadas de su admirable ornamentación, dejando en pie los esqueletos, testimonios eternos de su gloria. Así las pequeñas aves de rapiña roen las carnes de todo gran cadáver, con saña pertinaz, creyendo borrar las huellas de una superioridad molesta por lo inalcanzable; pero dejan por tierra los esqueletos, que no pueden devorar ni saben destruir. Y esos esqueletos están allí, de pie, serenamente erguidos contra las edades, como respetables embajadores ante la posteridad.

Napoleón, digno de ser coronado emperador en el Palatino, él, que a su desmesurada necesidad de grandeza y de potencia rindió infinitos holocaustos de estrago y de exterminio, supo sentir la Roma pasada[62] y ordenó la reparación de sus ruinas gloriosas. Doquiera pudo ejercer su influencia, fomentó la arquitectura suntuosa, tomando ejemplos en la ciudad antigua, que soñara acaso resucitar para escenario de sus irrealizables ensueños.

- - -

La civilización moderna sólo concibe lo útil y lo económico. La democracia impone renunciar, por ahora, a toda obra puramente grande o puramente bella. Es así: no puede ser de otra manera; sería inútil lamentarse de estas parciales deficiencias de la vida moderna,[63] pues son inherentes a cierto modo y momento del progreso. El yanqui levanta sus casas de cuarenta pisos, para aprovechar mejor su lote de terreno y percibir lautos [sic] alquileres; hace edificios feísimos, pero económicos y duraderos. La misma torre Eiffel es genuinamente pobre y económica; es atrevida, pero no bella; es grande, pero no grandiosa. Cuando se proyecta emprender una obra colosal, la idea nace muerta. En toda obra privada existe una limitación estrecha de las proporciones, hay una constante preocupación de la economía, porque las mayores fortunas individuales son relativamente modestas. En toda obra pública está desterrada la suntuosidad, por falta de sentimientos grandes en el pueblo y en los que pretenden representarlo. ¿Qué monarca constitucional, qué presidente, que parlamento se atrevería a invertir quinientos o mil millones en una obra grandiosa como las que atestiguan el poderío de Egipto, de Asiria o de Roma?

Guillermo de Alemania, que por su originalidad y su buen gusto habría sido un discreto César en Roma, está maniatado por la mesura de cuantos Bertoldos[64] y Cacasenos invaden el parlamento alemán en representación de un pueblo muy inferior[65] a cualquier proyecto grande. El zar de Rusia dispone de la suma del poder político; pero es un autócrata burgués, triste, débil, servido por un pueblo pobre y analfabeto. Quedaría Roosevelt, el hombre representativo de la vida intensa; pero, sólo a medias

es señor de su pueblo y carece de la vocación necesaria para emprender cosas puramente bellas.

En resumidas cuentas,[66] la época presente no es favorable a la arquitectura colosal. Es imposible pensar que puedan reunirse en una misma persona la omnipotencia del zar, el buen gusto[67] de Guillermo y la energía de Roosevelt.

Cabe presumir que esta crisis no es definitiva. Los pueblos más evolucionados de la raza blanca tienden hacia una vida económica sumamente propicia al resurgimiento de lo grandioso. Las máquinas centuplican el músculo humano, aumentan indefinidamente la producción y satisfacen cada vez mejor las necesidades indispensables a la vida.

Ese aumento de capacidad de las fuerzas productivas, después de hartar las necesidades, «lo útil», tendrá que traducirse en la producción de «lo superfluo», cada vez más acentuada. Y una forma esencialmente colectiva de lo superfluo será la arquitectura monumental: de la escuela, del gimnasio, del templo, del teatro, de la terma, del foro, de la basílica, de la esedra, del museo.

Todo esto es presumible para un porvenir más o menos lejano, cuyas tendencias podemos inducir estudiando el pasado y el presente.[68]

Algún sociólogo soñador observará, con excesiva lógica, que si hoy mismo pudieran suprimirse de una plumada, con tinta roja, los presupuestos de guerra y marina, podrían transformarse nuestras capitales modernas en centros de arte suntuoso y de excelsa cultura.[69]

La idea es magnífica. ¡Lástima que no se pueda!

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 En *Italia,* esta crónica aparece bajo el título «La megalomanía de los emperadores», como la segunda de las tres que integran la cuarta parte del libro, «Evocaciones de Italia». Como en el resto, no se consignan los subtítulos, el destinatario, la firma ni los datos de lugar y fecha. En *AMC*, bajo el subtítulo «La megalomanía de los emperadores», es la tercera sección de la crónica «La Roma imperial».

2 Este párrafo está suprimido en *Italia* y en *AMC*.

3 En *Italia* y *AMC:* sobre el antiguo campo de Marte

4 En *Italia* y *AMC:* con

5 En *AMC*: complementando sus pláticas con lecciones objetivas

6 Palabra elidida en *Italia*.

7 En *AMC*: Conoce cuándo, cómo y por qué

8 En *AMC*: cada vez que trepa

9 En *Italia:* los bajorrelieves

10 Esta aclaración está omitida en *AMC*.

11 En *AMC*: Las ruinas parecen vísceras

12 Palabra elidida en *Italia* y *AMC*.

13 En *Italia* y *AMC*: o de betún
14 Estas tres palabras se suprimen en *AMC*.
15 En *AMC*: la flecha; cuéntase que
16 En *Italia* y *AMC* se agrega: Lamartine lo ha sentido admirablemente en sus *Nouvelles Méditations* y solía pasear por su recinto en las más suaves noches lunares:

J'aime, j'aime á venir á errer sur ce tombeau
a l'heure oú dela nuit le lugubre flambeau,
comme l'oeil du pasé, flottant sur des ruines,
d'un pâle demi-deuil revêt tes septs collines…

[Lo que sigue en ese mismo párrafo, está suprimido en *AMC*].
17 En *Italia*:sin conocer esta última
18 En *AMC*: más completa
19 En *AMC*: que creyera
20 En *AMC*: ejemplares bien conservados
21 En *AMC*: Es inútil repetir la descripción del Coliseo; puede copiarse en cualquier tratado elemental de arqueología.
22 En *Italia*: Basta
23 En *AMC*: cabían
24 En *AMC*: en
25 En *AMC*: tuvo su mayor auge
26 En *Italia*: como Ícaro
27 En *AMC*: de otro oso
28 En *Italia* y *AMC*: el beluario Capofaro
29 En *Italia* y *AMC*: y a Hércules
30 En *AMC*: de matar a un toro
31 En *Italia* y *AMC*: semicultos
32 En *Italia* y *AMC*: de historia
33 En *AMC*: mirando el grabado
34 En *Italia* se agrega una nota al pie que aclara: Publicada por esta Casa Editorial. En *AMC*, aunque parece errata: *Antecristo*.
35 En *AMC*: Tarquino
36 Lo que sigue, hasta el punto y coma, suprimido en *AMC*.
37 En *Italia* y *AMC*: Ligia.
38 Conjunción suprimida en *AMC*.
39 En *Italia* y *AMC*: es una circunstancia feliz
40 En *AMC*: Hay damas intelectuales de todo matiz
41 En *AMC*: sería ridículo
42 En *Italia* y *AMC* se agrega: Nos admira aquel médico, cuyo nombre no hemos podido averiguar, que no permitió [*AMC*: que prohibió] a Jhon Keats, agonizante, que fuera a contemplar [*AMC*: la contemplación de] las ruinas magníficas: la emoción le habría muerto.
43 En *Italia*: a la vez
44 En *Italia* y *AMC*, se añade: Mármoles blancos, mármoles verdes, mármoles rosados, mármoles grises, alabastros, jaspes incomparables, granitos de Oriente rosados y grises, basaltos negros, pórfidos rojos, mármoles de Numidia con vetas rojas sobre fondo amarillo, serpentinos

verdes con manchas negras como pieles de serpientes raras, cipolinos grises y verdosos, todo el iris refractado en mármoles, una sinfonía del mármol, la locura del mármol. Sobre esas ruinas Shelley vino a escribir su *Prometeo libertado*.

45 En *AMC*: del mármol

46 Se omiten las últimas cuatro palabras en *AMC*.

47 En *AMC*: Las había en Roma por decenas

48 En *AMC*: de su gusto y su sexo

49 En *Italia:* Villa Adriano

50 En *Italia* y *AMC*: El Panteón es el exponente más perfecto de la arquitectura romana; Stendhal lo admira sin reservas, y su magnífico interior sugirió a Taine una página admirable.

51 En *AMC*: cuya

52 En *Italia:* Magencio

53 En *AMC*: Appia

54 En *Italia* y *AMC:* a todo

55 En *Italia:* o

56 En *AMC*: y bastan para definirla

57 En *Italia* y *AMC:* Selinunto

58 Adjetivo omitido en *AMC*.

59 En *Italia* y *AMC:* fue comprendido maravillosamente por

60 En *Italia* y *AMC* se añade este párrafo: Si una frase pudiera pintar una época y precisar un estado de alma, sólo podríamos decir que Roma imperial fue el producto de una enfermedad casi divina: la megalomanía de los emperadores.

61 Aclaración suprimida en *AMC*.

62 En *AMC*: la Roma pagana

63 En *AMC*: actual

64 En *AMC*: Bertoldinos

65 En *AMC*: de un pueblo inferior

66 Estas tres palabras se omiten en *AMC*.

67 En *AMC*: el gusto

68 En *AMC*, se agregan estas palabras, con las cuales termina la crónica: las grandes capitales modernas serán centros de arte suntuoso y de excelsa cultura por obra de los siglos, después de llegar a la plenitud de la civilización burguesa y cuando asome en el horizonte el crepúsculo de su decadencia.

69 Este párrafo y la oración que le sigue no figuran en *AMC*.

Domingo, 13.VIII.1905, página 5, columnas 1,2 y 3.

LA TEATRALIDAD JUDICIAL EN ITALIA[1]

Una audiencia del proceso Murri

Turín, julio de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

-¿Vienes a lo de Tulio?- dijo de pronto Enrique Ferri. Y como esbozáramos una mueca interrogativa se apresuró a aclarar la invitación, añadiendo: -a la audiencia del proceso… «Tulio» y «el proceso», temas familiares en toda la península, son el asunto único de Turín.[2]

Moderna y limpia, con calles perpendiculares y manzanas cuadradas, Turín evoca el recuerdo de las nuevas ciudades americanas. Tiene con La Plata otro parecido: la quietud perfecta de sus calles. El comercio y la industria son escasos; abundan, en cambio, los hombres de estudio, entre los cuales pudimos apreciar a Mosso, Foa, Lombroso, Carrara, Ferrero, Negro, Mariani, Audenino, Marro y otros. Hay, también numerosos militares. En conjunto, es una ciudad culta y de buen tono. Antes fue ciudadela monárquica; ahora la han conquistado los socialistas, quienes acaban de obtener un ruidoso triunfo en las elecciones municipales.[3]

Turín, bonita y serena, es la antítesis de Nápoles, hormiguero humano que monopoliza el pintoresco encanto de la mugre y del escándalo.[4] En muchos escaparates de librería hemos visto libros titulados: *Las dos Italias, Italia bárbara y contemporánea,*[5] *Norte y sur,* etc. queriendo significar que en esta Italia, políticamente unificada,[6] existen dos civilizaciones distintas. Turín y Nápoles podrían ser los exponentes de ambas. Un napolitano es, en Turín, tan extranjero como un paraguayo e infinitamente más extranjero que un francés.[7]

El cielo de Turín esparce en todas las cosas incesantes caricias de azul. Los hombres son amables, las mujeres elegantes,[8] los niños limpios,[9] las casas modernas, las avenidas perfumadas;[10] doquiera se percibe una constante inundación de sol y de oxígeno alpestre. Todos los días parecen feriados. El extranjero[11] pierde en seguida la noción del calendario; cada mañana, al salir a la calle, se pregunta invariablemente si ese día es domingo. Los turineses parecen llevar en su fisonomía una expresión de hombres sin prisa; diríase que el descanso dominical sonríe perennemente en la comisura de sus labios.

*

* *

El proceso Murri consigue interesar[12] a esta población. Se habla de Tulio como de una persona inconfundible, única, tal como entre los políticos criollos se dice D.[13] Bartolo, el General, el Gringo, Marcelino o[14] Benito, sin más explicaciones.[15]

Tulio es ya un personaje, en Italia y en el extranjero. El delito de Bolonia le ha conferido en poco tiempo la fama que un sabio o un escritor sólo conquistan en largos años de trabajo intenso y de lucha pertinaz. Si la conquistan.

Todo parece organizado[16] para halagar y satisfacer la vanidad criminal, para convertir en hombre ilustre al delincuente: la teatralidad del medio, el debate oral, la manía charlatanesca de los abogados, la propaganda periodística, la curiosidad enfermiza del público, todo. En Italia,[17] hombres y mujeres se atropellan en la barra de una sala de audiencias, mucho más que en un teatro. Fuerza es confesar que de esa manera la justicia asume caracteres de espectáculo pura y simplemente teatral,[18] indignamente teatral. Zaccone y Novelli atraen menos público que Tulio y Modugno, otro héroe judicial del día; calcúlese qué pasará cuando está en la jaula[19] un Musolino cualquiera. Los diarios más importantes de Italia mantienen corresponsales extraordinarios donde quiera que se ventile «una bella causa», llegando a ocupar dos o tres de sus cuatro páginas con debates judiciales. Nunca faltan un par de asuntos dignos de escándalo.

Fueron menester varios mariscaleos de Ferri para conseguir una entrada. Ordinariamente es necesario tramitarla con varios días de anticipación, como en los grandes estrenos líricos o dramáticos. Por las dudas convino invocar también el nombre de Sighele, abogado de la parte acusadora, pues Ferri lo era de la defensa; de otra manera persistía el peligro de un desalojo. Se anunciaba para esa tarde un espectáculo salpimentado por copiosas especias:[20] la arenga del abogado acusador Nasi, conocido por su causticidad violenta y su realismo despiadado. Digamos desde luego, que desempeñó a las mil maravillas su papel, injuriando arremangadamente a los procesados, que lo oían sin poder protestar eficazmente, acoquinados tras los barrotes de hierro[21] de su jaula.

Pero antes que de los actores, digamos la impresión del escenario.

*

* *

Un sujeto con traza de conserje y prosopopeya de canciller abre una puertecilla y dirigiéndose al público declama automáticamente y[22] con voz acatarrada:

-Señores: ¡la Corte!

Como a una voz de mando, todos los presentes se ponen de pie. Entran los magistrados y ocupan cinco sillones detrás de un largo mostrador, sobre una tarima, frente al gran salón cuadrado. Sus caras no se distinguen bien. Es día de lluvia copiosa; la luz escasea,[23] sin que por ello se recurra a la artificial. Antes de empezar la audiencia el aire está viciado y se respira con dificultad; sin embargo, ese mismo aire será utilizado durante cuatro horas más por los estoicos pulmones de los concurrentes. El fiscal pone a cabalgar sobre su nariz –digna, por cierto, de los versos de Guadagnoli– el inevitable

par de lentes dorados; cumplida esta formalidad, se atusa el bigote bicolor y se compone la voz.[24] El presidente agita la campanilla; la sesión está abierta.

A la derecha de la corte, en dos filas, a lo largo de la pared, se sientan los miembros del jurado, sobre otra tarima y detrás de otro mostrador.[25] Uno de ellos, con cara de portero muy molestado por los vecinos durante la noche anterior, dormita durante la sesión entera. Entre los restantes se perfilan un par de almaceneros al menudeo; tres hombres flacos que merecen ejercer profesiones liberales, un sacristán de parroquia suburbana y un cambalachero de facciones sionistas. Los demás son perfectamente amorfos: son hombres que no existen. Sólo uno llama la atención entre todos: uno con cara terrorífica, que igual pudiera ser de inquisidor o de jacobino. Preguntamos quién era; «es un usurero», nos contestó un socialista amigo de Ferri; estuvimos a punto de creer que no exageraba, a pesar de su credo sectario, pues un católico pachorriento, que escuchó la pregunta, no resistió a la tentación de agregar en voz baja: «es un mercader de esclavas blancas». Probablemente ambos exageraban, pues más tarde supimos que era un conservador anticlerical, «hermano terrible» de una logia masónica titulada «Caballeros del Infierno». El caso es que[26] sentimos correr un escalofrío bajo nuestra piel, y una ola de sangre nos saltó a la cara: era el recuerdo vergonzante de algún artículo o discurso publicado en defensa de la justicia democrática «ideal». ¡Ese montón de sujetos heteróclitos era[27] el jurado «real», ese era[28] el sueño de tantos ingenuos!...[29]

Frente a ellos, a la izquierda de la presidencia, está[30] una jaula con gruesos barrotes de hierro, pequeña para sus siete huéspedes, pues el cubo sólo tiene dos metros por cada arista. En su interior yacen los procesados: el doctor en leyes Tulio Murri, la condesa Linda Bonmartini, el médico Pío Naldi, la joven Rosa Bonetti y el médico Secchi. Detrás de ellos, de pie, dos carabineros con el arma al brazo. Fuera de la jaula hay dos más, uno a cada lado. Los cuatro adoptan fisonomías solemnes y posiciones dramáticas; parecen otros tantos ministros de la guerra que concurren por vez primera a una interpelación parlamentaria. Aunque posesionados del papel de celebridades que les corresponde en este asunto, en que todo es célebre, su solemnidad apenas alcanza a ridiculez,[31] mirándoles es fuerza recordar a los gordos coristas milaneses que antaño cantaban *Fra Diavolo* en el teatro Goldoni o en el Doria.[32]

Cierran el cuadrado las tribunas, pública y privada, la una sobre la otra, frente a la presidencia. El abigarrado auditorio de estos debates merece tentar la pluma de algún cronista ameno. Tratándose del asesinato de un marido engañado por su esposa, no pueden faltar mujeres en la barra. Las hay jóvenes e interesantes; algunas parecen estar ya divorciadas, y casi todas dignas de estarlo. Cuando el fiscal, un abogado o un testigo entra a relatar con minuciosa fruición los pormenores del amor clandestino, las intimidades de los adúlteros, las felonías de la suerte contra su marido,[33] las distinguidas señoras de la barra tienden la oreja rosada hacia la palabra escandalosa, fruncen la frente, atisban la insinuación maligna o pornográfica; parecen asistir a una lección. Ya son adúlteras en su mayor parte, o, por lo menos, están en vísperas de serlo. Todas simpatizan con los procesados y detestan al marido muerto, al tirano de Linda. Lo odian porque era marido.

También asisten hombres. Muchos curiosos que no tienen donde pasar el día; varios sujetos de temperamento criminal, degenerados mentales, que admiran a Tulio y se creen socialistas; tres viejos libidinosos se regodean con el escándalo; algunos estudiantes de abogacía aprenden a confundir el procedimiento criminal con un espectáculo de circo; aves negras, naturalmente; y, por fin, cierta cantidad de vagabundos semicultos, condenados a infecunda bohemia por incapacidad de trabajar, que en todas las ciudades están disponibles para formar una multitud, en un meeting[34] como en una audiencia, en un comité como en una barra.

En el centro de ese cuadrilátero formado por la corte, el jurado, la jaula y el público, toman asiento no menos de treinta abogados, todos con su toga puesta, alineados en cinco filas de bancos y dando frente a la presidencia. Algunos son de fama reconocida: Sighele, Ferri, Altobelli, Nasi, Palberti, Callegari, Vecchini, Tazzari, Gottardi, etc.[35]

En suma, ningún espectáculo de teatro puede compararse a éste por la *mise en scène*. La entrada es gratuita. Allí la justicia manipulea el presente y el porvenir de los procesados, entre los aplausos o la censura de la barra y de los diarios.

*

* *

Simplifiquemos los términos de este complicado crimen. Linda Murri, casada con el conde Bonmartini, era absolutamente infeliz con su marido, y tenía amores ilícitos con el doctor Secchi. Tulio, hermano de Linda, resolvió libertarla, matando a Bonmartini, con la complicidad más o menos directa de Pío Naldi, Secchi, Linda y su propia amante Rosa Bonetti. La premeditación es evidente; Tulio y Secchi hicieron experimentos[36] de laboratorio para envenenar al conde, ensayando los efectos del curare sobre un cordero. Ese medio resultó impracticable. Poco tiempo después se encontró el cadáver de Bonmartini cosido a puñaladas en su propia casa. Según el fiscal, Tulio y Naldi acecharon[37] su llegada y lo mataron. Según la propia declaración de Tulio, éste le dio muerte después de una riña y en legítima defensa. Entre esas dos versiones gira el debate, del cual habrían dependido la absolución de Naldi y una sensible atenuación de la pena que corresponde a Tulio. La situación de los otros acusados es secundaria.

*

* *

Cada uno de los cinco socios[38] de esta desgraciada novela sugiere impresiones diferentes. Llevan ya dos años de cárcel, veinticuatro meses que desmoronan al ser físico, tanto como al ser moral. Aquí,[39] como en todas partes, el procedimiento es engorroso, los sumarios marchan a paso de hormiga; diríase que la justicia teme los apresuramientos, sin que por ello se advierta disminución en la estadística de sus errores.

Linda Murri suele sentarse en primer término, al frente de la jaula. Apoya una mano en los barrotes, más alta que su cabeza siempre agachada, ocultando así la cara con

el brazo. El sombrero y el vestido, aunque modestos, denuncian la nostalgia de displicentes elegancias. Un tul obscuro, bastante compacto, la protege a medias contra la curiosidad malsana de las famosas mujeres que la escudriñan desde la barra, sin perder acaso la esperanza de ocupar algún día su puesto en la jaula y en los semanarios ilustrados.[40] Es delgada y conserva rastros de interesante distinción: si no fue bella en el sentido riguroso de la palabra, tuvo muchos atractivos de buen trato y de inteligencia. Está demacrada y siempre palidísima. No es más culpable que mil adúlteras consentidas o toleradas por la sociedad; pero fue más imprudente, por intelectualismo. En la jaula parece una pantera domada. Dos años de exhibición oprobiosa le cuesta ya su loco afán de amar con el cerebro, de odiar con el cerebro, de vivir con el cerebro. Porque esa es la clave de todo su infortunio: Linda Murri es una mujer intelectual.[41]

Rosina Bonetti es una autómata al servicio de su amante. Es la perra fiel. Ama a Tulio y haría por él cosas inverosímiles. Por Tulio se vio complicada en el asesinato, por Tulio está en la jaula, por Tulio irá a la cárcel; sin embargo, su único afán ha sido salvar a Tulio, defendiéndolo con declaraciones falsas, amenguando su culpabilidad, facilitando su defensa. Concurre a las audiencias cubierta la cabeza por[42] un manto negro; lo usa con donaire, como las mujeres chilenas.[43] La cabecita resulta agradable y traviesa, no obstante los atroces sufrimientos físicos que han acibarado su permanencia en la cárcel.[44] Fue, sin duda, una chica interesante. Y aunque su defensor le asigna el papel de ingenua, más bien parece picaresca y sensual.

Pío Naldi es una víctima de su cara; hay hombres que no pueden prosperar por la falta de buen talante, así como otros prosperan sin tener más cualidades que su buena presencia. Naldi es feo, tuerto, flaco y asimétrico; un tipo físicamente degenerado. Es médico, pero su vida floreció entre tahures y truhanes. Más vivía en la casa de juego que en la propia; en las crónicas del tapete verde se refiere que era jugador deshonesto. Inspira más lástima que repulsión. Es un caído. Hay en su conducta páginas increíbles; cuenta él mismo que mientras estaba encerrado con Tulio, acechando a la víctima, robó a su propio cómplice.

Su posición es harto vidriosa.[45] ¿Intervino en la ejecución material del asesinato?[46] El lo niega, y Tulio también; las pruebas reales parecen deficientes, pero la convicción moral le es desfavorable. Cuando el abogado acusador tronaba contra él, bordando un tejido de injurias e invectivas, Naldi tuvo dos o tres sonrisas de superioridad irónica, a la vez despreciativas y burlescas. Parecía decirle: «me tratarías de otro modo si yo fuera el abogado y tú estuvieses en la jaula!» Los caídos tienen también su filosofía; y no siempre errónea.

El Dr.[47] Secchi es un hombre normal, casi el hombre «como debe ser», con sus defectos e inclinaciones naturales. Era amante de Linda, mujer casada. ¿Es una culpa? Al más perfecto[48] médico soltero le está consentida esa leve irregularidad. Tulio, su cuñado moral, le enredó en proyectos de asesinar a Bonmartini; es probable que Linda interviniese para complicarlo más. ¿Quién resiste a una instancia de la mujer amada, especialmente contra el marido? El amor impone estas solidaridades; no aceptarlas, en ciertos casos, puede significar cobardía. En rigor, Secchi no tuvo iniciativas en la empresa; accedió a los ensayos de envenenamiento y puso de relieve que ese medio no era practicable. Su complicidad moral es la única positiva; en todo momento fue solidario

de un delito cuya gestación conocía y cuyas consecuencias le eran en extremo agradables.

Pasemos a Tulio, el protagonista.

*

* *

Los especialistas lo llamarían degenerado superior o delincuente intelectual, según los casos. Nadie se atrevería a afirmar que es un babieca o un asesino de tres al cuarto.

La lógica de su delito sería perfecta si pudiera aceptarse su punto de vista. Tulio Murri quiere entrañablemente a su única hermana, Linda, y cree que su infelicidad crónica depende exclusivamente del carácter irreductible de su marido. La solución más simple consiste en suprimir al verdugo. Después de mucho rumiar el proyecto, ornándolo con pintorescas ocurrencias científicoliterarias, Tulio lleva a cabo el gran acto, el gesto libertador, movido por una generosa pasión altruista, por el afecto fraternal. Esta sería su propia y verdadera exégesis psicológica, si Tulio no hubiese ya inventado siete mil embustes[49] para escapar a las redes que le tendió la justicia de instrucción. Dentro de su moral moderna cabía la gran honestidad de confesar paladinamente, sin recurrir a las atenuantes de la lucha y la legítima defensa: un delito altruista y pasional no lo habría deshonrado ante sí mismo.

Es un joven bien parecido, a pesar de los pésimos retratos reproducidos por las revistas ilustradas.[50] Tenía a su frente el más risueño porvenir. Hijo del ilustre clínico de Bolonia,[51] agregaba a sus atractivos personales todo el prestigio de su apellido; tenía una gran herencia en perspectiva, era afortunado en sus democráticos amores, se le conceptuaba inteligente e ilustrado.[52] Era también mediocre poeta, orador aplaudido en los comités socialistas y candidato seguro a una diputación. Pero había una sombra en su alma, una sombra pavorosa: detestaba a Bonmartini. Su sangre hervía cada vez que le encontraba; la[s] arterias le crujían en las sienes cuando veía a Linda afligida por las infelicidades del hogar. Y, naturalmente, pudo más el sentimiento que la razón.

Su temperamento fue un vehículo propicio a la idea delictuosa. Era un hombre anormal, instable, un degenerado en cuya alma rutilaban algunas espiras de romanticismo mezcladas con arabescos de vanidad; ya había retoñado en Tulio un amoralismo subjetivo y extrasocial, que suele ser fermento y levadura para el delito, cuando no es su simple justificación posterior.

Tulio, con esa alma *art nouveau,* necesitaba realizar cosas anormales;[53] ante la perspectiva audaz de un bello delito no podía permanecer indiferente. Delinquió, en parte, por vanidad personal, por deseo de notoriedad folletinesca,[54] como casi todos los anarquistas regicidas. Cuando se sospechó de él, estaba libre y podía eludir la acción de la justicia; pero no resistió a la tentación de una celebridad ganada en pocas horas. Redactó un memorial y se entregó.

Ese memorial es un entero tratado de psicología, documento de vanidad y simulación

para hermosear un crimen destinado a llenar el mundo con su nombre. Tulio quiere ser el héroe de un gran drama, el mártir que se inmola para libertar a una hermana infeliz, el brazo justiciero que deshace los entuertos de la moral burguesa, el generoso corazón que sirve los impulsos[55] de nobilísimas pasiones. Tulio quiere ser un artista[56] y actúa como sobre un escenario, calculando el efecto que cada palabra de su memorial debe producir sobre el público y sobre la prensa.[57] Todo el infolio converge a demostrar que su asesinato es un bello gesto pasional; sólo le preocupa ser digno de sí mismo, digno del intelectual que Tulio cree ser.[58] Por eso, después del crimen, concurre a una biblioteca pública y deja constancia de que se ha dedicado a traducir y comentar clásicos griegos…

Al principio no le amedrenta la perspectiva de la ergástula por toda una vida y se empeña en guardar las formas. Aun hoy, dos años después, se presenta en la jaula correctamente vestido y se cruza de brazos en actitud digna, aunque sin altanería. Parece afirmar que acepta serenamente las responsabilidades filosóficas del caso.

Es verdad que al principio trató de ocultar el delito y despistar a la justicia con pequeños acomodos teatrales de la habitación donde aquél tuvo lugar; fueron ensayos de travesura y de audacia, para darse el gusto de burlar a la policía. Pero la vanidad pudo más; redactó en seguida el memorial, proclamándose autor de la obra. Ha habido, pues, un poco de sport, realizando un crimen interesante y engañando a la justicia. Como es inevitable en casos de esta índole, al final de cuentas se enredó en los detalles.

Su estrella ha palidecido; todas las vanidades palidecen ante el fracaso, inclusive la vanidad criminal. El Tulio que vemos hoy no es ya el de los primeros días. Una convergencia enorme de pruebas y de presunciones[59] ha caído sobre él, como un alud. La ergástula entreabre[60] sus puertas como un invernáculo permanente,[61] lejos del sol, que haría florecer su vida, hasta ayer exuberante de éxitos y de esperanzas.[62] Esta visión inflexible sombrea un poco su rostro juvenil y doblega su gesto. ¡Pobre desgraciado! ¡tan joven!

Ahora que está muerto Bonmartini, sería un buen diablo a pesar de sus desequilibrios, libre ya de su único odio,[63] de su única pesadilla. Después de todo, un juez inteligente comprendería que hay en él estofa para un buen traductor de trabajos ministeriales o un excelente bibliotecario de aldea, sin necesidad de enterrarlo vivo en nombre de la ley… Pero la legislación penal contemporánea es demasiado absurda todavía. Estamos lejos, muy lejos de una inteligente individualización de la pena.

*

* *

Lo demás de este proceso – y de todos los semejantes – es teatral, impúdicamente teatral. Cada sujeto actúa teniendo en cuenta que cien diarios se ocuparán de sus actos y de sus palabras;[64] esto vale para todos: presidente, fiscal, abogados, delincuentes, carabineros, testigos, peritos y jurados. El fiscal se ensaña, a fin de resultar interesante. Los abogados, sobre todo los abogados son intolerables, convierten el proceso en un torneo de oratoria comercial, pues hablan en favor de quien les paga y ganan en proporción de lo que hablan. Los médicos peritos proceden análogamente; dicen que

el perro está rabioso o no lo está, según quien les paga los honorarios.

Esta comedia, disfrazada con el nombre de procedimiento judicial, tiene aspectos inicuos.

Enjaular a los procesados y obligarlos a escuchar durante años la diatriba de abogados que gozan en complacer al público ofreciéndole en pasto los detalles más íntimos del amor culpable, no es una práctica encomiable.[65] Por muy infame que sea un procesado, parece innecesaria esta afrenta cotidiana, obstinada, por meses y meses, que al fin y al cabo resulta una terrible pena infamante no prevista ni consentida por ley alguna. Linda Murri ha pagado ya, en esta moneda cruel de escarnio, una docena de homicidios.

Todo hombre culto que vea funcionar un jurado, en casos difíciles como el presente, arriesga convertirse en acérrimo enemigo de esa justicia democrática. En teoría el sistema podrá parecer ideal; pero solamente sería practicable en un país donde cada hombre fuese un sabio y un santo. El buen sentido va reemplazando al sentido común; los «homes buenos» son personajes de leyenda. El jurado no puede recomendarse en materia penal. Si la criminalogía [sic][66] es una ciencia que estudia las causas sociales y biológicas del delito, lo razonable es que los jueces sean especialistas en esa ciencia, hombres aptos para ponderar la influencia de esos factores en cada caso, y para graduar la defensa social contra cada delincuente. Si algunos jueces actuales son malos o incompetentes –nadie llevará su ingenuidad hasta creer que todos son perfectos– el jurado es peor, pues reemplaza a mediocres especialistas con hombres absoluta y fundamentalmente incompetentes. Además los jurados son casi irresponsables, en razón misma de su número. Huelga hacer doctrina. Es necesario ver a esas recuas de pelafustanes asumiendo posturas de hombres importantes. ¿Os imagináis a Bertoldo y a Cándido escuchando y juzgando[67] el valor técnico de informes psiquiátricos redactados por Enrique Morselli y Lorenzo Borri?

El debate oral tiene un inconveniente grave. Fomenta la oratoria al por mayor, convirtiendo al tribunal[68] en ateneo de juegos florales. La oratoria por la oratoria es uno de los venenos más funestos de las democracias modernas; es la apoteosis de las palabras y el destierro de las ideas. Los discursos se oyen, no se comprenden; van dirigidos al oído antes que al cerebro. Es necesario ver a los simples ciudadanos del jurado cuando hablan los oradores efusivos; Bertoldo se conmueve, se entusiasma hasta los tuétanos, vibra, rechina los dientes, queda convencido. Después oye al abogado contrario, sosteniendo la tesis opuesta y Bertoldo vuelve a impresionarse, a entusiasmarse, vibra, rechina los dientes, y queda convencido otra vez. De lo contrario.

Por fin, y en globo, este sistema de procedimiento criminal, por su teatralismo y por la publicidad enorme que da la prensa a los debates, resulta francamente peligroso. Favorece en grado sumo el «erotratismo»,[69] es decir, fomenta la vanidad criminal[70] y hace que muchos desequilibrados busquen la celebridad cometiendo crímenes ruidosos.

Este es un punto serio. Si en el caso de Tulio Murri la vanidad criminal sólo fue un móvil secundario[71] del asesinato, en muchos otros constituye el móvil único. Nos será fácil demostrar que ese procedimiento judicial y esa publicidad de los debates – en la forma en que se practican actualmente en Italia – son fuentes proficuas de la criminalidad

más sensacional.[72]

JOSÉ INGEGNIERO.[sic]

Notas

1 En *Italia,* esta crónica es la cuarta de las seis que integran la tercera sección: «En la vida y en el arte». Como en el resto, no se consignan el destinatario, la firma ni los datos de lugar y fecha, como tampoco el subtítulo que aparece aquí. En *AMC* aparece bajo el título «La justicia de Bertoldo», fechada en «Turín, 1905».
2 En *AMC*, este párrafo figura al inicio de la segunda sección.
3 En *AMC*, este párrafo es el inicial y presenta modificaciones: Como una risueña griseta en día de holganza, elegante y limpia, lozana y distraída, Turín invita a recordar las nuevas ciudades americanas por el ajedrez que delinean sus calles perpendiculares. No es rumbosa ni venerable; la suntuosidad y la vetustez no ornan su fisonomía, aunque tampoco turba la distinguida quietud de sus calles el sonoro traqueteo de las ciudades industriales. Abundan los hombres estudiosos, los militares apuestos y las modistillas coquetas. Es como una de esas flores gráciles que perfuman el seno tembloroso de tal damisela culta y de buen tono.
4 En *AMC*: Risueña, bonita, serena, Turín es la antítesis de Nápoles, ruidoso hormiguero humano que monopoliza el pintoresco encanto de la mugre y la jarana.
5 En *AMC*: *Italia bárbara contemporánea*
6 En *AMC*: que en ese país, políticamente unificado
7 En *AMC*: Un meridional es, en el setentrión, tan extranjero como un paraguayo e infinitamente más que un parisién.
8 En *AMC*: distinguidas
9 En *AMC*: educados
10 En *AMC*: aromosas
11 En *AMC*: forastero
12 En *AMC*: obsesionar
13 En *Italia* y *AMC*: don
14 En *Italia* y *AMC*: y
15 En *AMC*, este prárrafo está precedido por el que inicia la crónica en el diario.
16 En *Italia* y *AMC*: En Italia todo parece organizado
17 En *Italia* y *AMC* se suprimen estas dos palabras.
18 En *AMC*: de espectáculo teatral
19 En *Italia* y *AMC*: cuando ocupa la jaula
20 En *Italia* y *AMC*: especies
21 En *AMC*: tras los férreos barrotes
22 Conjunción suplantada por una coma en *AMC*.
23 En *AMC*: y la luz escasea
24 En *AMC*: y compone su voz
25 En *Italia* se agrega: es la justicia de Bertoldo. En *AMC*: sobre otra tarima y detrás de otro mostrador, se sientan los miembros del jurado: es la justicia de Bertoldo.
26 En *Italia* y *AMC* se eliden estas cuatro palabras.
27 En *AMC*: es
28 En *AMC*: es
29 En *AMC* se agrega: ¡Bertoldo convertido en juez!
30 En *AMC*: hay

31 En *Italia:* alcanza a la ridiculez
32 En *AMC*: los gordos coristas que suelen cantar *Fra Diavolo* en los teatros de tercer orden.
33 En *AMC*: el marido
34 En *Italia:* mitin
35 En *Italia* y *AMC*: etcétera
36 En *Italia* y *AMC*: consta que Tulio y Secchi hicieron experimentos
37 En *AMC*: acechaban
38 En *AMC*: actores
39 En *AMC*: En Italia
40 En *AMC*: su puesto en los semanarios ilustrados
41 En *AMC*: Linda Murri tuvo la desgracia de creerse intelectual
42 En *Italia* y *AMC*: con
43 En *Italia:* chillonas [parece ser una errata]
44 En *Italia* y *AMC*: prisión
45 En *AMC*: su posición es vidriosa
46 En *AMC*: la ejecución del asesinato?
47 En *Italia* y *AMC*: doctor
48 En *AMC*: correcto
49 En *AMC*: inventado mil embustes
50 En *AMC*: gacetillas ilustradas
51 En *Italia:* Hijo del clínico de Bolonia
52 En *AMC*: inteligente y culto
53 En *Italia* y *AMC*: cosas extraordinarias
54 El resto de la oración está suprimido en *AMC*.
55 En *AMC*: que sirve a los impulsos
56 En *AMC* la frase comienza: Anhela ser artista
57 En *AMC*: sobre el público y la prensa.
58 En *Italia* y *AMC*: del intelectual que cree ser
59 En *Italia:* persecuciones
60 En *AMC*: le entreabre
61 En *AMC*: como invernáculo permanente
62 En *AMC*: de éxitos y esperanzas
63 En *AMC*: de su odio obsesionador
64 En *AMC*: de sus actos y palabras.
65 En *AMC*: es una práctica inhumana.
66 En *AMC*: criminología
67 En *AMC*: ¿Os imagináis a Bertoldo escuchando y juzgando
68 En *AMC*: el tribunal
69 En *Italia:* «erostratismo»
70 En *AMC*, esta primera parte de la oración se reduce a: Fomenta la vanidad criminal
71 En *Italia* y *AMC*: la vanidad criminal fue un móvil secundario
72 En *AMC* se modifica esta oración y se agrega un párrafo: Sería fácil demostrar que ese procedimiento y la publicidad de los debates -en la forma practicada actualmente en varios países europeos- son fuentes proficuas de la criminalidad más sensacional.
Por de pronto tengamos el valor de renunciar a un lirismo tan funesto como hermoso, aconsejando a los partidarios del Jurado que asistan a una sola audiencia de esta caricatural justicia de Bertoldo.

Sábado, 16.IX.1905, página 4, columnas 5,6 y 7; página 5, columna 1.

VENECIA[1]

La exposición de pintura moderna
Diluvio de impresionistas
La escultura de Leonardo Bistolfi

Venecia, agosto de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

Es necesario protestar contra toda forma de admiración obligatoria.[2] Viajeros de diversa laya, políticos en decadencia, incurables «rastas», melenudos pintores, poetastros bohemios, inglesas rectilíneas, como fósforos de palo, todos se aguan la boca al conversar de Venecia, como si paladearan confituras agridulces. Nueve décimos de ellos se han aburrido, sin embargo. Temen confesarlo; atribuyen el aburrimiento a su propia falta de sentimentalismo. ¿Quién no desea pasar por sentimental? Otros, para que no se les juzgue necios o tontos, repiten que Venecia es una maravilla.[3] Así se eternizan las mentiras convencionales.[4]

Venecia es una ciudad fea y aburrida, aunque tiene algunas cosas llenas de extraordinario encanto.[5] La belleza de algunas partes no salva la fealdad del todo.[6] Llegamos a las 9.30 p.m.[7] Bajamos de la estación y entramos en una góndola.[8] ¡La góndola! ¿Y qué?[9] Es una góndola archivulgar, desprovista de poesía; son más hermosas las que pasean por dos pesos la hora en el lago artificial de Palermo.[10] El gondolero[11] es un hombre del pueblo, y como tal, pobremente entrazado;[12] en nada recuerda a los legendarios venecianos de Enrique Dándolo y de Mariano[13] Faliero. En todas partes silencio de apatía y de fatiga,[14] poco propicio a los romanticismos melancólicos. Pensamos en las páginas deliciosas de Théophile Gauthier y tuvimos la sensación de que nos había robado el dinero.[15]

La estación ferroviaria surge en el extremo O.[16] del Canal Grande,[17] riacho de aguas muy sucias que cruza la ciudad en forma de S. Al poco rato, a fin de abreviar el camino del hotel, próximo a la plaza San Marcos,[18] el gondolero penetró en un «río». El callejón olía fuerte y no a esencias de Houbigand.[19] A poco andar, desde un quinto piso, una señora dio dos gritos de atención y volcó un recipiente; la obscuridad nocturna nos[20] evitó ver el contenido. Denso debía ser, juzgándolo por el rumor de la caída; lo cierto es que los perfumes del «río» se complicaron desagradablemente.[21]

Seguimos. Otro poco de Canal Grande y otro mucho de callejón. Llegamos al hotel. Las especies de mosquitos pululaban por centenares; ¡magnífico país para un coleccionador! El gondolero se apresuró a asegurarnos que jamás pican a sus conciudadanos; este rasgo de patriotismo mosquitesco[22] nos alarmó[23] en demasía,

pues indujimos que preferían chupar la sangre extranjera. Breve *toilette;* cena rápida. Poco después de las 10 p.m., a cincuenta varas del hotel, llegamos a la plaza San Marcos;[24] una maravilla.[25] La recorrimos. No funcionaban teatros en Venecia. Volvimos a recorrer la P.S.M.;[26] y, de nuevo, hasta seis veces. ¿Dónde ir? Entre dos periodistas, tres pintores, un crítico y el médico que subscribe,[27] sólo atinamos a recorrer el Canal Grande en vaporcito. Llegamos hasta el Ponte di Rialto, y es fuerza confesar que ese trayecto ofrece monumentos tan hermosos[28] como los que figuran en las tarjetas postales, aunque[29] menos bellos que los cuadros[30] magníficos del Canaletto. Fue el mejor momento; dos docenas de palacios soberbios lucían sus mármoles en ambas orillas[31] del Gran Canal, volcando por mil ventanas el oro de sus luces sobre el agua mansa. Pensamos en los castillos encantados y en los cuentos de hadas. ¿Viviría en Venecia la más célebre en los libros infantiles, el hada Merliga, «que a los buenos premia y a los malos castiga»?

El siguiente amanecer nos sorprendió reunidos en la P.S.M.[32] En esos momentos un «rasta» criollo se hacía retratar[33] dando de comer a los célebres pichones. En pocos minutos vimos las dos Procuratorías, vieja y nueva, la torre del reloj, la plazoleta y el interesante palacio ducal; estuvimos una hora[34] en la iglesia de San Marcos. Es[35] una de las obras más encantadoras del arte bizantino. Salimos a la P.S.M.[36] y en un vaporcito repetimos el paseo por C.G.[37] Serían las 10 a.m. cuando regresamos a la P.S.M.[38] ¿Qué hacer? Fuimos a ver el monumento[39] de B. Colleoni, del cual dice la guía Baedeker:[40] «Puede afirmarse, según Burkhart, que es el monumento ecuestre más grandioso del mundo. Ningún otro tiene[41] tal unidad de concepto, tanta individualidad y tanta amplitud en la ejecución. El siglo XV, esa gran época en que el «condottiere» es una de las figuras más características, no está representado en parte alguna de manera más imponente». Para llegar a él caminamos por callejuelas estrechas y sucias, como se ven en los barrios viejos de Barcelona y Génova,[42] algunas con aguas estancadas, hartas de resaca y de basuras, pobladas por venecianos de carácter agresivo y desconfiado. No hemos visto mayor prevención y susceptibilidad en gente alguna de raza latina. Contiguas al monumento están las iglesias de los santos Juan y Pablo y de Santa María de los Milagros; la primera tiene buenas obras de arte. Regresamos por el arsenal y la Riva de los Esclavones,[43] entrando a las 12 m. en la P.S.M.[44]

Después de almorzar volvimos a la P.S.M.[45] y visitamos el palacio ducal. Otra vez el C.G.[46] y llegamos a la academia de Bellas Artes, completando así la tarde. El museo es de primer orden: el arte excelso de la Venecia antigua hace perdonar el aburrimiento de la Venecia moderna. Las obras de los «quattrocentisti» de la escuela de Murano preludian a las magistrales composiciones de Bellini y de Carpaccio, de Giambellino y de Cima. Y allí mismo deslumbran al viajero la Asunción y la Presentación del Ticiano, para no enumerar las mejores obras del Giorgione, el Tintoretto, el Veronese, el Canaletto, Messina, Mantegna, Moroni,[47] los Bonifacios, y cien más. Volvimos por el C.G. a la P.S.M.[48] Cenamos. Atravesamos la P.S.M. hasta el C.G.,[49] regresando pocos momentos después a la P.S.M.[50] Allí vimos pasearse a los venecianos y a las venecianas, que ya no son[51] por cierto las clásicas bellezas que narran las crónicas y muestran los pintores; en cambio, todavía hablan su dialecto deliciosamente.[52] Nos dimos cita para las 7 a.m. en la P.S.M.[53] Entramos otra vez en la iglesia para admirar la tempestad

polícroma de los mosaicos. De allí fuimos al C.G.[54] y regresamos a las 8 a.m. Recorrimos a pie un laberinto de callejones, yendo por la «Mercería» hasta el puente de Rialto; de paso tropezamos con varias iglesias de menos cuantía.[55] En el puente subimos a una góndola y por el C.G. fuimos a la P.S.M.[56] Tres horas en todo. Después de almorzar, atravesando heroicamente un dédalo de mugre, llegamos a contemplar las pinturas de la iglesia de los Frari, del museo Cívico y de la escuela San Roque, esta última llena de cuadros del Tintoretto. De allí por el C.G. a la P.S.M. Atravesamos el C.N. [sic] y fuimos a cenar al Lido: es una playa de baños como otra cualquiera, pero inferior a las célebres de Ostende o Biarritz.[57]

El tercer día no hay nada que hacer en Venecia, salvo que se tengan ocupaciones especiales en el comercio o se desee profundizar el estudio de sus museos de pintura.[58] Fuimos, por la mañana, a ver los manicomios de San Sérvolo, que ya conocíamos, por un bello capítulo de Gauthier. Son de lo más atrasado que puede imaginarse en materia de asistencia de alienados. El Dr.[59] Audenino, jefe de clínica de Lombroso, nos contó pocos días después, en Turín, que hasta hace un año se encadenaba allí a los locos furiosos[60] y se les sometía a torturas con instrumentos inquisitoriales; el hospicio estaba administrado por religiosos y fue menester levantar un sumario que reformó en parte ese orden de cosas. ¡Un siglo después de Pinel! De allí fuimos a Burano, fuera de Venecia, a pasar la tarde con el pintor argentino Quirós; los buranenses le llaman «il bel pittore» y se cuenta que las muchachas se disputan el honor de ser sus modelos, gratuitamente.

Ya en Venecia no había que ver.[61] A menos de ir a la plaza San Marcos[62] y atravesar el Canal Grande por milésima vez.

Esa es la verdad. Venecia es una ciudad aburrida y sucia. Tiene lo que se ve en la P.S.M., en el C.G. y en sus galerías de pintura. Nada más. ¿Cómo ha podido agradar a gente de reconocido buen gusto, a Goethe y a Stendhal, a Taine y a Nietszche? ¿Habrá sido mejor en otro tiempo y ahora la perjudica la civilización burguesa? Puede que su tranquilidad agrade a los neurasténicos y a las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo.[63]

El viajero sano se encanta el primer día, se entretiene el segundo y se aburre el tercero. El cuarto día huye.

*

* *

O se queda, si le instan a ello los carteles chillones de la exposición internacional de pintura moderna. Predomina, como es lógico, la pintura italiana, que ya no es italiana: la moda y el afán del éxito matan el estilo propio de una escuela, ese estilo que nace del temperamento de los pueblos y de la influencia del medio físico. Sería ingenuo hacer paralelos entre la pintura clásica y la contemporánea; a épocas distintas no pueden corresponder emociones estéticas semejantes. Desconsuela, sin embargo, comparar cualquier museo de Florencia, de Roma o de Venecia con esta exposición de arte moderno. ¿La pintura languidece porque el momento histórico actual no le es

propicio? ¿El desenvolvimiento del industrialismo capitalista no se concilia con un intenso florecimiento de este nobilísimo arte? Son temas para críticos profesionales y nos guardaremos de usurpar sus prerrogativas. El hecho real, objetivo, es éste:[64] la pintura que vemos en la exposición de Venecia atraviesa por un período semejante al que suele llamarse «decadentismo» en literatura.

Nuestra opinión, perfectamente profana en estos entreveros de la línea, de la luz y del color, sólo podría valer si fuera[65] exacto que ciertas cuestiones de actualidad se juzgan mejor desde afuera, balconeándolas. Los impresionistas, divisionistas, «puntinistas» y otros istas que inundan los salones italianos de la exposición, corresponden a los diabólicos, parnasianos y modernistas en literatura. Pueden ser talentosos, y muchos lo son de verdad, pese a las exageraciones de nuestro colega Max Nordau; pero hay en su obra un artificioso convencionalismo, demasiado a la moda para ser duradero y fijar rumbos definitivos a la pintura o a las letras. Si bien es verdad que rompen con los viejos convencionalismos,[66] no lo es menos que se limitan a erigir convencionalismos nuevos;[67] aunque lo hagan en nombre de la libertad y del individualismo artístico. Ilusiones puramente verbales.

La impresión predominante al ver las secciones italianas de este concurso de arte, puede restringirse a dos términos: superficialidad y falta de sinceridad. Algunos pintan «así» para llamar la atención; otros para seguir las huellas del éxito, marcadas por la moda. Para nuestro criterio profano los pintores peninsulares del último cuarto de siglo fueron muy sinceros; Segantini y Michetti, Signorini, Dalbono, Cárcano, interpretaban la fisonomía de sus ambientes respectivos, con su luz, su color, sus características regionales y hasta con el alma nativa de sus terruños. En sus cuadros se reflejaba la vida pintoresca de su ambiente y la psicología espontánea de sus poblaciones.[68] En cambio, en la mayoría de los actuales expositores se percibe un amaneramiento en la técnica y una disciplina común en la interpretación del paisaje; falta en sus cuadros la ingenuidad sincera que es el mérito más relevante del alma artística. Durante la época neoclásica y la romántica estas fallas[69] habrían podido pasar inadvertidas, pues la inventiva y la composición bastaban para llenar un cuadro; desde que se concedía libre campo al trabajo imaginativo, la sinceridad pasaba a ocupar un puesto secundario. Pero en nuestros días, después de un largo y honorable paréntesis de realismo, de verismo, resulta muy chocante esta ausencia[70] de sinceridad.

Cabe una defensa: «vemos de otra manera» y nuestra sinceridad consiste en pintar como vemos.[71] Esta explicación sería aceptable si la diera[72] uno o diez pintores, considerados individualmente. Así como no hay dos hombres con fisonomía igual, no los hay con olfato, con gusto o con vista igual. Todos vemos diferente y[73] esta desigualdad subjetiva es indiscutible. Pero el argumento falla si se observa que se pretende generalizarlo[74] y formar escuela; podemos aceptar la sinceridad de un impresionista, pero no la de los pintores[75] que siguen el impresionismo como escuela. Hoy, en general, el ser humano ve como hace cincuenta años. Las condiciones físicas de la materia que determinan las sensaciones[76] de línea,[77] luz, color, relieve, perspectiva, no han cambiado; y[78] el mecanismo fisiológico del ojo humano sigue siendo el mismo, tanto en sus medios refringentes como en la retina. En suma, objetivamente, no es admisible que la generalidad de los pintores «vea de otra manera».

Creemos que ven lo mismo, pero interpretan de otra manera.[79] Y en esa interpretación está la falta de sinceridad o la falta de personalidad, según que se trate[80] de imitadores o de sugestionados. Esas son, en efecto, las dos categorías de hombres que forman una capilla o una escuela en torno de todo innovador de talento. Los imitadores siguen a sabiendas la ruta que el talento marca en el gusto del público; los sugestionados creen que esa es de verdad su propia ruta. Unos y otros, poco a poco, encuentran razones técnicas que justifican la nueva manera; es fácil, por otra parte, pues siempre hay algún poco de razón en cualquier cartilla doctrinaria. Y[81] así como el embustero acaba por creer en sus propios embustes, los imitadores acaban por creer sincero su amaneramiento. Y, a la postre, todos tienen sinceridad a través de su autosugestión.

El mal es mayor[82] en aquellos países donde las modas llegan tarde. Así como en España comienza a florecer ahora la literatura «decadente», que ya nadie cultiva en otros países, salvo algún poeta gallináceo de Sud América o Madagascar, ocurre que[83] en Italia retoñan rabiosamente estas maneras de la pintura, cuya irrupción en las salas del Piamonte, Lombardía y el Lacio es demasiado significativa. Hay divisionistas por docenas. Parten de una serie de premisas teóricas acerca de la física de los colores; buscan una resultante de color con solo pintar sus elementos componentes. Sus cuadros producen una sensación de pirotecnia. Pretenden, como los impresionistas, tener el privilegio de la luz abundante; con frecuencia lo consiguen. Algunos tienen talento, sin disputa; ¿tendrían menos si no fuesen «istas» de cualquier clase? Sea como fuere, es indudable que estas corrientes artísticas heterodoxas contribuyen con eficacia al perfeccionamiento del arte, pues sugieren problemas y estimulan actividades. Alguna fruta sabrosa suele madurar entre su matorral de frondas estériles.

Sería injusto englobar a todos los pintores italianos en esta impresión predominante. Recordamos una «Plaza»,[84] de Innocenti, y un «Tíber», de Carlandi,[85] muy sentidos. Los pasteles de Casciaro[86] gritan su color turbulento en las salas del mediodía. Pratella, un napolitano, exhibe una marina en día de niebla; sugiere toda la melancolía de la hora y una insondable profundidad de atmósfera. De Caroni vimos un bello paisaje en la sala lombarda, «Armonías del crepúsculo», título[87] para un libro de versos. Cerca de allí está otro muy notable, el «Nido solitario», de Longoni. En la sala de Venecia distínguense Luigi Selvatico, Ciardi, Tito,[88] Bezzi, Zanetti-Zilla, Fragiacomo; en todos ellos predomina la tendencia a pintar paisajes lunares o crepusculares. ¿Nadie pinta el día, en Venecia? Es un convencionalismo pintarla de noche o entre dos luces; pero[89] ocurre pensar que de esa manera es más fácil obtener efectos llamativos. Cuando pintan el día es un día gris, triste, inexplicable para quien ha visto el cielo clarísimo que sirve de cúpula a la plaza San Marcos[90] y las refracciones del Adriático castigado por un sol de estío. ¿Cómo consiguen traer a Venecia ese día obscuro que nos acongoja en Holanda o en Londres? Un pintor de Padua, Laurenti, consigue hacer mirar[91] doce bocetos llenos de gracia elegante y de perfume juvenil. Hay magníficos retratos de Boldini y de Selvatico; son muy buenos los de Ghiglia, Grosso, Gola, Bompard, Gioia, Gelli y otros.

Nuestros apuntes al margen del catálogo terminan ya.[92] Nos falta mencionar a Plinio Nomellini, cuyos cuadros interesan mucho a los críticos, especialmente el «Ditirambo», la «Orda» y la «Emigración de hombres». Hemos escuchado esta sentencia:[93] Nomellini consigue, mejor que cualquier otro[94] de la exposición, el equilibrio entre la

fantasía decorativa, la observación de la realidad y la poesía.

Así será.[95]

*

* *

Las salas extranjeras producen mediocre impresión. Si se exceptúan[96] la sección española, la francesa, y los cuadros de Shannon y Zorn, yanqui y sueco, respectivamente, el conjunto es pobre. Los comités nacionales se han preocupado más de ornamentar sus salas que de la selección de los cuadros.[97] La sueca es una primicia decorativa, dentro de una sencillez exquisita; es sencilla también, y de excelente gusto, la sala inglesa. En cambio, la húngara y la francesa, con su pretensión de tener estilo, imponen un marco uniforme a la innúmera variedad de géneros y de maneras[98] propias de los expositores. Es una desventaja; los cortinados, las alfombras, los vitraux,[99] los frisos, los muebles, las porcelanas, llaman la atención del público mucho más que los cuadros y las estatuas.

España puede consolarse de la pérdida de sus otras glorias,[100] pensando que sus pintores siguen brillando[101] en todas partes.[102] La vigorosa pincelada de Zuloaga, casi brusca por momentos, parece colocar trozos de color sobre la tela, con tonos bien definidos, obscuridades violentas, gestos firmes, personajes que son la fuerza misma,[103] manos como zarpas. Su «Guardián de toros», sin ser lo mejor que de él conocemos, es un exponente exacto de su manera de ser, de su personalidad artística. Las mujeres de Anglada interesan más, mucho más. Son tipos intensos, casi dramáticos; sacerdotisas del mal, caras de suburra[104] ajadas por la noche insomne, embebidas de vicio y de alcohol hasta los tuétanos. En esta predilección por la carne marchita se percibe una sinceridad muy pronunciada; Anglada ve y siente esas mujeres, sinceramente. Poe no vio de ese modo[105] sus torturas macabras, ni Baudelaire sus fantasías siniestras. Sin embargo,[106] Anglada no resulta sombrío, violento, trágico, ni siquiera incómodo al buen gusto. Conoce efectos de luz, equilibrios de color, matices hábiles, más valiosos que la precisión de la línea neta y la brutalidad de los contrastes bruscos. El mal sólo está en el alma invisible de las mujeres que pinta. Antonio de la Gándara expone un retrato de Jean Lorrain que es un documento de interpretación psicológica. Una «Esclava» de Bilbao y un «Jardín» de Rusiñol, son mirados.[107] De Sorolla, encontramos el conocido cuadro «Cosiendo las velas»; no representa dignamente al ilustre artista, ni como dibujo, ni como color, ni como vida.[108] Allí mismo se pavonea el consabido «En la antesala del ministro», de Jiménez.

En la sala francesa hay poco nuevo, pero están representadas las más conspicuas firmas contemporáneas. Los más son cuadros conocidos: los de Besnard,[109] Cottet, Carolus Duran, Monet, Raffaelli. Hay buenos trabajos de la vanguardia impresionista, representada por Renoir, Monet, Sisley, Pissarro; los hay de sus más afortunados imitadores: Raffaelli y Martin, y de algunos independientes: Guerin, Valloton, Vuillard. La crítica ha sancionado ya como óptimos los «Pescadores huyendo bajo el huracán», de Cottet; el «Retrato de Blanche», de Lucien Simón; un «Arco iris», de Menard; el

«Espejo de Venecia»,[110] de Blanche.

Las demás salas llaman poco la atención. Hay un precioso «Retrato de Phil May», de Shannon; Anders[111] Zorn tiene admiradores a granel y lleva público a la sala sueca. Larrson muestra amables y risueñas acuarelas. ¿Qué más?

La República Argentina está representada por dos jóvenes expositores. Pio Collivadino, cuyo nombre comienza a ser más conocido en Roma que en Buenos Aires, tiene allí[112] una «Sera sul bastione», llena de exquisita melancolía, de ternura serena, apacible en su atmósfera de tiniebla delicadísima. Nadie creería que pueda[113] caber tanta alma en Collivadino al ver su cara de cervecero flamenco, siempre alegre, rechoncha, roja, como un queso de Holanda un tanto desteñido. El otro expositor argentino es un joven, novicio aún, Cesáreo B. de Quirós;[114] puede estar orgulloso, pues[115] el jurado de admisión aceptó su cuadro por unanimidad. Sus «Pescadores», llenos de luz y excesivos de color, denuncian más talento[116] que experiencia. Lo esencial es eso, tener talento: la experiencia vendrá[117] con los años y el trabajo.

*

* *

Antes de ir a Venecia, en Roma, uno de los redactores de la *Nuova Antologia,* Giovanni Cena, nos habló con meditado entusiasmo de la obra escultórica de Leonardo Bistolfi; sólo conocíamos su monumento funerario de Crovetto, enviado en 1903 a Montevideo, amén de fotografías de sus demás trabajos. Pocos días después leímos en la importante revista romana un interesante artículo de Cena, estudiando la obra del escultor: el comité de la exposición le había destinado una sala especial.

En presencia de su obra no sentimos amenguarse la impresión que traíamos. Hay en toda ella una atmósfera de poesía verdadera y de sano simbolismo. En su mayor parte son monumentos funerarios, llenos de pensamiento, de unción dolorosa, de una tranquilidad casi mística.[118] La «Esfinge» es una obra maestra; en ella, como observa Cena, el escultor ha alcanzado[119] de golpe la cumbre de la expresión artística: la armonía casi geométrica del conjunto, la concurrencia y complementariedad de los detalles, la idea, el estilo. Es una simple mujer sentada sobre una tumba; pero la figura no se concibe aislada. El suelo, los bloques de granito, la figura y[120] el cielo mismo sobre cuyo fondo se destaca la cabeza, forman un conjunto armónico. El tema de la cruz, la base, la esfinge, las flores, todo concurre a establecer la unidad arquitectónica definida y simple. Para romper la rigidez del tema están los lirios densos y carnosos que la tierra empuja hacia aquella cara de éxtasis, y está el manto que desciende recto, «rodinianamente»; y[121] parece pensativo también él. La figura nos llena de respeto, nos impone su tristeza, severa y grandiosa; por entre el marco de sus crenchas mustias asoma el óvalo de su cara, como una interrogación frente a lo desconocido; esa cara, que antes acogió toda la tristeza de la vida, ahora parece absorta en una contemplación ultrahumana. No es la obra del simple escultor; es del artista completo, del creador de formas intelectuales sobrepuestas a las formas físicas. Bistolfi es un poeta del mármol.

Su «Cristo» es elocuente, original. Original sobre todo, en su extraordinaria expresión,

pues, según afirma el mismo Bistolfi: «cada uno tiene su Cristo». Ese es el suyo.

En «Resurrección», tres ángeles en genuflexión[122] sostienen a un joven muerto. El ángel del medio besa al cadáver en la frente, como si sus labios pudiesen devolverle la juventud perdida; los ángeles laterales juntan sus manos delante de él, formando un arco protector con sus brazos exiguos como para defenderlo, para protegerlo contra el olvido.[123] El bloque de mármol que sirve de base a este grupo tiene la forma de una gran cruz griega.

El monumento al senador Orsini, jurisconsulto, es un himno, un poema. En «La Cruz» se resume toda la vida.[124] La Justicia protege a todas las figuras de la Humanidad. A derecha e izquierda dos estatuas[125] de hombres: el Trabajo desnudo y musculoso; el Pensamiento, meditabundo y solemne en los pliegues de una toga.[126] Al frente el Amor,[127] simbolizado en dos jóvenes unidos sin abrazarse, pero [en] conjunción completa y definitiva; la Maternidad, una mujer toda hecha ternura,[128] sosteniendo un niño entre sus brazos afectuosos, y protegiéndolo[129] con un pico del manto que cae de su cabeza, amorosamente reclinada; la Prole, simbolizada por dos niños de pie, ajenos al dolor que los rodea, sosteniendo una florida guirnalda. En el primer plano un joven llora, de hinojos, la cara abismada[130] entre las manos; en el fondo se destacan dos figuras en alto relieve, orando con un fervor[131] que asoma en cada línea de sus caras. Estas once figuras (las del centro en alto relieve que aumenta[132] en cada una hasta la plena estatua de los hombres viriles: el Pensamiento y el Trabajo), armonizan su movimiento en un juego de claroscuro[s][133] magistrales.

En su bajo relieve, «Sobre la urna de un joven poeta», un grupo[134] de mujeres, musas acaso, llenas de unción,[135] desoladas, esparcen un hálito de tristeza más tierno que la ofrenda de flores pendiente de sus manos. Sobre el «Pedestal del monumento a L. Rey», un grupo de niños pasea su inocencia ingenua, bajo las ramas de los árboles afligidos. «Las esposas de la muerte», bajo relieve[136] en bronce, suben a recibir su beso impalpable y pasan suaves como un soplo de favonio, entre pétalos de rosas té.[137] «El dolor consolado por las memorias», inspiraría un canto a Albert Samain y un libro a Maeterlink. En el «Funeral de la virgen» una teoría de Ofelias y Julietas desfila diagonalmente hacia el fondo lejano, mostrando el dolor en la oblicuidad de sus espaldas y penetra[n]do en el Carrara frío, como para enterrar en él su congoja, íntimamente. Después los altos relieves: «El sueño», «La llama», «La resurrección», «El holocausto», «La belleza de la muerte». En cada bloque un poema.[138]

Y cuando la obra de un artista nos sugiere[139] tan hondas emociones de belleza, cuando nos admira y enternece, nos hace pensar y sobrecoger, ante la vida, ante la muerte,[140] sentimos la necesidad de averiguar si en el árbol genealógico del arte se encuentra el lazo de parentesco[141] que lo incorpora a la familia de los más grandes escultores contemporáneos, a la familia de los Meunier y los Rodin.[142]

JOSE INGEGNIEROS.

Notas

1 En *Italia,* esta crónica es la tercera de las seis que integran la tercera sección: «En la vida y en el arte». Como en el resto, no se consignan el destinatario, la firma ni los datos de lugar y fecha. En ese libro figura bajo el título «El arte moderno en Venecia» sin los tres subtítulos que aparecen aquí, aunque el cuerpo de la crónica está subdividido en cuatro secciones, tituladas respectivamente «I. La ciudad», «II. Los pintores italianos», «III. Las salas extranjeras» y «IV. La escultura de Bistolfi». Las mismas modificaciones en títulos y subtítulos aparecen en *AMC*, donde, a diferencia de las otras crónicas del libro, no está fechada.

2 En *Italia,* esta oración no aparece y se la sustituye por otro comienzo: *Nuestra Señora de los Mares Muertos* es su bautismo en Arte; confesemos también, que es una gran señora muerta. [Lo mismo en *AMC*, aunque se usan comillas para destacar, en lugar de bastardillas].

3 En *Italia* y *AMC:* repiten que en Venecia todo es maravilla.

4 En *Italia* y *AMC,* oración sustituida por: Así falsean el sentido de la discreta relatividad y contribuyen a perpetuar una preocupación convencional.

5 En *Italia* y *AMC:* Venecia tiene prodigios de extraordinario encanto, pero es, en su totalidad, una ciudad llena de tristeza y de tedio, fecunda en desagrados.

6 En *Italia:* no salva la fealdad de las restantes. En *AMC*: no salva a las restantes.

7 Oración elidida en *Italia* y *AMC*.

8 En *Italia* y *AMC:* Bajamos de la estación caída ya la noche y entramos a la góndola.

9 En *Italia* y *AMC* se agrega aquí: Napoleón, al destruir para siempre esta República, que duraba ya diez siglos, dio fuego inicuamente a su incomparable Bucentauro.

10 En *Italia* y *AMC:* La modesta góndola actual es una embarcación [*AMC*: canoa] vulgar, desprovista de poesía, que desliza furtivamente su negrura de ataúd sobre el agua espesa; son más hermosas las que pasean a tanto la hora en los lagos artificiales de las grandes metrópolis modernas. El gondolero no canta; los turistas embusteros debieran saber que ya no cantaban cuando los conoció lord Byron: «En Venecia ya se apagaron los ecos del Tasso; el gondolero no canta más; rema silencioso.»

11 Se omiten estas dos palabras en *AMC*.

12 En *Italia:* entrajado

13 En *AMC*: y Marino

14 En *Italia* y *AMC:* Sobre las cosas nocturnas gravita un silencio de fatiga y de apatía

15 En *Italia* y *AMC,* esta oración se sustituye por: Pensamos en la *Alegría de Otoño,* de Gabriel D'Annunzio, en las páginas deliciosas de Teófilo [*AMC*: Théofile] Gauthier, en las deslumbradoras impresiones estéticas de John Ruskin, en las sensaciones de Gourdault y de Barrés, en los magníficos responsos de los románticos que fueron a Italia, peregrinos del ensueño, buscando emociones de Belleza: Byron, Shelley y Keats, Chateaubriand y madame de Staël, Musset y Jorge Sand. ¿Podrían haberse equivocado o sugestionado todos ellos [*AMC*: sugestionado en masa] o nos pintaron la Venecia de su imaginación? ¿Nuestra Señora de los Mares Muertos ha cambiado?

Sólo sabemos que casi todos ellos, en su memoria [*AMC*: en sus memorias] y en su correspondencia particular, han referido muchas impresiones desagradables que no intercalaron en sus poemas y novelas; destinaban al público sus más alambicados fantaseos sobre las cosas bellas. Pero [omitido en *AMC*], sea como fuere, el hecho real, objetivo, es que Venecia decepciona a muchos artistas que ahora la visitan, aunque los más no osan violar los cánones de la admiración obligatoria.

16 En *Italia* y *AMC:* Oeste

17 En *Italia* y *AMC:* Canal Grande o Canalazzo

18 En *Italia:* plaza de San Marcos

19 En *AMC*: Houbigant.
20 Pronombre elidido en *Italia* y *AMC*.
21 En *Italia* se agrega este párrafo: Con un pequeño esfuerzo de memoria pudimos recordar a Musset, que antes de conocer a Venecia la había cantado en versos elogiosos y después escribió:

…Venise, o perfide cité,
á qui le ciel donna la fatale beauté,
je respirai cet air dont l'âme est amollie
et dont ton soufflé impur empestá l'Italie!

22 Adjetivo suprimido en *AMC*.
23 En *Italia:* y este rasgo de mosquitesco patriotismo nos alarmó
24 En *Italia:* plaza de San Marcos
25 En *Italia* y en *AMC*: una perfecta maravilla.
26 En *Italia* y *AMC*: la plaza
27 En *AMC*: que escribe
28 En *Italia* y *AMC*: Ese trayecto muestra palacios admirables, verdaderos modelos de estética arquitectural; son [verbo elidido en *AMC*] tan hermosos
29 En *AMC*: pero
30 En *Italia* y *AMC*: que algunos cuadros
31 En *Italia* y *AMC*: sobre ambas orillas
32 En *Italia* y *AMC*: plaza de San Marcos
33 En *Italia* y *AMC*: un *rasta* se hacía retratar
34 En *AMC*: dos horas
35 Verbo suprimido en *Italia* y *AMC*.
36 En *Italia* y *AMC*: plaza
37 En *Italia* y *AMC*: por el Canalazzo.
38 En *Italia* y *AMC*: regresamos al punto de partida.
39 En *Italia* y *AMC*: Fuimos hasta el monumento
40 Este nombre propio se suprime en *AMC*.
41 En *Italia* y *AMC*: reúne
42 En *Italia* y *AMC*: como no se ven peores en los barrios viejos de Barcelona y de Génova
43 En *Italia* y *AMC* se agrega: tibia y tranquila, que, al decir [*AMC*: en decir] de D'Annunzio, «alguna vez, al alma de los poetas vagabundos, pudo parecer un mágico puente de oro prolongado sobre un mar de luz y de silencio hacia un infinito sueño de Belleza».
44 En *Italia* y *AMC:* Entramos a las 12 m. en la plaza [*AMC*: a la plaza], centro y conclusión de todo paseo.
45 En *Italia* y *AMC*: plaza
46 En *Italia* y *AMC*: Canalazzo
47 En *AMC*: Morini.
48 En *Italia* y *AMC*: Volvimos por el Canal a la plaza.
49 En *Italia* y *AMC*: la plaza hasta el Canal
50 En *Italia* y *AMC*: regresando pocos momentos después.
51 En *Italia* y *AMC*: éstas ya no son
52 En *AMC*: musicalmente.
53 En *Italia* y *AMC*: plaza.
54 En *Italia* y *AMC*: canal
55 En *AMC*: iglesias insignificantes.
56 En *Italia* y *AMC*: subimos a una góndola, para volver a la plaza.
57 En *Italia* y *AMC*, estas dos últimas oraciones se reescriben así: De allí por el inevitable canal

fuimos a cenar a [*AMC*: al] Lido: una playa de baños que parece enorgullecer a los venecianos, aunque no supera a la playa Ramírez de cualquier Montevideo; huelga decir que no es comparable a las de Ostende y de Biarritz. El suave Musset sólo puede [*AMC*: pudo] decir de ella:

A Venise, á l'affreux Lido,
oú vient sur l'herbe d'un tombeau
mourir la pâle Adriatique…

Tiene, sin embargo, su página de hermosos recuerdos. Partió desde allí lord Byron, cuando venció la famosa carrera a nado hasta Santa Chiara, que admiró a los propios venecianos; se cuenta que permaneció en el agua de cuatro a cinco horas, mientras sólo había empleado poco más de una para atravesar el Helesponto.

58 En *Italia* y *AMC*: El tercer día poco hay que hacer en Venecia, salvo ocupaciones especiales en el comercio o el deseo de profundizar el estudio de sus museos de pintura.
59 En *AMC*: doctor
60 En *AMC*: a los agitados
61 En *Italia* y *AMC*: poco había que ver.
62 En *Italia* y *AMC*: plaza de San Marcos
63 Este párrafo se sustituye, en *Italia* y *AMC,* por los siguientes: Esa es la verdad honestamente dicha, aunque ella duela a los venecianos y a los jóvenes poetas que no han visto la ciudad que sueñan. [*AMC*: la soñada ciudad]. El Bucentauro no existe; el dux no va, como otrora, a arrojar su anillo nupcial al fondo de las aguas para desposar simbólicamente el Adriático. Los románticos, a pesar de su entusiasmo, nos dijeron ha tiempo que Venecia estaba silenciosa y mustia, en la melancolía de su libertad perdida y en la nostalgia de su grandeza caduca. Tiene su plaza única, su canal feérico, sus galerías de pintura y otras contadas maravillas; todo eso engarzado en una montura de suciedad y aburrimiento. Lo primero encantó a Goethe y a Stendhal, a Taine y a Nietzsche; los que llegan a Venecia sugestionados encuentran que en ella todo es hermoso.

Es posible que su quietud moderna agrade a los neurasténicos y a las histéricas que viven en perpetua crisis de romanticismo; pero no es la quietud de la verdadera ciudad muerta, la incomparable quietud de Brujas, evocadoramente bella, profundamente llena de emociones y de remembranzas; en Venecia están muertas las cosas magníficas, pero vive entre ellas una población burguesa, con los inconvenientes y sin las ventajas de la civilización moderna.

64 En *AMC*: El hecho real es éste
65 En *AMC*: fuese
66 En *AMC*: Si bien es cierto que rompen con los viejos moldes
67 En *AMC*: a establecer dogmas nuevos
68 En *AMC*: En sus cuadros se reflejaban la vida pintoresca del ambiente y la psicología espontánea de las poblaciones.
69 En *Italia y AMC*: faltas
70 En *AMC*: resulta chocante la ausencia
71 En *Italia* y *AMC,* las comillas no se cierran hasta acá.
72 En *AMC*: dieran
73 Conjunción sustituida por punto y coma en *AMC*.
74 En *AMC*: si se pretende generalizarlo
75 En *AMC*: pero no de los pintores
76 En *AMC*: la sensación
77 En *Italia*: de la línea
78 Conjunción elidida en *Italia* y *AMC*.
79 En *AMC*: de otro modo.

80 En *Italia:* según trátese. En *AMC*: trátese
81 Conjunción suprimida en *AMC*.
82 En *AMC*: es peor
83 En *Italia* y *AMC,* esta primera sección de la oración está suprimida.
84 En *Italia,* éste y los siguientes títulos de obras pictóricas se destacan en bastardilla y no entre comillas.
85 En *AMC*: Garlanda
86 En *Italia:* Gasciaro
87 En *Italia* y *AMC*: título recomendable
88 Pintor elidido en *Italia* y *AMC*.
89 Palabra suprimida en *Italia* y *AMC*.
90 En *Italia* y *AMC*: plaza de San Marcos
91 En *AMC*: consigue interesar con
92 En *Italia* y *AMC*: terminan aquí.
93 En *Italia* y *AMC*: esta sentencia de Ugo Ojetti
94 En *AMC*: otro cualquiera
95 Oración suprimida en *AMC*.
96 En *AMC*: exceptúa
97 En *Italia* y *AMC*: que de seleccionar los cuadros.
98 En *AMC*: de géneros y maneras
99 En *Italia:* vitrales. En *AMC*: vidriales
100 En *Italia* y *AMC*: la pérdida de otras glorias
101 En *AMC*: sus pintores dominan
102 En *Italia* y *AMC* se agrega: la herencia de Velásquez y del Greco, de Goya y de Ribera, [*AMC*: Rivera] se conserva abundante y prestigiosa [*AMC*: abundante, prestigiosa].
103 En *Italia* y *AMC,* se agrega: torsos como encinas
104 En *Italia:* saburra
105 En *AMC*: de otro modo
106 En *Italia* y *AMC*: A pesar de los peligros de su género
107 En *Italia* y *AMC*: son mirados con atención.
108 En *AMC*: como dibujo, color y vida, no representa dignamente al ilustre artista.
109 En *AMC*: cuadros conocidos de Besnard
110 En *Italia:* el *El espejo de Venecia*
111 En *AMC*: Andrés
112 En *AMC*: Pio Collivadino tiene allí
113 En *AMC*: puede
114 En *AMC*: un joven talentoso, Cesáreo B. de Quirós
115 Las últimas cuatro palabras se suprimen en *AMC*.
116 En *AMC*: más cerebro
117 En *AMC*: viene
118 En *AMC*: de tranquilidad casi mística
119 En *AMC*: alcanza
120 Palabra sustituida por una coma en *Italia* y en *AMC*.
121 Conjunción elidida en *Italia* y *AMC*.
122 En *Italia* y *AMC*: genuflexos
123 En *Italia* y *AMC*: diríase que están protegiéndole contra el olvido.
124 En *AMC*: se resume la vida.
125 En *Italia* y *AMC*: hay dos estatuas
126 En *Italia* y *AMC*: de su toga.

127 En *Italia* y *AMC:* Al frente está el Amor
128 En *AMC*: toda hecha de ternura
129 En *AMC*: protegiéndole
130 En *Italia* y *AMC:* abismada la cara
131 En *Italia* y *AMC:* con caluroso fervor
132 En *Italia:* aumentado. En *AMC*: aumentando
133 En *Italia* y *AMC:* clarobscuros
134 En *AMC*: un ramillete
135 En *Italia* y *AMC:* llenas de congoja
136 En *Italia:* bajorrelieve
137 En *Italia:* rosas de té. En *AMC* (evidente errata): rosas the.
138 En *Italia* y *AMC:* Cada bloque es una estrofa genial.
139 En *Italia* y *AMC:* Cuando la obra de un artista sugiere
140 En *AMC*: ante la vida y ante la muerte
141 En *Italia* y *AMC:* sentimos la necesidad de buscar en el árbol genealógico del Arte el lazo de parentesco
142 En *AMC*: y de los Rodin.

Sábado, 7.X.1905, página 4, columnas 2,3,4 y 5.

LOS AMANTES SUBLIMES[1]

La casa de Julieta

Verona, agosto de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

Verona podría ser la Meca del amor inverosímil. Del amor que no se licúa en el crisol de cada nueva primavera, que resiste al corrosivo de las vulgares desventuras, que se proyecta en el tiempo como una sombra en la pradera: más grande cuanto más lejana. Toda colina parece allí un Himeto; el Adigio corre sereno, y[2] el agro de Verona semeja, junto a él, una helénica landa lamida por el Iliso o el Cefiso. El murmullo del río suena a melopea;[3] en el traspié que da sobre cada breña, despierta una leve murmuración amorosa, voces de jóvenes traídas[4] desde antiguas fuentes que rompen la piedra allá lejos, entre verdores lozanos. Y en las voces dialogan invisibles ninfas y centauros, ebrios de pasión, ocultos por el misterio[5] de boscajes estremecidos por su amor.

En cada ciudad presentimos un alma y un paisaje propicios a nuestros recuerdos: el alma de una virtud o de un vicio, de un amor o de un odio, aleteando en el marco obligado[6] de cierto panorama convencional. Al acercanos a Verona parecíanos ver[7] una serie de mansiones medioevales,[8] en cada una el balcón de hierro laboriosamente batido, en cada hierro una maceta[9] con lánguidos jazmines y pendiente la fina escala de seda, y en cada escala un Romeo pálido de emoción, y en lo alto, ojerosa de amor, tendidos los brazos hacia el amante, una Julieta ideal. No concebimos otra Verona.

La encontramos silenciosa, apoyada sobre el Adigio: diríase una joven nostálgica sobre una balaustrada proficua de recuerdos. Porque Verona es así; es[10] como las niñas aristocráticas que al caer en mala fortuna conservan la finura del perfil, la distinción del gesto, la exquisitez de su buen gusto. Es una violeta sentimental, un tanto ajada; es el manuscrito precioso de una novela trunca; es el refugio de princesas destronadas que aún sonríen a sus admiradores fieles. Pero, ante todo y sobre todo, Verona es un estuche venusino, el estuche único de dos corazones únicos: los corazones de Romeo y Julieta.[11]

La ciudad luce otras reminiscencias. Allí dominó Teodorico el Grande y fue podestá Martín Escalígero. Más célebre fue uno de sus descendientes,[12] Bartolomé, bastándole para ello haber acogido a Dante, proscrito de Florencia. Y Dante[13] vive todavía en el mármol, en la «Plaza de los Señores», al irse el día, se levanta como una gran sombra pensativa vagando en el crepúsculo, y parece que sus ideas[14] están revoloteando sobre

su frente como una guirnalda[15] de aguiluchos sin nidos. Además de Cátulo, Vitrubio y Plinio el Joven, conocieron allí la línea, la luz y el color sus hijos ilustres Víctor Pisano y Pablo Veronese. El viajero se arrodilla ante el mármol de Dante[16] y pasa; los otros no incomodan su recuerdo. La historia de la ciudad es la historia[17] de sus amantes; en toda alma despiertan o resucitan, allí, romanticismos dormidos pero inmortales.

Existieron las familias hostiles, Capuletos y Montequios;[18] Dante nos lo repite en su «Purgatorio». Es inverosímil[19] que sus hijos se amaran. La novela del conde Luis da Porto es creíble en todas sus partes. De ella tomó Shakespeare el episodio de amor, cuando resolvió inmortalizarlo. A poco que agucemos la memoria nos arrullarán el oído las ofrendas líricas esparcidas por Bellini y Gounod sobre el poema. El viajero busca los testimonios de su renombranza, busca la casa y la tumba de Julieta.[20]

En un callejón parece que aún podrían querellarse[21] los valientes de ambas progenies; al anochecer diríase que vagan rondas de enmascarados y que Tybalt[22] va a clavar su acero, otra vez, en el pecho de Mercutio; allí se derruye el antiguo convento de franciscanos, en el «Vicolo San Francesco al Corso». Hay una capilla lamentable; luego cierta habitación que es indigna parodia de una cripta y allí[23] un mal sarcófago medioeval: eso es la tumba de Julieta.[24] No falta el holocausto de tontería volcado allí por algunas románticas londinenses:[25] coronas, tarjetas, versos. ¡Paciencia![26] A lo sumo deberían admitirse sobre el sarcófago guirnaldas de jazmines; como visitadoras, mujeres con caras tiernas del Beato Angélico y de Botticelli, con bustos ceñidos por blancas túnicas; y en el ambiente plegarias armoniosas, amorosas, deliciosas. Ese sería[27] el marco evocador, para honrar el poema con dulce melancolía, musicalmente. ¿Sacerdotisas para ese rito? Habría que recurrir a las tres gracias – tres, como un trébol de amorosa carne.– ¿Aglaia? ¿Eufrosina? ¿Talía? ¿Cuál de ellas negara el homenaje de su Belleza y de su Silencio para convertirse en Vestal de este fuego sagrado del Amor?

Fuimos a resarcirnos de esa decepción en la «Vía Cappello», donde se conserva la casa habitada por Julieta, la casa de los Capuletos.[28] El edifico, físicamente, no importa. La fantasía suple las ausencias de la realidad.[29] Bajo uno de esos balcones languideció de amor Romeo Montequio;[30] de esos hierros dichosos pendió por cien noches consecutivas la escala por donde trepó su pie ágil; allí mismo el plenilunio de una media noche estival envolvió en el tierno abrazo de su palidez tranquila el primer beso de las bocas ardientes, cómplice mudo.

Cuando pisamos el umbral de la casa una amable noticia la hermoseó: el consejo municipal de Verona acaba de comprarla por 14.000 francos, convirtiéndola en paraje de peregrinación universal. Esta compra, tan delicada y artística a la vez, lo honra mucho, por cierto; no acostumbran tales cosas las municipalidades modernas.[31] Verdad es que Verona es ciudad italiana y[32] en esta dulce península de Laura y de Beatriz aun no se ha apagado el culto del amor, del arte y de la belleza. El concejo municipal obró cuerdamente al no discutir la autenticidad total de la tragedia galante. Romeo y Julieta existen ahora, aunque nunca hubiesen vivido; existen como símbolo perenne del amor incontrastable, del amor que pasa sobre todos los obstáculos, del amor que desafía la vida y la muerte. Tal como el Alighiero[33] nos dice el amor de Paolo y de Francesca:

Amor, che al cor gentil ratto s'apprende…
Amor, che a nullo amato amar perdona…
Amor condusse noi ad una morte…

*
* *

Cuando sobre Verona anocheció, sentimos un deseo irresistible de evocar la historia. Muchos la conocen a través del drama shakespearino.[34] Es más ingenua en la primitiva novela del conde Da Porto, dedicada por éste a Lucinia Savorgnana, nobilísima señora. Cada cual puede contarla a su manera y nosotros a la nuestra.[35]

En tiempos[36] de Bartolomé della Scala una tregua amenguó el odio que acibaraba los corazones de Montequios[37] y Capuletos. Dio Messer Antonio, de estos últimos, varias fiestas. Siguiendo a una hermosa que lo afligía con sus desdenes, concurrió a una de ellas[38] un joven de los Montequios, apuesto garzón, de elegancia perfecta. La única hija de los Capuletos prendóse de su belleza y de su tristura, viéndolo apartado por las crueldades de su pasión incierta.[39] Cuando se cruzaron una mirada,[40] Julieta ya le pertenecía. El azar de un baile figurado los reunió. Julieta daba su otra mano al joven Marcuccio, que tenía las propias siempre heladas,[41] en julio como en enero. Entonces Romeo oyó una dulce voz: ¡Bendita sea vuestra presencia, señor Romeo![42]

Y el joven, maravillado al oírla, replicó: -¿Por qué podríais bendecir mi llegada?

Y ella: -¡Sí! Bendita vuestra presencia a mi lado, pues así mantendréis en dulce calor mi mano izquierda, mientras se hiela mi derecha.

Y él, osando más: -¡Si con la mía caliento vuestra mano, con vuestros bellos ojos vos me quemáis el corazón![43]

Ella, con una sonrisa y temiendo llamar la atención por tan largo diálogo: -Romeo, os juro sobre mi fe que ningún rostro[44] me parece aquí tan bello como el vuestro.

Y él, ya perdidamente conquistado: -No obstante ser quien soy, si no os disgusta, seré eternamente el fiel servidor de vuestra belleza.[45]

Envidiable aventura que[46] ya no ocurre a ningún Romeo contemporáneo. Una vez más fueron las manos el nudo amoroso.[47] Siempre las manos. Así las transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí que buscan en la obscuridad, como dos mariposas ciegas; pulpos de voluptuosidad, las manos embriagadoras de Manón y las satánicas de la Montespán; las manos inciertas de madama Bovary, antes que al labio, antes que al corazón mismo; las manos de mil Virginias y Lucrecias, de mil Ofelias y Julietas, encendidas de amor, por la fiebre de las manos.[48] ¿Recordáis la galante cuarteta de Voltaire a las manos incomparables de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D'Annunzio al resumir en las manos de su «Gioconda»[49] toda la poesía de la belleza y del amor…[50]

*
* *

El odio tradicional de sus familias,[51] como el espíritu del mal en las tragedias griegas, se atravesaba obstinadamente entre los corazones. Mas Julieta, gustando pensar en la buena antes que en la mala ventura,[52] supuso que podría consentirse el enlace para sellar la paz de ambas familias,[53] ya en tregua.

Romeo pasaba innumerables noches al pie del balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces en la calle misma.[54] Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó a sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando a Julieta. Esta abrió una noche su ventana y lo divisó.

-¿Qué hacéis?

-Obedezco a mi amor.

-¿Y si os vieran? Corréis peligro.

-Sí, mi señora. Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese vuestro amor en mi ayuda.[55] En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos mirar[56] en este sitio, junto a vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si pluguiera al cielo y a vos!

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuemente en sus almas,[57] como una etérea solución de perlas finas. Sólo un reflejo escarlata desleía el odio en torno de ambos;[58] su amor sentía ese reflejo triste, la tristeza del obstáculo.[59] Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia. Cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso. Quien lo haya dado sabe que la primera vez el amor tiembla tímidamente sobre los labios, como la mañana primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos –prolongado, insistente, interminable– tiene sabor a miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania a Isolda y a Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna hablaron[60] muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

*

* *

Llegó el invierno crudo y Romeo intentó conmoverla con el espectáculo de su juventud, marchitada por noches y noches de intemperie.[61] ¿Por qué no lo recibía en su alcoba? Al punto se indignó Julieta[62] y amonestó la audacia, mas lo hizo adelantando las salvedades nupciales del caso, pues era entonces costumbre tender la dulce red, lo mismo que ahora. Romeo no ansiaba otra cosa. Pocos días después se desposaron ante fray Lorenzo, gran filósofo y experimentador de cosas naturales y mágicas. Fueron esposos en secreto y paladearon a hurtadillas las delicias del amor, esperando que el tiempo sugiriese un medio para enternecer a Messer Capuleto.[63]

Alguien envidió su demasiada felicidad.[64] De pronto, y[65] sin causa explícita, renacieron

las querellas. Capuletos y Montequios[66] se atacaron un día, en pleno corso. Romeo no daba golpe,[67] recordando que los adversarios tenían sangre de su amada. Al fin, cuando muchos de los suyos habían caído ya, corrió sobre Tybalt, el más procaz, y de un solo golpe le dio muerte. La justicia lo desterró de Verona a perpetuidad. Antes de irse, gracias a fray Lorenzo, tuvieron en el monasterio los amantes[68] su última entrevista, separándose de cuerpos, ya que de almas era imposible.[69]

Julieta lloraba noche y día. No se equivoca el ingenuo cantar de los pastores galos:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment.

Chagrin d'amour dure toute la vie.

La madre[70] no consiguió arrancarle el secreto de tanta pena; un día dijo a Messer Antonio que tal vez fuese íntimo deseo de casarse.

-Convendría buscarle un marido. Pronto tendrá diez y ocho años; después de esa edad las niñas pierden, más que ganan, en belleza.

El buen padre asintió. Fueron vanas las protestas de Julieta. Desesperada, pidió confesarse, para ver a fray Lorenzo. Recordó al franciscano sus poderes milagrosos; era la ocasión de probarlos, dándole un veneno o resolviendo el grave caso.[71]

Después de mil vacilaciones, cariñosamente, le habló así: No te daré veneno, hija amadísima. Sería pecado verte morir tan joven y tan bella. Si tienes el valor de hacer lo que te propongo,[72] yo te conduciré junto a Romeo, para siempre. Escucha. La tumba de los Capuletos está fuera de esta iglesia, en nuestro cementerio. Te daré un polvo[73] que produce un sueño de cuarenta y ocho horas; te creerán muerta; serás enterrada. Yo iré a buscarte, quedarás oculta en mi celda algún tiempo y después te llevaré a Mantua, donde Romeo te espera.

Ella aceptó, y fray Lorenzo se encargó[74] de comunicar el plan al amante proscrito.

Poco después, una noche, Julieta sorbió los polvos y se durmió[75] con todas las apariencias de la muerte. Verona entera compartió la desolación de su familia, y el sepelio fue solemne, fastuoso.

Un siervo fiel de los amantes, ignorando el secreto, voló a Mantua para llorar con Romeo la desventura. La carta de fray Lorenzo no había llegado aún. Romeo, enloquecido por el dolor, juzgó inútil, imposible, sobrevivir. Vistió un disfraz de aldeano y echó en su bolsillo una ampolla de cierto veneno infalible. Si lo prendían,[76] moriría a manos de la justicia; si llegaba a Verona, se encerraría en la misma tumba de su amada y moriría allí, junto a ella, inseparablemente. Dos noches después de enterrada Julieta, llegó a Verona; fue hacia el monasterio y dio con la sepultura. Levantó la losa y entró. A la luz de su linterna ciega vio a Julieta en su ataúd, rodeada por sus enemigos y por su propia víctima. ¡Nunca sus ojos la vieron más bella![77]

-¡Ojos que fuisteis la clara luz de los míos, mientras plugo al cielo! ¡Boca que he besado mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! ¡Seno delicioso, refugio único de mi adoración y mi ternura![78] ¡Cuán ciegos, mudos y helados estáis! ¡Cómo podré ver, hablar y vivir sin vosotros![79]

Y entretanto esparcía sus besos en los ojos,[80] en la boca, sobre el corazón de Julieta,[81] con la garganta ahogada por los sollozos y las pupilas ciegas de lágrimas. Desolado, sorbió el contenido de la ampolla, y abrazando a Julieta contra su seno, esperó la muerte.

Cuando cesó la acción de los polvos, ella volvió en sí, encontrándose, espantada,[82] entre los brazos de un hombre.[83] Una voz, llena de espanto a su vez, le dijo que era Romeo; la voz parecía salir de un sepulcro.[84] Ella le refirió el plan. El no había recibido la carta de fray Lorenzo, y por eso había venido.[85] Mientras ella le hablaba, él fue palideciendo y comenzó a morir, cadenciosamente, entre los brazos de su amada;[86] la vida se escapaba[87] de su cuerpo como el perfume de un naranjo en flor.

Cuando llegó fray Lorenzo, ella le pidió que la dejase morir sobre Romeo y le guardase absoluto secreto.[88]

Después se descubrió lo ocurrido. Abrieron el ataúd y encontraron a los dos amantes unidos en un abrazo eterno. Bartolomé della Scala, impresionado, quiso ver sus despojos. Los padres de ambos vinieron a llorar sobre sus hijos muertos; vencidos por la piedad, olvidaron su odio y se abrazaron efusivamente. Así terminó la enemistad que no habían podido apagar los ruegos de los amigos, ni las amenazas de los señores, ni las vidas de jóvenes valientes, ni el tiempo mismo.

Más que todo pudo el amor. Naturalmente.[89]

*

* *

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce, las sombras trágicas de los dos amantes[90] parecen despertar, inconscientes, eternas, pasearse por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las horas felices. Y la casa de Julieta parece en las noches de luna un templo imaginario;[91] y sale de sus ventanas un perfume hierático extraño, como si fieles esclavas de Bitinia o de Frigia agitaran incensarios de amor; y se oyen palpitaciones, calofríos, anhelos, como un enjambre de impolutas vestales estremecidas por el vigoroso abrazo de faunos robustos.[92] ¿Comprendéis, ahora, cuánta gentileza cabe en la decisión del concejo municipal asegurando la conservación de esa casa donde todas las noches parece que dos sombras se acribillan a besos?

¿Vulgaridad?

De ninguna manera. Vulgaridad es lo propio del vulgo. El vulgo ya no es la denominación de una clase social; hay vulgo en todas partes, entre el oro y la púrpura lo mismo que entre la escoria. La vulgaridad equivale, en el alma, a los defectos físicos, a la cojera, al estrabismo; es una deficiencia del corazón, es la incapacidad de ideal, es todo lo inestético, la grosería, la sordidez. Cabe, empero, un distingo;[93] no basta ser grosero para ser vulgar. Hay temperamentos[94] groseros que no son vulgares. Ciertos actos, con ser de una grosería absoluta, resultan épicos, poéticos, ideales. Cuando Cambronne, invitado por el enemigo a rendirse, responde su palabra memorable, se

eleva a una altura homérica, su vulgaridad es sublime. Es la intención lo que ennoblece el acto,[95] lo eleva, lo idealiza; y es la intención, en otros casos, lo que produce la vulgaridad.

¿Cabe mayor respeto del ideal, más nobleza de intenciones, más finura de sentimientos en la resolución del consejo de Verona? Los «vulgares» son otros, son los miles de plebeyos que han criticado la adquisición, fundándose en que el dinero así empleado[96] no reporta beneficios materiales. Ese criterio[97] es de cartagineses, no de latinos; y Verona tiene «gentil sangre latina». Casi podría preferirse el criterio del sibarita que considera vulgar y despreciable en sí misma toda satisfacción material, sólo juzgando digno lo superfluo que la exor[n]a, lo que sonríe al buen gusto, lo que trae un perfume de refinamiento. Aumentemos la parte de la inteligencia o del corazón y amengüemos la omnipotencia de los sentidos torpes; recordemos que en toda larva puede soñar[98] una mariposa. La vida puede ser intensa y conservarse digna; encresparse de pasión, tempestuosamente, sin que la ira de la ola enturbie sus aguas cristalinas.[99] La intención es todo; en la intención debemos poner el ideal, como en un tabernáculo. Por eso la vulgaridad no está en la satisfacción material misma,[100] sino en la intención chata que la acompaña. Ser vulgar es encanallarse, diría Nietz[s]che. Es renunciar al respeto de sí mismo, es fundirse en el molde de la bajeza común,[101] es «la degeneración del hombre en su semejante, en el común de los mortales, en el mediocre, en el animal de rebaño».

La historia de Julieta y Romeo, por su parte,[102] es la negación de la vulgaridad. El amor vulgar es otro:

> « Tant que cette eau coulera doucement
> l'eau du ruisseau qui borde la prairie,
> je t'aimerai », me repetait Sylvie.
> L'eau coule encore. Elle a changé pourtant!

Esa cuarteta resume el cruel breviario[103] del amor contemporáneo, inconstante como la ola y como la nube, tal cual lo observamos[104] por millares de casos en torno nuestro. El amor ideal es el de Julieta, solamente comparable con el de Romeo, «fuerte como la muerte».

Sólo un ideal cualquiera nos libra de la vulgaridad, de esa hidra que ofende todo lo que alcanzan sus tentáculos. Ella hace del arte un oficio, de la virtud una empresa, de la ciencia un negocio, de la caridad una fiesta, del amor un sensualismo. Transforma el amor de la vida en pusilanimidad, la prudencia en cobardía, el respeto en servilismo. Lleva a la ostentación, a la avaricia, a la avidez, a la falsedad, a la simulación. Detrás del hombre asoma la bestia y estira su garra, la bestia salvaje que sólo siente el hambre de sus instintos y sólo aspira al hartazgo.

Emancipar el amor[105] de la vulgaridad es, pues, una obra de educación de los sentimientos, finamente intelectual, gentilísima. Todas las ciudades, como Verona, deberían tener su casa de amantes sublimes, para que peregrinasen[106] los jóvenes en edad de soñar y de amar. La historia de esos «amantes representativos» –con licencia

de Emerson– narrada por Da Porto, dramatizada por Shakespeare, musicalizada por Bellini y Gounod, sería más benéfica para la educación de las jóvenes modernas,[107] que las novelas de Safos y Afroditas devoradas hoy por las esposas futuras.

Podría hacerse más. En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios, propicios para que paseen sus ilusiones los enamorados,[108] podrían colocarse estatuas, que perpetuasen el recuerdo y el culto de los amantes célebres. ¡Hay tantas de tiranos que oprimieron mucho, de militares que mataron mucho, de jurisconsultos que enredaron mucho, de inútiles que estorbaron mucho! ¿Por qué la posteridad no debe honrar a los amantes que amaron mucho? ¿Amar es menos humano que oprimir, matar[,] enredar o estorbar?

Ha pocos días,[109] en el estudio del escultor Rodin, en Bellevue, hemos visto[110] un grupo de Romeo y Julieta, casi terminado. Ella está vestida escasamente, envuelta en esos velos pesados que el insigne modelador aligera con su genio. Romeo tiene asida su mano, la lleva sobre sus labios, entre las dos caras juntas, tan juntas que besa a un tiempo mismo los labios y la mano.[111] Están fundidas toda la emoción del primer beso que se da a la prometida y toda la satisfacción del primer beso que se recibe de la esposa. No es posible pedir a la glacial solemnidad del mármol nada más casto y más voluptuoso al mismo tiempo: el paroxismo sentimental y el abismo amoroso…

¿Cuál será la ciudad que cuente, entre sus millonarios, uno capaz de adquirir esta obra y de regalarla para que sirva de lección en la más hermosa de sus plazas?

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 En *Italia,* esta crónica es la primera de las seis que integran la tercera sección: «En la vida y en el arte». No aparece este subtítulo, como tampoco los datos de lugar y fecha, destinatario y firma. En *AMC* sólo aparecen el título y los datos de lugar y fecha, sin el subtítulo, el destinatario ni la firma.

2 Conjunción elidida en *Italia* y en *AMC*.

3 En *AMC*: melopeya

4 En *AMC*: voces traídas

5 En *Italia* y en *AMC:* en el misterio

6 En *AMC*: en el obligado marco

7 En *Italia:* creemos divisar

8 En *AMC*: creemos divisar mansiones medioevales

9 En *AMC*: en cada hierro macetas

10 En *Italia* y *AMC* está suprimido este verbo.

11 En *Italia:* de Romeo y de Julieta. En *AMC*: es relicario venusino, el de dos gemas únicas: los corazones de Romeo y Julieta.

12 En *Italia* y *AMC:* Es más célebre uno de sus descendientes

13 En *AMC*: El poeta

14 En *Italia* y *AMC:* que mil ideas

15 En *AMC*: como guirnalda

16 En *AMC*: del poeta

17 En *AMC*: la tradición

18 En *Italia:* Montescos

19 En *Italia* y *AMC:* verosímil

20 En *Italia,* estas últimas cuatro oraciones están sustituidas por los párrafos siguientes: La novela del conde Luis da Porto es creíble en casi todas sus partes; Mateo Bandello la incluye en su interesante colección, y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Jerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dio sangre y alma italiana a tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en un drama admirable; otro inglés, Arturo Brooke, gastó el tema en una obra mediocre. En Francia, después de Boisteau, ha inspirado varios cuentos y novelas, hasta la reciente de Clemente Rojas y las dos mil páginas montepinescas de Cardoze. En Alemania escribió Veisse una tragedia. En España son conocidos un drama de Lope de Vega y una tragedia de Rojas. Pero es en Italia donde la leyenda veronesa ha inspirado una literatura más vasta; las tragedias de Scévola, Leoni, Salli, Consenza, Ventignano; varios poemas, entre los cuales merece leerse el de Teresa Albarelli; un libro crítico de Julio Leati; un interesante capítulo de Chiarini, en sus profundos estudios shakesperianos. Es cuanto pudimos averiguar en las bibliotecas de Verona, de Roma y de París.

En las bibliotecas musicales de Milán y de la Opera de París, encontramos once dramas líricos sobre esta amorosa desventura; los firman, por orden cronológico, Benda, Schwanberg, Rumling, Dalairac, Steibelt, Zingarelli, Guglielmi, Vaccai, Bellini, Marchetti y Gounod. Solamente la ópera de este último sobrevivió a su autor; a poco que agucemos la memoria, nos arrullarán sus ofrendas líricas esparcidas sobre el poema.

El viajero que llega a Verona busca los testimonios materiales de tanta remembranza artística, busca la casa y la tumba de Julieta.

En *AMC* se reduce el texto agregado, con algunas variaciones: La novela del conde Luis da Porto es creíble en casi todas sus partes; Mateo Bandello la incluye en su interesante colección, y de allí la tomó Boisteau para su arreglo francés. La leyenda tiene en su favor el valioso testimonio histórico de Jerónimo della Corte.

La imaginación de innumerables artistas ha eternizado, más tarde, el trágico episodio de los amantes sublimes. Shakespeare, que dio sangre y alma italiana a tantos de sus personajes, resolvió inmortalizarlo en un drama admirable.

El viajero que llega a Verona busca los testimonios materiales de tanta remembranza artística: la casa y la tumba de Julieta.

21 En *AMC*: En los callejones podrían querellarse

22 En *AMC*: Teobaldo

23 En *AMC*: y en ella

24 En *AMC*: se eliden las últimas dos palabras.

25 En *AMC*: volcado por algunas románticas londinenses

26 Expresión suprimida en *AMC*.

27 En *AMC*: Tal sería

28 En *AMC*, en ésta y las otras menciones similares: Capeletes

29 En *AMC*: las ausencias reales

30 En *Italia:* Montesco. En *AMC*: Bajo uno de esos balcones Romeo cantó y languideció de amor.

31 En *AMC*: Esta compra, delicada y artística, lo honra en extremo; no acostumbran tales gestos las municipalidades modernas.

32 Conjunción sustituida por punto y coma en *Italia*. En *AMC*: Verona es, empero, ciudad italiana;

33 En *Italia:* Aliguieri

34 En *Italia:* shakespiriano. En *AMC*: shekespeariano.

35 En *Italia* se agrega: aunque prefiriendo mantenernos fieles a la tradición inicial. En *AMC*: prefiriendo mantenernos fieles a la tradición inicial.

36 En *AMC*: En tiempo

37 En *Italia*, aquí y en las siguientes menciones: Montescos

38 En *AMC*: concurrió a ellas

39 En *Italia* y *AMC:* de una pasión incierta

40 En *Italia* y *AMC:* Cuando cruzaron sus miradas

41 En *AMC*: a un joven que tenía las propias siempre heladas

42 En *AMC*: Entonces oyó Romeo una dulce voz: ¡bendita sea vuestra presencia, Romeo!

43 En *AMC*: el alma

44 En *AMC*: os juro que ningún rostro

45 En *AMC*: No obstante ser quien soy, si os place, eternamente seré fiel servidor de vuestra belleza.

46 En *Italia,* esta palabra está remplazada por punto y coma.

47 En *Italia:* fueron las manos al indisoluble nudo amoroso.

48 En *Italia:* las manos inciertas de madama Bovary, hablan a la ilusión antes que el labio, antes que el corazón mismo; las ingenuas de mil Virginias y Lucrecias, las soñadoras de mil Ofelias y Julietas, todas encendidas de amor, por la fiebre de las manos.

49 En *Italia:* al resumir en las de su *Gioconda*

50 En *AMC*, todo este párrafo está sustituido por el siguiente: En estas breves palabras puso la más profunda vehemencia, como un amante que rubrica su profesión de fe definitiva. Amar a la mujer es servirla, someterse a sus más instable anhelos, esclavizarse a su intención. Las mujeres dignas de ser amadas merecen del hombre el holocausto absoluto de la rendición incondicional, porque amar es el sacerdocio de un rito cuyo ídolo es la persona más amada. Las hetairas que se entregan sin conquista no merecen el amor, porque no inspiran respetuosa devoción. Amamos para dar felicidad más que para recibirla; el amador sólo necesita la dicha subjetiva de complacer a quien ama. La juventud, la belleza, la gracia y el talento, sumados en un cuerpo lozano, esperan y necesitan el homenaje de servidores fieles; la beatitud de amar es por sí sola un bálsamo a todos los dolores, una compensación a todas las inquietudes, un acicate a todas las energías, una sonrisa a todas las esperanzas.

51 En *AMC*: de las familias

52 En *Italia,* aunque parece una errata: aventura

53 En *AMC* se suprime esta palabra.

54 En *AMC*: durmiendo muchas veces sobre los fríos mármoles de la calle solitaria.

55 En *Italia* y *AMC:* no viniese en mi ayuda vuestro amor.

56 En *Italia:* morir. En *AMC*: expirar

57 En *AMC*: en ellos

58 En *Italia* y *AMC:* Sólo el antiguo odio desleía un reflejo escarlata en torno de ambos

59 En *AMC*: su amor sentía ese halo triste, como el obstáculo de una maraña imprecisa.

60 En *AMC*: se estrecharon con frenesí

61 En *AMC*: Llegó el invierno crudo; Romeo intentó conmoverla con el espectáculo de su juventud marchitada por tantas noches de intemperie.

62 En *AMC*: Indignóse Julieta

63 En *Italia* y *AMC:* al viejo Capuleto.

64 En *Italia* y *AMC:* Alguien envidió su excesiva felicidad. En *AMC* se agrega: la envidia es el veneno que los miserables vuelcan en la copa de los dichosos.

65 Conjunción elidida en *Italia* y *AMC*.

66 En *Italia* y *AMC:* Montescos

67 En *Italia:* golpes

68 En *Italia* y *AMC:* los amantes tuvieron en el monasterio

69 En *AMC* se agrega el siguiente párrafo: Fue entonces, para ellos, la eclosión de todos los gérmenes secretos de la tempestad sentimental. La distancia agiganta las pasiones intensas, borrando en la memoria los lunares y los defectos para poner de relieve las cualidades y las virtudes. El que de cerca ama, de lejos idolatra; el que puede olvidar no ha amado nunca. Si la mala fortuna es el reactivo de la amistad verdadera, la ausencia es el árbitro más seguro del amor.

70 En *AMC*: Su madre

71 En *Italia* y *AMC:* dándole un veneno y resolviendo el grave caso

72 En *AMC*: Si tienes el valor de secundarme

73 En *Italia* y *AMC:* cierto polvo

74 En *AMC*: Ella aceptó. Fray Lorenzo encargóse

75 En *AMC*: durmióse

76 En *Italia* y *AMC:* Si lo tomaban

77 En *AMC*: ¡Nunca tan bella!

78 En *AMC*: Seno delicioso, refugio de mis caricias, estuche único de mi adoración y mi ternura!

79 En *AMC*: ¡Cómo podré hablar y vivir sin vosotros!

80 En *AMC* se agrega: en las mejillas

81 En *Italia* y *AMC:* sobre todo el cuerpo divino de Julieta

82 En *AMC*: aprisionada

83 En *Italia* y *AMC:* entre dos brazos humanos.

84 En *AMC*: Una voz le dijo que era Romeo: parecía salir de un sepulcro.

85 En *Italia* y *AMC:* y por eso estaba allí a su lado.

86 En *AMC*: de su propio ídolo

87 En *Italia* y *AMC:* huía lentamente

88 En *AMC*: Cuando llegó Fray Lorenzo, ella pidióle que la dejase morir sobre Romeo y guardase absoluto secreto.

89 En *Italia* y *AMC:* Incontrastablemente.

90 En *Italia* y *AMC:* los sublimes amantes

91 En *AMC*: Y la casa de Julieta, en las noches de luna, diríase el templo de un culto imaginario

92 En *Italia* y *AMC:* como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos

93 Estas cuatro palabras están elididas en *AMC*.

94 En *Italia:* emperadores

95 En *AMC*: La intención ennoblece el acto

96 En *AMC*: el dinero empleado

97 En *AMC*: Ese cartabón

98 En *AMC*: en toda larva sueña, acaso,

99 En *Italia* y *AMC:* sin que la ira enturbie las aguas cristalinas de la ola. En *AMC* se agrega: sin que el rutilar de la fuente sea opacado por el limo infecundo.

100 En *AMC*: Por eso la vulgaridad no está en la conducta misma

101 En *AMC*: Es renunciar al respeto propio, es fundirse en los moldes de la bajeza común,

102 En *Italia* y *AMC* se suprimen estas tres palabras.

103 En *AMC* : el breviario

104 En *AMC* : tal cual observamos

105 En *Italia* y *AMC:* al amor

106 En *Italia* y *AMC:* para que peregrinasen a ella

107 Adjetivo suprimido en *Italia* y en *AMC*.

108 En *AMC*: En las plazas públicas, en los parques tranquilos y solitarios donde las más hermosas flores emanan tenues perfumes, en las alamedas propicias para que paseen sus ilusiones los enamorados,

109 En *Italia* y *AMC:* Ha poco tiempo

110 En *AMC*: en el taller de Rodin, en Bellevue, vimos

111 En *AMC*: la lleva sobre su boca, entre las dos caras juntas, tan juntas que besa a un tiempo mismo los labios y los dedos.

Domingo, 15.X.1905, página 3, columnas 6 y 7, página 4, columnas 1 y 2.

ESCAPULARIOS Y EGLANTINAS[1]

Una manifestación anticlerical

Los fanáticos del ateísmo

París, septiembre de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

Montmartre… ¿Para qué repetir su elogio panorámico, las dulces historias de su bohemia romántica, el reír musical de sus Mimíes y sus Musetas con bocas sonoras como sistros, los derroches inadvertidos por manos imprevisoras, la travesura inquieta del cabaret, el eco de voces femeninas que ruedan por las calles como un coro de aulétridas embriagadas en una fiesta dionisíaca?… Llegamos a Montmartre con la fatiga encantadora del que trepa una altura; fue en una tarde febricitante,[2] democrática, con calor de pasiones y de estío, confundiéndose el oro violento del sol con el rojo descabellado de las almas: un trigal maduro salpicado de amapolas.[3]

Llevamos un tomo de Renán y otro de Stirner debajo del brazo, como salvavidas seguros, antes de sumergirnos en la ola sectaria, la ola de mil cabezas;[4] bullían en cada cabeza[5] mil sugestiones envenenadoras, como serpientes innumerables de una medusa carmesí. En mil gestos altivos se traducían otras tantas amenazas;[6] en cada pupila brillaba una chispa de incendios ignotos; en cada labio «pirueteaba» una mueca, terrible o ridícula. Caras pálidas, caras demacradas, caras mudas, por el odio, por la miseria, por la imbecilidad; en pocas fisonomías proyectaba su resplandor el talento: los caudillos. En la masa torva alterna la blusa mugrienta del resignado a proletario con la chaqueta dominguera del aspirante a burgués. Bajo las blusas la rebelión se estremece: es ira; bajo las chaquetas se arrastra: es envidia.

En Montmartre la tarde es de «revancha», el 3 de septiembre. Los rojos han vencido a los negros y les ponen el pie sobre la nuca, tal como antes sintieron el pie enemigo. El vejamen es igualmente desagradable; tanto da inferirlo en nombre de la Inquisición como del Libre Pensamiento. Toda la animadversión[7] del rebaño sectario converge esta vez hacia el Sacré Coeur, fortaleza de la grey enemiga.

¿Es justa esa actitud? En sí mismo nada es justo, nada es lógico. Toda actitud humana es relativa; es la manifestación de un temperamento más o menos desbastado por una cultura. Cualquier actitud[8] de odio, soplo de rencor, animosidad enemiga, ambición de venganza, es baja, es propia de almas inferiores; es la coz refleja, el arañazo, el mordisco, pues en los sujetos poco evolutivos persisten atavismos del asno, del perro y de la fiera:

la bestia conspira dentro del hombre.

Los libres pensadores de hogaño no pueden resistir a la tentación de ser anticlericales; olvidan que siendo anti-cualquier-cosa, dejan de ser libres. El ultramontano y el anticlerical son dos manifestaciones homólogas del temperamento sectario. Es necesario mirarlos como enfermedades del alma colectiva, como casos clínicos de ese[9] «espíritu gregario» entrevisto por Nietszche y analizado por Palante. Un amigo de metáforas audaces definiría las sectas como inflamaciones que se producen en el organismo del rebaño.

París enfermó, antes, de clericalismo reaccionario. El Sacré Coeur se irguió rumbosamente sobre Montmartre, como una Bastilla. Desde allí se levantó el vendaval que hizo peligrar las instituciones de la República, en horas tristes, cuando Dreyfus marchitaba su dudosa culpa en la isla del Diablo; desde allí[10] se desencadenó la traílla de periodistas y literatos que perseguían la «revancha» de sus fracasos como si el régimen político fuera culpable de su falta de talento o su incapacidad para el trabajo. Desde que el presupuesto de la república liberal no bastaba para todos, lógico era que hubiese hervor de protestas. Porque entonces y aquí, como siempre y en todas partes, muchos creían aplaudir o silbar con manos o labios, aunque solamente lo hacían con el estómago. Cuando apretaron demasiado el torniquete, el mecanismo se desvencijó. Soplaron otros vientos y se trocaron los papeles. Los cabecillas anticlericales han asido el manubrio y manejan el mismísimo torniquete: tienen la sartén por el mango. La masa popular es la misma. Ayer marchaba contra la Casa del pueblo cantando el «Corazón santo, tú reinarás»; hoy marcha contra el Sacré Coeur cantando la «Carmañola».

Ciertos cambios de la política menuda son como los motines de cuartel. Los oficiales suplantan a los jefes, los sargentos a los oficiales; la tropa obedece automáticamente a los más atrevidos o afortunados. Todo apóstol que predica contra los caudillos, aspira simplemente a suplantarlos, como todo hombre que desprestigia a un marido ante su esposa, anhela ser amante de ésta. El mismo ácrata militante, el anarquista literato o dinamitero que se dedica a predicar entre las masas –este ejemplo, por extremoso, es el más demostrativo,- presenta, con ello, la propia candidatura para apóstol o caudillo, persigue su aplauso o su admiración con tanto empeño como otros su limosna o su balota electoral. El verdadero hombre libre no se complica en ninguna logia o partido, no busca el aplauso de ningún cenáculo o multitud.

*

* *

Abreviemos el comentario. La secta vencedora no sabe de generosidades. Para demostrar su horror por los viejos procedimientos, se ha apresurado a copiarlos. Su primer gesto no es de olvido, sino de desquite. París[11] ha votado una injuria, una agresión histérica: frente a la puerta del Sacré Coeur, sobre el cordón de la acera, en la misma calle Lamark, se erigirá una estatua a la memoria del caballero de la Barre, «mártir del Libre Pensamiento» ¡Magnífico respeto por la libertad de pensar!

La Federación internacional de los libres pensadores, que actualmente celebra en París un congreso, preludió sus reuniones con un desfile anticlerical frente a la «maquette» del monumento futuro, colocada provisionalmente en el sitio mismo que ocupará el año próximo. La reunión general fue en el puente Cailaincourt,[12] junto al bulevar Clichy, para subir la colina de Montmartre, hasta el Sacré Coeur.

Los manifestantes llegaban por grupos. Una escarapela distinguía a los congresistas, obreros en su casi totalidad. Los prospectos contenían nombres ilustres, Haeckel y Sergi, ausentes; ni siquiera estaban allí los políticos socialistas más notorios: Jaurès, Ferri y Anatole France, anunciados también como atractivos del meeting. De Bélgica han venido[13] centenares de congresistas. Entre ellos descubrimos a dos estudiantes porteños domiciliados en Bruselas. No son anticlericales: el uno es violinista y el otro bachiller. Pero se adhirieron al congreso para aprovechar la rebaja de precio en los pasajes: «por seis francos de Bruselas a París ¡ida y vuelta!» La misma rebaja que para las peregrinaciones a Lourdes.

Hay sociedades pintorescas.[14] Una mujer lleva un estandarte en cuyo centro lucen, como emblema, dos manos cruzadas estrechando un manojo de pasto; una inscripción dice: «Fecundidad: grupo de mujeres emancipadas». Detrás de esa bandera se alinean docena y media de hombres, cuyo sexo masculino sería indiscutible si no mediara la inscripción del estandarte. Otro grupo, «Caballeros de la Humanidad», nostálgicos de cualquier título caballeresco; sabiendo que no conseguirán ser caballeros de la Legión de Honor, como cualquier Humbert, Jaluzot o Cronier, se consuelan otorgándose modestamente el título mencionado. La Humanidad y el Honor son hojarascas equivalentes en el escalafón de la vanidad humana.

De pronto, desde la plaza Clichy, asoma un grupo de treinta mujeres; estas son mujeres de verdad.[15] Sobre sus bustos ajados, indecisos, resaltan bandas y cintas celestes. Sentimos un calofrío. ¿Aun existen en París mujeres heroicas? ¿Hay católicas que se atreven a desafiar las iras de los anticlericales, que vienen con sus escapularios sobre el pecho a disputarles el camino del Sacré Coeur, tendiendo sus cuerpos osadamente a través de la calzada, barreras de carne viva opuestas por el viejo contra el nuevo fanatismo? Decepción. Los manifestantes las recibieron tranquilamente, cediéndoles un lugarcillo en la columna. Nos acercamos a fin de despejar[16] la incógnita: los escapularios eran bandas masónicas y la que presumíamos presidenta de una congregación del Huerto resultó hermana venerable de la logia Amigas de Lucifer. Este hecho no sorprende a un parisiense, pues la masonería francesa es andrógina. ¡Bonita página para la pluma deliciosamente desvergonzada de Leo Taxil!

El psicólogo mira y pasa. Una fe vale otra; dos fanatismos se equivalen. El histerismo de Juana de Arco fue tan heroico como el de Théroigne de Mericourt.[17]

En la manifestación hay muchos anarquistas; son la remolacha de esta ensalada rusa. En Italia, para evitar la represión gubernativa, se titulan «socialistas revolucionarios», resignándose a votar y aun a hacerse elegir diputados. En Francia agrúpanse en calidad de «libres pensadores»; al respecto nos decía Juan Grave, ha[18] pocos días, que en Francia sería vergonzoso confundirse con los socialistas,[19] pues éstos son politiqueros oportunistas y cómplices del gobierno. Desde su absurdo punto de vista, Juan Grave no

exageraba. Los grupos ácratas lucen letreros heroicos, que les habrían envidiado Cyrano o Tartarín para sus más famosas empresas: «Los redentores del Universo», «Grupo Regeneración de la Humanidad»,[20] «Los trompeteros del nuevo Apocalipsis». Por lo general, cada grupo consta de un cabecilla, bien mechado de oratorias frondosas, y de seis o doce compañeros que lo admiran; el verdadero objeto[21] de estos grupos no es preparar atentados dinamiteros, sino proporcionar al cabecilla frecuentes ocasiones de pronunciar el mismo discurso contra la «infame burguesía», la «inquisición clerical» y la «tiranía del sable». En el Faubourg Saint Antoine los hay por docenas; sus reuniones son más entretenidas que los espectáculos del Moulin Rouge y del Varietés.

En la columna hay muchas mujeres. Son feas todas, no obstante ser parisienses; casadas las más, algunas gordas, y, por excepción, una que otra menor de cuarenta años.

Es la edad del recrudecimiento místico, la edad de las beatas en todas las religiones; en el caso presente, el misticismo se complica con la política. El ilustre psicólogo Vaschide, a quien hicimos observar el hecho, nos dijo que[22] las mujeres de París, cuando son jóvenes y bonitas, gastan pasiones más agradables. Las Luisas Michel, en todas partes, cuando no son temperamentos desequilibrados, son mujeres inútiles para la galantería, e inaceptables en los salones de etiqueta, resignadas a hacer vida social en los clubs demagógicos. Un consuelo o un desquite.

Después de los triples abrazos fraternales, a las 2 p.m., la columna comenzó a desfilar hacia el Sacré Coeur. «La Croix», órgano católico, dice que eran mil; *Le Temps,* prudentísimo, concede tres mil; *La Petite Republique,* socialista, repunta hasta los diez mil; *L'Action,* anticlerical, transige discretamente en más de cincuenta mil… ¡Y hay quien niegue las ventajas de la libertad de imprenta!»

Todos tenían una eglantina en el ojal de la solapa; un millar usaba distintivos y bandas masónicas, contándose por docenas los que lucían sobre el pecho medallas, compases y escuadras, triángulos, cuadriláteros, pentágonos y otras chafalonías de oro y plata. Durante el trayecto, numerosos vocingleros vendían eglantinas artificiales y cantos revolucionarios: la Internacional, la Carmañola (¡con letra pornográfica!, agrega con voz baja el vendedor), la anticlerical, dinamitémoslos, etc.

Las eglantinas valían un sueldo. Más baratas que los escapularios.

*

* *

Puesto que los manifestantes iban a inaugurar un monumento al caballero De la Barre, fuerza es que[23] digamos cuatro palabras sobre su trágica aventura anticlerical.

Carlos Dickens ha escrito el siguiente párrafo en una de sus encantadoras novelas: «La Francia, menos favorecida en materia de espiritualismo, se deslizaba con quietud por una pendiente de infinita dulzura. Fabricaba papel moneda, que se apresuraba a malgastar, y, bajo la dirección de sus pastores cristianos, se divertía en realizar actos sobremanera humanitarios: por ejemplo, quemando vivo a un joven después de haberle

cortado las manos y arrancado la lengua, por no haberse puesto de hinojos, un día de lluvia, en honor de una procesión que pasaba a cincuenta metros de distancia.» Queriéndolo, o sin quererlo, Dickens cuenta en esas líneas la historia del caballero De la Barre.

Era la época en que Voltaire, D'Alembert, Diderot, Helvetius, Holbach y los otros enciclopedistas, con un talento sólo comparable a su pertinacia, batallaban contra la superstición religiosa, la decadencia política y la degeneración de las costumbres. Lefebvre[24] de la Barre, como otros nobles de su tiempo, seguía la nueva corriente y frecuentaba el círculo de aristócratas intelectuales que rodeaba a Douville[25] de Maillefeu, el mecenas que adelantaba fondos para los trabajos de la enciclopedia. De la Barre tenía solamente diez y ocho años, detalle que aumenta su mérito, según sus biógrafos anticlericales, y que en nuestra opinión lo amengua. A esa edad, el ultramontano es tan inconsciente como el ateo: pocos sabios o filósofos han cargado a los cincuenta años con la responsabilidad de opiniones vertidas a los diez y ocho. En suma, De la Barre fue un chico a quien gustaba asumir actitudes originales, un aristócrata de cepa pasando a demagogo.

Era delgado, inteligente, rubio, y[26] mejor lo definiremos con un paralelo, magüer no sea nuestra pluma la de Plutarco: De la Barre se declaró irreligioso en Abbeville, tal como Augusto Bunge socialista en Buenos Aires.

Se buscó una ocasión para procesarlo, y hemos leído la curiosa sentencia en la Biblioteca nacional.

«Visto que se le ha declarado debidamente convicto: «De haber, deliberadamente y por impiedad, pasado el día de pascua a veinticinco pasos del Santísimo Sacramento, que se llevaba en procesión, sin quitarse el sombrero y sin ponerse de rodillas… De haber proferido blasfemias enormes y execrables contra Dios, la Santa Eucaristía, la Santa Virgen y los mandamientos de Dios y de la Iglesia… De haber mostrado respeto por libros infames, llamados filosóficos, entre los cuales se encuentra el «Diccionario Filosófico Portártil» del señor Arouet de Voltaire, que tenía sobre una mesa de su habitación y ante los cuales se prosternaba, diciendo que se les debía más respeto que al Santísimo Tabernáculo… De haber profanado el Signo de la Cruz, haciéndolo por chacota y acompañándolo de palabras impías… De haber profanado el misterio de la consagración, diciendo en voz baja términos impuros sobre un vaso de vino que tenía en la mano, y bebiendo en seguida… De haber profanado las bendiciones usadas en la Iglesia, haciendo la cruz y diciendo bendiciones jocosas sobre un pollo asado, en una posada,[27] con la circunstancia agravante de cometer esta abominable profanación en día viernes… De haber propuesto a un tal Perignot que le ayudase a decir misa, por titeo…

«Por tanto…se le condena a hacer enmienda honorable… «allí, de rodillas, con la cabeza y los pies desnudos, con una cuerda al cuello, llevando letreros en el pecho y la espalda que digan: impío,[28] blasfemador y sacrílego abominable y execrable, y teniendo entre sus manos un cirio ardiendo[29] del peso de dos libras, dirá y declarará en voz alta que se arrepiente de sus crímenes y pide perdón de ellos a Dios, al rey y a la justicia… Y en dicho sitio se le cortará en seguida la cabeza, la cual será arrojada a la hoguera

junto con su cuerpo, para ser quemados juntos con el ejemplar[30] del «Diccionario Filosófico», y sus cenizas arrojadas al viento.»

Todo se cumplió al pie de la letra; pero antes se le sometió a la «cuestión ordinaria y extraordinaria», es decir, le intercalaron cinco cuñas entre las rodillas, previamente encajonadas, suspendiendo el acto cuando los huesos estaban ya triturados y las carnes hechas jirones.

El proceso provocó protestas enormes. Se inició una campaña para rehabilitar la memoria del niño atrevido, a quien ya se proclamaba mártir del libre pensamiento. Voltaire fue de los más eficaces y contribuyó a la anulación del juicio, que se pronunció por decreto del 25 brumario del año II.

Para que no fallara la regla[31] de que nada hay más parecido que dos pasiones contrarias, la rehabilitación de De la Barre preludió las atrocidades cometidas por los adoradores de la Diosa Razón. El Terror reemplazó a la Inquisición: la eglantina remontó a la altura del escapulario.

*

* *

La ola de manifestantes se hinchaba, crecía, rodando a compás de coros más entusiastas que afinados, principalmente La Internacional. En torno de una banderola roja, aislados, una veintena de españoles, en su mayor parte mal vestidos, manifestaban estrepitosamente su furor[32] anticlerical. Más que gritar, vociferaban, acompañando las diatribas con gestos excesivos, demasiado meridionales. A poco andar comprendimos que eran barceloneses, pues por cada centenar de palabras proferían treinta y cuatro blasfemias, haciendo «en Dios» y «en la Virgen Santísima» cosas que no se hubiera atrevido a mencionar el propio Voltaire en su «Diccionario Filosófico». Conseguían llamar la atención, y al parecer no pretendían otra cosa; en ciertos momentos cabía pensar que desahogaban entusiasmos crónicos, aprovechando la circunstancia de hablar español, idioma tan conocido en París como el araucano y el kákano.

De pronto, en un intervalo entre dos estrofas de La Internacional, se produjo un relativo silencio en la columna; fue el apogeo de la pandilla catalana y sus alaridos tronaron sobre cien metros a la redonda. Los franceses los miraban con desprecio no disimulado. Uno de los orfeonistas improvisados se apresuró a comentar con otro internacionalista de Montmartre:

-¡Son extranjeros!

El otro subrayó el injurioso comentario con una risa de suburbio y completó su pensamiento:

-¡Son bailadores españoles! ¡anarquistas toreros!

Y ambos, satisfechos y risueños, entonaron la estrofa siguiente de La Internacional.

Los anarquistas no se libran de esa característica mental del pueblo francés, y especialmente del parisiense: el menosprecio absoluto por el «extranjero». No ser

parisiense es una grosería; no ser francés es una circunstancia ridícula, una inferioridad, una deficiencia imperdonable. Los más sonados internacionalistas y antipatriotas son, en este punto, iguales a los demás franceses; por lo menos, y como transacción honorable, se limitan a creer que los antipatriotas franceses son los mejores antipatriotas del mundo. Hervé coincide perfectamente con Dèroulède en creer que el universo entero es una colonia intelectual y moral de Francia; ambos certifican que todo extranjero llegado a París es un salvaje que viene a encantarse con las maravillas de su civilización. Para el pueblo francés vale menos Spencer que un apache, y Carmen Sylva infinitamente menos que una trotacalles de a tres francos.

Agregaremos un solo episodio a los mencionados, eligiéndolo entre cien que suprimimos. Se aproxima un grupo con un cartel: «Libres pensadores del primer distrito»; debajo del título está inscripta una joya poética que procuramos traducir, conservándole sus características literarias y filosóficas:

«El que ha inventado a Dios es un farsante.
Toda divinidad es una gran mentira.
De crucifijos arda una gran pira.
Pueblo: adelante;
Dios es mentira,
Y su inventor ha sido un gran farsante.»

Nos aproximamos, buscando la firma de algún Bibolini o Tartabull[33] anticlerical. El autor del fragmento poético guardaba el anónimo, por modestia, sin duda. Interpelamos al badulaque portador del cartel:

-¿Usted se da cuenta de[34] lo que ha escrito?

-Yo no lo he escrito, señor…

-Pero lo habrá leído…

-Desgraciadamente, no sé leer. Lo llevo porque ese caballero me paga un franco por toda la tarde…

Nos volvimos y un hombre regordete nos saludó servilmente. Era nuestro peluquero, a quien todos los domingos por la mañana vemos pasar, con su esposa e hijas, rumbo a la Magdalena, a la misa de ocho. En su peluquería afeita a muchos clericales distinguidos y es subscriptor de *Le Gaulois*. Pero ello no le impide ser venerable de una logia del rito de Mizraim; no contento con los treinta y tres grados del rito escocés, se permite el lujo de poseer el grado ¡noventa! Mejor para él; solamente[35] le faltan diez para entrar en ebullición.

*

* *

Entre un par de sonrisas y algunas muecas de náusea, llegamos hasta la *maquette* del caballero De la Barre. Un amplio tablado, cubierto de coco rojo, chilla su color de

ascua ante la puerta del Sacré Coeur; desde lejos parece una mancha de sangre, una cálida herida abierta en la frente de una poseída medioeval. A juzgar por el boceto, la estatua de Armando Bloch no será fea. El joven está de pie, atado al palo de la hoguera, con el busto ceñido por una doble vuelta de cadena. Acaba de sufrir la tortura y están junto a sus pies los instrumentos del suplicio. Sostiene su mano izquierda con la derecha; ese gesto no carece de simbolismo, pues la mano derecha es la del pensamiento y la izquierda la del corazón. El conjunto es eficaz, sugerente; en los detalles hay fuerza y armonía.

Algunos liberales lloraban viendo las cadenas del infortunado joven; muchos besaban sus pies, con unción y respeto, místicamente, como besan los católicos el pie de San Pedro, en Roma.

Al bajar de Montmartre encontramos algunos católicos sectarios que distribuían manifiestos firmados por «Un grupo de obreros de la Unión de los trabajadores libres» y por «Un grupo de estudiantes amigos de la verdad histórica». Pretendían demostrar que De la Barre no había sido víctima de la intolerancia religiosa, sino de la justicia civil; vana rectificación, pues el texto de la sentencia define claramente el caso.

De sobre una pared pudimos copiar un cartel manuscrito contra la «manifestación provocativa y ridícula De la Barre». El texto es breve: «Sólo cabe decir una palabra respecto de esta manifestación, más absurda que injusta, en cuanto a los móviles del proceso. Y es que el primer verdugo de ese pobre muchacho,[36] el verdugo moral de ese triste muchacho, de ese triple idiota corrompido que se dejó embaucar por el más astuto,[37] es el más cínico mentiroso que haya habitado sobre el planeta: es Voltaire.» Firmado: «Una pedagoga francesa, llevada al estudio serio de las altas cuestiones religiosas y a la fe cristiana por esos pretendidos filósofos antirreligiosos, cuyo corifeo es el desvergonzado farsante de Voltaire».

Cambiando la palabra Voltaire por la palabra Dios, se diría que esta «pedagoga francesa» es la autora de los versos ateos del peluquero. O viceversa.

*

* *

¿Enseñanzas?

Las ideas científicas y los teoremas filosóficos no están al alcance de las multitudes. Hay que tener honestidad intelectual para formular[38] estas verdades antipáticas; quien lo haga no encontrará electores para su candidatura, clientes para su profesión, admiradores para sus escritos, aplausos para sus discursos. La multitud atea es análoga a la multitud mística. Ambas creen, ambas ignoran; ni la una ni la otra saben. Lo esencial es saber, no creer. En la boca de un ignorante igual valen la afirmación o la negación de Dios; el creyente y el incrédulo son dos sofisticados. Los unos dan la limosna de su dinero a los sacerdotes, los otros dan la limosna de su voto a los diputados anticlericales. Nada más.

No concebimos un fisiólogo que conozca las funciones del cerebro y sea espiritualista.

No comprendemos a un naturalista embriólogo, que niegue el transformismo y el evolucionismo biológico. No consideramos psicólogo científico al que admita el libre albedrío y niegue el determinismo. Por fin,[39] una interpretación filosófica del universo, considerado como conjunto de materia que se manifiesta por fenómenos, conduce al axioma del orden natural uniforme y constante, fundado en principios experimentales ya indiscutidos, como la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía. Esas opiniones son lógicas en Luciani o Le Dantec, en Darwin o Haeckel, en Flechsig o Sergi, en Spencer. En cierto momento[40] de la cultura intelectual se llega a «saber» ciertas nociones. Pero los grandes filósofos, los señaladores de rumbos, los investigadores de laboratorio, no forman tropillas ni rebaños. En toda época han sido astros solitarios, verdaderos estilitas [sic] del pensamiento.

El problema de las masas[41] consiste en «creer». A los intereses políticos o pecuniarios de las diversas sectas que pugnan por predominar en la sociedad, podrá convenir que las multitudes crean una cosa antes que otra; pero, objetivamente, como unidad psicológica y como valor social, un creyente vale otro. El sectario está enfermo de una idea fija, y su exaltación es proporcional a su temperamento. Cuando se congrega forma rebaños, cuya alma gregaria sigue a uno u otro pastor con igual ingenuidad. Hoy es negro, mañana rojo; hoy canta el Himno a María, mañana el Himno de los trabajadores; hoy se adorna con escapularios, mañana con eglantinas.

El hombre de pensamiento libre[42] no cabe en ninguna parte, compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano. Y si pudiera adelantarse en los siglos, si pudiera vivir según su moral futura, a quien le preguntase[43] si se debe estar con Dios o contra Dios, podría contestarle prescindiendo de la pregunta:

-El hombre[44] debe estar consigo mismo y contra todos los rebaños.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 Esta crónica aparece en *AMC* con el único título de «Los fanáticos del ateísmo», fechada en París, 1905.

2 En *AMC*: febriciente

3 En *AMC*: sentíase doquiera un calor de pasiones y de estío, fundiéndose el oro violento del sol con el rojo descabellado de las almas.

4 En *AMC*: rebaño de mil cabezas

5 En *AMC*: en cada una

6 En *AMC*: En los gestos altivos se traducían desplantes y amenazas

7 En *AMC*: odiosidad

8 En *AMC*: gesto

9 En *AMC*: del

10 Se omiten estas dos palabras en *AMC*.

11 En *AMC*: El Consejo municipal de París

12 En *AMC*: Caillaincourt
13 En *AMC*: vinieron
14 En *AMC*: Desfilan por las calles sociedades pintorescas.
15 En *AMC*: éstas lo son de verdad.
16 En *AMC*: Nos acercamos a despejar
17 En *AMC*: Si el histerismo de Juana de Arco fue heroico, también lo fue el de Théroigne de Méricourt.
18 En *AMC*: hace
19 En *AMC*: que les parece muy perjudicial confundirse con los socialistas
20 En *AMC*: «Grupo de Regeneración de la Humanidad»
21 En *AMC*: el objeto
22 Esta primera parte de la oración está omitida en *AMC*.
23 Se suprimen las últimas tres palabras en *AMC*.
24 En *AMC*: Lefevre
25 En *AMC*: Deuville
26 Conjunción elidida en *AMC*.
27 En *AMC*: en una hostería
28 En *AMC*: por impío
29 En *AMC*: ardiente
30 En *AMC*: para ser quemado con el ejemplar
31 En *AMC*: Para confirmar la regla
32 En *AMC*: su furia
33 En *AMC*: Carrasco
34 En *AMC*: entiende
35 Las últimas cuatro palabras se suprimen en *AMC*.
36 En *AMC*: chico
37 En *AMC*: por un bribón astuto
38 En *AMC*: la honestidad intelectual de formular
39 Se suprimen estas dos palabras en *AMC*.
40 En *AMC*: En determinadas etapas
41 En *AMC*: para las masas
42 Adjetivo omitido en *AMC*.
43 En *AMC*: preguntara
44 En *AMC*:El hombre libre

Domingo, 5.XI. 1905, página 4, columnas 5,6 y 7, página 5, columna 1.

LA TUBERCULOSIS

El Congreso de París

Un anticipo de los temas más importantes

Notas rápidas

París, septiembre 30 de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

Gracias a la amabilidad del profesor M. Letulle podemos anticipar a los lectores de LA NACIÓN las conclusiones de los principales informes que comenzarán a leerse el lunes próximo en el congreso internacional de la tuberculosis. Este congreso cuenta con siete mil adherentes y celebrará sus sesiones en el Grand Palais, desde el 2 hasta el 7 de octubre próximo. Hay delegados oficiales de casi todos los países europeos y americanos; Asia, África y Oceanía tienen una representación más que discreta.

Consta de cuatro secciones. La primera se ocupará de «Patología médica», y será presidida por Bouchard. La segunda abarca los estudios de «Patología quirúrgica», y será presidida por Lannelongue. En la tercera se tratará de la «Preservación y asistencia de la infancia», bajo la presidencia de Grancher. Corresponderán a la cuarta los estudios relativos a la «Preservación y asistencia del adulto e higiene social», presidida por Landouzy y Strauss.

La ornamentación del Grand Palais será extraordinariamente lujosa. Pero los congresistas encontrarán sus mayores atractivos en la planta baja, donde se instalará la «Exposición internacional de la tuberculosis». A la derecha, sobre pulidos estantes, contrastando con su elegancia, hay colecciones de anatomía patológica. Algunas están en vitrinas; la refracción luminosa de los tersos cristales pone su nota un tanto macabra sobre las innumerables lacras que desde los recipientes dictan su muda lección de dolor y de exterminio. Es curioso el empeño artístico que muchos médicos ponen en la preparación de las piezas anatómicas; la elegancia cruel y el chic más siniestro han sido puestos al servicio de la ciencia. Dentro del alcohol hay carnes hermosas como terciopelo, huesos pulidos como nácares cariados, redes finísimas de nervios como telarañas; algunas piezas parecen orfebrerías elaboradas con tejidos muertos, bordados, mosaicos, esculturas. Esta fase artística de la anatomía patológica, felina aplicación de la estética al manejo de la carne enferma, evoca lejanas reminiscencias, de necrofilia y de sadismo. Hermosa página podría escribir ante esta exposición el alma tierna y mustia

de algún compungido Veresaieff.

A la izquierda hay mil cosas menos tristes y de interés más general. La mayoría de los sanatorios europeos han enviado bonitas *maquettes* de sus villas y palacios, o elocuentes fotografías; tal vez demasiado elocuentes, pues los sanatorios que conocemos aparecen muy mejorados al pasar por el objetivo y ser retocados en las placas. Como las señoritas feas.

Allí se encuentran todos los datos que se refieren a las diversas obras instituidas contra el flagelo: dispensarios, establecimientos preventivos, hospitales, jardines obreros, asilos infantiles. Todo ello es sonriente y consolador, lleno de promesas y de esperanzas. Un artista refinado podría preguntarse si el mundo será más bello cuando no existan Mimí Pinsón o Margarita Gauthier, flores enfermas de melancolía y romanticismo; pero entre los inscriptos en el congreso no figura ningún Dumas, y si algún Mürger hubiera deseado inscribirse, habría retrocedido ante la cuota de 25 francos. Probablemente.

Esa parte de la exposición es tan instructiva como consoladora. Hay miles de planos, mapas, esquemas, cuadros gráficos, estadísticas. Las del profesor Landouzy, del hospital Laennec, llamarán la atención. En ellas se verán los estragos que la tuberculosis hace en el gremio de las lavanderas; obligadas a manosear constantemente ropas infectadas y a trabajar en condiciones desfavorables a la salud, estas infelices mueren tísicas en proporciones espantosas. Es posible que esas estadísticas motiven una intervención de los poderes públicos.

Hay otras salas con productos farmacéuticos, aparatos, habitaciones de sanatorios gratuitos, mil menudencias curiosas. Una sala, entre todas, llamará la atención de los visitantes. Se ven en ella dos viviendas, la una junto a la otra. La primera es una celda de la prisión de Fresnes-les-Rungis; la segunda es una habitación para sirvientes en un palacio aristocrático de los Campos Elíseos. El contraste es absoluto; jamás hemos visto más enérgica propaganda en favor de la delincuencia. El pobre vive peor que el criminal, un siglo después de la Revolución francesa, los Derechos del hombre, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

La corporación municipal de Buenos Aires, que desde hace quince años discute sin resultado docenas de proyectos de casas para obreros, podría haber mandado fotografías de algunas habitaciones de conventillo. No diremos que obtendría el primer premio, pero tendría merecido más de un accésit.

El diagnóstico precoz de la enfermedad

El profesor Achard presentará un informe interesantísimo sobre el «Diagnóstico precoz de la tuberculosis según los nuevos métodos». El ilustre relator reconoce que la mayoría de los nuevos procedimientos de laboratorio atestiguan el esfuerzo pujante y generoso de los investigadores; pero, en su mayor parte, esos métodos son de ejecución muy delicada y ofrecen demasiadas dificultades de interpretación para ser adoptados en la práctica corriente. No es el caso de rechazarlos: ellos pueden ser muy útiles en circunstancias especiales. Pero no olvidemos que los procedimientos más antiguos siguen siendo la base más segura para el diagnóstico precoz.

Las primeras inducciones se fundarán en el estado general, en los antecedentes del sujeto, en los trastornos funcionales. Ya se trate de tuberculosis externa o pulmonar, es sobre ese examen que el clínico debe fundarse principalmente, practicándolo con los recursos propios de la clínica y sin la cooperación del laboratorio; el médico procurará perfeccionar sus sentidos y su juicio para poder llegar a un diagnóstico precoz sin necesidad de recurrir a técnicas artificiosas. Para la tuberculosis pulmonar, especialmente, la auscultación será la mejor base del diagnóstico. Achard no habla solamente de los signos ya clásicos, como la expiración prolongada, la submatitez, el aumento de las vibraciones vocales, los crujidos, que denuncian tubérculos ya conglomerados y una evolución relativamente avanzada. Tiene en mucha cuenta la asimetría de la inspiración, señalada por Grancher; este signo, por su permanencia y su localización en los vértices pulmonares, devela la fase llamada de germinación de los tubérculos, es decir la lesión verdaderamente joven.

Para perfeccionar ese diagnóstico se puede recurrir a los nuevos métodos. En materia de procedimientos generales, aplicables a la investigación de cualquiera tuberculosis, disponemos de la prueba de la tuberculina y de la ogentinación. Mientras llegan los perfeccionamientos que es lógico esperar en este segundo método, el primero, a pesar de sus inconvenientes, es el que ha realizado mejor sus pruebas.

Entre los procedimientos especiales, aplicables a las lesiones particulares de cada órgano, el radio-diagnóstico es uno de los más preciosos. Es utilizable para las lesiones del esqueleto, de la pleura y del pulmón.

Para el diagnóstico de la tuberculosis pulmonar, la investigación del bacilo de Koch en los esputos no es más que un peor es nada, pues resulta relativamente tardía. No es lo mismo para los derrames de las serosas, aunque solo se trate de una minoría de enfermos, la pleuresía, la ascitis, el hidrocele, suelen ser manifestaciones precoces de la tuberculosis. La presencia del bacilo, revelada en esos líquidos por el examen microscópico, el cultivo, la inoculación, la moscopía, es un signo de certidumbre.

En suma, por el juicioso empleo de los viejos procedimientos y de los nuevos, contraloreando los unos con los otros, el clínico puede reconocer tempranamente los primeros arraigos de la tuberculosis. Pero si conserva alguna duda, jamás debe esperar la certidumbre para emprender el tratamiento. La doble condición de un buen diagnóstico es ser exacto y pronto; en este caso es más útil ver pronto que exacto. Pues si cabe la posibilidad de un error, más vale armarse para luchar contra enemigos imaginarios, que dejarse derrotar por falta de previsión, por no haberse armado a tiempo contra enemigos implacables aunque desconocidos.

El profesor Mariani, de Génova, completará el importante estudio del profesor Achard leyendo su informe sobre el valor de los diversos métodos clínicos, sin ocuparse de los propios del laboratorio.

Es posible que ambas comunicaciones provoquen debates interesantes e inútiles. No sabemos que discusión alguna haya arribado jamás a descubrir un nuevo método de diagnóstico; los discursos dejan el tiempo que encuentran. Sea como fuere, solamente el diagnóstico precoz de la tuberculosis permite aplicar con oportunidad un tratamiento eficaz, cuyo éxito es tanto más probable cuanto más pronto se inicia. El tratamiento de

esta enfermedad, cuando sus síntomas son evidentes y sus lesiones avanzadas, sólo conduce a fracasos igualmente deplorables para el enfermo, para el médico y para la sociedad.

En defensa del niño

Defender la semilla: preservar a la infancia de la tuberculosis. Esa es la nueva palabra de orden en la lucha contra el flagelo, correspondiendo esta iniciativa, en su mayor parte, al presidente del congreso, profesor Grancher.

De todos los períodos de la vida, el que exige medidas profilácticas más severas es el que transcurre desde el nacimiento hasta los seis años. En ese período el niño no sale de casa de sus padres, y, por ende, el contagio suele tener un origen familiar. En la fase siguiente, cuando el niño se reparte entre el hogar y la escuela, el contagio es más raro; esto prueba que hay más fuentes de contagio en el ambiente familiar que en el ambiente escolar. Sin embargo, el ambiente familiar no es la única fuente de contagio y toda profilaxis que sólo se ocupara del hogar sería insuficiente; es necesario prevenir el contagio durante las salidas y paseos, así como el contagio por la leche. Además, aunque el contagio es una condición necesaria para el desarrollo de la tuberculosis, no siempre es una condición suficiente: a menudo necesita encontrar un terreno favorable, una predisposición.

La profilaxis, pues, debe comprender dos partes. La primera, la más importante, consiste en oponer una barrera al contagio; exige el conocimiento de todos los medios de contagio posibles, particularmente de los que intervienen en los primeros años de la vida. La segunda consiste en modificar el organismo de los sujetos predispuestos, de manera a hacerlos refractarios en la medida de lo posible; exige el conocimiento de las condiciones que favorecen la germinación del bacilo de la tuberculosis en el organismo del niño.

Sobre esas bases desarróllase un informe magistral del profesor Marfan. Estudia todas las vías de contagio, por el esputo, por otras escreciones [sic] virulentas del tuberculoso, por la leche; de ese análisis deduce los medios de oponerse al contagio, variables según que el niño cohabite o no con un tuberculoso.

Lo esencial es disminuir o suprimir la receptividad del niño para la tuberculosis; no basta que el microbio llegue hasta un organismo para desarrollarse. Para que pueda vivir en él, multiplicarse y producir lesiones tuberculosas, es necesaria la connivencia del organismo; se necesita un organismo predispuesto. Los hijos de tuberculosos presentan esa predisposición en el más alto grado. ¿La enfermedad se hereda? El profesor Marfan analiza el punto con mucha prudencia. Algunos casos, en extremo excepcionales, parecen probar que es posible el contagio de la madre al hijo antes del nacimiento; pero son hechos tan raros que estamos autorizados a seguir admitiendo, con Peter, que no se nace tuberculoso sino tuberculizable. Los padres no legan a sus hijos el bacilo sino la aptitud para dejarlo germinar: es una predisposición hereditaria.

Muchas causas, además de la herencia pueden predisponer a la tuberculosis; por su índole múltiple y heterogénea es imposible enumerarlas aquí. Pero pueden sintetizarse

diciendo que toda causa de desgaste orgánico en general y de trastorno funcional en particular, disminuye en el niño las resistencias al contagio. En resumen, en los primeros años de la vida, Marfan considera predispuestos: 1°., los hijos de padres tuberculosos o alcohólicos; 2°., los que, sean como fueren sus padres, son delgados, de color pálido grisáceo, y tienen vello excesivo; 3°., los que tienen hipertrofia de las amígdalas palatinas y vegetaciones adenóideas, especialmente si se acompañan de ganglios en el cuello; 4°., los que están expuestos a bronquitis frecuentes, los convalecientes de sarampión y tos convulsa, etc.

Marfan aborda, al pasar, el problema del matrimonio de los tuberculosos y se declara abiertamente contrario a él, intransigente; los hijos de esos enfermos, lejos de amarlos y estarles reconocidos, tienen el derecho de recriminarlos, cargándoles la responsabilidad de su vida llena de miserias y dolores. A lo sumo podría permitirse el matrimonio a aquellos tuberculosos cuya curación está confirmada desde hace varios años, que posean una buena constitución general y que no pertenezcan a una familia muy diezmada por la tisis.

El plan profiláctico de Marfan abarca una serie de medidas muy complicadas; el mismo autor reconoce que su realización es muy difícil, muchas veces imposible. «Esas medidas serán aplicables en un hogar rico, por familias que vivan en casas higiénicas y cuyo jefe sea bastante ilustrado para comprender la importancia de los consejos que se le dan. Pero entre los pobres, y aun entre la pequeña burguesía, sobre todo en las grandes ciudades, es casi imposible realizar todas las partes de ese programa. La profilaxis familiar es impotente en esos casos; es necesario substituirla por la profilaxis social.» Para los niños tenemos las colonias de vacaciones, los jardines obreros, los sanatorios marítimos, etcétera. Mientras el estado se niegue a asumir estos deberes de solidaridad social, todo habrá que esperarlo de la beneficencia privada. Los niños pobres aún no tienen «derecho» a la vida, en los países civilizados; sólo pueden vivir por «limosna» de los ricos. Es una verdad muy triste.

La tuberculosis en la escuela

La preservación familiar necesita completarse con la preservación escolar. El profesor Mery leerá un informe en extremo interesante. Después de rehacer la historia de esa cuestión, estudia la etiología de la tuberculosis escolar, el diagnóstico de la enfermedad durante la edad escolar y las medidas de profilaxis y preservación que conviene adoptar en la escuela. Estas medidas se refieren a los maestros y alumnos afectados de una manifestación tuberculosa capaz de contagio.

Las medidas que pueden adoptarse en la escuela misma, pequeños desayunos de carne en polvo y de aceite de hígado de bacalao, gimnasia respiratoria, etc. forman una parte de la preservación individual. «Lo necesario, dice Grancher, para todos esos niños, candidatos a la tisis, ya contagiados por el bacilo, son escuelas de campaña, donde una vida al aire libre juiciosamente asociada al estudio, podría curar a la mayor parte de ellos.» Eso es indispensable sobre todo para los niños que tienen lesiones cerradas medianas, cuyo tratamiento no puede conciliarse con la permanencia en las ciudades. Para ellos convendría aquella escuela en la naturaleza y por la naturaleza

que reclamaba Rousseau. Desde ese punto de vista, los que se interesan por la preservación escolar de la tuberculosis no pueden permanecer indiferentes a la creación, en nuestras grandes ciudades, de jardines de infantes, de esos kindergarten encomiados por Froebel y Pestalozzi, ya tan difundidos en Suiza, Alemania, Austria, etc.

En París existen la Obra de las tres semanas y la Obra de las cuatro semanas cuyo objeto es enviar niños al campo durante ese tiempo; ya envían unos tres mil por año. Es poco tiempo y son pocos niños: 10 por cada 500 inscriptos en las escuelas de París. Además se ha mandado a los «más meritorios», mientras convendría mandar a los más enfermizos y necesitados. El profesor Grancher cree que esas vacaciones no bastan; reclama la creación de escuelas en la campaña, en las forestas y en las montañas; es decir, la permanencia constante de los niños en la campaña durante el período escolar.

Si se quiere llevar a cabo una eficaz preservación antituberculosa, es necesario realizar el éxodo rural de los niños enfermos o sospechosos. Hay que hacer en la escuela lo que Granger ha hecho ya en la familia: transplantar, por un largo período los niños enfermos. Las dos obras, familiar y escolar, podrán, de esa manera, ser sinérgicas.

Sanatorios marítimos

El profesor Despine, de Ginebra, tendrá la palabra en materia de sanatorios marítimos para niños. Su trabajo es diligente, bien informado, acaso demasiado optimista. Michelet, en su libro *El mar* menciona al profesor R. Russell, de Inglaterra, que en 1750 publicó un libro sobre el tratamiento marítimo de ciertas enfermedades. Los ingleses han sido los mejores discípulos de Russell y ocupan buena parte de la historia de la «talasoterapia», espantoso neologismo que sólo significa «terapéutica marítima».

Las principales conclusiones que se desprenden del trabajo de Despine son tres: el autor las enunciará como un voto relativo a los dos factores principales de la curación marítima: la aereación y la balneación.

1°. Estando universalmente reconocido el aire marino como principal factor de la talasoterapia, es necesario que los niños enviados a los sanatorios sean expuestos lo más posible a la influencia de esa atmósfera saludable. Como consecuencia práctica, se desprende la necesidad de edificar los sanatorios sobre la playa misma. Si esto no es posible, los enfermos deben ser transportados a la playa durante el día; los más enfermos deben ser instalados en galerías abiertas sobre el mar.

2°. La balneación en el mar es un coadyuvante muy eficaz de la cura marítima. Está probado experimentalmente que se pueden bañar, sin temor, durante todo el año, niños afectados de tuberculosis óseas, de toda forma, quitándoles durante el baño los aparatos inamovibles o reemplazándolos por una simple gotera amovible. Aun para las formas pulmonares de la escrófula y, en particular, la adenopatía brónquica, los baños de mar han dado excelentes resultados, a condición de vigilar mucho el método y sus efectos.

3°. Es necesario alentar los ensayos de «helioterapia» (tratamiento por el sol); la exposición de muchas llagas y fístulas tuberculosas a la luz solar, parece apresurar francamente su cicatrización.

Causas económicas de la enfermedad

La noción de la «tuberculosis enfermedad social» fue afirmada inconmoviblemente en 1899, en el congreso de Berlín. Este criterio informa casi todos los trabajos presentados a la cuarta sección del congreso. El Dr. Romme, de París, junto con sus colegas Newshome y Sternberg, de Bringhton y Viena, respectivamente, informará sobre «las condiciones económicas en la etiología social de la tuberculosis». Son tres monografías sesudas, muy documentadas; la de Romme es un trabajo de verdadera sociología médica.

Analiza la evolución de la vida industrial moderna, las condiciones de existencia propias del proletariado, la grande y la pequeña industria, la influencia de los salarios, la duración del trabajo, el trabajo a domicilio, los sobresueldos por trabajos extraordinarios, el *sweating system,* el alcoholismo, el trabajo de las mujeres y los niños, el alojamiento obrero, etc. Después de señalar todas las causas de la decadencia fisiológica, enuncia las reformas sociales necesarias; para abreviar, diremos que todas ellas están reunidas en el proyecto argentino de ley nacional del trabajo (exceptuadas la ley de residencia y la organización coercitiva de los sindicatos obreros, que figuran en ese proyecto indebidamente) o en el programa mínimo de cualquier partido socialista o radical a la europea.

El Dr. Romme cree que las condiciones económicas lo son todo en la etiología de la tuberculosis. Hace el siguiente recuerdo de Taine. En una de sus páginas más inolvidables el eminente crítico e historiador indicó el método a seguir en el estudio de un fenómeno de orden físico o moral, pues ambos tienen siempre, según sus propias palabras, «dependencias y condiciones».

Supongo –dice Taine– que quiera verificarse esa máxima y medirse su alcance. El lector tomará, por ejemplo, cualquier artista, sabio o escritor de nota, y leerá sus obras pluma en mano… Anotará, según la costumbre de todo crítico, con palabras cortas e incisivas, las particularidades salientes, los rasgos dominantes, las cualidades propias al autor. Llegado al término de su primera lectura, si tiene alguna práctica de este trabajo, verá asomar en los puntos de su pluma alguna frase involuntaria, singularmente fuerte y significativa, que resumirá toda su operación.

Lejos de nosotros –comenta el doctor Romme– la idea de encerrar el complejo problema de la tuberculosis en los límites estrechos de una fórmula. Sin embargo, sobreentendiendo siempre los factores infección y contagio, nos parece posible agrupar todos los hechos reunidos en este ensayo, diciendo: en las sociedades que viven en pleno capitalismo industrial, la tuberculosis es una consecuencia de la situación económica del individuo.

La mentira convencional

De este congreso, como de todos, podrá discutirse la eficacia práctica, y aun la utilidad científica. Pero con ello no se evitará que siga habiendo congresos y congresistas de toda índole: son reuniones entretenidas a menudo interesantes. Algo así como la «vida social» de los hombres profesionales, al propio tiempo que una manifestación del espíritu de grupo: uno de tantos aspectos del alma gregaria.

El congreso terminará anunciando por milésima vez que la tuberculosis es una enfermedad curable, mentira convencional que no influirá gran cosa sobre las estadísticas de defunciones por esa causa. Es indudable que ningún congresista se atreverá a proponer un voto en estos o parecidos términos:

1° La tuberculosis, actualmente, es una enfermedad incurable para la casi totalidad de la población, y curable solamente para la diez milésima parte de la humanidad civilizada.

2° La curabilidad de la tuberculosis está en razón inversa de la ignorancia y la miseria.

3° En el porvenir, si fuera posible difundir la solidaridad social en tan vastas proporciones como los higienistas y sociólogos desean, la tuberculosis será una enfermedad curable para un número de individuos cada vez mayor.

Sería decir la verdad. Por eso no la dirá el congreso. Un hombre solo puede atreverse, pero siete mil reunidos pierden el talento y el valor moral. Los sabios no están excluidos de la psicología del rebaño.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Domingo, 3.XII.1905, página 5, columnas 4 y 5.

LA MORFINA EN ESPAÑA[1]

Madrid, noviembre de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

«Oro, seda, sangre y sol»: es la corrida de toros. Madrid está de fiesta. Oro en las cabelleras, seda en las mantillas, sangre ardiente en los corazones y sol en todas partes.

El toro es una emoción viviente. Es una fuerza[2] desplegada sin frenos: irrupción de catarata, plenitud de marea, desgranamiento de avalancha, violencia de rayo. El cordaje de sus músculos parece rechinar estremecido por el impulso. Vuela sobre[3] la capa roja, como sobre un imán: diríase que la bestia tiene[4] entrañas de acero. Nadie obsta su paso. Llena la pista como un señor feudal antiguo, desafiando a todos, con mirada y con desplante que le envidiaría la más severa[5] deidad asiria. Por momentos parece encarnación de todas las pasiones, ceguera de todos los ideales, inconsciencia de todos los ensueños, tan seguro está de sí mismo, ajeno a la infidencia de las picas y espadas que le acechan. Así,[6] heroicamente, como dardo que parte de un arco tendido por invisible mano, el toro irrumpe unánime cuando estallan los obscuros resortes donde conspira su instinto. Así una ola, encrespada por el ciclón, va a romper su cresta aborujada contra la negrura de las peñas.

En pocos instantes la realidad le acoyunda. Los adversarios son muchos; contrastan su fuerza con la astucia. Ofrecen a su ímpetu gallardo el carmín de las capas, movedizos escudos que defienden la osada fiereza de sus bustos, resplandecientes de oro y plata,[7] de borlas y colores. Cuando consigue amedrentar a la traílla[8] humana, cuyo poder sólo está en el número y en el engaño, los capeadores desaparecen ágilmente tras la barrera; él, en su ceguera de ilusorios heroísmos, pone el furor de innúmeras cornadas sobre las tablas crujientes de miedo y de admiración.[9] Así un glorioso manchego –toro del ideal, a su manera– esparció en otra edad sus lanzadas sobre insensibles aspas de molino.

El capeo fatiga al animal; la suerte de pica le empurpura. La ira le enloquece cuando siente manar de su carne la sangre cálida, por heridas copiosas como rojas Castalias. La sangre tiene elocuentes esplendores sobre su antepecho; parece una belígera condecoración. De lejos, cuando el toro corre veloz, el manchón de sangre semeja el tapiz carmesí de una dogareza[10] veneciana tendido sobre la quilla de un Bucentauro que vuela a todo viento. A ratos se cuaja en pedazos la hemorragia, como si a la sangre le remordiera abandonar las arterias donde solía pulsar robustamente.

A cada paso del animal, vuelcan nuevos borbotones las heridas; cada una parece un ojo por donde llora el coraje en lágrimas sangrientas. Y lloran sin cesar, a cada movimiento; cuando el torero le instiga[11] con su capa, cuando el público aplaude su valor absurdo o silba su instintiva prudencia; cuando la música anuncia el cambio de la

suerte. Las banderillas le encuentran ya cansado; se desconcierta visiblemente cuando[12] la certera mano enemiga le empavesa con la gala trágica de sus pares multicolores.

Después, cuando está ablandado por la fatiga, el espada comienza a ejercitar su esgrima audaz. El toro embiste y muere, admirable Don Quijote del impulso, rey Lear de su raza.

*

El beluario –Bombita, Fuentes, Algabeño, o Machaquito– tiene momentos sublimes. Hay en él gracia de artista y temple de antiguo espartano. Su gesto, cuando es exacto, supera las más hermosas actitudes de la Duse y de Sarah,[13] vale el de cualquier «Discóbolo» griego. Los magníficos emperadores de la antigua Roma hubiéranle proclamado semidiós. Canova habría podido extraer del mármol un «torero que entra a matar» digno de sus intensos «luchadores» que parecen divertir a Perseo en el Belvedere. Falta esa obra maestra en la escultura, la piedra o el bronce de ese gesto soberbio, que es una síntesis del arrojo y una apoteosis de la temeridad.[14] En él tendría su icono el «culto del coraje», si llegara a instituir ritos. La pintura ha vertido cien veces en la tela esta silueta del espada señalando al toro; pero ella es inferior[15] a la escultura tratándose de expresar un bello gesto.

El toro, preparado por el hostigante mariposeo de las capas, afiebrado por la irritante crueldad de picas y banderillas, acude a la muleta que le invita. Mira, husmea, atropella, vuelve sobre sus pasos, cornea a diestra y siniestra, arrastrado por el trapo rojo que cosquillea su retina. De pronto se cuadra, junta las manos, separa las extremidades posteriores y se prepara a embestir. Es el momento propicio.

Frente al toro, como para iniciar un supremo diálogo de vida y de muerte, el beluario tiende su muleta con la mano izquierda, a la altura de la ingle. Su pie derecho, atrás, asentado transversalmente, sirve de resorte a todo el cuerpo que va a caer como una flecha sobre la bestia. El pie izquierdo, ligeramente vuelto hacia la derecha, apoya apenas sobre el suelo y juega un papel secundario o pasivo en la ejecución de esta suerte.

El matador levanta su brazo derecho – que forma una sola pieza con el arma reverberante bajo el sol– hasta la barba, un poco más alto que el hombro: el acero, como una sentencia, apunta a la robusta cerviz. Un alma animosa peligra sobre su empuñadura y un alma irreductible peligra[16] bajo su punta. El toro acepta el envite, asienta sus extremidades, baja la cabeza y entra.

El matador entra simultáneamente, su estocada lleva una rapidez de fulguración, su brazo se inmerge entre las astas del toro y el hombro parece estar sobre su testuz. La hoja ha penetrado entre las vértebras hasta la empuñadura. El torero está a la derecha del animal, incólume, sin que haya tiempo de ver cómo salió de entre las astas terribles. El bruto queda trastabillando, fluye sangre de su boca, flanquean[17] sus patas, da pocos tambaleos y cae. Treinta mil palmas celebran con frenesí el triunfo del beluario, doble tributo a su arte y a su valentía.

Tal es la estocada «a volapié», según la manera creada por el[18] eminente Frascuelo. En verdad[19] no siempre la acierta el espada; pero cuando el golpe es bueno se siente una profunda emoción, de belleza por el gesto y de respeto por la corazonada.

Cabe apuntar una observación:[20] existe el peligro de que el profesional mate al artista, lo mismo que en esgrima. Entendemos que el problema no es matar de una sola estocada,[21] sino matar con arte. Así como el esgrimista no debe ser un simple tocador, el espada no debe[22] limitarse al puesto subalterno de matador: todo su talento debería encaminarse a la conservación de la bella apostura durante la suerte y al envío de la estocada envuelta en un bello gesto. Ya que no es posible exigirla en un soneto, como si la enviara Cyrano…

Entonces, además de encontrar un Canova para su mármol, puede surgir[23] un cantor homérida; D'Annunzio[24] podría señalarle como arquetipo de beluario, en sus Loas de los Héroes. Merecidamente.

*

Todo hombre extenuado por la anemia o por el dolor, cuando un morbo roe su entraña dolorosa o su víscera incurable, cuando la energía desmaya en sus carnes escuálidas, cuando su cerebro pierde el gobierno de la máquina humana, busca dos cosas: acicate para su vitalidad insegura e insensibilidad nebulosa para ahogar su dolor en la inconsciencia.[25] Las horas del enfermo crónico pasan así,[26] entre artificios estimulantes y languideces consecutivas, alternándose los unos y las otras, hasta lo infinito.

Todos los agotados poseen su agradable veneno. El poeta gastado reanima su llama, parpadeante ya, con el verde tósigo de su ajenjo. El viejo exhausto busca paraísos artificiales en frágiles excitantes que renuevan estremecimientos fugitivos. El luchador acoquinado pide al alcohol la sensación completa de su yo vacilante, para centuplicar el coraje perdido. El escritor tiene el tabaco para el cerebro cansado; el financista lubrifica con té o café su engranaje mental enmohecido por los cálculos; el amante compensa con la estricnina su asiduidad imprevisora. Todos fomentan esa ficción de la propia energía, contentándose con la sombra de un gesto que no existe.

El símil fuerza la idea. Este pueblo que se apiña y se excita en el populoso tendido, bajo el sol meridional que pone luz y fuego en las graciosas mantillas, que pone hervores de fiebre y de sangre en los corazones, es un pueblo enfermo de pereza y de inercia.[27] Conserva el labio propicio a la amable sonrisa y a la algazara bulliciosa. No es la risa plena y sonora que llena la boca del hombre sano y fuerte; más bien recuerda la alegría optimista del tísico en vísperas de partir. Pero le falta lo esencial, la voluntad, la aptitud para la acción organizada y persistente.

«Todo, menos trabajar: esta es la teoría española, y, sobre todo, la madrileña», dice Eusebio Blasco, escritor ibérico y ultramadrileño. Y, en efecto, en Madrid nadie hace nada; nadie quiere nada; nadie impone nada.[28] El sol se llega todos los días a inundar de esplendores meridianos la puerta homónima, para acalorar la eterna cháchara de

los matritenses; todo Madrid sabe que[29] el sol es gratuito y sale para todos; sabe que[30] la conversación es libre y gratuita también. A este pueblo le bastan la risueña sonrisa de su cielo, los ojos de las mujeres, su ingeniosa frivolidad epigramática, alguna aventura de novela picaresca y su propio carácter, simpático[31] en grado sumo, para vivir sin preocupaciones seis días de la semana; más bien dicho, con una sola preocupación: la morfina del séptimo día.

Todos van a la plaza de toros tras el veneno[32] que excita el alma de la raza, llena ya de languideces y nostalgias. El valor dormido ha siglos, el de las grandes horas históricas, parece despertar en la bravura aparente de los gritos, los aplausos, los tumultos; diríase que una partícula de Cides y Pelayos permanece todavía en esos corazones enfermos de pereza. El alma popular se reanima en la corrida, como una rama invernalmente triste se enfronda bajo la tibieza de un mediodía estival.

Conociendo al pueblo español, nadie osará suprimir los toros en España. ¿Para qué? Sería cruel, inhumano, condenar a este enfermo a vivir sin su agradable morfina. Los toros le son indispensables, como al francés el ajenjo y al inglés el whisky. Ningún torero traicionará jamás a su pueblo, trocando la calle de Alcalá por el camino de Damasco.

*

Declamar contra los toros, desde lejos y sin conocerlos, es una de tantas ingenuidades propias de hombres que desean demostrar a los demás su espíritu de progreso y su afán de componer los innumerables entuertos humanos. La verdad está en los hechos y no en las doctrinas aprioristas; cada pueblo tiene enfermedades que le son propias y se busca los remedios o paliativos que mejor le cuadran. Ese es el criterio moral del asunto.

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya a España y asista a una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con el nihilismo moral indispensable para ser sincero sin sujetarse a preocupaciones y a sentimentalismos.

Ese hombre libre podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía.

Huelga demostrar que los pueblos jóvenes y vigorosos[33] no necesitan morfina.

JOSÉ INGENIEROS

Notas

1 En *AMC*, cambia ligeramente el título: «La morfina de España», fechada en «Madrid, 1905». Como es usual en ese libro, no aparece el destinatario ni la firma del emisor, es decir, se borran los datos epistolares formales.
2 En *AMC*: Es fuerza
3 En *AMC*: hacia
4 En *AMC*: que tiene la bestia
5 En *AMC*: que envidiaríale una severa
6 Adverbio suprimido en *AMC*.
7 En *AMC*: de los bustos resplandecientes de oro y plata
8 En *AMC*: trahílla
9 En *AMC*: crujientes de admiración
10 En *AMC*: dogaresa
11 En *AMC*: lo instiga
12 En *AMC*: al sentir que
13 En *AMC*: las más hermosas actitudes ciranescas
14 En *AMC*: síntesis del arrojo y apoteosis de la temeridad.
15 En *AMC*: pero es inferior
16 En *AMC*: agoniza
17 En *AMC*: flaquean
18 En *AMC*: Tal es la estocada «a volapié», creación del
19 Expresión suprimida en *AMC*.
20 En *AMC*: cabe una observación
21 En *AMC*: El problema no es matar de una estocada,
22 En *AMC*: no puede
23 En *AMC*: surgirá
24 En *AMC*: y Gabriel D'Annunzio
25 En *AMC*: inconciencia
26 En *AMC*: Sus horas pasan así
27 En *AMC*: bajo el sol meridional que pone luz y fuego en las graciosas mantillas y hervores de fiebre y de sangre en los corazones, es un pueblo enfermo de inercia.
28 En *AMC*: Y, en efecto, en Madrid la mayor fatiga es holgar.
29 Se suprimen estas cuatro palabras en *AMC*.
30 Estas dos palabras están omitidas en *AMC*.
31 En *AMC*: amable
32 En *AMC*: En la plaza de toros está el veneno
33 En *AMC*: fecundos

Jueves, 4.I.1906, página 5, columnas 1,2 y 3.

MI AMIGO MAX[1]

El libro futuro

París, noviembre de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

Si el escritor subyuga, el hombre no le va en zaga. Posee la fuerza y la gracia, la densidad y el brillo. Si fuera loco podría escribir poemas filosóficos dignos de Schopenhauer y de Nietszche; si poeta, odas de Carducci; circunstancias especiales habrían hecho de él un «Silvestre Bonnard», miembro del Instituto; si fuera superficial, escribiría libros dignos de Tarde. Pero es otra cosa,[2] merece elogios mayores.

Las canas rodean completamente su fisonomía, como un halo; es una característica de los astros.[3] Podría deducirse que tener talento equivale a ser un astro. Sus canas[4] parecen una revancha del tiempo contra su organismo, que no envejece; Nórdau está joven como sus ideas, sonriente como sus ironías, vigoroso como sus paradojas. En su amabilidad exquisita, la afectuosa bondad de un primogénito y la superioridad cortés de un maestro se combinan con la amistosa confianza del camarada. Frecuentar a este hombre es uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París; cada visita es un regodeo y es una lección.[5] Este juicio ¿es un simple exponente de afinidad intelectual? ¿Es un homenaje de discípulo? Ambas cosas pudieran ser, sin que la afinidad implique una pretensión de equivalencia y sin que el discipulado involucre modestias de glosista o imitador. La afinidad resulta de la orientación científica y del procedimiento intelectivo; discípulo es todo el que ha venido después de un maestro, aprovechando lo que éste aprendió por sí mismo. Un imitador no es un discípulo; el que imita no es nada, ni es nadie: es un hombre que no existe.

En la rue Leonie, detrás de la estación Saint-Lazare, en un barrio que no es precisamente el frecuentado por los monarcas extranjeros, este monarca de la fama internacional habita una casa de aspecto modesto, más bien pobre que rica, si hemos de respetar la clasificación burguesa.[6] La primera vez que le visitamos, los breves minutos de espera fueron de curiosidad femenina, casi infantil. Una sala como las más, escasamente iluminada; los rincones de penumbra y algunas fruslerías inesperadas hacían pensar en cosas de antaño, como si esa vivienda fuera la de un gran señor feudal arruinado. En las paredes algunos cuadros, difíciles de ver; la media luz nos dejó leer en uno de ellos la firma de Raffaelli, que nos pareció comprometedora[7] en casa del autor de *Degeneración*. Muebles suficientes, aunque muy pasados de moda;[8] diríase que se extiende hasta el mobiliario su horror por el *art nouveau* intelectual. Varios objetos de arte, esparcidos al desgaire, parecen fatigados por una monótona exhibición

de muchos años y esperan pacientemente la caricia afectuosa de algún anticuario. Sobre una mesa de tres pies, muy apropiada para entretenimientos espiritistas, está[9] un puñal filoso, un puñal de verdad; podría tener historia, ser el de Junio Bruto o el de Carlota Corday, pero lo ignoramos. En un ángulo, frente a dos ventanas, se pavonea un piano de cola, cuyo aspecto no presagia sonoridades muy efusivas; parece estar diciendo «Mírame y no me toques», como las bellas formas de las elegantes parisienses. Ese es el preámbulo para ver a Nordau, al hombre[10] admirado por muchos, injuriado por tantos, discutido por los demás. Muy discutido, sobre todo; como todo hombre que tiene talento original y cultura vastísima. Esto es lo mejor de su espíritu: la erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida, comparable con la que Carlyle atribuía a su «señor Teufelsdrockh», que era un tesoro acaso irregular, pero inagotable como el del Rey Nibelungo, que no podían llevar doce vagones en doce días, al paso de tres jornadas por cada uno.

Antes que nosotros habían llegado un par de hombres, al parecer judíos. La raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaban ningún olor étnico, no obstante la especie difundida ha tiempo por Drumont y Ca.[11] Sobre el uno habían corrido ya veinte años; sobre el otro treinta y seis y algunas semanas. El más joven lucía un[o] de esos perfiles que ilustran los libros idiotas de madama Gyp, muy leídos por los analfabetos durante la crisis de judiofobia que complicó la cuestión Dreyfus. Gastaba guantes averiados, cabe suponer que por el uso. Merecía llamarse Moisés o Salomón.

Si no profesor de «esperanto», su fisonomía denunciaba que era copista a máquina, sin empleo; ello no le impedía ser estudiante –pues todos lo son– y, acaso, propagandista de alguna liga contra el alcohol, el tabaco, las malas costumbres o la tuberculosis. El otro se me figuró[12] ornitólogo o presidente de algún lejano comité sionista, venido a París a fin de consultar al sabio sobre un milésimocuarto proyecto de reorganizar la nacionalidad. Pues, dicho sea de paso, Nordau, como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un «ismo» de tantos.

Estábamos fantaseando estas y otras inducciones cuando vimos cruzar en el interior de la casa una delicadísima figura, que igual podría tener diez y ocho o veinte años, la edad de amar y de soñar. –(¿Recordáis la romántica historia de Julieta?)–[13] Fisonomía de inteligencia inequívoca, gracia natural y discreta, ojos llenos de intención, capaces de hacer abjurar de su fe al católico más convencido.

La primera tarde no vimos más. Sonó una campanilla; la maritornes políglota nos acompañó hasta el bufete del sabio. Subimos una breve escalera y nos encontramos frente al hombre.

*

* *

Entre la blancura homogénea de las canas tiene su guarida el más amable sonreír. Nordau ha sido un hombre dichoso, verosímilmente. La expresión fisionómica suele ser

determinada por los músculos que funcionan con más frecuencia. Todo hombre en quien predomina el hábito de reír y de sonreír ha sido sano y por consiguiente bueno, laborioso y feliz. La mueca jovial y la mueca trágica son los exponentes de la salud y del padecimiento, de la bondad y de la envidia, de la fecundidad y de la impotencia, de la dicha y de la infelicidad.[14] Cada mueca es una biografía.

Sobre su mesa de trabajo[15] estaban esparcidos papeles y libros que el trabajo y el talento convertirán en páginas apetecidas por cien mil lectores.

Nórdau, contra lo que de él podría creerse, encarna el tipo psicológico del hombre equilibrado. Es ante todo un trabajador, un estudioso infatigable. Antes de terminar una obra pone manos a la siguiente y piensa ya las sucesivas. Vive retirado «del mundo, de la carne y del demonio», eludiendo todas las cosas que hacen perder tiempo: la vida social, el café y la política. Su sionismo es una simple actitud. Podría ser, también, una coquetería antiburguesa, una manera de no ser jacobino o conservador, republicano o monárquico, radical o anarquista: matices diversos de la vulgaridad.

No trabaja por impulsos, como hacen muchos «idiotas geniales». Su pensamiento es progresivo, metódico, se integra equitativamente. La disciplina mental es una de sus características; por eso conversa como escribe y su amistad resulta útil además de atrayente. Siempre está de buen humor, discretamente dispuesto a la chanza; la ciencia no ha conseguido matar el espíritu dionisíaco que retoza en la intimidad.

Algunas veces se crispa como un gesto de amenaza, para lanzar uno de sus juicios decisivos, catapultantes; por momentos su palabra ase un apellido como una tenaza coge un clavo, su ingenio lo muerde como un ácido violento al metal falso, lo estruja, lo agita sabiamente, y por fin su análisis[16] lo filtra hasta dejar un leve residuo de lo que antes era una reputación. Esta aparente maldad es, sin embargo, bondadosa: es la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transa con los caprichos del paciente y de su familia. ¿Ese médico odia, acaso, a su enfermo?

Nórdau conversa mediante un mecanismo cerebral absolutamente propio;[17] la asociación de sus ideas es original y su estilo de expositor le pertenece de manera exclusiva. Su lógica es rigurosa. Pero es una lógica suya, distinta de la escolástica vulgar, de esa lógica admirada por las ocas y al alcance de los papagayos, donde los términos del discurso se suceden como los números de un almanaque de pared, donde cada idea viene agarrándose de los faldones de la precedente, como los niños que juegan al «Martín Pescador».

Sus razonamientos no son, en ningún caso, paradojales. Clasificar de paradoja toda idea que contrasta abiertamente con los errores aceptados por rutina o por pereza, es una represalia del vulgo. Todos los hombres que enunciaron verdades nuevas fueron paradojales para sus contemporáneos; ello en el mejor de los casos, pues muchos recibieron del rebaño el honroso título de locos, de acuerdo con aquella definición que dio un lanudo Rambouillet, a despecho de los alienistas: «loco es todo el que no es carnero». Nórdau está libre de este epíteto; pero nadie le exime[18] ya del anterior. Todo hombre que va contra las rutinas del rebaño que le rodea –todo hombre «inactual», en el mejor sentido de la jerigonza nietzchista– acaba por gustar de esos calificativos; Nórdau ha fomentado el propio, titulando «paradojas» dos de sus libros más leídos.

Cuando publicó «Degeneración», una multitud de malos poetas decadentes difundió la noticia de que Nórdau era un «periodista», a lo sumo «el más grande periodista». Habría sido más fácil demostrar que su libro era exagerado y lleno de injusticias; pero prefirieron esparcir el epíteto injurioso, pues sabido es el deprecio que tienen por el periodismo ciertos poetas que se consideran refinados estilistas y no consiguen un puesto de repórter. Inútil es agregar que muchos ingenuos siguen repitiendo que Nórdau solo es un periodista, sin haber leído uno solo de sus libros científicos o leyéndolos sin comprenderlos.

Acaba de publicar un volumen sobre «El arte y los artistas», en alemán; nada podemos decir a su respecto, pues el idioma de Guillermo II no figura en el modesto «haber» de nuestro balance filológico. En cambio, gracias a la comunicativa gentileza del ilustre escritor, podemos adelantar algunos datos acerca de su obra futura, que nos parece destinada[19] a acrecentar sobre manera su celebridad.

Se titulará «El sentido de la historia» y constará de dos tomos, escritos ya en gran parte. Aparecerá dentro de un año. Nórdau cree que [la] historia se encuentra en un período semejante al de la alquimia o la astrología. Este juicio, más exagerado que inexacto, es susceptible de atenuaciones y creemos que ellas no pasarán inobservadas al autor[20] en el curso de su trabajo.

*

* *

La evolución del pensamiento científico no ha sido uniforme. Los progresos de la ciencia histórica –que cuando llega a ser una ciencia se confunde con la sociología– no han corrido parejas con el desenvolvimiento de las ciencias físicas y biológicas. Y la razón es obvia: en la evolución universal los fenómenos sociales ocupan un sitio posterior a los fenómenos del mundo cósmico, geológico y biológico. El estudio del hombre en sus fenómenos más evolucionados, es decir, en su psicología individual y social, es necesariamente posterior al estudio de los fenómenos físicos, químicos y biológicos que preceden su génesis y sus transformaciones.[21]

El conocimiento de la historia es progresivo, como todos los ramos del conocimiento humano. Bernheim ha resumido la cuestión distinguiendo en ella tres fases principales. La primera, narrativa o expositiva, trata simplemente de exponer los hechos ocurridos. La segunda, instructiva o pragmática, coordina la narración de los hechos de tal manera que converjan a la demostración de una tesis determinada; a menudo es unilateral. La tercera, evolutiva o genética, intenta explicar el determinismo del fenómeno histórico, su significación y sus relaciones con los otros fenómenos antecedentes, concomitantes o consecutivos. La primera sólo se ocupa de los datos y relaciones extrínsecas de los hechos; la segunda de las intrínsecas; la tercera de ambos por igual.

La concepción de la historia ha sido falsa durante muchos siglos. De las interpretaciones mitológicas, propias de todos los pueblos primitivos, se cayó en sistemas teológicos o místicos, igualmente absurdos; Bossuet fue su más genuino representante.

Más tarde florecieron las teorías individualistas de la historia, pretendiendo que ella era el simple resultado de la inteligencia y la voluntad de pocos hombres geniales; ese criterio fue extremado por Carlyle, Emerson y Macaulay, generando otro error: la historia biográfica. Contra ella surgieron historiadores y filósofos de valer, sosteniendo que es erróneo atribuir demasiada influencia a los héroes y hombres representativos, no siendo éstos más que el producto natural del ambiente en que aparecen, condensadores de necesidades y aspiraciones que están en todo el pueblo; Bucle y Taine pusieron cimientos sólidos a esta nueva escuela. Pero pronto se observó que todas esas teorías eran excluyentes o aprioristas. La historia no podía enquitarse [sic] en ninguna de esas concepciones, ni debía permanecer ajena a la canalización de la ciencia contemporánea en el amplio cauce del evolucionismo determinista. Después de la aplicación genial hecha por Laplace a los fenómenos cósmicos, por Lyell a los fenómenos geológicos, por Lamarck y Darwin a los fenómenos biológicos, Comte y Spencer ensayaron su aplicación a los fenómenos sociales. Ya en las intuiciones de Schelling, Hildebrand, Guizot, Thiery, Quetelet, Thomson, Morgan, Buckle, Taine y otros, se comenzó a comprender que el hombre era ante todo un animal vivo, con necesidades materiales, que debía satisfacer tomando su subsistencia en el ambiente donde vivía. Ese criterio puso de relieve la base económica de la evolución histórica, formulándose en algunos ensayos de Marx y Engels, hasta adquirir caracteres de sistema en las obras de Aquiles Loria.

Es imposible desconocer que algo se ha marchado hacia la síntesis interpretativa de la evolución humana, que fue antes el objeto de la filosofía de la historia y lo es hoy de la sociología moderna. Un progreso innegable nos separa de las primeras interpretaciones teológicas y de todos los sistemas puramente metafísicos que las siguieron; entre ellos incluimos todas las concepciones idealistas o intelectualistas, a la manera de Hegel o Comte, y las teorías caratuladas de materialistas en el género de las difundidas por Buchner, Moleschott o Vogt. Todas ellas fueron concebidas fuera del método científico, todas fueron metafísicas: iban de la inteligencia al fenómeno y no del fenómeno a la inteligencia. En esto la filosofía positiva y la sociología naciente no pudieron substraerse a la influencia de los métodos y tendencias filosóficas que las precedieron.

Pero la historia científica, es decir, la sociología, no se detuvo allí. El estudio de la evolución humana se ha iniciado con métodos más seguros, aunque desde puntos de vista parciales. Cada escuela, cada autor, ve una faceta de su prisma complejo y se inclina a subordinarle todas las demás. Así Buckle, sin desprenderse de cierto intelectualismo, subordina la evolución histórica a las influencias del medio físico; otros, como Kidd, y en parte Le Bon, consideran fundamental el fenómeno religioso y sus transformaciones; Demolins da influencia máxima a la topografía, creando la sociología geográfica y viendo en los grandes caminos sociales la causa de los tipos sociológicos; Ardigó entiende que lo esencial en la historia humana es la evolución del fenómeno jurídico; otros lo subordinan todo a la raza y a la lucha por la vida, como Lapouge o Gumplowics, o bien al factor antropológico, en diversos sentidos, como Simmel o Folkmar; etc. En fin, dos vastas escuelas disputan el primer puesto en la sociología moderna. Por una parte los organicistas, como Worms, Lilienfeld, Schaffle y Novicow,

empeñados en considerar las sociedades humanas como organismos y pretendiendo aplicarles las leyes de la biología; por otra parte los economistas, como Loria y De Molinari, que intentan reducir la sociología a problemas de economía política.

¿Se equivocan todos? Probablemente, aunque algunos más que otros. Pero cada uno ha aportado materiales serios a la obra total; éste un grano de arena, aquél un sólido bloque de granito o una columna poderosa. Estas razones nos inducen a pensar que la opinión de Nórdau es exagerada; la ciencia de la historia, sin ser aún la química o la cosmografía, es mucho más que una alquimia o una astrología.

*

* *

Nórdau conoce, evidentemente, esa evolución operada en el estudio de la historia; no puede menospreciar la importancia fragmentaria de toda la vasta labor de los sociólogos contemporáneos, aunque los considere unilaterales e incompletos. Su cultura y su talento son garantía de ello. Pero sus idiosincrasias mentales le fuerzan a ser excesivo en la severidad del juicio. ¿No aumenta con ello las responsabilidades de su obra futura?

Se propone ensayar una interpretación genética de la evolución social prescindiendo de todo apriorismo, de todo misticismo por un principio o una teoría, de toda idea de finalidad.

Salvo errores de interpretación, dice lo siguiente:

El hombre es un ser vivo; lo mismo que los demás seres vivientes, tiene necesidades que satisfacer, necesidades elementales e indispensables: la vida individual (el pan) y la vida de la especie (el amor). El hombre, considerado como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces o las malas hierbas. El resorte que pone en juego su actividad es la suma de sus necesidades; la conciencia de éstas es el móvil de su acción, individual y colectiva. La acción del genio en la historia consiste en comprender las necesidades de su pueblo y de su tiempo: el genio puede tener conciencia de las necesidades de toda una raza y guiar su actividad por el camino más propicio a su satisfacción. La multitud puede tener o no tener conciencia de sus propias necesidades; en uno u otro caso es el instrumento ciego o consciente del hombre que la guía.

En la teoría general de Nórdau pueden separarse dos elementos.

El primero –que es su punto de partida– concuerda con las ideas comunes a todos los partidarios del economismo histórico, entendido en su más amplia acepción; pone las necesidades materiales de la vida como único móvil de la actividad humana, prescindiendo de toda finalidad trascendental.

El segundo –que es su punto de llegada– le aproxima a una interpretación psicológica de la historia, sobre cuyo valor sería osado pronunciarse antes de que el libro aparezca. Será su parte realmente original.

El público inteligente puede ponerse en acecho desde ahora y aguzar todos los recursos de su ingenio para cuando la obra asome en los escaparates. Pues, al final de cuentas, los escritores sólo servimos para blanco de su esgrima y al trabajar un libro no contamos con sus aplausos sino con su malignidad.

Pero tenemos un gran consuelo:[22] solamente muerde y rasguña la mujer que ama.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 En *AMC*, esta crónica se integra en la titulada «Amigos y maestros». Ver nota 1 en «Psicólogos franceses».
2 El resto de la oración se suprime en *AMC*.
3 En *AMC*: es una característica astral.
4 En *AMC*: Las canas
5 En *AMC*: es un regodeo y una lección.
6 En *AMC*: la clasificación consuetudinaria.
7 En *AMC*: la firma de Raffaelli: nos pareció comprometedora
8 En *AMC*: aunque fuera de moda
9 En *AMC*: descansa
10 En *AMC*: el hombre
11 En *AMC*: la especie difundida por Drumont.
12 En *AMC*: se nos figuró
13 La frase entre paréntesis se suprime en *AMC*.
14 En *AMC*: felicidad.
15 En *AMC*: mesa de labor
16 En *AMC*: y después del análisis
17 En *AMC*: un mecanismo cerebral propio
18 En *AMC*: lo exime
19 En *AMC*: adelantaremos que su obra futura nos parece destinada
20 En *AMC*: no le pasarán inobservadas
21 Este párrafo y los que siguen, exceptuando los dos últimos, están suprimidos en *AMC*.
22 En *AMC*: Tenemos, sí, un gran consuelo

Miércoles, 24.I.1906, página 4, columnas 5,6 y 7.

LA ESCUELA DE LA FELICIDAD[1]

Aplicaciones prácticas de la Psicología Positiva

¿Los infelices seguirán siéndolo?

París, diciembre de 1905.

Señor director de LA NACIÓN:

No es chacota.[2] Existe, he conocido sus profesores y he asistido[3] a sus cursos. Reina en ella un ambiente de verdadera felicidad. Gente sana, activa, optimista y alegre; es decir, gente feliz. Paulina Lombroso publicó hace algunos años un libro sobre «La Psicología de la Felicidad»; nosotros, en un juicio crítico publicado en Buenos Aires, llegábamos a esta conclusión consoladora: la felicidad es una autosugestión, lo mismo que la infelicidad. Creerse feliz equivale a serlo.

Los filósofos y los reformadores sociales suelen buscar las bases de la felicidad en la moral o en la economía política. Los vegetarianos la buscan en la supresión de la carne, los politiqueros en el látigo de un caudillo providencial, los militares en una guerra bastante mortífera, los agricultores en la abolición[4] de la langosta, los anarquistas en la supresión de la autoridad, los caballos de tiro en la difusión del automóvil. ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué es la felicidad?

La respuesta es sencillísima. No hay «una» felicidad, hay felicidades. Cada hombre aspira a una felicidad distinta, por la muy simple razón de que cada hombre es diferente[5] de los demás. La desigualdad humana es la clave de los más interesantes problemas de psicología individual y social. Cada hombre tiene antepasados diferentes, ha vivido bajo climas diversos, recibió una educación especial, tiene amigos y afectos distintos, desempeña tal empleo o ejerce cual profesión, es casado o viudo, joven o viejo, rico o pobre, inteligente o idiota, ilustrado o ignorante, sano o enfermo, rubio o mulato, gallardo o cojo, etc. Por eso la preocupación de los filósofos y los utopistas se ha estrellado siempre contra la realidad: han buscado «la» felicidad de «el» hombre, sin reparar en que hay tantos ideales de felicidad como hombres existen en la superficie de la tierra. Los inventores de religiones han sido más sensatos que los filósofos y los utopistas: comprendiendo que no era posible resolver la cuestión, la han desviado. Ofrecer a todos los fieles una misma felicidad determinada, era exponerse a la protesta de los inevitables descontentos. De ahí que la mejor solución les pareciera suprimir de hecho la felicidad o, lo que es lo mismo, relegarla al otro mundo.

La ciencia es más modesta. Sabe que la felicidad es relativa; estudia las condiciones

más propicias para que cada hombre pueda creerse feliz; indica los medios para ponerse[6] en esas condiciones. ¿Puede ser más claro y sencillo el objeto de una escuela de la felicidad?

*

El Dr. Paul Valentín, distinguido psicólogo y director de *La Vida Normal,* se ha propuesto establecer esa ardua enseñanza. Cree que la psicología es muy buena en los libros y en los laboratorios, pero considera que será mejor si aplicamos sus conocimientos a embellecer e intensificar la vida. Su iniciativa es novedosa y responde a una de las necesidades más evidentes de nuestra época: la necesidad de equilibrio y de salud.

Ese es el problema. Sin salud y sin equilibrio no hay felicidad. Es necesario ser sano y normal para ser feliz; debe curarse el organismo para orientar la mente hacia la dicha. Después de todo no haremos sino volver al clásico «mens sana in corpore sano».

En la Escuela de la Felicidad se ha agrupado una falange de apóstoles decididos a luchar, cada uno en su esfera, contra los errores evitables que nos hacen flojos, cobardes, tristes y desalentados. Todos ellos[7] se inspiran en los principios de la psicología positiva y fundan la realización práctica de la felicidad sobre el conocimiento integral del hombre. Creen que persistiendo en demostrar ciertas verdades elementales conseguirán[8] sembrar en los individuos algunas ideas justas; una educación racional y una sabia utilización de las energías individuales deben traer por resultado una rarefacción de los dolores humanos, de las causas de infelicidad.

El doctor Valentín plantea el siguiente dilema: Si la conquista de la felicidad no está sometida a ninguna condición, poco importan los medios para alcanzarla; si ella está sometida a condiciones tangibles y concretas, debemos investigarlas, conocer sus posibles desviaciones y estudiar la manera de normalizarlas.

Esas condiciones existen; el psicólogo las conoce. Por haberlas ignorado o desdeñado, los teóricos de la moral se han limitado[9] siempre a promulgar doctrinas y preceptos demasiado sublimes para ser eficaces. Juzgando a los demás según ellos mismos, no veían que desde su torre de marfil elaboraban un código abstracto de conducta, adaptado a un estado social perfecto.

El hombre real no cabe en los ficticios esquemas de las teorías metafísicas; posee instintos poderosos que se burlan de las quimeras más respetables, cuando supone o instruye [sic] que ellas son demasiado elevadas[10] para referirse a él. Solamente le interesan los móviles de actividad libres de ficción, de ilusiones;[11] cada día es más imperiosa la necesidad de fortificarse en el ejercicio de «virtudes» útiles. El hombre no debe aceptar máximas hermosamente irrealizables, ni doctrinas en que las palabras reemplazan a los hechos; debe exigir prescripciones aplicables a la vida real, que reflejen para su uso las leyes de la naturaleza y le aseguren los goces efectivos de una vida[12] digna de ser vivida, aquí mismo y ahora, sobre el planeta.

Corresponde a los psicólogos formular ese nuevo objetivo moral; el arte de vivir bien debe ocuparse en conciliar progresivamente[13] las más legítimas satisfacciones

individuales con el interés común del agregado social. El psicólogo, familiarizado con los datos de la biología, -ciencia de la vida, en todas sus fases y condiciones- no puede separar la conciencia de sus condiciones orgánicas, él la ve nacer en todas las funciones del cuerpo, sintetizarse en ciertas actividades superiores del cerebro, desarrollarse, expandirse, desagregarse, siempre de acuerdo con los órganos mismos que la determinan. Según la estructura hereditaria y las aptitudes evolutivas de nuestro cerebro, nosotros estamos predispuestos a sufrir tales influencias, a beneficiar de tales ventajas, a sufrir tales perturbaciones.[14]

La vida es, ya, un terreno conquistado por la ciencia; la actividad del espíritu es una función propia de la materia viva.[15] Vivir bien implica pensar bien; pensar bien es adquirir la conciencia de la propia felicidad. Enseñar a vivir bien significa enseñar a ser feliz.

*

De ahí surge una concepción positiva de la vida; la felicidad depende del funcionamiento fácil, vigoroso y regular de un buen mecanismo cerebral, subordinado a la actividad normal y equilibrada[16] de todo el organismo. Desde el punto de vista fisiológico los hombres somos transformadores de fuerza, más o menos bien adaptados al trabajo que ejecutamos; pero somos transformadores infinitamente delicados, sensibles en extremo a las imperfecciones de nuestros engranajes y a la fatiga de nuestros órganos.

La especie humana sufre un desequilibrio[17] íntimo y complejo de las relaciones que deberían existir entre los placeres y las actividades provechosas, entre los dolores y las actividades nocivas. Si todos los hombres[18] fuesen normales –es decir, si todas sus funciones se ejercieran en absoluta concordancia con las exigencias combinadas del organismo y de su medio– todos ellos gozarían de un excedente de sensaciones agradables y el problema de la felicidad no se plantearía[19] para ellos.

Nuestros vicios corresponden a una tara biológica, conocida o ignorada, que nos impide la expansión completa y regular de nuestra personalidad. Nuestras faltas provienen de estados efectivos [sic][20] e intelectuales más o menos mórbidos, subordinados a trastornos nerviosos congénitos o a una perturbación nutritiva de los centros cerebrales. Los impulsos irresistibles, las pasiones desenfrenadas, las obsesiones peligrosas, la pereza, la falta de voluntad, la tristeza, la pérdida de la atención, la decadencia de la memoria, las alternativas propias de la instabilidad mental, son exponentes psicológicos de transformaciones materiales que afectan a las funciones del organismo. Esos factores de desequilibrio son otras tantas causas de infelicidad y dependen de un cerebro mal organizado, mal educado o fatigado[21] por un trabajo impropio o excesivo.

La psicología clínica ha demostrado fácilmente estas verdades; de ellas se desprende un nuevo criterio para el tratamiento de las enfermedades del espíritu, de los dolores del alma,[22] si se nos permite hablar en términos extracientíficos. Prescindir de las nociones científicas[23] en la solución de los problemas morales es un absurdo; Metchnikoff ha dicho eso mismo en una fórmula feliz: «Cuanto más exacta y precisa deviene una noción,

tanto menos tenemos la libertad de prescindir de ella». El mecanismo de las funciones psíquicas es ya bastante conocido –en la salud y en la enfermedad– para permitir un bosquejo aproximado de lo que debe ser la vida normal, es decir, una vida activa, inteligente y sana, conforme a las necesidades de la evolución individual y a las exigencias del medio en que el hombre vive.

*

La psicología positiva enseñándonos a ver claro, en nosotros[24] y fuera de nosotros, dándonos la noción del esfuerzo útil, definiendo las condiciones biológicas de la felicidad humana, nos mejora, nos fortalece, nos suaviza, nos instruye. Gracias a ella podemos justipreciar el valor de nuestras propias ideas y sentimientos discerniendo los frutos sanos de la salud mental y los frutos enfermizos del desequilibrio o la perversión. Bajo la mentira de las palabras y la máscara de las actitudes, aprendemos a despistar las formas infinitas del desequilibrio mental[25] y de las neurosis.

La psicología nos enseña a evitar los caminos tortuosos, nos aleja de la maraña en que cae todo cerebro desequilibrado. Gracias a ella podemos distinguir los verdaderos trabajadores del pensamiento de los utopistas, metafísicos y grafómanos que cada día estorban más en el campo de las letras, las ciencias y la política. Ella nos da, también, una explicación, un alivio o un remedio para muchos estados depresivos[,] en su órbita caben el estudio y la profilaxis del individuo y para muchas taras sociales; de la cólera, de los celos, de la pereza, de la timidez, de las malas inclinaciones, del delito, del suicidio.[26] ¿No son otras tantas causas de infelicidad?

Entrando a un terreno más clínico, la psicología abarca el estudio de[27] fenómenos más graves aunque menos frecuentes: la obsesión, la alucinación, el sonambulismo, los desdoblamientos de la conciencia, todas las formas de la degeneración mental, la locura moral, las excentricidades, los fenómenos llamados espiríticos y extranormales, etc.

¿Cabe dudar que todos esos factores de desequilibrio mental impiden al individuo llegar a la autosugestión de la felicidad? Un hombre que sienta cualquiera de esos trastornos o enfermedades de su personalidad, no puede creerse feliz; y mientras no cree serlo no lo es.

Estudiando esos trastornos, la psicología contribuye a orientar la sensibilidad, a moderar la imaginación, a reposar el juicio, a educar la voluntad. Dándonos una idea más justa y más coherente de nuestras legítimas ambiciones terrenales, ella nos arranca a la duda y al pesimismo, templa nuestro ánimo, nos da un ecuánime sentido[28] de la vida, y esa confianza en nosotros mismos sin la cual no serviríamos para nada.

Por eso cabe esperar de ella nuevos y fecundos principios de educación integral, de ortopedia mental y de estética pasional.[29] Ella podría darnos las bases para una moral verdaderamente práctica, ajena a toda estrechez o intolerancia. Para la psicología el mal es una violación de las leyes fisiológicas que rigen la vida humana, en su propio funcionamiento y en sus relaciones con el medio; ella busca sus causas y puede inducir[30]

algunos remedios. Aspira a substituir los malos hábitos cerebrales por hábitos mejores, que orienten[31] la evolución del individuo en el sentido más favorable al cumplimiento de todas sus funciones.

*

El papel de la psicología aplicada es muy sencillo o muy complicado, según el talento, la ilustración y la experiencia del psicólogo. Es evidente que para devolver la felicidad a los espíritus que la han perdido se necesita algo más que el mentalista a la antigua, simple «médico de locos» o escrupuloso administrador de manicomios; entre ese y el psicólogo científico media un abismo, como entre el alquimista y el químico.

El tratamiento de la infelicidad –es decir, de sus causas orgánicas y psicológicas– reviste dos fases. La una es curativa y la otra profiláctica.

La parte curativa tiende a llenar dos indicaciones. La primera consiste en devolver al organismo en general, y particularmente al cerebro, todas las fuerzas vivas que necesita para su completa actividad funcional; esta es la fase médica de la cura. La segunda se propone regularizar el gasto de esa fuerza viva para mayor provecho del sujeto, buscando la sinergia funcional de los diversos centros cerebrales indispensables a la afirmación de una voluntad firme y serena.

La parte profiláctica entra en el dominio de la moral positiva. El conocimiento de las funciones psíquicas normales y anormales autoriza a trazar las líneas de una vida normal, es decir, «activa, inteligente y sana»,[32] según la fórmula favorita del doctor Valentín. Todo ser humano tiene derecho a la felicidad; para alcanzarla debemos aconsejarle que siga la conducta que le permita realizar el máximum posible de vida, sin vulnerar el derecho análogo de sus semejantes. La profilaxis de la felicidad consiste, pues, en la vida intensa.

¿Cómo obtener ese resultado?

Es necesario denunciar todas las mentiras convencionales y las falsas fórmulas de moral que esclavizan el espíritu del hombre y le entregan sin defensa a los más astutos y audaces; las concepciones místicas y novelescas de la vida terrenal deben ser reemplazadas por nociones positivas, derivadas de la observación sistemática de la realidad; conviene buscar[33] el equilibrio necesario de las actividades orgánicas y psíquicas bajo el contralor de un cerebro dueño de sí mismo; nunca debe buscarse fuera de la naturaleza el remedio para los males que sufrimos ni la conquista de las ventajas[34] que nos está permitido anhelar.

*

La Escuela de la Felicidad -según confesó su fundador[35] en el discurso inaugural- tiene la pretensión de resolver, de una palabra o de plumada, todas las cuestiones que implica el problema de la felicidad, planteado de esa manera.[36] Sólo pretende[37] ser el

primer núcleo de acción en la propaganda activa de la psicología aplicada.

Sus conferenciantes se colocan en el cuádruple punto de vista científico, literario, musical y pedagógico. En casa del director, que nos hizo objeto de[38] una recepción magnífica, hemos visto reunidos a más de cincuenta médicos, literatos, músicos, artistas, críticos de ambos sexos.[39] Es imposible asegurar que todos ellos fueran felices; pero lo parecían. Lo único indudable es que el ambiente no podía ser más intelectual ni más amistoso.[40]

Allí cada uno enseña lo que sabe; todos discuten, todos aprenden. Un tema de arte empalma con uno de filosofía, en seguida se habla de música o de arqueología,[41] se ejecuta buena música de Beethoven o de Wagner, se comenta a Spencer o a Ribot, salen a danzar Brunetière y Tolstoi, el último drama de Richepin, la reciente novela de Gorki, la ópera de Massenet, el volumen de Flammarión, todo, hasta los nuevos versos de Rubén Darío y la «Guerra gaucha» de Lugones.[42]

No sé[43] si esto es eficaz como Escuela de Felicidad; pero es hermoso, agradable y la gente que allí se reúne parece feliz.[44]

*

Debemos confesar un caso de conciencia.[45]

¿Esta Escuela de la Felicidad no es una asociación de gente feliz que se divierte filosofando sobre la infelicidad ajena? Pedimos anticipadas disculpas a nuestro colega el Dr. Valentín. Nos asaltan dudas; nos parece que con su Escuela no va a disminuir la proporción de infelices.[46] Conocer psicología y saber aplicarla a la vida será siempre un privilegio de pocos elegidos…

¡Ojalá nos equivoquemos![47]

JOSÉ INGEGNIEROS.

.

Notas

1 Con el mismo título y fecha, pero sin los subtítulos que aparecen aquí, el destinatario ni la firma, en *AMC*.

2 Oración suprimida en *AMC*.

3 En *AMC*: hemos conocido sus profesores y asistido

4 En *AMC*: la extinción

5 En *AMC*: de ser cada hombre diferente

6 En *AMC*: e indica los medios para ponerle

7 Se omiten estas dos palabras en *AMC*.

8 En *AMC*: Creen que la perseverante demostración de ciertas verdades elementales conseguirá

9 En *AMC*: Por haberlas desdeñado, los teóricos de la moral se limitaron

10 En *AMC*: cuando supone o intuye que son demasiado elevadas

11 En *AMC*: libres de ficción y de ilusiones

12 En *AMC*: de una existencia

13 En *AMC*: debe conciliar progresivamente

14 En *AMC*: predispuestos a sentir determinadas influencias, a beneficiar de ciertas ventajas, a sufrir especiales perturbaciones.

15 En *AMC*: viviente

16 En *AMC*: actividad equilibrada

17 En *AMC*: sufre por el desequilibrio

18 En *AMC*: Si los hombres

19 En *AMC*: estaría resuelto

20 En *AMC*: afectivos

21 En *AMC*: sin organización, ineducado o exhausto

22 En *AMC*: de los «dolores del alma»

23 En *AMC*: nociones positivas

24 En *AMC*: dentro

25 En *AMC*: de la inquietud mental

26 En *AMC* se reordena esta frase: En su órbita caben el estudio y la profilaxis del individuo y de muchas taras sociales. Ella nos da también una explicación, un alivio o un remedio para muchos estados depresivos: la cólera, los celos, la pereza, la timidez, las malas inclinaciones, el delito, el suicidio.

27 En *AMC*: Entrando al terreno clínico, la psicología estudia

28 En *AMC*: un sentido ecuánime

29 En *AMC*: de ortopedia del espíritu y de estética de las pasiones.

30 En *AMC*: sugerir

31 En *AMC*: por otros mejores, orientando

32 En *AMC*: las líneas de una vida «activa, inteligente y sana»

33 En *AMC*: deben reemplazarse por nociones positivas, fundadas en la observación sistemática de la realidad; conviene perseguir

34 En *AMC*: el remedio para los males que sufrimos y para conquistar las ventajas

35 En *AMC*: según confesión de su fundador

36 En *AMC*: no pretende resolver, con una palabra o una plumada, todas las cuestiones que implica el problema así planteado.

37 En *AMC*: quiere

38 En *AMC*: que nos brindó

39 En *AMC*: artistas y críticos de ambos sexos.

40 En *AMC*: más intelectual ni amistoso.

41 En *AMC*: se habla de estética o de ciencia

42 En *AMC*: hasta los últimos versos de Rubén Darío [se elide el resto].

43 En *AMC*: Ignoramos

44 En *AMC*: y la gente allí reunida se cree feliz.

45 Oración suprimida en *AMC*.

46 En *AMC*: ¿Esta Escuela de la Felicidad es, acaso, una asociación de gente feliz que se distrae filosofando sobre la infelicidad ajena? Pedimos anticipadas disculpas a su eximio director. Nos asaltan dudas; la cosa en teoría está muy bien, pero nos parece que con tan hermosa escuela no disminuirá la proporción de infelices.

47 Oración omitida en *AMC*.

Domingo, 4.II.1906, página 4, columnas 3,4 y 5.

SILUETAS[1]

París, enero de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

El ilustre fisiólogo Charles Richet está irremediablemente enfermo de misticismo senil; a no tratarse de un hombre por tantos conceptos respetable, diríamos sin reparo que está zonzo. Da tristeza conversarle acerca de espiritismo, mediumnidad y fantasmas; habla como una vieja de tierra adentro, y es milagro que no se persigne[2] al nombrar el objeto de sus actuales preocupaciones. Al contarlas, habla como un iluminado vergonzante, como un hombre de fe que lee la incredulidad en el rostro de su interlocutor. Ensayamos en vano algunas objeciones; las eludió con la más enternecedora ingenuidad.[3] Hizo bien: la fe no se discute.

En Argelia, en «Villa Carmen» perteneciente al general Noel, hiciéronle ver y tocar un fantasma viviente. La aparición se produjo en un gabinete bien alfombrado, en que había mesas, sofaes, muebles, una bañadera (!)[4] y la inevitable cortina; los fantasmas son caprichosos, gustan de aparecer entre cortinas. Además de Richet y los esposos Noel, asistían el espiritista profesional Gabriel Delanne y seis mujeres, todos muy diestros en el juego de las mesas parlantes y en las evocaciones de ultratumba. Una de las mujeres (la médium) fue novia del difunto, tres son menores de edad, y dos, sirvientas de la casa. Richet no se preocupó de averiguar cuántas de ellas padecen de histerismo, ni siquiera puso en duda su buena fe y la posibilidad de una sofisticación inconsciente.

La médium se sentó delante de la cortina,[5] en una obscuridad casi completa: pocos momentos después apareció sobre ella el espectro de su novio, envuelto en una sábana, es decir, en traje de fantasma. Richet lo fotografió al magnesio, tocó su mano y lo invitó a soplar en un tubo de agua de barita que se enturbió por la reacción del ácido carbónico respiratorio. ¿Cómo dudar de que el fantasma existía y vivía?

Richet no lo duda: nosotros tampoco. Pero hay una leve diferencia entre ambos juicios. Para el eminente[6] profesor el fantasma era el espíritu errante del difunto novio, naturalizado por la influencia del médium.[7] Para nosotros la médium misma levantó[8] un maniquí que le alcanzó la sirvienta desde atrás de la cortina; la mano que tocó Richet (debajo de la sábana) fue la de la propia sirvienta,[9] una negra llamada Aischa, que no se atrevió a mostrarla para evitar que el fantasma de un blanco ostentase una mano de color; ella misma sopló[10] en el tubo de barita cuando el fantasma fue invitado a hacerlo. Las condiciones en que se produjo la sofisticación nos parecen infantiles; un distinguido psicólogo de París publicará en breve un artículo, en una revista de Buenos Aires,[11] demostrando el fraude sobre las propias fotografías de Richet.

Triste lección. Haber sido un sabio de verdad, un experimentador de primera fila,

para dejarse coger como un chiquillo en redes más leves que telarañas.[12] Richet tenía que acabar así: presencia estas cosas como creyente y no como sabio; por eso[13] su fe permite que otros abusen de su buena fe.

-»No creo que me hayan engañado y por eso creo en la existencia de los fantasmas».

Eso es todo. Richet, el místico, ha dicho «creo»…

Richet, el hombre de ciencia, no se atreve a decir y demostrar que «sabe». Al fin y al cabo esta honradez vale una disculpa.

Y la merece. ¡Está tan viejo!

*

* *

Entramos devotamente en su taller, como en un templo. Es sencillo y bondadoso, ameno conversador. Su hermosa cabeza blanca, diríase elocuente; es de estatura mediana, más bien bajo; mira dulcemente y vaga en sus ojos un secreto prodigio, el mismo que le permite precisar las suntuosas líneas del mármol después que las ha visto su cerebro creador. Su abolengo es de genios. Scopas y Praxíteles podrían estrechar su mano, magüer las diferencias[14] de su arte; son hermanos en el genio, antes que en la obra. En su familia hay otros ilustres: Miguel Ángel es la fuerza, Canova la gracia, Rodin la idea.

En compañía de madame Geneviéve Lanzy, ilustre[15] escritora y bella mujer, llegamos a su estudio en una hora crepuscular. Ardía y chillaba[16] mucha leña en la estufa, y un reflejo[17] de oro y púrpura iluminaba desde lo bajo aquella complicada teoría de maravillas: parecía un desfile de walkyrias entre un campo de trigos y amapolas.[18] Después plantó una vela en un pedazo de barro, la encendió y la puso junto a uno de esos mármoles que reciben diariamente su animador soplo genial.

En esa hora y con esa luz habríase dicho que el taller era un sabbat vehemente. Por todas partes mujeres deliciosamente desnudas, curvas perfectas estremeciéndose por las caricias de olas sonoras, ninfas oscilando su gracia sobre fuentes silenciosas, senos procaces surgiendo del sereno bloque[19] en actitudes de hermosura violenta, besos prolongados e intensos como combustiones de labios ardientes,[20] mejillas insaciables, pecaminosas orquídeas de voluptuosidad, toda la gama infinita de Eros. El viejo derrocha en su obra fantasía y amor, sin freno.

Junto al arte está la profesión, el tosco pan esparcido entre la gloria, en forma de retratos expresivos, magníficos, de señoras burguesas, más ricas de dinero que de hermosura. Rodin se esfuerza por hermosearlas en proporción a lo que pagan; para algunas es vana labor.

Nos dijo que le tienta la idea de trabajar una «Salambó», inspirándose en Flaubert, a este propósito recordó el hermoso cuadro homónimo del pintor argentino Rodríguez Etchart. Ignoraba la muerte de Miguel Cané y pareció lamentarla: «era un espíritu muy culto, encantadoramente superficial». Demostró simpatía por Irurtia, recordó a Pellegrini, habló de Schiaffino y de sus artículos en LA NACIÓN, alegó plena ignorancia respecto

de su crítico Groussac. Sin embargo esquivó conversar del Sarmiento:[21] «Sí, el Sarmiento…», pero se mostró satisfecho del Apolo que magnifica el pedestal: «me gusta, salió muy bien».

Admira a Meunier, sin incurrir en la tontería de creerse inferior a él; gusta de Bistolfi, aunque el género funerario le parece muy gastado.[22]

Se queja abiertamente de sus compatriotas, máxime de la gente oficial;[23] cree ser más estimado en el extranjero. Y repitió el eterno refrán de todos los grandes hombres: nadie es profeta en su tierra.

Sin embargo, desde hace dos años, le aplicaron una encomienda de la Legión de Honor. Y él la aguanta.

*

* *

Todo hombre que haya alcanzado la dicha de tener ideas en vez de opiniones, de matar la pasión con la sonrisa, huyendo desde la política hacia la filosofía, comprenderá que un abate ilustrado y risueño es preferible a un ateo ignorante y aburrido. Nuestro amigo Vaschide, psicólogo y experimentador de nota, creyó conveniente presentárnoslo en un almuerzo. Ocurrencia feliz, digna del eminentísimo Don Francisco de Quevedo y Villegas, el cual sentenció que a un abate sólo es posible conocerlo bien comiendo en su propia mesa.[24] No lo diremos por simple gratitud, pero la mesa fue digna y absolutamente abacial: pierna de cordero magnífica, postres minuciosos, botellas envainadas en copiosas telarañas, apetito lucuniano. Con todo, no fue una cena de Trimalción; faltaba el plato sólido: no había mujeres.[25]

En cambio abundaban los filósofos; en este sentido parecía una mesa griega.

Sonrisa primaveral[26] y estilete certero, mucho de Juvenal, bastante de Renán y de Brunetiére, y hasta un poco de Voltaire, es[27] el abate Peillaube. Cree ser católico y procede como si realmente lo fuese. Es profesor de psicología en la Universidad Católica y dirige la *Revue de Philosophie;* en ella se profundizan estudios de psicología científica, muchas veces experimentales, sin que el dogma trabe en manera alguna a la ciencia. Su tolerancia es completa; él cree porque debe creer, pero ello no le impide concebir que los demás no crean.

¿El estudio de la psicología positiva y experimental es conciliable con la fe religiosa? Aunque Peillaube lo asegura, nos cuesta creerlo. La fina dialéctica y la ilustración vasta permiten conciliar, aparentemente, cosas mucho más contradictorias. Pero la realidad se filtra por entre la dialéctica, como el agua marina por entre las tablas de un barco desvencijado; y resulta que la concordancia naufraga en un absurdo de relatividades, pues está hecha a expensas de jirones de fe y de ciencia. Sin embargo un Peillaube es preferible a un Combes, es más ilustrado y más ático;[28] por lo menos no desayuna ateos ni cena librepensadores, como el otro frailes y monjas.

*

* *

A los cincuenta años era apenas conocido; a los sesenta goza de celebridad mundial. Es un simpático viejo, lleno de mugre y de talento; parece que la una no estorba al otro, pero ello no significa que baste ser mugriento para ser talentoso. Las sucias canas de su barba parecen un burujo de lana vieja extraído de un colchón infantil. En el Instituto Pasteur enseña ciencia de la vida, esa alta ciencia que no sospecha el común de los galenos, inclinado a curar enfermedades cuya naturaleza ignora, mediante drogas de problemática eficacia. Los médicos franceses se esfuerzan por no admirarlo; Metchnikoff lo[s] compadece, lo que no impide concurran[29] por docenas a sus lecciones. Es inútil la protesta del hierro dulce, el imán puede más; y el imán de hombres no está en el estómago sino en el cerebro. Los insectos acuden al foco luminoso; cuando son muchos pretenden «opacar» su voz,[30] pero mueren por millares. Y el foco sigue resplandeciendo. Su juicio es de filósofo y de ironista a la vez.[31] «Para ser médico la ciencia huelga; un médico no está obligado a ser hombre de ciencia, ni pensador, ni estudioso, ni escritor, ni nada; basta con ser[32] curandero legal y diplomado. Mis «Estudios sobre la naturaleza humana» hacen sonreír a los médicos prácticos; me reprochan que yo no lo soy y que mis libros son de especulación filosófica o literaria. Algunos me compadecen. Yo sé que prefieren un abundante recetario de jarapas[33] y calomelanos, pero no soy capaz de escribir un libro de tanto vuelo: me resigno a ser hombre de ciencia, mientras ellos remontan el pináculo del curanderismo».

Entra en clase como un proyectil; habla desde la puerta y gesticula activamente. El tiempo es breve[34] para decir lo mucho que sabe. Carece de preámbulos. Enuncia ideas, expone datos, refiere hechos, siempre con talento y originalidad. Para probar que el microbio del cólera es impotente si llega a un organismo sano, tragó una vez un cultivo del terrible huésped; aun está vivo y sonríe cuando refiere el caso para corroborar esta alta enseñanza: el microbio es inofensivo si no hay predisposición, si no están debilitadas las defensas naturales del organismo.

Sus investigaciones sobre cierto mal de origen amoroso dieron lugar a comentarios más risueños que los clásicos de Molière. En un escenario de París aparecía Metchnikoff seguido por dos monos que no había[n] amado jamás, inoculados con propósito experimental. Decían enormidades: en París los monos de los teatros hablan hasta por los codos. Y, lo que es peor, dicen chistes.

Los estudios de Metchnikoff sobre las causas que abrevian la vida humana y los medios de evitarlas, fueron acogidos con escepticismo. El se burla de los incrédulos; nos decía con envidiable gracia: «Tengo ya sesenta años y espero vivir otros sesenta para demostrar que podemos alargar la vida».

Salvo error ú omisión.

*

* *

En Buenos Aires sería apenas un «mozo farrista»; en Madrid lo suponen conspirador temible; en París es un excelente amigo de los sudamericanos. Representa solamente treinta años; poco importa saber cuántos ha vivido en realidad, pues se tiene la edad

que se representa, según afirman las mujeres después de los veinticinco. Su padre, Don Carlos de Borbón, suele escribirle inconmensurables cartas que él no lee, llenas de prudentes consejos; pero «Su Alteza» –como se deja llamar en París– prefiere disfrutar alegremente de su juventud. Es mejor filósofo que presunto monarca; considera que en esta vida la juventud no se repite y que nadie podría darle certidumbre alguna acerca de la reencarnación de su espíritu en existencias ulteriores.

Aunque de tradición clerical, Don Jaime es libre pensador; no tanto como los tiempos lo exigirían, pero bastante. Gusta de la vida mundana, de las mujeres bellas y de los placeres humanos. Afirma que cada año gana cien o doscientos mil francos en la ruleta de Monte Carlo; su afirmación no es absolutamente increíble.

Tiene su debilidad; sin ella sería un hombre incompleto. Cree en una inmediata restauración carlista y cuenta con la abdicación de Don Carlos para ceñirse sin más trámite la real corona del frágil Alfonso. Sus corresponsales políticos le envían, desde varias provincias de España, noticias demasiado encantadoras; cada carta le cuesta algunos miles de francos, a él o a su padre. ¡Es tan humano comprar las mentiras agradables! Ve en cada provincia un feudo, en cada villorrio una ciudadela y en cada pelafustán un eminente partidario. Así transcurren las semanas, los meses, los años, para él como para todos, sin que llegue jamás la soñada restauración. Y las pesetas se van también, para no volver, como los años.

Este simpático muchacho irá dentro de poco a Buenos Aires; cree que allí existe un poderoso partido carlista entre la colonia española. No nos hemos atrevido a romper de un golpe sus ilusiones. Acaso convenga preparar la cosa de manera que poco a poco se dé cuenta de su error. Porque, lo dicho, es un excelente camarada; no merece que le hagan estos cuentos del tío.[35]

*

* *

En los tés de las tardes,[36] ofrecidos por Emilio Buloz, hijo del fundador de la *Revue des deux Mondes,* conocimos e intimamos con esta joven señora[37] bien parecida, perspicaz en grado sumo y viuda. Su boca es sonriente, su nariz afilada, los ojos picarescos; mirándola de perfil nos hacía recordar el «Apolo Arcaico» del museo de Atenas. Tiene afición por los estudios psicológicos y los aborda con tanto empirismo como buena intención. Tras pocos minutos de cháchara semicientífica, hizo nuestro retrato psicológico, bastante acertado y completo. Su exactitud fue su propia condena:

-Ya ve usted, madame Fraya, que no es necesario leer la mano[38] para conocer el carácter de las personas.

Se turbó un poco y se rehizo rápidamente.[39] Pero, en rigor, se confesó vencida.

Esta inteligentísima señora practica la quiromancia. Recuerda haber leído en la mano de un argentino «muy alto, sin barba, parecía un hombre de gobierno; tenía la muñeca muy grande». Ignora su nombre, podría llamarse Pellegini.[40] La celebridad de Fraya promete superar a la de madame de Thebes, famosa universalmente.

¿Lee en la mano? Vamos por partes.

Es indudable que difieren la mano de la cortesana y la del luchador, la del viejo y la del niño, la del tipógrafo y la del curtidor, la del orfebre que cincela y la del boticario que hace píldoras, la de un sano almacenero del Paseo de Julio[41] y la de un tuberculoso que agoniza en un sanatorio. En ese[42] sentido la quiromancia parte de premisas verisímiles[sic]; de ellas pueden inferirse presunciones perfectamente lógicas, variables con la perspicacia individual del observador. Ya conocemos los prodigios de este orden que Conan Doyle hace realizar a su interesente Sherlock Holmes.

Sin embargo, todo eso nos parece superfluo para el ejercicio corriente de la quiromancia. Para conocer a los postulantes vale mucho más una rápida perspicacia; podríamos citar a muchos «conocedores de hombres» que no leen las líneas de la mano. Esa aptitud nativa se perfecciona por el ejercicio consuetudinario; en madame Fraya, y en otras quirománticas debe de estar[43] desarrollada en grado sumo. A los cinco minutos de estar con una persona adivinan su temperamento, sus inclinaciones, sus gustos y aun sus pasiones del momento: tienen ojo clínico para conocer el carácter humano, como otros lo tienen para diagnosticar una enfermedad o para justipreciar la fecundidad de un campo.

Algunas veces Fraya se equivoca, como cualquier perito de otra clase. Todo médico honesto puede referir por decena [sic][44] sus errores de diagnóstico.[45]

Madame Fraya comprende el español y es amiga de Gómez Carrillo.

-Tengo un libro de versos «muy amusantes», regalo de su compañero Enrique. Se titula…

-¿Recuerda usted el autor?

-Es un joven muy buen mozo, a juzgar por el retrato…

Y llevándose el delicado índice de la mano izquierda a la comisura de los labios, comenzó a forcejear con su memoria infiel:

-Ah! sí… ya recuerdo… se llama… «¡Luciérnagas!».

¡Con razón dicen los poetas americanos que Gómez Carrillo hace conocer en París nuestros progresos literarios!...

*

* *

Ribot es gentilísimo y bastante paternal. No es del todo solemne; pero si lo fuera tendría bien ganada su solemnidad. Sigue con simpatía el magro movimiento científico de nuestro país y tiene juicio exacto acerca de los hombres que cultivan las diversas ciencias que le interesan. Además de uno a quien no debemos nombrar, por cuyas obras manifestó mucha estima en recientes publicaciones, conoce a Ameghino, Piñero, Ramos Mejía, Mercante, De Veyga, Matienzo, Cabred, Bunge y Senet; posee o conoce sus libros y trabajos. Juzga con frases breves pero sentenciosas; su charla es interesante.

«Ameghino es un sabio, una autoridad universal». «Ramos Mejía es un talento serio; habría sido un verdadero maestro su hubiese estudiado en otro medio». «Bunge es un talento instable; es demasiado joven y carece de método equilibrado. ¿Es muy nervioso?».

Le respondimos negativamente. «Piñero ha creado una enseñanza; su cátedra de psicología experimental está muy bien tenida». «Cabred es un hombre de acción; el Open-Door argentino poco tendrá que envidiar a sus modelos europeos. Lástima que no escriba…». Le advertimos que podrá hacer muy buenos libros el día que se le antoje; pero que es preferible continúe organizando buenas obras. «De Veyga es muy inteligente; podría ya emprender alguna obra de aliento, definitiva. Cuando hojeo artículos de él, en la revista de usted, me lo imagino buen mozo, espiritual y travieso». «Matienzo es un espíritu claro y muy distinguido; debe de ser muy buen profesor». «Naturalmente». «Mercante ha publicado libros muy serios, analizados en mi revista, Senet es más vivaz pero menos ordenado; debe de ser muy joven.»

Huelga decir el agrado con que escuchamos estos juicios en París. Con verdadero placer le hablamos del libro reciente de Ayarragaray, de «Degeneración y crimen» del profesor Solari, de los libros de Juan Agustín García, de Gallardo, Holmberg, Ambrosetti, de los alienistas Piñero y Podestá, cuyo manicomio de mujeres honraría a cualquier capital europea. Y de otros más, de todos los que estudian y trabajan.

-«Sé muy bien, mi querido colega, que Buenos Aires no es el país salvaje que suponen muchos parisienses. Pero el mal reside en que ustedes hablan y escriben un idioma inaccesible. Eso no debe acoquinarlos. Cervantes, Quevedo, Sarmiento, Ramón y Cajal, son de la misma cepa castellana y universalmente conocidos…»

¡Vaya una gracia!

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 Esta crónica se integra, en *AMC*, a la denominada «Amigos y maestros». Ver nota 1 en «Psicólogos franceses».

2 En *AMC*: y por milagro no se persigna

3 En *AMC*: con enternecedora ingenuidad

4 Este signo de exlcamación se omite en *AMC*.

5 En *AMC*: sentóse ante la cortina

6 En *AMC*: ilustre

7 En *AMC*: materializado por la influencia de la médium.

8 En *AMC*: pudo levantar

9 En *AMC*: pudo ser de la propia sirvienta

10 En *AMC*: pudo soplar

11 En *AMC*: publicó un sesudo artículo

12 En *AMC* se agrega: Esta opinión sobre el caso de Richet no implica negar la aptitud de ciertas histéricas-médiums para desarrollar a distancia fenómenos de sensibilidad y movimiento; pero esas energías que irradian del organismo de la médium permiten excluir la intervención de fantasmas en tales experimentos, antes que autorizar tan primitiva suposición.

13 En *AMC* se suprimen estas dos palabras.
14 En *AMC*: la diferencia
15 En *AMC*: distinguida
16 En *AMC*: crepitaba
17 En *AMC*: mientras un reflejo
18 En *AMC*: un campo de miés y de amapolas.
19 En *AMC*: del infidente bloque
20 En *AMC*: febriles
21 En *AMC*: del *Sarmiento*
22 En *AMC*: muy banal
23 En *AMC*: oficiosa
24 En *AMC*: en su propia casa
25 En *AMC*: el plato clásico: no había damas.
26 En *AMC*: fresca
27 En *AMC*: tal es
28 En *AMC*: por más ilustrado y ático
29 En *AMC*: sin que ello les impida concurrir
30 En *AMC*: pretenden opacar su luz
31 En *AMC*: Su juicio es de filósofo a la vez que de ironista.
32 En *AMC*: basta ser
33 En *AMC*: jalapas
34 En *AMC*: le es breve
35 Estos cuatro párrafos sobre Jaime de Borbón están suprimidos en *AMC*.
36 En *AMC*: En los tés vespertinos
37 En *AMC*: con una joven señora
38 En *AMC*: las manos
39 En *AMC*: Se turbó un poco, mas se rehizo rápidamente.
40 En *AMC*: ¿podría llamarse Pellegrini?
41 En *AMC*: almacenero de suburbio
42 En *AMC*: este
43 En *AMC*: debe estar
44 En *AMC*: por docenas
45 Los párrafos que siguen no figuran en *AMC*.

Martes, 13.II.1906, página 4, columnas 2,3 y 4.

UNA HORA DE EMOCIÓN[1]

Montecarlo, enero de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

Imaginaos todas las fantasías que pueden atropellarse en el cerebro de un artista impresionado, sobre el tema de una sinfonía[2] en la gama del amarillo más esplendente: el deslumbrador reflejo de una aurora que se pulveriza sobre un trigal maduro; la visión de una crujiente plancha de acero llevada al rojo blanco en la fragua de un Vulcano implacable; los resplandores de un vasto incendio crepitante bajo la tranquilidad de un mediodía estival; un tupido jardín de mirasoles reverenciando, unánimes, al triunfante sol meridiano; el dorarse de las crestas abruptas por el tímido beso de un amanecer suavísimo; el solemne orecer [sic] de un ocaso sin nubes sobre un océano en calma; una copiosa cabellera de Afrodita rubia desplegada por la impresión como una cola de pavo real con ojos de oro;[3] toda la gama de imágenes que pueden relampaguear en la mente de un artista sobre la ilusión del amarillo más esplendente:[4] de la mies, de la llama, de la aurora, del sol, del oro, todas se sucedieron como un vértigo en la cerebración instable del jugador impresionado.

Fue una avalancha alucinatoria,[5] una «sinfonía en rubio mayor», como la cantaran Baudelaire o Mallarmé, como la pintaran Manet o Whistler.[6]

El gárrulo retintín del oro arrullaba sus oídos con música deliciosa, como sonar mágico de campanillas sutiles, como ágil murmullo de lluvia risueña sobre una galería de tersos cristales vibrantes en un silencio de media noche, como un rumor de frágiles olas quebrándose contra una roca de metal sonoro, como desgranamientos de frescas risas en una boca juvenil cuyos dientes fuesen minúsculos bronces musicales:[7] acaso la reducción de una sabia fuga de Bach, ejecutada por gnomos alegres, en un clavecino de cuerdas tensas hasta lo infinito. El oído complicaba así las alucinaciones de su vista. En su cerebro una imagen sucedía a la otra walkyrianamente, como aparecen las visiones en los cuentos de hadas, como se forjan y disipan los acontecimientos en el desbarajuste fantástico de un sueño acicateado por el haschich.

Sus manos entraban y salían del montón de oro, que apenas cabía entre sus antebrazos,[8] cual si estuvieran amasando un mitológico pan áureo, como si se lavaran en una imperial jofaina, digna de Domiciano o de Nerón. Las monedas no tenían valor alguno; el oro no valía como oro, sino como elemento material de emoción y de belleza. Las placas de cien francos y los luises eran simples manchas de color en el «capricho» de un Goya extraordinario, notas en la armonía refinada de un Grieg profundamente frívolo.

*

* *

La fortuna desbordó como un aluvión. Un luis, cincuenta luises, mil luises, más de tres mil luises. No había fichas ni billetes sobre los números: oro, todo oro, puñados de oro, pilas de oro, montones de oro. El tapete verde parecía, primero, un hesperidio jardín; después, como por arte de encantamiento, la verde fronda se cuajó de frutos áureos, de tantos frutos que era ya imposible ver el fondo de las hojas: como el friso decorativo que ornara una composición arcaicamente idílica de Puvis de Chavannes. El tapete aluciaba [sic]. Un millonario yanqui distraíase en la otra mesa con aparente desgano; tenía entre sus brazos quinientos mil francos en oro. Ante el pagador era un ir y volver de cajas llenas de luises y placas, relumbrantes como espejos feéricos. Los escudos habían desaparecido; hubiera sido vergonzoso jugarlos en tales mesas.

El jugador era novicio, virgen acaso. Compró veinticinco luises, y, sin sentarse, arrojó uno sobre el número de sus años. La bola pareció simpatizar con su inexperiencia y fue a caer en el número apuntado. El jugador dejó cinco luises en el mismo sitio: el número se repitió. Los cuatro mil francos, ganados en menos de medio minuto, estorbaban ya sus manos. Repartió un puñado al azar; salió un número en que había muchos luises. Le entregaron casi diez mil francos, antes del segundo minuto.

Ocupó un asiento. Los otros jugadores comenzaron a suspender su juego; los coros callan siempre cuando aparecen las primeras partes. Lo rodearon[9] cincuenta curiosos; el yanqui entretenía a más de doscientos. Un amigo experimentado permaneció de pie, detrás de su silla. Fueron entonces las siembras de placas, el flujo de discos relucientes que saltaban como gotas en aquel Iguazú de orfebrería.

El jugador estaba fuera de la realidad. No veía ni oía más que el tropel de sus imágenes mentales. Conservaba el bello gesto, con la sonriente serenidad que sólo es posible en la subconsciencia de la emoción. Sus ojos parecían estar envenenados por una pródiga dosis de santonina: veía sus manos brillantes y amarillas, las caras amarillas, los trajes amarillos, las luces amarillas, los números amarillos; el rojo y el negro eran amarillos también. Los puñados de oro caían sonoramente de sus manos, como si éstas agitaran sistros de la Hélada antigua. Tanto sembraba, que en todas las puestas recogía puñados de oro, aunque perdiera. ¿Perder? Perder era una frase[10] sin sentido; jugaba para mover puñados de luises y placas, sin contar las puestas y sin calcular las diferencias del beneficio. El necio y el ingenuo juegan para ganar; un artista sólo juega para gozar.

En una recogida, al pasar su brazo como una hoz sobre el tapete, rodaron al suelo varias placas, dos o nueve. Un sirviente las recogía;[11] iba a incorporarlas al cauce, cuando un gesto le significó que las guardase, sin averiguar cuántas eran.

Antes de media hora tenía más de veinticinco mil francos. Su amigo le tocó el hombro:

-Levántate…

-No. Como dinero, es poco. El placer de esta emoción[12] vale mucho más. Con esta suma no puedo comprar mi libertad, no puedo eludir la obligación de trabajar para vivir. No es el millón de duros que necesito…

-Levántate, no seas ingenuo…

-¿Ingenuo? Artista debes decir. Mírame en los ojos; mira[13] en ellos la emoción del

que se deleita frente a un paisaje hermoso. Esto no es una industria ni un negocio; esto es una belleza. Ninguna belleza tiene precio; no lo tiene el Partenón, ni un canto del Alighiero,[14] ni la Venus de Milo, ni el Tristán de Isolda,[15] ni el amor de la Pantera,[16] ni la Gioconda de Leonardo, ni el huracán sobre el Monte Blanco, ni un volumen de Paradojas, ni un crepúsculo sobre el Foro Romano. Esto es también una emoción, una emoción de belleza, de belleza unánime...

-¡El treinta! -interrumpió una voz.

Había sobre él una placa plena y cuatro «a caballo»: diez mil francos de ganancia.

El amigo, insensible a las razones artísticas, se resignó ante ese argumento irresistible.

*

* *

Como libélulas vaporosas que tienden sus alas gráciles hacia una luz interna,[17] abriéndose paso por entre los curiosos, cinco o diez mujeres elegantes le cercaron, abanicándole con las plumas coquetas de sus sombreros y envolviéndole en su halo doblemente embriagador: esencias florales y perfumes de carne joven. Las jugadas se sucedían rápidamente; en los brevísimos intervalos las damas le enderezaban felicitaciones, consejos y galanteos. El jugador las miró apenas y volvió los ojos al tapete; no eran las Montespán,[18] la Pompadour, ni siquiera la princesa de Chimay. Quince tontos anotaban las jugadas en sus libretas; eran perdedores profesionales, según lo decían sus caras macilentas, dignas de ornar un Purgatorio dantesco. Un judío, prestamista sin duda, se estremecía de envidia. El *croupier* estaba impasible. El amigo palidecía y temblaba. El jugador no comprendía un ápice, profundamente distraído por el exceso de atención.

Durante varios minutos la suerte se mantuvo indecisa, como paloma mensajera que aun no puede orientarse. En seguida volvió a ser favorable durante seis o diez jugadas. Las bellas mujeres se acercaron más, hasta oprimirle con sus curvas temblorosas de juventud y de deseo. El prestamista clavaba en el oro sus ojos desmesuradamente abiertos. La esposa del americano que se distraía con quinientos mil francos dejó su sitio, se aproximó y le dispensó el honor de mirar su juego durante un par de minutos.

-¡El cero!

No había una sola moneda. El empleado recogió treinta o cuarenta placas de cien francos. El jugador colocó cinco sobre el cero, cinco a los cuatro primeros números y tres pilas de luises «a caballo» con el as, el dos y el tres.

-¡El cero!

El jugador sonrió levemente, como un niño terrible que acierta una ocurrencia. Más de cuarenta curiosos abandonaron al yanqui y acudieron a su mesa; las fragilísimas cortesanas le estrecharon aún más, como ciñen a una gema los dientes del engarce.

Todo el atractivo de su juego eran la rapidez del éxito y la visible irreflexión con que esparcía las puestas. ¿Estaba emocionado? No se veía, pero lo estaba profundamente; el oro –no el dinero– tiene esa virtud. ¿Recordáis la prodigiosa página de D'Annunzio,

en la «Ciudad Muerta», cuando el protagonista refiere el hallazgo de los sarcófagos de oro entre las ruinas de la ciudad helénica? La fantasía del sumo creador de imágenes ha poetizado –sin poderla exagerar– la emoción de los primeros ojos que vieron el hallazgo de Enrique Schliemann en las ruinas de Micenas.

*

* *

Sucediéronse varias jugadas desfavorables. Una mano inquieta le asió del brazo, como una garra, mientras corría la bola.

-Vamos, no seas caprichoso…

La bola dio su respuesta irónica, entrando en un número lleno de oro. El jugador miró a su amigo, sonriendo.

-¡No importa! ¡Vamos! insistió el otro, sin comprender la absoluta inutilidad de sus palabras.

El imán era demasiado poderoso y el hierro demasiado dulce.[19] El jugador no se movió; aparte de su placer interior,[20] tenía público y no podía defraudar la curiosidad de cien miradas.

Hubo pocas alternativas. En pocos minutos no le quedaban ni cinco mil francos.

-Vamos…

-¿Por qué pretendes interrumpirme este goce de perder?

El jugador se puso de pie, satisfecho y sonriente, repartió su oro en una sola jugada y se echó las manos en los bolsillos.

La bola partió, veloz como una flecha disparada por Diana contra un centauro descortés. Rodó levemente, y rodó, y rodó, –¡rien ne va plus!, gritó una voz– y entró en la rueda con estridores de juguete infantil; tropezó en un número, ¿cuál?, dio un brinco, pasó al lado opuesto, volvió a saltar, dio otro salto más pequeño, tropezando en varios números antes de caer en el preferido: como cae un chico travieso fatigado por sus correrías.

El espectáculo había terminado. Ya no había napoleones[21] en la mesa; el público jugaba escudos y luises. Los curiosos habíanse dispersado. Las mujeres galantes no estaban allí; habían huido como las mariposas huyen[22] de una luz que se apaga. El judío mostraba, como antes, su cara de Harpagón en acecho. En la otra mesa el yanqui proseguía su distracción abundante y monótona, barajando su medio millón inagotable.

-Eres un caprichoso…

-Soy apenas un artista, y me encantan las emociones bellas…

-Perder…

-Es mejor que ganar. Se goza más. Embriaga más, ciega más si quieres, pero es más emocionante, más bello. ¿Qué habría hecho con tres mil luises? ¿Habría podido comprar un minuto de esta bella emoción?

*

* *

Esa es la verdad. El mayor de los placeres consiste en perder; el orgullo más grande es saber perder.[23]

El dinero nada vale en sí mismo; vale por los placeres que puede proporcionarnos. Allí está la diferencia entre el criterio de un artista y el criterio de un burgués. Este es incapaz de pagar con puñados de oro un minuto de emoción; antes piensa la cantidad de platos suculentos que puede costearse con ese dinero, el tanto por ciento que podría dar en un banco, los buenos litros de Borgoña y de Barbera que abrevarían sus fauces insaciables; huelga decir que ignora el Falerno de los césares. El artista, en cambio, vive de emoción; la vida sólo merece vivirse a precio de la diversidad continua y de lo inesperado permanente. Sólo es bueno tener dinero para gastarlo con provecho; comprarse una bella emoción es la mejor manera de gastarlo.

El problema queda reducido a esto: ¿perder dinero en el juego es una bella emoción?

Sin negar que también lo sea ganar, –cuestión de temperamento,– perder es magnífico. Modos de ver, al fin. Ganando goza cualquier espíritu inferior. El rebaño goza cuando crece el pasto, que es su ganancia; goza el labriego cuando sube el precio de la alfalfa; el tabernero cuando sus vecinos beben más alcohol que de costumbre; el propietario advenedizo cuando se elevan los alquileres; el prestamista cuando vence el plazo y no se retira la alhaja empeñada; cualquiera cuando gana la lotería. Todos ellos quieren ganar dinero por el gusto de ganarlo y de tenerlo, asegurándose el pan y el techo para la vejez. Un espíritu amante de la vida intensa ve las cosas de otro modo. El dinero no es un fin, el pan de la vejez no es un problema. La vida es un hecho actual, independientemente del porvenir; es necesario vivirla intensamente, ahora por de pronto, mañana si es posible. El placer actual, realidad indiscutible, no puede sacrificarse al problemático mendrugo futuro; por eso muchos artistas mueren pobres, pero han vivido su vida. El dinero sólo pueden ansiarlo como instrumento para satisfacer la innumerable serie de placeres concebidos por su fantasía.

Los ingenuos objetarán: el juego es un «placer inútil». El adjetivo inútil no puede calificar al substantivo placer; «placer inútil» es una simpleza.

Lo inútil es el negocio;[24] el placer no tiene por qué ser útil y el juego es por definición una cosa inútil. Para el carnero, el labriego, el tabernero, el advenedizo y el prestamista ¿hay nada más inútil que escribir la Ilíada, pintar la Cena, modelar el Moisés o edificar el Partenón, si por ello no se gana dinero? Para el criterio burgués, Homero, Leonardo, Miguel Angel y los arquitectos de Pericles, fueron grandes perdedores de tiempo si no cobraron por su trabajo: ¡cuántos platos de lentejas podrían distribuirse con el precio de una columna del Partenón!

La belleza puede no representar una[25] utilidad en metálico; la emoción que nos proporciona vale por sí misma y no por el provecho material que nos reporta. ¿No pagamos para oír una sinfonía de Beethoven o una ópera de Wagner? ¿No pagamos para visitar el Foro Romano, la Galería Pitti o una exposición de arte moderno? ¿No pagamos para llegar hasta el Niágara o el Iguazú?

Y bien, un jugador se paga su emoción de belleza, en la forma que la siente. ¿Goza perdiendo? Pues a perder; para él eso es lo mismo que pintar para Leonardo y esculpir para Miguel Ángel.

El juego arruina, se objetará, y es exacto. ¿Cuántos hombres viven y mueren pobres porque aman las bellas artes? ¿Cuántos se arruinan por el amor de una mujer, que es para ellos lo más hermoso?[26] ¿Cuántos por ver de cerca el cráter del Vesubio o por contemplar el mundo desde un aeróstato inseguro?

El juego solamente es hermoso y respetable cuando se está dispuesto a perder, cuando sólo se busca en él una bella emoción.

Jugar para ganar es una forma sencilla de la avidez, digna de filisteos y de domésticos; no jugar por no perder, es una impotencia o una inferioridad, como la del que no asiste a una ejecución de «Los Maestros Cantores» por no pagar el precio de la butaca. Jugar para perder es un bello gusto,[27] como lo es toda satisfacción de un deseo, por caro que sea su precio.

Dicho queda, con esto, que ninguna persona razonable debe venir[28] a Montecarlo con la ilusión de ganar un solo franco. Jugar es poder,[29] y sólo es bello cuando el perder no importa ni perjudica; en Montecarlo sólo ganan los accionistas y cada jugador contribuye a amasar los cuarenta millones que ellos se distribuyen anualmente. Las ganancias fabulosas y los afortunados que hacen saltar las bancas, ya no existen. Nadie puede contar eso honestamente; parece que su alteza el príncipe de Mónaco prohibió la entrada a Tartarín de Tarascón. Era el único ganador de millones.

Antes de venir a jugar, los que ignoren la locura que acompaña a esta bella emoción de perder, procederán cuerdamente leyendo «El jugador», de Dostoyewsky –cuadro perfecto– y algunas páginas eficaces de Barrés y de Bourget. Ellos enseñan que el juego es vicio, es ruina, es deshonra, es suicidio,[30] como arguyó Varela Ortiz al fundar nuestra actual ley sobre el juego.

Lo peor es que miente el adagio: «desgraciado en el juego, afortunado en el amor». En Montecarlo el amor se compra y cuesta caro; el que pierde se queda sin dinero y sin amor.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 Como es habitual, la versión de esta crónica en *AMC* no tiene destinatario ni firma, sólo el título y la fecha: «Montecarlo, 1906». Asimismo, antes del párrafo que aparece como primero en *La Nación*, en *AMC* se introduce este otro: Obsesionado por el vertiginoso rodar del oro sobre el tapete, el jugador fue presa de un vértigo sobrenatural que le ausentó de las miserias mundanas, como si el voltejar intermitente de la ruleta fuese un placer de estetas o de dioses.

2 En *AMC*: en un cerebro de artista, sobre un tema sinfónico

3 En *AMC*: desplegada sobre el hombro de un amante insaciable.

4 En *AMC*: del amarillo más radioso:

5 En *AMC*: alucinante

6 En *AMC*: Whistler o Manet

7 En *AMC*: El gárrulo retintín del oro arrullaba sus oídos con música deliciosa: mágico sonar de campanillas sutiles, ágil murmullo de lluvia risueña sobre una galería de tersos cristales vibrantes en un silencio de media noche, rumor de frágiles olas quebrándose contra una roca de metal sonoro, desgranamientos de frescas risas en una boca juvenil cuyos dientes fuesen minúsculos bronces musicales

8 En *AMC*: entre sus brazos

9 En *AMC*: Le rodearon

10 En *AMC*: un verbo

11 En *AMC*: las recogió

12 En *AMC*: de la emoción

13 En *AMC*: ve

14 En *AMC*: de Homero

15 Estas cinco palabras no figuran en *AMC*.

16 En *AMC*: ni el amor de madre

17 En *AMC*: intensa

18 En *AMC*: la Montespán

19 En *AMC*: harto dulce

20 En *AMC*: aparte su placer interior

21 En *AMC*: ya no había placas

22 Verbo elidido en *AMC*

23 En *AMC*, este párrafo está modificado: Para algunos temperamentos esa es la verdad. El orgullo más grande es saber perder.

24 En *AMC*: lo útil es el negocio

25 En AMC: no puede medirse por su

26 En AMC: la más hermosa?

27 En *AMC*: un bello gesto

28 En *AMC*: ir

29 En *AMC*: Jugar es perder

30 El resto de la frase está suprimido en *AMC*.

Miércoles, 14.III. 1906, página 4, columnas 3,4 y 5.

EL SEÑOR CERO-A-LA-IZQUIERDA Y LA POLÍTICA FRANCESA[1]

Niza, febrero de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

¿Por qué no entrevistarle[2] sobre la actualidad política de Francia? Presidente nuevo, senadores nuevos, inminente renovación de la cámara de diputados y otras novelerías de bulto, pesan sobre sus hombros. Es ciudadano, y como tal la constitución le concede el privilegio de pagar los impuestos y la ilusión de elegirse gobernantes.[3] ¿Qué piensa de «todo eso» el Señor Cero-a-la-izquierda?[4]

Fue fácil dar con él: aunque no existe, está en todas partes. Para abordarlo no es menester pasarle tarjeta ni hacer antesalas; en este concepto es más razonable que cualquier hombre ya ilustre o apenas semicélebre.[5] Salimos de paseo por los alrededores de Niza; el cielo claro, los árboles a medio vestir, el horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todas partes, como en un suave paisaje de Corot.[6] Aquí una choza triste rodeada por jardines policromos; allá una fresca moza[7] vigilando sus vacas blancas dispersas como granos de arroz sobre el inmenso verdor de la pradera; más lejos un sendero tortuoso e interminable serpenteando en el valle como una tenue víbora inquieta. Y en el fondo los Alpes Marítimos dibujando sobre el azul su línea irregular como el margen de un libro cuyos pliegos rompemos sin paciencia, nerviosamente, con los bordes de la mano. A la derecha, sobre la falda abrupta de una sierra, un olivar ponía su pincelada vasta de sombra y de tristura. A poco andar, rumbo al vecino pueblo de Grasse, muchos vergeles en flor; allí tropezamos con tres siluetas humanas, dos jóvenes y un viejo, que igual pudieran encontrarse en un volumen de Zola o en una página de Gorki.[8]

Sus manos groseras y mugrientas cortaban rosas pálidas que caían desmayadas en banastos de mimbre y de caña; los pétalos temblaban entre la brusca tenaza de sus dedos, como el busto frágil de Ana Bolena se estremeció[9] al contacto del verdugo londinense. Es una de las crueldades necesarias para la industria de los perfumes; ¿cómo podría comprender el rico burgués de Grasse que las rosas pálidas deben ser recogidas por manos galantes y agonizar entre los senos de una Afrodita hermosa? Menos comprenden estos infortunados campesinos, que en cosechar las rosas ven sólo un oficio; a fuerza de recogerlas durante muchos años no sienten ya su perfume, ni deleita su vista el matiz suavísimo de las corolas sonrientes a la tibieza del sol, ni cosquillea su piel al suave contacto[10] de los pétalos sedosos. Trabajan como bueyes uncidos a un yugo, sin cariño por la tierra fecunda ni por las flores aromosas como incensarios. Sin embargo, a la distancia, sus espinazos encorvados parecían cuellos de viejos cisnes obscuros y el cuadro despertaba evocaciones poéticas: un carmen de Horacio o una

tela de Millet.

Al acercarnos, los tres se irguieron a medias y nos dieron los buenos días, tímidamente, en su dialecto endiablado, mezcla de marsellés y piamontés con alguna pizca de castellano. Fácilmente hicimos cordial amistad, mediante un cigarrillo por cabeza, procedimiento habitual entre los visitadores de manicomios. Charlamos del tiempo, de las flores, del trabajo, de los extranjeros que llegan a Niza huyendo al espantoso clima invernal de París –bruma, lodo, lluvia y meretrices,– y charlamos también de otras cosas inútiles como preámbulo a la más inútil de todas para ellos: la política.

—

-¿Habéis oído hablar del nuevo presidente?

El viejo se encogió de hombros y agregó, señalando al más joven:

-Yo soy un trabajador honesto y no me gustan las intrigas. Este, sí, lee los diarios y el otro día nos contó que ahora han inventado otro presidente.

El joven, que acechaba la ocasión de hablar, intervino de prisa:

-Yo soy un ciudadano y un patriota. Sé que el nuevo presidente se llama Fallières y puedo asegurar que debe ser un gran hombre…

-¿Por qué debe serlo? –interrumpimos.

-Porque lo han nombrado presidente. En Francia no es presidente cualquiera; tiene que ser un hombre extraordinario, como antes era el rey. Por eso nos manda a todos.

-¿Usted lo ha visto alguna vez?

-Personalmente nunca: pero salió el retrato en «mi» diario. ¡Ya lo creo que me gustaría verlo! Debe ser un hombre hermoso, alto, robusto, sabio, muy bueno…

-¿Y qué más? –interrumpió con sorna el otro joven.

-No le haga caso, buen señor: a éste le llamamos «el loco». Se ríe de los que nos mandan: no quiere comprender que un presidente no es un hombre como los demás. ¡Pues sí! Yo hice[11] toda la escuela elemental, presté mi servicio en el ejército y soy ciudadano de la Francia, que es el primer país del mundo. Y tengo derecho de asegurar que un presidente es el hombre más sabio y más bueno…

-Está bien; pero no tanto como lo era el rey, ni como lo es el cura de nuestra parroquia, ¡no exageres! –corrigió el viejo.

-Fallières es más sabio y más bueno que el rey, que el cura y que todos; para eso es presidente.

Mientras el viejo cabeceaba, negativamente, el loco nos dijo sonriendo:

-Ya ve, señor. Todo está en averiguar si el cura y el rey son mejores que el presidente. Yo siempre les digo que son iguales y que son hombres como nosotros; por eso me llaman el loco.

-¿Cómo nosotros? –exclamó el viejo persignándose.

-¡Claro! Nosotros nos ocupamos de nuestro oficio[12] y ellos de los suyos. Estos simples

no quieren creer que juntar rosas es tan importante como decir misa o hacer discursos; aparte de que es más lindo…

He ahí un tema[13] para un cuento anarquista de Octavio Mirbeau.

—

El ciudadano, lector de «su» diario, creyó justificarse con estas palabras:

-Yo, señor, no soy un tonto como él. Yo no pienso con mi pobre cabeza de ignorante, no tengo esa pretensión: yo repito lo que dice «mi» diputado cuando viene a pronunciarnos un discurso muy lindo, ¡viera que discurso! Ya se lo he oído a él mismo tres veces y siempre me hace llorar de patriotismo, porque, además de republicano, es radical. ¡Y qué radical! Habla sin cortarse nunca y le han tomado el discurso en esas máquinas que hablan solas.

-En el fonógrafo.

-Yo no necesito saber el nombre de la máquina. Pero cada mes, cuando bajo al pueblo, me gasto diez céntimos para oírlo de nuevo…

-Sí, sí. ¡Harías mejor en oír todos los domingos los sermones del cura! Y son más buenos porque siquiera algunas veces son diferentes y no hay que pagar diez céntimos para oírlos. Además el cura dice siempre la verdad, lo mismo hoy que hace cincuenta años. El viejo temblaba de emoción al pronunciar estas palabras.

-Pues yo, señor, me quedo con lo que dice «mi» diputado. Este viejo no lo quiere porque los diputados son amigos de los presidentes y ahora éstos se han peleado con los curas. Pero la verdad es…

-El cura dice que entre los presidentes y los diputados les han robado todos sus bienes a los que van a la iglesia.

-¡No es cierto! Esa es la ley que se llama de la separación de la Iglesia y del estado. Y la ley no la hacen los presidentes y los diputados; la hace el pueblo, el pueblo que es soberano[14] desde que la Gran Revolución rompió sus cadenas…

Y el loco, al desgaire:

-¿Y quién es el pueblo?

-Los ciudadanos, nosotros.

-¿De manera que tú eres el pueblo?

-¡Sí; en la escuela he leído los derechos del hombre!

-¿Entonces, tú has hecho esa ley de la separación? –gruñó el viejo, entre indignado y sorprendido.

El ciudadano se quedó pensativo, sin saber qué contestar.

—

-A mí no me agarran más esos charlatanes –dijo el loco. Primero nos dicen que somos ciudadanos, que nos van a proteger, que nos aumentarán el jornal, que los

grandes destinos de Francia están en nuestras manos, que el trabajo ennoblece y dignifica al hombre, y mil paparruchas agradables al oído, hasta que llega el día de las elecciones. ¡Y los viera, señor! Vienen de chambergo a visitarnos en nuestras covachas, nos dan una palmadita en el hombro, nos tutean, felicitan a nuestras mujeres por su buena salud, se sientan los chicos sobre las rodillas sin fijarse en que les ensucien los pantalones recién planchados, y al irse nos aprietan la mano con gran efusión o nos pagan un ajenjo barato en la taberna vecina. Parecen viejos amigos…

-El mío lo es de verdad –repuso el ciudadano.

-¡Ya se ve! ¡Hasta el día de las elecciones! Ese día nos llevan a votar como carneros.

-¡Eso no lo dirás! ¡Te consta que «mi» diputado nos manda buscar en birloche y que en la fonda de la Fraternidad Republicana tenemos almuerzo y beberaje gratuitos!

-¡Sí! Pero al día siguiente… si te he visto no me acuerdo. Gran galera, gran levita, gran cuello; ya no nos saludan cuando pasan por el camino mientras nosotros sudamos la gota gorda en el trabajo; y de yapa, si no tenemos cuidado, nos aplastan una criatura con esos coches que andan muy ligero sin caballos. ¿A mí? ¡Maní! Que le cuenten a otro que los destinos de Francia están en nuestras manos; yo no creo en la política.

-Haces mal –replicó el ciudadano. –La Francia, como dice el discurso de «mi» diputado, es la madre de todos nosotros y a ningún hijo pueden serle indiferentes las cosas de su madre.

El viejo opinó con mucha calma:

-No, hijo mío. La madre es la Iglesia, como enseña el cura los domingos. Lo que el loco dice de los diputados de ahora es la pura verdad, se ríen de nosotros. Yo voté la otra vez por el mismo por quien tú votastes; pero fue porque el patrón del campo me iba a despedir si no lo hacía. Sin embargo, me confesé la mañana siguiente y el cura me perdonó con tal que no lo hiciese más.

-Pero volverá a hacerlo en las elecciones de abril, porque usted, aunque viejo, es un ciudadano libre y por eso tiene que hacer lo que diga «mi» diputado.

-¿A eso le llamas ser un ciudadano libre? –dijo el loco. –Se conoce que has ido mucho a la escuela y sabes leer «tu» diario. Con razón estás orgulloso de ambas ventajas…

-A ti también te despedirán por loco.

-Puede ser. Pero yo no soy viejo todavía y encontraré trabajo en cualquier parte. Yo no voto, yo no voto más, porque «tu» diputado es un embrollón. Antes de las elecciones me prometió nombrarme lacayo del coche[15] que anda muy ligero sin caballos y después me plantó…

Acabáramos.[16]

El loco prefería ser lacayo a cosechar rosas. Ya no hay cuento anarquista para Octavio Mirbeau.

—

-¡Se conoce que el despecho te hace hablar! Si hubieras oído la parte de «nuestro» discurso que explica las nuevas leyes que van a hacer…

-¡Linda cosa! Eso de las leyes nuevas hace un siglo que lo repiten. Para mí las leyes son simples torniquetes para sacarnos la plata de los bolsillos. Cuando hemos trabajado un día entero para juntar un carro de rosas y las llevamos a la fábrica nos cobran tres sueldos, porque dicen que hay una ley; cuando sube el precio del pan el panadero dice que hay otra ley; cuando murieron el tata viejo y mi angelito inocente tuve que pagar para enterrarlos, porque hasta para morirse han inventado una ley especial. ¡Estamos frescos si tu diputado sigue haciendo leyes nuevas!

El viejo quiso poner las cosas en su lugar:

-No hay que hablar mal de las leyes; toda ley es justa y respetable. Dios, cuando hizo el mundo, hizo también la ley. La Santa Madre Iglesia tiene sus leyes y el rey también las tuvo. Lo malo es que ahora quieren echar a todos los reyes y separarse de todas las iglesias; eso es lo malo.

-No, no es eso; interrumpió el loco.

-Sí, muchacho, es eso. Ahora los que hacen las leyes son hombres que hablan; el cura dice siempre que estas leyes de hoy no son más que habladurías y que pronto se van a acabar.

-¡Nunca! –rugió el ciudadano. – «Mi» diario dice otra cosa: el presidente Fallières va a aumentarlas para hacer respetar los sagrados principios de la Revolución Francesa, los inmortales derechos fundados en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

-¡O[17] ingenuo! –exclamó el loco, riendo a mandíbula batiente. ¡Nuestra libertad… y si no votamos por «tu» diputado nos despiden del trabajo! ¡La igualdad entre los que pagamos cada ley que ponen y los que cobran sueldo para ponerlas! ¡La fraternidad que nos rehúsa la mano después de las elecciones y nos aplasta la criatura con el coche que anda ligero sin caballos!

El asunto del automóvil le hervía en los sesos.

—

La discusión entre ellos se agriaba: resolvimos cambiar tema. Pocas conversaciones políticas nos han parecido más interesantes que éstas,[18] cuya disparatada ingenuidad deja traslucir la verdadera mentalidad política del campesino francés. Nos dirigimos al viejo:

-¿Ha oído hablar de la guerra entre Rusia y el Japón?

-No los conozco, deben ser reyes de ahora o presidentes.

-Son dos países.

-¿Países?

-Sí, dos países, como Francia y Alemania.

-Antes no había tantos. He oído hablar de la Italia y de que hay ingleses. Esos otros deben ser cosas nuevas. ¡No le decía yo que todo anda mal! Los diputados, además de

hacer leyes nuevas, inventan países nuevos para que haya más guerras.

-¿Le parecen malas?

-Ya lo creo, pero no hay remedio. Cuando el rey de Francia se enojó con el de Alemania tuvimos que ir a la guerra todos los pobres. Me acuerdo que fue mi padre, que fueron mis tres hermanos y yo también fui. El viejo y dos de mis hermanos murieron ¡pobrecitos!, nunca habían hecho mal a nadie…

El viejo se enjugó algunas lágrimas con el faldón de la chaqueta. Y siguió:

-A mí me hirieron en un brazo, pero estoy contento porque me dieron una cintita azul. Lástima que no puedo usarla, pues nunca bajo a la ciudad…

-¿Y por qué fueron a la guerra?

-Eso es otra cosa. Hay que ir porque el rey lo manda. Por eso no me gustan los reyes que se enojan; ellos se enojan y los pobres tenemos que hacernos matar.

-¿Y ellos?

-Ellos se arreglan cuando nosotros ya estamos todos muertos.[19] Pero hay que tener paciencia; la guerra es un castigo que nos manda Dios y hay que saberla sufrir con resignación. Dice el cura que si Dios no quisiera no habría guerra.

-¿Pero, entonces, la culpa no es de los reyes?

-Ahora no, ahora es de los presidentes…

El ciudadano ardía por interrumpir y acabó por hacerlo:

-La guerra, dice «mi» diputado, es para defender a la Francia que es la madre de todos nosotros; tenemos que ir[20] aunque no sepamos por qué.

-Y aunque nos maten –refunfuñó el loco.

-¡Naturalmente! Si hubieras oído a «mi» diputado no hablarías con tan poco juicio. Aunque no lo dice muy claro, porque en la política nunca se debe hablar claro, da a comprender que todos los alemanes son unos pícaros y quieren matarnos a todos los franceses de por acá, como ya mataron a todos los de Alsacia y Lorena; y dice también que si vienen los ingleses nos van a robar toda la plata…

-¡Qué lástima! –comentó el loco. -¡Ya no tendrás diez céntimos para oír cada treinta días el discurso de la máquina que habla sola!

—

-Ya ve, señor –nos dijo el anciano: -los hombres de hoy no se entienden más desde que han inventado la política. Antes todos éramos como hermanos. Nos quitábamos el sombrero para pronunciar el nombre del rey, los hijos pensaban como los padres, el cura nos daba buenos consejos y no había que pagar nada para llevar a la fábrica un carro de rosas. Ahora es otra cosa: el pobrerío no se entiende, parece que en estos campos hubieran sembrado alguna hierba mala. Los muchachos se ríen de los viejos, los diputados nos hablan de cosas que ni ellos comprenden, los patrones nos llevan a votar, a los curas les faltan al respeto y cada día inventan otra ley para que paguemos plata[21] ahorrando sobre la comida… Y a todo esto le llaman la política, la república, y

qué sé yo.

-Los viejos no pueden comprender esto, pero los ciudadanos lo entendemos muy bien. No conocen las glorias de la Revolución Francesa, ni los Derechos del Hombre…

Amenazaba recitar otro capítulo del discurso de «su» diputado, cuando el loco le advirtió que asomaba a lo lejos la silueta del dueño de las perfumerías de Grasse. Los tres volvieron a su yugo, mansitos, doblando otra vez sus espinazos como cuellos de viejos cisnes obscuros. Solamente el loco se atrevió a despedirse; nos guiñó el ojo picarescamente, señalando al ciudadano:

-¡Este no quiere convencerse de que es un Cero-a-la-izquierda!

JOSE INGEGNIEROS

Notas

1 En *AMC*, el título de esta crónica está abreviado como «El señor cero-a-la-izquierda», fechada en Niza, 1906. Sin marcas del discurso epistolar.

2 En *AMC*: entrevistarles

3 En *AMC*: Son ciudadanos, y como tales la constitución les concede el privilegio de pagar los impuestos y la ilusión de elegirse gobernante.

4 Este párrafo aparece en tercer lugar en *AMC*.

5 Oración suprimida en *AMC*.

6 En *AMC*: De paseo por los alrededores de Niza: cielo claro, los árboles a medio vestir, horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todos los rumbos como en un suave paisaje de Corot.

7 En *AMC*: una moza

8 En *AMC*, este párrafo figura en primer término, aunque con las supresiones y modificaciones indicadas.

9 En *AMC*: como se estremeció el busto frágil de Ana Bolena

10 En *AMC*: ni cosquillea sus dedos el suave contacto

11 En *AMC*: yo cursé

12 En *AMC*: nuestros oficios

13 En *AMC*: He ahí tema

14 En *AMC*: el pueblo soberano

15 En *AMC*: me prometió una plaza de chauffeur en ese coche

16 Esta oración y la que sigue están suprimidas en *AMC*.

17 En *AMC*: ¡Oh

18 En *AMC*: ésta

19 En *AMC*: cuando nosotros estamos todos muertos.

20 En *AMC*: debemos ir

21 Palabra omitida en *AMC*.

Sábado, 31.III.1906, página 5, columnas 1,2 y 3.

LA ENFERMEDAD DE AMAR[1]

Roma, marzo de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

«En Nápoles,[2] la víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven señor, el príncipe Pignatelli, se suicidió descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos «A sí mismo». En la habitación, libros de Nietszche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye a una intensa neurastenia y a la influencia de las lecturas de esos libros. Es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad.[3]

Pignatelli era un joven afortunado en el amor;[4] la vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre a medias; cien primaveras de ensueño fugaz habían florecido en su corazón,[5] que era un vergel de frivolidades.

Después le llegó su hora,[6] como a todos. Ella le sonrió una vez; fue en la hora indecisa del véspero, frente al golfo que el Vesubio decora, entre Sorrento y Cumas,[7] bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones más vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en su corazón?

El vio en la sonrisa un amanecer y en la primera palabra oyó una melopeya; desde ese minuto la amó locamente, como todo el que sabe amar. El amor es una enfermedad así: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fue el prefacio de otras mil; hubo caricias como aleteos de mariposa que hacen estremecer una corola, frases musicales como versos dannunzianos,[8] suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de alternativas que conoce quien ha amado alguna vez.

Al aproximarse de la hora nupcial la felicidad estremecía sus corazones. Llegó la víspera, jovial como un mayo de Andalucía. ¿Qué pensamientos cruzaron su alma durante la noche trágica? En vez de la ventura amaneció la catástrofe horrible; inesperadamente el príncipe Pignatelli se suicidó[9] con gesto propio de drama clásico, dejando como testamento la estrofa del poeta pesimista: «Nada hay que valga los latidos del corazón; la tierra no es digna de nuestros suspiros; la vida es tedio y amargor; el mundo es lodo.»

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en el suicidio de este joven príncipe;[10] los mentalistas dirán sus diagnósticos

descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene, empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cincuenta hombres y dos mujeres que han leído a Leopardi, Nietszche y Schopenhauer, sin haber pensado jamás en el suicidio. El príncipe Pignatelli ha muerto de un mal profundamente humano: tenía miedo de amar y falleció en una crisis de la enfermedad vulgarmente llamada amor.

*

Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. Amar es temer. El amante[11] teme a su amada como el albino teme la luz;[12] el amor ciega como el albinismo. La teme por sí y por ella. Teme ser inferior al concepto en que desearía ser tenido, no responder al jucio en que se le tiene,[13] romper el propio ensueño con una palabra importuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión unánime es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En el espíritu ebrio de emociones la persona amada parece el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaría un invisible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente, es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto ininterrumpido. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oírla hablar con el temor de que el esfuerzo[14] de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora a solas sin saber por qué, es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con otras cien mujeres, se espantan cierto día frente a una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiembla ante esa mujer? Es paradojal, pero lógico. El hombre que sabe engañar a mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar a la única que ama. Cuando se atreve –si alguna vez lo ensaya– se limita a ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente a las plantas de doña Inés anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualquiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan o de Manón.

*

Dante y Petrarca[15] sabían que el hombre enamorado no es un ser normal. Stendhal lo repitió. Ahora lo enseñan los médicos del espíritu, desde Mauricio de Fleury hasta Gastón Danville.

El cerebro sano repudia las ilusiones; un cerebro enamorado sólo piensa a través de ellas. Toda ilusión es un proceso anormal, el[16] producto de una perturbación que impide asociar debidamente las sensaciones o las ideas. Ver lo blanco negro y lo negro blanco es propio de quien ama.

El espectro de la ilusión posee una gama compleja. Todo amor poetiza su objeto: poetizar significa revestir de gratas mentiras. Cualquier niña cree que su novio tiene talento, buen porte, fortuna, virtudes a granel y porvenir risueño, magüer sea zote, cojo, pobre, vicioso y vagabundo. Y todo galán afirmará que su prometida posee el don divino de la gracia, ojos de ebonita o de zafiro, perfil helénico y labios elocuentes, aunque sea insípida, posea ojos desteñidos, nariz sionista y labios pálidos por la anemia.

No es menester mucha psicología para adivinar que esos juicios son anormales y provienen de una lógica enfermiza; la facultad de juzgar está reducida a cero o poco menos. Por ende no se exagera afirmando que los enamorados son enfermos del espíritu, mientras dura su amor.

*

Otras perturbaciones más graves se observan en ellos, aproximando el amor a la locura: la obsesión y la idea fija, cuyas definiciones incompletas pueden leerse en los tratados de patología mental.

El enamorado tiene la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por su cerebro se asocian con otras que se refieren a la persona amada. Si ve un hermoso jardín, sueña un idilio pastoral; si oye un rumor de alas entre las ramas, supone que los pájaros se aman y desearía aletear como ellos; si un manjar sabe a miel, cree tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si toca un terciopelo, recuerda la mano cuyo contacto frisa sus nervios como inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que de ella emana. Si ve el mar de índigo o de ultramarino, reconstruye un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, cree descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, supone que en traje agrestre de ninfa va a salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja un beso, toda apertura un abrazo, todo contacto una caricia. El cerebro del amante es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como a Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado a frasear sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

Junto con la idea fija se organiza la obsesión, ineludible y todopoderosa. El estudiante interrumpe sus estudios; la imagen de la amada le aparece en cada página de libro como una ilustración al agua fuerte; en cada línea lee el nombre del ser amado. En vano vuelve las páginas y salta las líneas; todas tienen la misma ilustración y dicen el mismo nombre. ¿Cambiar el libro? ¿Para qué?

¿Escribir? Inútil pensarlo. Tomar la pluma equivale a escribir una carta de amor, salpicada por lágrimas y entrecortada por suspiros. Una carta que generalmente no se manda, es cierto; pero una carta al fin, es decir, algo que traduce la fuerza irresistible, la idea obsesiva.

¿Trabajar? Un enamorado sólo conserva aptitudes para amar. Si es abogado enredará sus pleitos, si médico olvidará la hora de sus consultas, si barbero degollará a sus clientes, si tabernero servirá petróleo por manzanilla, si prestamista (¡ni ellos se libran de esta enfermedad!) olvidará cobrar su tanto por ciento.

Hay excepciones. Así como ciertas enfermedades suelen beneficiar a los pacientes –la tuberculosis embellece a Margarita Gauthier, la histeria ilumina a Santa Teresa, la locura inspira a Hamlet,– el amor favorece a algunos enamorados. Este privilegio corresponde a los artistas; y es justo, por ser ellos los más sensibles a la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wagner no amaba al escribir «Tristán e Isolda», Petrarca al rimar los sonetos a Laura, Cánova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la sonrisa sin par de la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una divina catástrofe. Los hombres puntuales yerran sus citas y los inteligentes proceden como aturdidos; las niñas coquetas parecen tontas y las risueñas tórnanse mustias. Por una sola y eterna causa: la idea fija, la obsesión.

*

La clínica enseña que no hay enfermedades sino enfermos. En el mismo sentido puede afirmarse que no hay una enfermedad de amor[17] sino enfermos de amor. Cada sujeto se enamora de distinto modo, según sus idiosincrasias personales.

La timidez, las ilusiones, la obsesión, difieren en cada caso. Así como la pulmonía reviste caracteres distintos en un viejo y en un niño, en un atleta monstruoso y en una histérica sentimental, el amor presenta aspectos diversos en cada enamorado. En ello intervienen cien factores: la edad, el sexo, la profesión, la raza, la intelectualidad, la posición social, el clima, el temperamento, la oportunidad: ninguna circunstancia carece de significación en el amor.

Además, en un mismo individuo, la enfermedad suele presentar muchas formas; los antecedentes «clínicos» de cada amante varían al aparecer una nueva crisis. Un éxito precedente no puede influir lo mismo que un fracaso; las condiciones personales[18] de la persona amada tienen que modificar los caracteres de la pasión que ella inspira.

Por eso las variedades son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior a todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél paga con su vida el precio de un amor absoluto, o ve triunfante un rival, o siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Zola y de Wagner, de Barrés y de D'Annunzio. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el color de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un

único rayo[19] de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

El médico de almas observa serenamente la gama compleja de estos casos, con simpatía y con piedad, mientras el amor acrisola sus pasiones y alienta sus más secretas esperanzas; parecen los tristes penitentes de un purgatorio dantesco. Y en su lenguaje lapidario los clasifica y rotula: para él sólo son diversas formas clínicas de una misma enfermedad.

*

El mal cura a menudo; rara vez se vuelve incurable. Hay amores agudos y amores crónicos, lo mismo que nefritis o delirios.

Cura por tedio o por hartazgo, gradualmente, «por lisis»; o bien cura por celos o por dignidad, repentinamente, «por crisis».

El matrimonio suele ser[20] su antídoto más eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que el amor sólo llega a sobrevivir un par de años en el matrimonio;[21] se refería, naturalmente, a los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio; ¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia, la amistad completa no sobreviene con tanta prisa como huye el amor.[22] Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía conyugal, la felicidad irremediable.[23] Es decir, ordinariamente irremediable; pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces aparece un peligro de otra clase, la recidiva: pocos infelices escapan a ella. Sólo es difícil la primera culpa.

Otros enfermos curan por crisis; son infinitos. Pueblan el drama y la tragedia, siempre iguales y siempre diferentes.

Esta enfermedad se hace crónica pocas veces, lo mismo que los demás padecimientos humanos. Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas para su vida;[24] sólo una o dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno o dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de ciclón.

*

El trágico fin del príncipe Pignatelli podría interpretarse[25] como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos tísicos y cardíacos se suicidan para escapar a la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿por qué nos extrañará[26] que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven partenopeo comprendió la gravedad de su inconmensurable

amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando a su prometida, vaciló frente al peligro, temió amar por mucho tiempo todavía, en ese continuo padecer del que vive atormentado por una idea obsesiva. Y[27] resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final a la angustia buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, «como debiera ser» si los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados, es porque los enfermos del espíritu no saben darse cuenta de[28] la gravedad de su propio mal; los alienistas saben que en muchos casos la locura es un infortunio que se ignora… Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 En *AMC*, este texto aparece con el mismo título, sin el destinatario ni la firma y fechado en Nápoles, 1906.
2 En *AMC* se excluye la aclaración del lugar.
3 En *AMC*, esta última oración se modifica: Esta noticia de policía, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad.
4 En *AMC*: El joven príncipe era un elegido del amor
5 En *AMC*: cien arreboles de ensueño fugaz habíanse sucedido en su corazón
6 En *AMC*: su turno
7 Se suprimen estas cuatro palabras en *AMC*.
8 En *AMC*: como versos de Samain
9 En *AMC*: el príncipe se suicidó
10 En *AMC*: en este suicidio
11 En *AMC*: El amador
12 En *AMC*: teme a la luz
13 En *AMC*: en que se le estima
14 En *AMC*: oírlo hablar temiendo que el esfuerzo
15 En *AMC*: Ovidio y Petrarca
16 Artículo suprimido en *AMC*.
17 En *AMC*: enfermedad de amar
18 En *AMC*: las condiciones morales
19 En *AMC*: como un rayo único
20 En *AMC*: puede ser
21 En *AMC*: en el consorcio
22 En *AMC*: como el amor huye.
23 En *AMC*: la infelicidad irremediable
24 En *AMC* se suprimen estas tres palabras
25 En *AMC*: El trágico fin del amoroso príncipe puede interpretarse
26 En *AMC*: ¿cómo nos extrañará
27 En *AMC* está elidida esta conjunción y la frase continúa a la anterior, que finaliza con dos puntos.
28 En *AMC*: no saben comprender

Sábado, 21.IV.1906, página 4, columnas 5,6 y 7.

LA CRISIS DEL SOCIALISMO EN ITALIA

La conspiración de los revolucionarios

Opiniones de Ferri y Turati

Roma, marzo de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

No era menester mucho talento profético para anticipar a los lectores de LA NACIÓN un pronóstico sobre los rumbos que tomaría el movimiento socialista en Italia. Han bastado ocho meses para que los hechos viniera a corroborarlo; esto vale más que la docena de artículos insolentes con que las gacetillas de Labriola, Mocchi y Ca. nos honraron por aquel entonces, agriados de que un aficionado extranjero se permitiera decir toda la verdad que los revolucionarios pretendían cubrir con la audacia de sus discursos ambiguos.

Decíamos entonces que Ferri había conquistado la hegemonía del partido y la dirección del diario oficial mediante concesiones demasiado complacientes a los anarquistas disfrazados de revolucionarios sindicalistas; agregábamos que esta compromiso lo había llevado harto lejos, y que cuando intentara entrar en vereda los mismos revolucionarios lo mandarían a paseo, como antes habían desalojado a Felipe Turati, el jefe de la fracción reformista.

Es sabido que en el congreso de Bolonia dos tendencias solicitaban los votos de los delegados. La de Labriola era netamente anarquista; la de Turati netamente socialista. Ferri, para vencer a su rival Turati, se unió a los anarquistas y consiguió fuerte mayoría para una fórmula que afirmaba «siempre y doquiera la incompatibilidad absoluta entre la lucha de clases y toda forma de cooperación a la obra reformista de cualquier ministerio». Con eso mortificó a Turati; pero no pensó que tejía las redes en cuyas mallas debía ser cogido él mismo.

La formación del nuevo ministerio, presidido por Sonnino, planteó la crisis del partido. El gabinete se presentó al parlamento con un programa de reformas digno de ser apoyado por los socialistas. Los diputados de esta filiación política se reunieron y aprobaron por unanimidad una orden del día favorable al ministerio. Aunque parezca increíble, esa orden del día fue propuesta por Enrique Ferri. ¿Nos equivocamos al pronosticar un brillante desquite de Turati?

*

Lógicamente, los anarquistas, acaudillados por Labriola y Mocchi, se apresuraron a excomulgar a Ferri. Tenían en sus manos el comité directivo del partido y el periódico *La Vanguardia*. Al día siguiente del voto emitido por el grupo parlamentario el periódico tronó ¡y de qué manera! Todo comentario podría parecer exagerado; es preferible transcribir sus propias palabras: «Los diputados socialistas han traicionado el mandato que les confió el proletariado italiano… Ferri, el mismo Ferri, ha pisoteado la deliberación del congreso de Bolonia. Desde hoy se abre un abismo entre esos diputados y el partido socialista; ellos lo han querido: preparémonos a tratarlos como se merecen.» Y concluía el ex protector de Ferri: «Un sentimiento de vergüenza y de ansiedad nos turba al conocer el tráfico indecente e indigno que los diputados están haciendo con su medallita; para bautizar su conducta sólo encontramos la palabra de Marx: el cretinismo parlamentario.» Estos párrafos no los escribió Ravachol, sino Arturo Labriola.

Pocas horas después, se reunieron en Milán, los miembros de la Federación obrera, llamada aquí Secretaría central de las ligas de resistencia, y votaron por unanimidad la siguiente excomunión mayor: «Atendido que el grupo parlamentario socialista ha justificado su voto favorable al ministerio, pretendiendo que desea favorecer al proletariado; considerando que el representante directo de la clase obrera organizada es la Secretaría de resistencia; afirma que los intereses proletarios son diametralmente opuestos a los de la clase burguesa y declara que el grupo parlamentario socialista no tiene ningún derecho para hablar en nombre de los trabajadores, por cuanto su actitud ha sido abiertamente hostil a los intereses del proletariado.»

Pocas horas después se reunieron todos los caudillos socialistas revolucionarios en Milán y le aplicaron a Ferri el siguiente sinapismo: «Dada la necesidad de un acuerdo urgente en presencia de la abierta discordancia entre el partido y los diputados socialistas, la asamblea observa que la orden del día votada en Bolonia negaba el apoyo franco o larvado a cualquier tendencia política de un gobierno burgués; que el grupo parlamentario ha violado la disciplina y los principios socialistas, justificando con su deplorable conducta la excomunión de la Secretaría de la resistencia; que el director del *Avanti!* (Ferri) ha faltado a su deber, respecto de la mayoría del partido, violando la disciplina antes y después de la reunión del comité directivo[,] que una crisis evidente se ha producido en el *Avanti!* por el notorio desacuerdo entre el director y los principales redactores del diario; que la dirección de partido no ha concluido aún su misión, habiéndose limitado por ahora a llamarlos al orden; por tanto, delibera: promulgar un manifiesto a las secciones del partido explicando la violación disciplinaria, determinar una acción sinérgica de todas las agrupaciones revolucionarias, e invitar a la dirección del partido a una reunión donde se enviarán dos representantes para demostrar que el director del diario oficial ha perdido la confianza del partido lo mismo que el grupo parlamentario.»

Ferri lo tiene bien ganado; son los gajes de su política epicena.

Para que nada faltara en la tragicomedia, el comité directivo se dio el gusto de votar una orden del día amonestando a los diputados del partido y conminándolos a volver sobre sus pasos en homenaje a la célebre declaración anarquista del congreso de Bolonia.

*

Es necesario oír todas las campanas. Comencemos por Walter Mocchi, cruel ejemplar de antiburgués no previsto en las más risueñas profecías de Marx y de Lansalis; sus enemigos lo creen un perfecto paseante en corte y afirman que la prodigiosa garganta de la actriz Ema Carelli, su esposa, le permite mantener bien alto el pendón del anarquismo. Supongamos que ello no fuera cierto y escuchemos algunos párrafos de la entrevista que él mismo se ha escrito en un diario de Roma.

«La orden del día de Ferri es, simplemente cómica. Si no fuera una broma de pésimo gusto, debería admitirse que el famoso examen antropológico que él mismo proponía para aquellos que no querían votar el presupuesto de relaciones exteriores, a propósito de la triple alianza, debería practicársele ahora al propio Ferri para ver si se encuentra en un momento… de solución de continuidad de su sano juicio.» La premisa «el proletariado no puede tener confianza en ningún gobierno de la burguesía» está en plena contradicción con la consecuencia: «el grupo parlamentario resuelve votar a favor del ministerio para ponerlo a prueba». Ferri persiste en mantener una cómoda posición de equilibrista, según su costumbre; pero la excesiva repetición de su juego le será fatal esta vez. «Llegó a la dirección del *Avanti!* porque convenía a nuestra fracción usarlo como almohadilla en las conflagraciones entre revolucionarios y reformistas; permaneció en ese puesto gracias a nuestros votos, más numerosos que los suyos en el congreso de Bolonia. Ahora, abandonado por nosotros, no le queda más camino, en el próximo congreso, que hundirse en el vacío o arrojarse, como lo intentará, entre los brazos de los reformistas, donde Turati no perdona y sus amigos no esperan nada más sabroso que infligirle esta humillación». Ferri no representa ni interpreta el sentimiento de los obreros; es un intelectual (¡cómo podrían perdonárselo estos paladines de las masas ignorantes!) y cree ser un hombre representativo, superior a las turbas que arrastra con su palabra, «aunque ahora se encuentre metido en el extraño hábito de revolucionario, que es para él un disfraz incómodo y para nosotros un peligro».

Mocchi opina que el «cretinismo parlamentario» de los diputados socialistas debe ser castigado con su expulsión del partido; considera que la presente querella tendrá dos consecuencias, inmediata la una y lejana la otra. «La inmediata será una deliberación del próximo congreso socialista que abolirá la autonomía del grupo parlamentario, poniéndolo bajo las órdenes del comité directivo; creo que, en ese caso, ocurrirá entre nosotros lo mismo que en Francia: la mayoría de los diputados se declarará independiente del partido oficial y saldrá de sus filas. Ese hecho apresurará la consecuencia lejana: el cambio fundamental de las bases de la organización política obrera; es decir, se reivindicará para los sindicatos y ligas de resistencia el ejercicio de la política de clase, despidiendo a los politiqueros de todas las tendencias». Esto último podría significar que en vez de elegir a Ferri o Turati, elegirían a Labriola o Mocchi; hasta que otros aspirantes renueven su actual campaña plebocrática. El corresponsal de un diario burgués, alarmado por la violencia de esta conspiración de Catilina, ha creído oportuno terminar su comentario con este consejo: «Hoy por hoy, los burgueses no tienen más

que una defensa contra los cabecillas: votar por ellos, elegirlos diputados. La realidad de los acontecimientos y la responsabilidad política los modificarían.»

Probablemente.

*

Estos enredos nos sorprendieron al llegar a Roma, que nos pareció aún más bella al verla por segunda vez, siempre más llenas de encantos las ruinas gloriosas de la grandeza pagana.

A la misma hora en que nuestro compañero de viaje cenaba en el Quirinal con el rey de Italia, nosotros lo hicimos con Turati en una *osteria* del Aventino; cuando él fue a satisfacer su curiosidad de ver al papa, nosotros nos encaminamos a la redacción del *Avanti!* para escuchar la palabra musical de Enrique Ferri.

Dejemos lo que dijo Turati para después. Ferri estaba muy contrariado; después de los saludos habituales nos habló con franqueza:

-Tú has sido el augur malévolo de lo que ocurre; casi me enojé cuando Lombroso me envió LA NACIÓN en que hablabas del partido. Pero, como siempre, los de afuera son los únicos que aciertan, pues juzgan más objetivamente que los protagonistas. Hoy, lo mismo que hace un año, el partido se divide en tres fracciones. Su extrema derecha es reformista, su extrema izquierda es revolucionaria y existe un centro subdividido a su vez en derecha e izquierda.

El partido tiene un programa integral de transformación del sistema económico capitalista en sistema colectivista, y un programa mínimo que tiende a conservar y completar las conquistas democráticas, al mismo tiempo que persigue la realización gradual de nuevas reformas que eleven la situación material y moral del proletariado. La fracción reformista quiere orientar la acción del partido según las conveniencias exclusivas del momento y para realizar el programa mínimo, despreocupándose del objetivo final de la lucha de clases, que considera ilusorio o remoto. La fracción revolucionaria desprecia toda política oportunista y considera que las reformas son despreciables si para conseguirlas es necesario prescindir de alguna de las grandes palabras que más halagan el crédulo oído de los trabajadores.

Yo pertenezco al centro. Creo que no debemos sacrificar las reformas inmediatas a los ideales remotos, ni olvidar la finalidad última del partido para conquistar las reformas. Los ataques de los revolucionarios son absurdos; ellos aprovechan de una circunstancia puramente accidental: la de ser una enorme mayoría en el comité directivo, lo que les permite regodearse amonestando a todo el grupo parlamentario, olvidando que los diputados han sido elegidos directamente por los trabajadores socialistas y son, por ende, sus representantes más directos. Por otra parte, en el congreso de Bolonia, los revolucionarios fueron una minoría y sólo obtuvieron los votos de 7400 adherentes sobre un total de 22.000 inscriptos en el partido; los reformistas reunieron los de 14.000; el centro izquierda y la extrema izquierda reunidos pudieron contar 16.000 en el segundo escrutinio. Los números cantan claro; ellos deben demostrar que sus 7.000 se han

convertido en más de 16.000 y sólo entonces podrían afirmar que son la mayoría del partido.

Pero, entretanto mi conclusión es siempre la misma: mientras tenga un programa máximo y un programa mínimo, ambos igualmente imprescindibles, el partido socialista debe estar unido. La unión de todas las tendencias es la suprema necesidad; el proletariado la siente bien y profundamente.

Algunos hablan de excluir a los reformistas, porque se preocupan demasiado del programa mínimo; otros desean excluir a los revolucionarios, porque viven deslumbrados por el programa máximo. Afortunadamente la gran masa de los afiliados –ajena a las preocupaciones y pasiones de los cabecillas– sabe que toda escisión debilitaría nuestras fuerzas; además, al día siguiente del divorcio renacerían nuevas disidencias en el seno de cada grupo, pues no es humanamente posible encontrar ni siquiera tres hombres libres que piensen exactamente lo mismo en todo y por todo.

*

Turati fue más explícito.

-Sólo puedo repetirte lo que dije el año anterior; entre nosotros y los anarquistas disfrazados de revolucionarios no puede haber nada común. Ferri ha prosperado a la sombra de un equívoco; pero ningún equívoco puede ser eterno. O socialistas o anarquistas. Si lo primero, debemos renunciar a toda la retórica revolucionaria y decir francamente a los trabajadores que la historia no se hace con buenas intenciones, dejando en paz a la revolución social, a la lucha de clases intransigentes a la oposición sistemática, etc. Si anarquistas, hay que tener valor de confesarlo y de renunciar a toda acción parlamentaria, comenzando por no perseguir diplomas de diputado.

Ferri, con su apoyo al ministerio Sonnino, viene a darme razón después de haberme combatido varios años. Todas sus explicaciones, hábiles sin duda, no bastan para cambiar la significación real de su voto en favor del gabinete.

En cuanto al porvenir del partido, creo y deseo que se producirá la separación de las dos fracciones. Cada una por su parte tiene una tarea que realizar; si permanecen juntas no harán más que estorbarse recíprocamente. El próximo congreso nacional del partido, que se reunirá dentro de pocos meses, debe asumir una actitud sincera y decir claramente que no es posible repicar en el campanario anarquista y andar en la procesión política.

*

Ya que hemos tenido la suerte de acertar una vez, no cometeremos la imprudencia de aventurar nuevas profecías.

Pero los hechos ya ocurridos autorizan un juicio y conviene emitirlo porque el movimiento socialista de Italia contiene lecciones aplicables al de todos los países.

Las masas obreras –acicateadas por las necesidades materiales y cegadas por la ignorancia– son más accesibles a las sugestiones revolucionarias que a las demostraciones sociológicas; por eso, dentro del movimiento socialista, se orientan más fácilmente en el sentido de las corrientes menos razonables. Los socialistas ilustrados –que son siempre una minoría– se ven en la disyuntiva de fomentar los errores de las masas o hacerse impopulares; Ferri optó por lo primero. Turati por lo segundo. Cuando esas masas llegan a ser una fuerza electoral y consiguen hacerse de una representación parlamentaria, tienen que confiar su representación a los hombres más ilustrados. Estos, apremiados por razones políticas incomprensibles para la masa, tienen que proceder en desacuerdo con ella o en permanente conflicto con su propio buen sentido. Si lo primero, les ocurrirá lo que al grupo parlamentario italiano: serán excomulgados; si lo segundo, su acción política será ineficaz y puramente declamatoria. Por eso Ferri no ha sido nunca un verdadero político socialista. Labriola lo ha definido bien al decir que es un tribuno democrático con un barniz proletario puramente verbal. Ha sido el continuador, en el terreno socialista, de lo que fueron Imbriani y Bovio en la histórica democracia parlamentaria.

Turati, en cambio, no sacrifica su buen sentido sociológico al sentido común de las multitudes obreras; por eso no sorprendería a nadie si dentro de algunos años diera matiz moderno y verdaderamente socialista a algún ministerio bien intencionado en favor de las legítimas aspiraciones obreras. Después del ministerio Millerand y del gabinete completo formado por Wilson, los socialistas ilustrados han perdido su clásico horror al gobierno burgués.

Y mientras escribimos, el telégrafo anuncia al mundo entero que el diputado socialista Briand formará parte del nuevo gabinete francés. ¡Qué dirán los anarquistas!...

JOSÉ INGEGNIEROS

Viernes, 27.IV.1906, página 5, columnas 2, 3, 4 y 5.

EL OCASO DE UNA GLORIA[1]

Roma, marzo de 1906

Señor director de LA NACIÓN:

La gloria es el alcohol de los elegidos. La primera vez embriaga; después se convierte en imprescindible necesidad.

El espíritu se adapta a ella insensiblemente. El primer éxito, grande o pequeño, es perturbador; el favorecido siente una indecisión extraña, un cosquilleo moral que produce placer y molestia al mismo tiempo, como esa emoción[2] que siente el niño de quince años cuando se encuentra a solas por vez primera con una mujer amada. Es dulce, pero infunde temor; estimula, pero inhibe; instiga, pero detiene. Angel Mosso ha descripto admirablemente esa emoción[3] del primer éxito, en el prólogo de su conocida monografía sobre el miedo. Sin embargo, la inhibición pasa y el impulso continúa.

Mirar de frente al éxito equivale a asomarse a un precipicio; se retrocede a tiempo o se cae en él para siempre. El éxito es un precipicio[4] irresistible, como una boca juvenil que invita al beso. Muy pocos retroceden.

Este ajenjo del «yo» se brinda bajo cien aspectos, tienta de mil maneras. Nace por un accidente inesperado, llega por caminos invisibles. Basta el simple elogio de un maestro estimado, el aplauso ocasional de una multitud, la conquista fácil de una hermosa mujer; todos se equivalen, todos envenenan lo mismo. Corriendo el tiempo tórnase imposible eludir el hábito de esta embriaguez, lo único difícil es iniciar la costumbre, como para todos los vicios. Después, no se puede vivir sin el tósigo vivificador.

Los más grandes cerebros son sus fieles servidores, le rinden homenaje. Taine conoció el goce del maestro que ve concurrir a sus lecciones un tropel de alumnos; Mozart ha narrado las delicias del compositor que oye[5] sus melodías en labios de un transeúnte que silba para darse valor al atravesar de noche una encrucijada solitaria; Rodin, en una plática inolvidable, nos descubrió[6] la fruición con que sorprendió a dos jóvenes inglesas boquiabiertas ante su «Busto de mujer», en el Luxemburgo; D'Annunzio ha confesado que una de sus grandes voluptuosidades consiste en oír recitar sus propios versos por niñas que no le conocen personalmente; a Jean Jaurès, al terminar una de sus conferencias tempestuosas, le oímos comentar la dicha del orador que oye[7] el aplauso frenético tributado por diez mil hombres. El fenómeno es común, sin ser nuevo. Julio César, al historiar sus campañas, nos[8] deja entrever la ebriedad infinita del que conquista pueblos y aniquila legiones; los biógrafos de Beethoven narran su impresión profunda cuando le invitaron a volverse para mirar las ovaciones que su sordera le impedía oír, al estrenarse[9] su novena sinfonía; Stendhal ha dicho, con la gracia ática de su prosa original, las fruiciones del amador afortunado que ve sucesivamente a sus

pies, temblorosas de fiebre y de ansiedad, a cien mujeres. Nadie escapa a la fruición de esta sirena.

La gloria, más que un privilegio, es un derecho del hombre superior. Es el impuesto que cobra a los inferiores, en moneda sonante, bajo forma de homenaje o de admiración. Alguno, en verdad, no logra cobrarlo en vida; es decir, no lo cobra nunca. Es injusto esperar la muerte de un hombre para glorificarlo; si algo merece, debe pagársele al contado. ¿Para qué sirven las regulaciones de honorarios a difuntos? Los herederos no suelen merecerlas.

El éxito es benéfico; exalta el «yo», y por ende, estimula al hombre de méritos. Pero tiene otra virtud mayor: destierra la envidia, enfermedad pasajera de los jóvenes talentosos y ponzoña incurable de los espíritus mediocres. Triunfar a tiempo, merecidamente, es el más favorable rocío para cualquier germen de bondad. El triunfo es un bálsamo de los sentimientos, una lima eficaz para las asperezas del carácter. Sólo el fracasado puede ser envidioso y maligno. Si el éxito es el mejor lubricante[10] del corazón, el fracaso es su más urticante corrosivo.

Produce, es cierto, alguna hipertrofia de la personalidad; pero, antes que un defecto, es su consecuencia natural. ¿El atleta no tiene, acaso, músculos excesivos hasta la deformidad? No podría ser de otro modo: la fisiología enseña que la función hace al[11] órgano. Los psicólogos podrían agregar que el «yo» es el órgano propio de la gloria.

Esa hipertrofia solamente es ridícula en el hombre mediocre, porque apenas llega a ser vanidad; en el hombre superior es un adorno, el simple exponente de su fuerza. El músculo abultado no es ridículo en el atleta; en cambio lo es toda adiposidad excesiva, porque es lo monstruoso, inútil e inexplicable: como la vanidad del insignificante. Sarmiento no habría sido completo sin su megalomanía.

La conciencia de la propia gloria es benéfica: suprime toda pequeñez moral y toda bajeza.[12] Un triunfador no puede envidiar, como a nadie envidia el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Todo hombre que siente la caricia del éxito lleva en sí un poco de la «gloriosa megalomanía» –permítasenos recurrir para estas cosas a la jerigonza literaria de Sicardi– que impide envidiar. La grandeza puede coexistir con el odio, con la violencia, con la maldad también; pero cuando se es verdaderamente grande no cabe ser envidioso, bajo o pequeño. César aniquiló a Pompeyo, sin rastrerías; Donatello venció con su «Cristo» al de Brunelleschi, sin bajeza alguna; Nietszche fulminó a Wagner, sin envidiarlo. El éxito da a sus favoritos cierto ademán trascendente y apocalíptico; el fracaso vuelve miopes y reptiles a los suyos.

Ante un hombre envidioso después del éxito, podemos suponer que el juicio público es inmerecido. Es un mediocre; sabe su mediocridad y comprende que sólo puede permanecer en la cumbre impidiendo que otros lleguen hasta él. Se defiende.

Para endulzar a un gran hombre triste habría que prodigarle todo el éxito que merece. Un médico psicólogo debiera contar la gloria entre los menjunjes de su terapéutica. A todo hombre superior minado por inexplicables neurastenias, habría que recetarle así: «Gloria (por cucharadas)». Pero la ciencia marcha a paso de tortuga; estas drogas útiles no se despachan en las farmacias.

—

El lector merece, empero, la gracia de otras mil reflexiones que nos sugiere una interesante conversación con Adelina Patti.

Ha sido una predilecta de la gloria, en su manifestación más directa aunque más inferior:[13] el aplauso de la multitud. El éxito de un escritor es lento, pero estable; sus admiradores están dispersos, ningún lector aplaude a solas recorriendo el infolio. En el teatro y en la asamblea lo gloria es rápida y barata; los oyentes se sugestionan recíprocamente, suman su entusiasmo y estallan en ovaciones. Por eso cualquier histrión de tres al cuarto puede conocer el éxito más de cerca que Dante[14] o Descartes, aunque la intensidad está en razón inversa de la duración. Estas verdades menudas no pretenden amenguar los méritos de Adelina Patti, entre los cuales tenemos el buen gusto de un incluir su voz monstruosa.

Don Crisanto Medina, es un[15] viejo delicioso, no obstante su cargo de embajador de Nicaragua. Traiciona a la política por las letras y cultiva primorosamente la amistad de Rubén y Carrillo,[16] a todas luces comprometedora para un diplomático de bulto. En Roma, en el hall del Hotel Excelsior,[17] entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas. De pronto vimos relampaguear sus ojos como ante una visión inesperada:

-Conozco mucho a esa vieja, muchísimo, pero me es imposible recordar quién es.

Frunció el entrecejo e hizo un esfuerzo mental considerable; fue en vano. Permanecimos en silencio algunos minutos, él buscando solución al enigma, nosotros acariciando con miradas a la Guerrero que hacía muecas ante un círculo de admiradores, en el fondo del salón. A poco, sobrevino otro diplomático, más versado en cuestiones mundanas que en el arte del protocolo, y exclamó con sorna picaresca:

-Don Crisanto, son muchos setenta años para enamorarse de la Patti...

-¡Naturalmente: la Patti! La conocí ha medio siglo, en Nueva York, la noche de su estreno. Mi padre había sido proscripto en una de nuestras revoluciones, yo tenía veinte años. Un empresario casi quebrado tuvo la ocurrencia de estrenar a Adelina, muy niña entonces, de quince años o poco más; obtuvo un éxito colosal. El empresario llenó su bolsa y la Patti fue célebre en pocos días. Yo era mozalbete, la vi en una fiesta, bailé con ella y me enamoré perdidamente de su gloria; tras tantos años no me avergüenza confesar la inutilidad absoluta de mis galanteos. Después la oí cantar muchas veces, pero mi amor juvenil habíase convertido ya en simple admiración. Desde la última vez han transcurrido quince años. Mirándola, comprendo que yo también debo de estar muy viejo…[18]

—

Mientras él discurría, nosotros observábamos a la gloriosa artista. Es una ruina o un

símbolo, nada más. La contemplamos con respeto y admiración, como puede mirarse una sala hipostila en Karnak, la columna Trajana en Roma, el Partenón en Atenas.[19] Pero entre los escombros de su belleza, otrora indiscutida, sentimos palpitar una [sic] alma.[20] Es una ruina viviente aún, con simpatías y desdenes, con sensibilidades y estremecimientos, con sueños atormentadores; con sueños, sobre todo, porque la tendencia a soñar es lo último que muere en el espíritu humano.

Diminuta, vivaz, elegante como una muñeca de museo antiguo, da la impresión de algo que lucha contra el único mal irremediable: los años que pasan. A cincuenta metros, y con poca luz,[21] aun podría confundírsela con una solterona de treinta y cinco; pero el error no es posible de cerca. En vano recurre a sabios afeites y a masajes complicadísimos; Cronos ha devastado su fisonomía gentil, inflexiblemente.

Si renunciara a simular la juventud, la Patti sería una vieja bonita, que no es poco ser. Una vieja hermosa vale una joven fea, o más; la belleza de una vieja es blasón que atestigua un pasado esplendoroso. Pero las preocupaciones femeninas pueden más que un entero volumen de estética; rodando los años, las mujeres se creen obligadas a adulterar su fe de bautismo, en cuyo error son imitadas por numerosos hombres. ¿No sería más respetable que, a cierta edad, cada una hiciera balance de su vida, analizando su obra de madre o de artista, de compañera o de maestra? Verdad es que muchas no han sabido vivir en vida,[22] malgastándola en fruslerías. Pero la Patti… Esto es lo cruel: la Patti es como todas. Cree que una arruga o una cana pesan más, en la balanza de la estima pública, que cuarenta años de gloria. ¡Si supiera que un solo minuto basta para llenar el marco de una vida!

Estaba sentada frente a una orquesta húngara. El solista de violín, conociéndola, no dejaba de mirarla: en los pasajes patéticos se levantaba sobre las puntas de los pies, estirándose hacia ella y mirando a lo alto, con actitudes sentimentales. Ella correspondía a sus afanes con muestras de visible interés, marcando el tiempo con la cabeza, tarareando alguna frase melódica y aplaudiendo el final de cada trozo. Cuando tocaron cierto zarandeado aire de «Lucía» su interés asumió caracteres de emoción; al oír la cadencia apasionada[23] sus ojos parecieron dilatarse, iluminados por un extraño brillo interior, y su mirada adquirió súbitamente un resplandor vivísimo, como de una arma desenvainada.[24] Con el último compás cesó el breve éxtasis y ella cerró los ojos, como queriendo volver el arma a la custodia de los párpados. Comprendimos que[25] un viejo estuche puede guardar tesoros absolutamente juveniles.

Su marido, un joven médico masajista, fumaba a su lado con despreocupación. Estaba con ellos otra pareja, de cuya enrevesada parlanchina yanqui sólo pudimos descifrar algunos comentarios triviales sobre la hermosura del día, la afluencia de extranjeros y el inmediato estreno de Buffalo Bill.

—

Gracias al diplomático mundano pudimos conversar con Adelina. Primero habló don Crisanto; repitió, como era de prever, la historia de su pasión juvenil por ella.

-Han pasado más de veinte años –comentó la Patti.

¡Pobrecita! ¿Quién osaría corregirle que habían pasado cincuenta?

Después habló ella. A poco de hostigarla nos[26] discurrió de sus triunfos, de sus éxitos pasados. Nos pareció muy dolorosa la nostalgia de la gloria.[27] El placer del recuerdo es grande; pero es triste haber conocido la gloria[28] y verse obligada a renunciar a sus encantos.[29] Sentirse la misma persona que hace treinta años y no escuchar las estruendosas ovaciones de otrora; leer los mismos diarios y no encontrar jamás aquellos elogios enloquecedores.

Algunas veces canta en conciertos de beneficencia y la aplauden mucho; pero son aplausos de cortesía, sin entusiasmo, sin calor. Ella lo comprende así, pues las palmadas suenan de otro modo; al decirlo no pudo ocultar cierta melancolía.

-Desde hace algunos años prefiero no cantar, evito esa clase de aplausos. El éxito me hace mal; estoy desacostumbrada.

Esa nos pareció la mitad de la explicación: la gloria es para ella como una bebida que se ha dejado de tomar. Falta la otra mitad: su fino paladar comprende que el público se la sirve falsificada.

—

Nos tocó hablar; improvisamos una teoría. ¿Quién no improvisa alguna en presencia de una mujer célebre? Hela aquí:

-Por tres causas mereció usted toda su gloria: educación musical, gracia y belleza. Cualquiera de ellas vale más que poseer una voz monstruosa. (La Patti sonrió). Lo que suele llamarse «buena voz» es una monstruosidad. El organismo humano es armónico, todas sus partes son proporcionadas. La laringe y el aparato destinado a producir la voz tienen dimensiones determinadas y funcionan con cierta intensidad que les permite producir notas cuya extensión y altura varían con la edad, el sexo, etcétera,[30] pero siempre dentro de ciertos límites que caracterizan la voz humana y la distinguen de la voz de otras especies animales. Un gato, un ruiseñor o un mono, modulan su voz dentro de otra gama y emiten notas más agudas que el hombre; su laringe está conformada de otro modo, en armonía con el resto de su organismo. Pues bien, toda voz que se aleja de la gama propia del hombre es el producto de un órgano contrahecho y representa una función anormal...

-O de un órgano superior, más evolucionado, interrumpió amablemente.

-Es sensible no poderla complacer. La altura de la voz humana disminuye[31] a medida que la especie humana evoluciona. El hecho sólo admite dos pruebas y ambas son concordantes. En la evolución de la especie observamos que los pueblos primitivos gritan y chillan más que los civilizados, usando un registro más agudo; en la evolución individual se produce la misma transformación desde el niño hasta el adulto. Por otra parte, desde el punto de vista moral, es sabido que las personas atenúan la altura de su voz a medida que se educan.

-En ese caso los bajos profundos serían hombres muy evolucionados, algo así como superhombres, por lo menos en cuanto a su laringe.

-La ciencia no osa afirmar tanto. Pero nos atrevemos a creer que una voz excesivamente aguda es un simple defecto fisiológico. Decir a una dama que tiene buena voz es tan galante como alabar a un enano por su pequeñez o a un obeso por su obesidad. Por cuyos motivos no le sorprenderá que haya limitado mi admiración a su arte, su gracia y su belleza.

La Patti sonrió traviesamente y miró a su tercer marido, que en nombre de su profesión nada sabía contestar. Y al despedirnos, con espiritualidad perfecta:

-¡Confiese, doctor, que mi monstruosidad es un defecto admirable!

Se lo afirmamos besando su mano, digna de la Pompadour o de la Duse.

—

Vivir con perfecta nostalgia de la gloria es un martirio. Los hijos del éxito pasajero deberían morir al caer en la orfandad. Algún Musset melancólico ha escrito que es hermoso vivir de recuerdos; es una frase absurda. Vivir de recuerdos equivale a agonizar. Es la dicha del enfermo del estómago obligado a ayunar,[32] del pintor maniatado por la ceguera, del jugador que mira el tapete y no puede arriesgar una sola ficha.

En la vida se es actor o público, timonel o galeote. Es tan doloroso pasar del timón al remo como salir del escenario para ocupar una butaca, aunque la butaca[33] sea de primera fila. El que ha conocido la gloria no puede resignarse a la oscuridad; esa es la parte cruel de toda celebridad[34] fundada en el gusto público o en aptitudes físicas transitorias. El público oscila con la moda, el físico se gasta. La gloria de Caruso, de Greco y de Frank Brown, sólo dura lo que una juventud; el canto, las estocadas y los saltos mortales se acaban alguna vez y sólo queda la nostalgia de la gloria.[35]

Hay otra clase de éxito cuya gloria es duradera: las buenas obras. Un gobernante, un pintor, un filósofo, un poeta, un arquitecto, pueden llegar a la decrepitud sin conocer la terrible nostalgia; si es fruto legítimo de sus obras, la gloria se agranda con el tiempo. Cuando se deja el gobierno, el pincel o la pluma, queda el hecho; entonces no se vive de recuerdos, se vive de hechos que persisten. Por eso la mente humana se resistiría a concebir a Ticiano viejo condenado a blanquear tabucos en Chivilcoy, a Napoleón achacoso convertido en policiano rural de Catamarca, a Spencer senil conchavado[36] como portero en la biblioteca de Puerto Gallegos.

El caso de Adelina Patti –no obstante sus millones y su marido joven– es aflictivo. El instante en que se acaba la gloria, para siempre, debería ser el último de la vida. Al fin y al cabo todos morimos, tarde o temprano. ¿Para qué vivir siendo una de tantas viejas ricas con marido joven, después de haber sido la mujer más aplaudida en su siglo y en su arte? Es preferible que un Otelo excesivo mate de veras a Desdémona sobre el tablado, en uno de esos frecuentes paroxismos artísticos. Para los demás sería envidiable desnucarse en un salto prodigioso, caer del aeróstato, morir por ruptura de un aneurisma al hablar ante cien mil hombres que aplauden, o ser apuñalado por una amante hermosa

y violenta.

Para el que ha conocido la gloria, la vida solamente vale por sus horas de triunfo. Convendría despedirse de ella sonriendo y gozando, mirándola de frente, con dignidad, con la sensación de que se ha merecido vivirla hasta el último instante.

La gloria que pasa es una de las mayores infelicidades.

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 En *AMC*, está fechada en Londres, 1905. No se consignan el destinatario ni la firma, por lo cual pierde la forma epistolar.
2 En *AMC*: como la emoción
3 En *AMC*: esta emoción
4 En *AMC*: abismo
5 En *AMC*: oyendo.
6 En *AMC*: dijo
7 En *AMC*: escucha
8 Pronombre elidido en *AMC*.
9 En *AMC*: estrenar
10 En *AMC*: lubrificante
11 En *AMC*: el
12 En *AMC*: villanía
13 En *AMC*: aunque inferior
14 En *AMC*: Pitágoras
15 Verbo y artículo se suprimen en *AMC*.
16 En *AMC*: de Rubén y de Carillo
17 En *AMC*: En el hall de un gran hotel [se elide la referencia a la ciudad]
18 En *AMC*: debo estar muy viejo...
19 En *AMC*: como puede mirarse una sala hipostila en Karnak o la columna Trajana en Roma.
20 En *AMC*: palpitar su alma exquisita.
21 En *AMC*: y poca luz
22 En *AMC*: vivir su vida
23 En *AMC*: apasionada cadencia
24 En *AMC*: cual de un arma desenvainada
25 Estas dos palabras iniciales están elididas en *AMC*.
26 Pronombre suprimido en *AMC*.
27 En *AMC*: Nos pareció irreparable su nostalgia de la gloria
28 En *AMC*: supremacía

29 En *AMC*: a renunciar sus encantos
30 En *AMC*: etc.
31 En *AMC*: La altura de la voz disminuye
32 En *AMC*: enfermo de estómago obligado al ayuno
33 En *AMC*: aunque ésta
34 En *AMC*: preeminencia
35 En *AMC*: de la celebridad.
36 En *AMC*: conchabado

Miércoles, 30.V.1906, página 5, columnas 2, 3 y 4.

CRÓNICA FLORENTINA[1]

Leonardo juzgado como filósofo

Florencia, abril de 1906

Señor director de LA NACIÓN:

Desde Fiesole, donde un convento enseñorea su campanario sobre ciclópeas ruinas de gentes etruscas, vimos apagarse un crepúsculo sobre[2] las siluetas gentiles de Florencia. Decoración de colinas en el panorama, perfume de flores primaverales en el viento, penumbra en el fondo silencioso del valle,[3] indecisas claridades en las cimas lejanas.

El Arno inquieto ponía[4] la cinta de su reflejo especular en las sinuosidades del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflocada como[5] si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas: diríase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas, lamentaciones de Dante, chismes de Bocaccio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Médicis, sonar de trompetas güelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como un talle de virgen boticelliana y atrevido como un capricho de orfebrería; la curva pletórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, que vio lides heroicas[6] cual las que el poeta griego narró de Aquiles y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por la mano de la Virgen del Granduque; bloques de mudos palacios, respetados por los siglos, como si el tiempo no osara vejar la gloria de sus antiguos señores, palacios dominadores como castillos, seguros como fortalezas, donde, empero, puede un artista reconstruir las horas intelectuales del Renacimiento, como[7] si las leyera en las mismas crónicas de Dino Compagni. Y después más domos, más torres, más palacios, todo esfumándose tímidamente en la sombra del valle, mientras en lo alto el sol dora todavía la atmósfera de la ciudad: diríase un halo de oro pulverizado sobre una bella hetaira dormida junto al Arno.

Un crepúsculo en el Coliseo invita a meditar sobre lo transitorio de toda grandeza humana; frente a las pirámides egipcias sugiere hondo respeto de cosas ignotas, que se presienten a medias; junto a Florencia instiga a la recordación de momentos dulces, de amables rimas,[8] de melodías suavísimas, de gestos agraciados. No en vano sorbieron de su ubre el[9] Alighiero y Boccacio, padres del idioma armonioso, Maquiavelo agudo, Galileo firme, y a un tiempo mismo Donatello, Brunelleschi, Ghiberti y Della Robbia, clarovidentes maestros de líneas y de formas. Su misma savia proficua nutrió al suave y candoroso Giotto, a Botticelli ingenuo y sentimental, al Angélico místicamente inefable,

y a cien que preludiaron la hora –suprema en la historia del arte– en que Leonardo, Rafael y Miguel Ángel trabajaron juntos para este renacimiento de la belleza grecolatina, ahogada en pocos siglos de cristianismo. Después llegó la decadencia, una decadencia tan ilustre y suntuosa que se permitió ostentar[10] un Benvenuto Cellini. Más tarde… hoy… ¡lástima grande que D'Annunzio, Michetti y Bistolfi no sean florentinos!

Faltó una cosa en el renacimiento de Florencia: la música. Pero la hubo a raudales en los tercetos de la «Divina Comedia» y la Galería Pitti custodia el expresivo «Concierto» de Giogione,[11] que vale en color y luz lo que otros en timbre y sonido.

Florencia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita a amar la vida, a vivirla hermosamente;[12] no mentiría un artista al proclamarla[13] primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que esa sería la opinión de un artista;[14] un rastacuere[15] daría su voto por París, donde el Moulin Rouge le interesa más que el Louvre. Un porteño votaría por Buenos Aires, donde están las cosas irreemplazables en su cariño.[16]

La naturaleza brinda al valle del Arno unas primavera digna de Virgilio o de Longfellow; justo es que haya inspirado a Botticelli su extraordinaria alegoría. Algún poeta ha dicho que la primavera[17] de los países fríos es un niño que despierta entre sueños de angustia y de muerte, mientras la primavera meridional es una joven hermosa que despierta entre[18] sueños de ilusión y de amor. El primero surge de una tumba y queda sorprendido al verse entre guirnaldas; la otra baja sonriente del cielo, cabalgando un haz luminoso de sol.[19]

Pero estas lucubraciones dignas son de poetas o literatos, no de simples galenos, magüer sean complicados. Y ya que en Florencia hay toda clase de recreos intelectuales, más convendría referir una docta conferencia sobre «La filosofía de Leonardo», el magnífico genio que supo valer tanto en las ciencias como en las artes.

- - -

Benito Croce ocupa un puesto de primera fila en la crítica filosófica italiana. Es un hombre rico, muy ilustrado y posee una perspicacia mental nada común. Vive en Nápoles, tiene casa enteramente «signorile» y sus gustos recuerdan en cierto modo los de aquel Mecenas que regaló a Horacio la casa de campo donde éste elaboró sus versos más preciados. Croce cultiva la crítica filosófica, sociológica y literaria; sus ensayos sobre estética y sobre las doctrinas de Marx son excelentes y le han dado reputación envidiable.

La sociedad florentina Leonardo da Vinci le invitó a disertar sobre Leonardo; por grata coincidencia, al volver de Fiesole, llenos aun los ojos por el admirable panorama crepuscular, leímos en un diario el anuncio de su conferencia. Cenamos de prisa y fuimos a oír las profundas ideas que expuso. He aquí su fiel sinopsis, libre de comentarios perturbadores.

Leonardo no fue tan solo un artista prodigioso, que conjugó en su obra la fuerza y el equilibrio, la profundidad y la gracia, la precisión de la realidad y la fascinación del misterio. Fue también un investigador riguroso de los fenómenos naturales, un certero instaurador de leyes científicas y un diestro constructor de aparatos técnicos. Sus descubrimientos fueron innumerables; por la variedad y amplitud de sus indagaciones ocupa sitio preferente en las ciencias naturales, como si de él nacieran en mucha parte

y las hubiese legado a los siglos sucesivos en un boceto grandioso.

El movimiento naturalista que se intensificó en el siglo XVII y fue vigorosamente renovado en el XIX, influyó poderosamente sobre la filosofía, engendrando un nuevo problema: la interpretación filosófica de las funciones naturales.

Como promotor de la ciencia naturalista, Leonardo fue un propulsor indirecto de la filosofía moderna fundada en ella; pero no fue filósofo en el sentido exacto de la palabra. Leonardo no se ocupó de la comprensión sintética de las funciones de la historia, del arte, de las matemáticas, de la ética; no se incorporó a la serie de especuladores que nació en el gran pensamiento helénico, prosiguiéndose en el neoplatismo [sic] el cristianismo y la escolástica, rematando en Bruno, Cartesio, Spinosa y Kant. Fue ajeno a la familia de Sócrates y Platón, de Aristóteles y Tomás de Aquino; se mantuvo firme en el terreno de la observación y del cálculo, consagrando a esas labores todo su entusiasmo. Prefirió el conocimiento del mundo exterior a las intensas condensaciones de la vida interior; celebró más el testimonio de los sentidos que la potencia del espíritu. Por eso enseñó que el ojo es la ventana del cuerpo humano, por cuyo intermedio el alma interpreta y goza la belleza del mundo.

Quien celebró así el ojo humano, fue un sacerdote de la experiencia y del conocimiento objetivo de los fenómenos naturales, lo cual no significa una mentalidad filosófica. Llamar a Leonardo filósofo empírico es un contrasentido; no hay dos filosofías diversas, la empírica y la especulativa. La filosofía no es una ciencia natural, aunque puede fundarse en conocimientos propios de esas ciencias: diciendo que Leonardo fue un filósofo naturalista se incurre en una circunlocución galante para decir que no fue filósofo.

Leonardo no necesita galanterías; es de simple cumplimiento la frase usual que lo proclama cerebro completo, hombre universal. Para ser completo le faltaron el sentido filosófico y el interés político. Fue más bien bilateral, y por eso mismo extraordinario. Los espíritus originales suelen desplegar su actividad en su solo sentido; él fue pintor culminante por sus obras maestras y hombre de ciencia insigne por sus descubrimientos.

Además de mantenerse ajeno a las especulaciones filosóficas, Leonardo las despreció, cubriéndose de irrisión. Aconsejó «no empacharse con temas y cuestiones inaccesibles a la mente humana e indemostrables mediante ejemplos de fenómenos naturales» y calificó de «vanas o llenas de errores aquellas ciencias cuyo original, métodos o finalidades escapan a nuestros sentidos.» Esas palabras demostraron, para algunos, que fue un precursor del positivismo. Para otros –los filósofos puros– ellas constituyen un lado flaco en la mente de Leonardo, pues serían la prueba de su agnosticismo, antes bien que de su materialismo positivista.

En cuanto a la estética se refiere, es forzoso reconocer que no pudo construir una teoría general del arte y, menos aun, una filosofía de la belleza. Aparte de que el problema no estaba maduro para su tiempo, ello se debe a que Leonardo no fue filósofo como naturalista, pues su agnosticismo le colocaba en posición adversa a la filosofía.

Es erróneo pretender sintetizar en un sistema de estética su tratado sobre la pintura y sus efectos, como se ha intentado recientemente, sobre todo en Alemania: Leonardo

no pudo interpretar teóricamente la naturaleza del arte ni alcanzar a la estética, que es una teoría filosófica. Su obra vale por las observaciones diseminadas que contiene, algunas verdaderamente geniales; su consideración de la pintura como un hecho teórico, la invasión del artista en la obra de arte, la importancia global de toda la obra de un autor, etc.

Las enseñanzas contenidas en la parte preceptiva de la obra de Leonardo suelen ser tautológicas o arbitrarias. Pero esto, que podrá parecer una condenación de su tratado, nos indica el punto de vista en que debemos colocarnos para comprender su magnitud e importancia. Sus elementos preceptivos, las reglas, prescripciones y consejos, son una historia de su formación intelectual, de sus imágenes aborrecidas, de las visiones artísticas que entrevió, de la disciplina que se impuso a sí mismo, de los estímulos con que supo acicatear su voluntad.

Mirándolo por este prisma desaparecen las tautologías y las arbitrariedades. Sus descripciones de mujeres, de viejos, de frutas, de batallas, de tempestades, de árboles, de paisajes nocturnos, no son paradigmos [sic] que él desea imponer: son temas suyos, magníficos, fijados en el papel mientras esperaba la hora de traducirlos sobre la tela, y acaso desesperando de poderlos realizar alguna vez. Sus consejos respecto de la vida solitaria favorable al artista; sobre la utilidad de recorrer la campiña antes del trabajo, no para descansar, sino para atesorar impresiones; sobre la preferencia que debe darse a los talleres pequeños sobre los grandes, pues aquellos concentran el espíritu y éstos lo distraen demasiado; sobre la utilidad de precisar las líneas de las figuras entrevistas durante los sueños; todo ello no pretende constituir un tratado práctico del pintor, es la historia de sus costumbres y de sus predilecciones.

Sus consejos morales no son novedades éticas; sólo expresan lo que él quería ser y era, su desprecio por los artistas falsos y venales, su implacable severidad para consigo mismo. De esa manera se alejaba de todo fácil contentamiento y de cualquier forma de pereza: «Triste de aquel maestro cuya obra excede a su propio juicio; sólo se encamina hacia la perfección artística aquel cuyo juicio excede siempre a la propia obra».

Éste es el verdadero carácter de las páginas preceptivas de Leonardo y en él reside su verdadera utilidad. Cada artista debe combatir su propia batalla; todo intelectual que trabaja y lucha mira ansiosamente a los que sostuvieron trabajos y luchas iguales a las suyas, buscando estímulo y consejo. Así los aspirantes a apóstoles de la libertad consagran sus vigilias a Plutarco, mientras los guerreros se retemplan leyendo las campañas de Alejandro y de César.

Ni reglas ni preceptos. Pero ¿quién ignora que la idea de un artista despierta a veces las de otros, semejantes y diversísimas a la vez? Así también una palabra fraternal puede resolver un contraste íntimo o llenar de luz meridiana un alma, infundiéndole calor y energía. Y, por fin, ¿quién no tiene algunas gratitudes profundas, imposibles de explicar, relacionadas con las más intensas emociones de su obra y de su vida?

Esa es la virtud educadora de las biografías; la preceptiva de Leonardo es una grande y hermosa autobiografía. Todo artista puede aprender mucho y bueno en sus páginas.

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 En *AMC*, el texto aparece bajo el título: «La exégesis de Dante» y está fechado en Florencia, 1905. No aparecen la referencia al director del diario ni la firma de Ingenieros.

2 En *AMC*: entre

3 En *AMC*: de la quebrada

4 En *AMC*: pone

5 En *AMC*: desflecada cual

6 En *AMC*: sitio de lides heroicas

7 En *AMC*: cual

8 En *AMC*: de amables ritmos

9 En *AMC*: artículo elidido

10 En *AMC*: que pudo ostentar

11 En *AMC*: *Concierto* de Giorgione

12 En *AMC*: y a vivirla hermosamente

13 En *AMC* : no mentiría al proclamarla

14 En *AMC*: tal sería una opinión de artista

15 En *AMC*: *rastaqouere*

16 En *AMC*: Un hombre normal votaría por su terruño, donde están las cosas irreemplazables en su cariño.

17 En *AMC*: que el abril

18 En *AMC*: se levanta con

19 En *AMC*, todo lo que sigue está suprimido y en su lugar aparecen los siguientes párrafos sobre Dante:

Entre tantas remembranzas admirables, el espíritu del pensador o del artista se remonta al extraordinario gibelino.

«...Che sorresse il mondo
in suo pugno e le fonti
dell'universa vita ebbe in suo core.»

Pero es vano el esfuerzo mental; representarse a Dante es un ensayo de objetivación superior a toda capacidad humana. Es imposible ubicarlo, siquiera sea con la imaginación más retrospectiva, en esta Florencia que vio sus luchas y arrulló sus sueños.

Para los estudiosos de su poema, Dante no es un hombre ni un personaje de leyenda. Los hombres son temas para el biógrafo, el novelista o el dramaturgo; los dioses y los héroes son temas para el genio: de Homero a Wagner.

Dante es más. Más que los hombres, porque fue un genio; más que los dioses y héroes de leyenda, porque existió, dejándonos su obra suma, la más bella gloria de Italia. Si bajo el cielo del Apenino sólo hubiese germinado el espíritu de Dante -y sabemos que germinó allí el de Leonardo, otro magnífico- ello bastara para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda votiva ante la madre cuna del gran mundo latino.

Los dramaturgos han querido revivir su tipo. El último ensayo, en que naufragó Victoriano Sardou, tuvo más de profanación que de apoteosis. ¡Quién dijera al altísimo poeta que su viaje misterioso por la «selva selvaggia de aspra e forte – che nel pensier rinnova la paura»,

donde para penetrar es fuerza vencer la envidia, la soberbia y la avaricia, simbolizadas en el encuentro con la Pantera, el León y la Loba, quién le dijera que sólo inspiraría bellos gestos de comediante, arrancando de la turba plateal el aplauso estrepitoso que consagra a las mediocridades, pero que es irreverente detracción, sin ritmo y sin gloria, para el genio!

Dante está fuera de nuestra capacidad de objetivación; por eso, entre bastidores, semeja una rara gema engarzada en armadura de dublé. Dante se lee meditando. La multitud inorgánica del teatro no puede juzgarle: el ascua nunca fue juzgada por la escoria.

En el más tenebroso de sus círculos infernales ubicaría el poeta a sus profanadores, si les sorprendiese en el crimen de violar su alcazaba marfilina.

El de Sardou no fue el primer ensayo de representación objetiva de Dante o de su obra.

Antes que del personaje, los dramaturgos abusaron de su poema. Es memoria que algunos pasajes de la *Divina Comedia* fueron adaptados escénicamente para los «misterios», en Francia, donde el espectáculo semirreligioso incubaba los gérmenes del teatro moderno. Con ese procedimiento, durante el siglo XV, enmarañáronse los espíritus colocados ante la complicada sumidad del símbolo y entre las pasiones tempestuosas que mueven la comedia divina del poeta.

Mas correspondió a nuestro tiempo la total palingenesia escénica del Alighiero. Presentado por el uno y citado por el otro, fue, en la escena, con diligente prudencia, por dos artistas eminentes: Bovio, el poeta filósofo, y D'Annunzio, el incomparable orfebre.

Antes que del pensador, digamos del orífice. Y antes que hablar de él, oigámosle:

«… Io fui talvolta
nella casa di un sommo cantore
nominato Casella
e quivi convenivano taluni
gentili uomini: Guido Cavalcanti
tra gli altri, cavaliere dei migliori,
che si diletta del dire parole
per rima, e Ser Brunetto
dottissimo rettorico
tornato da Parigi,
e un giovinetto
degli Alighieri nominato Dante.
E questo giovinetto mi divenne
caro, tanto era pieno
di pensieri di amore e di dolore,
tanto era ardente ad ascoltare il canto.
E alcuna volta ebbe da lui un bene
inatteso il mio cuore
che sempre chiuso era; perche la troppa
soavita del canto
alcuna volta lo sforzava a piangere
silenziosamente,
e, vedendolo, anch'io con lui piangevo.»

Hemos leído que en la Pérgola, la noche del estreno de la *Francesca de Rimini,* cuando Paolo dijo admirablemente esos versos de Gabriel D'Annunzio, un vago murmullo recorrió la sala, indeciso, indefinido, y muchos se cambiaron miradas intranquilas que parecían

preguntarse: -¿Qué es esto?- Y los versos, aunque dulcísimos y recitados con exquisito sentimiento de arte, no despertaron ni la simple insinuación de un aplauso; el goce de la emoción estética estaba inhibido por un sentimiento de inexplicable sorpresa. Parecía imposible que un personaje cualquiera, aunque fuese de la más pura cepa intelectual, evocara así, humanamente, el nombre de Dante, hablando de él como de persona con quien hubiese vivido en amistosa familiaridad.

Bovio fue más osado. Hizo de Dante el protagonista de su *Il Millennio,* tercera parte de la preciosa trilogía iniciada con *Cristo alla festa di Purim* y *San Paolo*. Callaremos del *Leviathano* y el *Socrate,* ajenos a la trilogía y muy inferiores a ella.

El drama de Bovio no es teatralizable, en el concepto actual del teatro; es la evocación de un arte ático por excelencia, sintético a la vez que simbólico, impregnado en profunda filosofía, obra de un genio complejo en que el pensador da la mano al artista y al sabio. En esa forma es justificable su exégesis del florentino, a quien confiere toda la plenitud de la videncia histórica, de la profecía.

En *Cristo* y *San Pablo,* el cristianismo entra en Roma, la hace Ciudad Divina; Dante señala *El milenario* de la Ciudad Terrenal, italiana. Es la demolición del reinado divino y el advenimiento del reinado humano; Dante es profeta de Italia y su Comedia es la Biblia nueva.

Demasiado símbolo, acaso, en esta exégesis, y también demasiada profundidad de pensamiento. Pero siempre notamos una alta finalidad en el espíritu del autor: la palabra es solemne, el ambiente sereno, el gesto majestuoso. Dante, llevado a la escena de esa manera -lo mismo que Cristo, San Pablo y Sócrates- no pierde su respetuosidad solemne; por eso, naturalmente, el genio dramático de Bovio no es de los que arrancan aplausos a los públicos mediocres, sino de los que podrían inducir silenciosas meditaciones a un estilista de la filosofía histórica.

Así, *cum dignitate,* mueve a Dante el filósofo; con respetuosa indolencia le nombra el esteta. Y con todo, Dante humanizado no se concibe. Dante es el venerable ciudadano del mundo creado por su genio. Su descenso al centro de la tierra, al través de las bolgias del infierno, su transmigración al otro hemisferio, su ascensión por la montaña del Purgatorio y su llegada al empíreo, donde Beatriz le llama y le espera, son hechos que parecen constituir la realidad de su vida, son verdaderos accidentes biográficos. Dante, para nosotros, no ha pensado su mundo, lo ha vivido. Ha visto la selva y las fieras que a su ingreso espantan; ha encontrado a Virgilio, su guía y maestro; en la puerta infernal ha leído las palabras de color obscuro; la narración de Francesca martirizó verdaderamente sus oídos; entre el ladrido de Cerbero escuchó los ayes de los golosos, acoquinados bajo la lluvia de granizo; luego vio el pantanoso Estigio y llegó a Malebolgia; encontró a Ugolino y a Farinata. Vio suceder los días, restringiéndose su ambiente en espiral multiforme, con las ciudades de arcos incandescentes, los ríos de sangre, la selva de árboles animados cuyas ramas destroncadas manan ayes y lágrimas; cruzó los desiertos de candente arena, donde cae pausada y uniforme la lluvia de fuego; surcó la gélida landa en que yacen enterrados los pecadores y, más allá, la fresca marina do el ángel toma las almas destinadas a llegar a la isla mística, las etapas que se escalonan para llegar al paraíso terrestre, los cielos estrellados, el ambiente de bonanza divina donde todo es luz y armonía.

Ese es Dante, esa su vida. Comienza en aquel recodo del camino donde se le encuentra, perdida la recta vía. De vuelta se le ve salir del Paraíso y parece descender del cielo hacia los hombres por una vía luminosa de nubes resplandecientes, con la actitud de un estoico sublime, pensativo. Profundamente pensativo.

Abstraer a Dante de ese mundo que él mismo se ha creado, que es el único suyo y exclusivamente suyo, es obra descabellada. Aquel que quiso «descriver fondo a tutto l'universo» no puede tener otro escenario que el universo mismo.

No se crea, por ello, que Dante no es sujeto para ser interpretado en perdurables joyas de arte. Por el contrario, tanto simboliza en su mentalidad y en su obra, que ofrece al talento altísimas inspiraciones simbólicas o simplemente representativas. Pero siempre dentro de la majestad del arte.

El escultor Canciani, concurriendo al premio Roma de la Academia de Viena, eligió a Dante como tema de su obra, que, en verdad, es magnífica. Un macizo de roca se eleva sobre un basamento abrupto; de pie, sobre el borde, Dante, sereno y grave, contempla con ojo lánguidamente compasivo a los condenados que en desesperante desnudez se agitan junto al pedestal informe, debajo de la roca. Así ha podido el artista presentar al creador, Dante, junto con una parte de la cosa creada, un jirón del infierno. La serenidad del poeta contrasta con la angustia dolorosa que se refleja en los movimientos espasmódicos de los pecadores en pena.

Dante, en esa obra de arte verdadero, permanece superior, distinto de los hombres. El genio es así; vive siempre en un plano aparte, sobre la humanidad: astro que guía, antorcha que ilumina, palanca que mueve.

Cuando se estrenó en Londres el reciente drama de Sardou no dejamos de preguntarnos a quién había pedido el actor Irving, creador del personaje, el cerebro, el corazón y la palabra del sumo poeta. Encarnar a Dante en cualquiera de nosotros, aun en el mejor de nosotros, es convertirle en liliputiense. Se obtiene la caricatura, entre sarcástica y lamentable; aparece el contraste abismático entre la silueta que sale de los bastidores y el Dante del poema supremo, el Dante que culmina sobre toda la historia de la literatura, el Dante universal que concebimos extrahumanamente aguijoneando nuestra fantasía. ¿Cómo explicar a Sardou que lo infinitamente grande no cabe en un escenario?

Sardou no ha podido resucitar aquel ambiente social, aquellos tiempos, aquellos caracteres psicológicos; ha buscado -e hizo bien, porque es su oficio- los efectos que el grueso público gusta y aplaude, prodigando al autor el éxito inmediato. Su preocupación ha sido la plasticidad escénica, el aparatoso relumbrón de las bambalinas llamativas, los contrastes pasionales de tonos explosivos. Algunos de sus artefactos son al drama verdadero, como las vírgenes de oleografía a las suaves madonas del Ghirlandaio y del Perugino.

La conclusión no admite reticencias. Dante pertenece a otra vida y a otros tiempos. No revive en la encantadora Florencia de hoy. En el drama de D'Annunzio, se le presiente apenas; en el de Bovio se le adivina o intuye; no cabe en el escenario dramático de Sardou. Dante no se concibe en nuestra vida moderna. Es el viajero de su propia Comedia: hay que buscarle entre las páginas de su misma obra, en el mundo aparte creado por su genio.

Florencia, cuna del hombre, no ilustra al poeta. Lo evoca.

Jueves, 31.V. 1906, página 5, columnas 3, 4 y 5.

LAS FATIGAS DE UN HUELGUISTA[1]

París, abril 25 de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

«Huelga, espacio de tiempo en que uno está sin trabajar», según define el diccionario de la Academia.[2] Si el trabajo es un mal, la huelga es un bien; si el trabajo es un bien, la huelga es un mal. La cuestión no es, empero, tan sencilla.

El trabajo es una necesidad fisiológica y todo ser viviente goza trabajando, según lo ha demostrado Carlos Feré en un docto volumen sobre «el trabajo y el placer». Pero esa verdad fisiológica no es exacta en la vida real. Hay dos clases de trabajo. El que se efectúa cuando se tiene disposición y[3] de acuerdo con las inclinaciones individuales resulta delicioso; el que se ejecuta por necesidad y sin vocación, bajo una férula cualquiera, es horrible. En la vida económica moderna, al hablar de trabajo y de trabajadores, se alude siempre al desagradable, al trabajo forzado.[4]

No está probado que Dios sentenció[5] al hombre: «ganarás el pan con el sudor de tu frente»; más exacto parece el refrán profundísimo: «El vivo vive del tonto y el tonto de su trabajo». Y[6] era, sin duda, un hombre vivo el Sr. Paul Lafargue cuando escribió su hermoso panfleto «El derecho a la pereza», demostrando que el trabajo es un mal necesario, una desventura que el hombre debe soportar, aunque procurando reducirlo[7] a su mínima expresión. El panfleto ha cundido entre los trabajadores, según lo demuestran las numerosas huelgas que ocurren en París;[8] por el momento reclaman las ya clásicas ocho horas, reservándose el derecho de pedir después siete, cinco, y si fuera posible dos. El ideal sería no trabajar ninguna.

Como todos los ideales, ese es un bello absurdo.

La naturaleza brinda al hombre su enorme depósito de subsistencias necesarias para la vida humana; pero esa materia prima hay que arrancarla de sus entrañas y elaborarla, hasta que sea adaptable a nuestras necesidades. El carbón no sale automáticamente de las minas; es menester sembrar el trigo; una fibra de planta no es una camisa, ni un copo de lana es un traje; una vaca viviente no es un puchero; un árbol o una cantera no es[9] una casa. Por esos motivos los hombres tienen la obligación de trabajar; y como cada uno por separado no puede adquirir todas las aptitudes que le son indispensables, se produce naturalmente la división del trabajo y existen mineros, agricultores, sastres, cocineros y albañiles.

Basta pensar en la complejidad de las necesidades humanas, siempre crecientes, para comprender la innumerable cantidad de trabajos obligatorios para el hombre. El progreso implica el aumento paulatino de esas necesidades; un hombre es tanto más civilizado cuantas más necesidades tiene. Un hotentote podría vivir ejerciendo tres o cuatro industrias; el más modesto obrero de un país civilizado usa los productos de tres o cuatrocientas.

Es necesario, pues, trabajar; y, en rigor, todo el mundo trabaja, aunque muchos en cosas inútiles o perjudiciales. La diferencia estriba en que nadie está contento con el trabajo que le corresponde en la sociedad, ya porque esté mal distribuido, ya porque lo hay más o menos pesado, más o menos desagradable. Bajar a la mina, tejer un paño, anudarse la corbata y ceñirse el corset, son cuatro formas de trabajo, todas ellas igualmente necesarias para el que lo ejecuta. Un diputado no debe ir al congreso sin anudarse la corbata, ni puede una tiple cantar en público sin ponerse corset; pero todos prefieren ser diputados y actrices en vez de mineros y tejedoras, todos persiguen obstinadamente el mismo ideal: trabajar lo menos posible y en las mejores condiciones.

La civilización moderna, fundada en el sistema económico capitalista, exige una pérdida cada vez mayor de la libertad individual en los trabajadores. La producción se industrializa cada día más, el trabajo en gran escala es más fecundo que la pequeña industria y la división del trabajo se acentúa. El obrero independiente desaparece, convirtiéndose en número de taller o de estancia; el antiguo artesano tórnase proletario o peón, obligado a trabajar en un ambiente colectivo, sometido a reglamentos, con horario fijo y remuneración por tarifa.

El trabajador ignora que esa esclavitud es indispensable para el funcionamiento de la gran industria y la atribuye a la simple maldad de los capitalistas. Como no puede renunciar a su ideal de trabajar menos y mejor, intenta modificar la duración y las condiciones del trabajo, mediante la lucha política y la lucha económica. La primera tiende a orientar la legislación en el sentido de sus aspiraciones; la segunda se propone la modificación[10] del contrato de trabajo entre el capitalista y el obrero.

La acción política no tiene la confianza de los trabajadores franceses; los 45 diputados socialistas de Francia son simples políticos de profesión, algunos honestísimos, la mayoría desvergonzados. Están divididos en varias camarillas, se injurian en sus diarios y asambleas, se difaman; en una palabra, se disputan la clientela de electores. Con tal de ser elegidos, se alían con el odiado burgués, compran votos, sobornan empleados, lo mismo que cualquier caudillo criollo. Alguno de ellos llega a ministro; entonces los demás[11] diputados socialistas lo denigran, por haber llegado antes que los demás. (Esto no significa que los diputados conservadores sean, por lo general, menos detestables).

Los trabajadores franceses prefieren la lucha en el terreno económico, para la cual han organizado numerosos sindicatos obreros bajo el patrocinio de la Confederación nacional del trabajo. Allí se detesta a Jaurés lo mismo que a Millerand, a Deville, a Rouanet, y a todo el mundo. Los únicos tolerados son Guesde y Lafargue… porque están reñidos con los otros.

Esta Confederación ha creado la gimnasia de la huelga, pues el sistema sólo puede considerarse como una gimnasia.[12] En Francia hay huelgas por centenares. Son muy entretenidas. Se pierden unas y se comienzan otras, para perderlas también. Los diarios explotan el asunto para dar interés a sus crónicas, exagerándolo de acuerdo con sus intereses políticos. Los diarios radicales creen reforzar la acción del presente gobierno semisocialista; los diarios conservadores pretenden espantar a la población demostrando los peligros de ese mismo gobierno.

Unos y otros no advierten que París sigue ajeno a esos manejos de comité, lleno siempre de extranjeros que pagan y de franceses que cobran; la industria del forastero, que es la más lucrativa de esta ciudad, no admite huelgas. Estamos a pocos días del primero de mayo y puede pronosticarse que en París no pasará nada; los burgueses sólo serán ametrallados a discursos. Es posible que en algunas regiones fabriles haya desórdenes; pero los agregados sociales tienen cimientos demasiado sólidos para que estos incidentes de la vida económica puedan comprometer su estabilidad; cuando más, llenan una página de historia sangrienta, como la revuelta de Espartaco, la Revolución francesa o los motines de Rusia. Al poco tiempo las cosas vuelven a su marcha habitual, con ligeros cambios de amos y la adopción de ciertas reformas impuestas por razones históricas independientes del capricho de las facciones revoltosas. La evolución social se opera a pesar del desorden, aunque en ciertos casos puede parecer su producto. En el caso presente los disturbios obreros podrán dificultar el advenimiento del socialismo, en su parte realizable, pero no conseguirán impedirlo. El ministerio de Briand podrá más que la barricada de Guesde.

*

* *

Anoche, subiendo la interminable escalera de nuestra habitación en el bulevar Montmartre, nos detuvo un bulto. Era un trabajador, sentado en el descanso del tercer piso; estaba cobrando fuerzas para continuar hasta el quinto.

Somos viejos conocidos. Es un joven delgado, lampiño, muy nervioso, hijo de un conspicuo bebedor de ajenjo que en vez de mandarlo al colegio lo sumergió en un taller a la edad de siete años. Habla con alarmante verbosidad, lo cual le autoriza a creerse muy inteligente. El muchacho no es malo, pero en vez de fortuna heredó la inclinación por el ajenjo. Ha leído cinco o seis folletos anarquistas, sin comprender gran cosa; pero los sabe de memoria y se atrevería a discutir con el propio Spencer, sosteniendo que la anarquía lo arreglará todo. Por el momento, mientras llegue la hora de participar de más grandes empresas, forma parte de un sindicato obrero; opina que urge declararse en huelga cada vez que[13] el caso lo exige. Somos vecinos y cada ocho o quince días entra en nuestra habitación para desahogar sus iras contra la «infame burguesía». Dado el carácter inofensivo de la retórica, su compañía nos entretiene; ¿por qué no confesarlo? abusamos de nuestra erudición en estas cuestiones para dejarle el consuelo de creer que compartimos sus errores.

Le hicimos entrar en nuestra pieza y comenzó[14] a contarnos sus fatigas del día.

-Estar de huelga es un trabajo enorme. Yo soy huelguista porque es necesario arreglar la sociedad; pero le juro ¡por Dios! que es un trabajo sobrehumano. Hoy me levanté a las cinco de la madrugada y salí en comisión, con otros, para impedir que los traidores a la causa fueran a trabajar. Hubo una de palos tremenda; felizmente les rompimos la cabeza a tres de ellos y de esa manera conseguimos atraerlos a nuestra lucha por la libertad.

-El sistema no es nuevo. En nuestro país alguien se propuso[15] hacer la unidad nacional a palos; no es de extrañar que en Francia, país más civilizado, se haga a palos la libertad…

-De allí nos dirigimos a otros talleres. En todas partes hemos tenido que hablar y pegar, para convencer a algunos y corregir a otros; la causa de la libertad tiene sus exigencias. A las ocho de la mañana, fatigado ya, fui a la Confederación para parlamentar con los jefes de las otras huelgas; allí pasé más de una hora escribiendo notas para los comités y circulares para los diarios…

-¿Para los diarios burgueses?

-Para ellos. Usted comprende que si los diarios no se ocupasen de nosotros, las huelgas perderían su principal razón de ser. En *Le Journal* son muy buenos; ayer publicaron mi retrato. En *Le Matin* me han prometido publicar un discursito mío, pero tardan mucho; creo que el secretario de redacción debe ser un pesquisa, porque si no, ya habría salido el discurso. A las diez hubo reunión en el Tivoli Vaux Hall y tuve que pronunciar como cinco proclamas.

¡Viera usted que asamblea agitada! Un grupo de internacionalistas de Montparnasse quería quitarme la secretaría porque yo vivo en Montmartre; pero, felizmente, los internacionalistas de mi barrio son más vivos e hicimos poner en duda la buena fe de mi contrincante, insinuando que es amigo de un agente de pesquisas.

-¿Y la especie es cierta?

-¡Qué esperanza! Pero entre los obreros una insinuación de ese género es de efecto infalible; nosotros también tenemos nuestra política y cuando es necesario triunfar no podemos pararnos en simplezas.

-Pero la verdad…

-¡La verdad es que yo iba a perder el puesto de secretario! Como le iba diciendo, la asamblea fue borrascosa; fueron dos horas de Apocalipsis, en una atmósfera espesada por mil alientos, cargada por toda clase de emanaciones desagradables, con vahos de ajenjos[16] y de mugre, olor a tabaco negro y a pipas demasiado curadas. Todo el mundo quería hablar al mismo tiempo[17] y nadie decía nada. Por fin me encaramé sobre la mesa y salvé la situación repitiendo algunas frases elocuentes que le he aprendido de Jaurés:[18] «los obreros morimos de hambre y los burgueses mueren de indigestión», «más vale morir en la brecha que vivir en la esclavitud», «los destinos de la libertad y de la civilización están en nuestras manos», etc. Esas palabras tocaron el corazón del pueblo y hubo un disloque de entusiasmo, confirmándome en mi puesto[19] de secretario.

-Es una confirmación bien ganada.

-Al terminar la reunión, deshecho por la fatiga, habría deseado reposar. Me resigné a beber un par de ajenjos y tuve que salir en manifestación, dando gritos continuamente para que no se entibiara el ánimo de mis compañeros. Caminamos casi una hora, sin rumbo, hasta que la policía nos atajó; allí armamos otra de puñadas y garrotazos, para que los diarios hablen mañana de la importancia de la huelga. Así llegó la hora de almorzar; aunque rendido por el trabajo, tuve que despacharme rápidamente un par de platos y cuatro o cinco ajenjos en la fonda de un compañero, donde come Juan

Grave.

*

* *

-Los días de trabajo tengo dos horas para almorzar; pero los días de huelga hay que hacerlo todo de prisa, y no hay descanso posible. Media hora antes de la entrada a los talleres tuve que salir en una comisión de vigilancia y recomenzamos la tarea de hablar y de pegar. A las dos de la tarde hubo reunión en la Bolsa de Trabajo, con la misma atmósfera pesada y otros quince o veinte discursos; yo pronuncié cinco o seis, para poner las cosas en su lugar, y además tuve que leer ante la asamblea un centenar de notas de los sindicatos hermanos, alentándonos a continuar en esta santa cruzada por el mejoramiento social.

-¿Las pretensiones de su gremio son muy radicales?

-Por ahora solamente exigimos la jornada de ocho horas; pero hay trabajadores muy atrasados y no quieren comprender la exigüidad de esta reclamación. Figúrese que al votar si se continuaría la huelga hubo más de cien votos en contra. ¡Y eso que saben[20] la paliza que les espera si los descubrimos! El escrutinio me dio un trabajo enorme. Tuve que leer, una por una, más de mil boletas, casi todas escritas con garabatos indescifrables. Le juro que quedé ronco; ¡tuve que beber un par de ajenjos!

-¿Otros dos?

-Sí, pues el ajenjo es el único remedio para la fatiga; si no bebiera, yo no podría aguantar ni dos días de huelga. A las cinco de la tarde hicimos otra manifestación y sus correspondientes discursos; en la plaza de la República hablaron los diputados Marcelo Sembat y Viviani. ¡Esos son hombres de carácter! Pronuncian discursos todos los días y jamás cambian de opinión; hace como diez años que les oigo repetir lo mismo.

-¿Siempre lo mismo?

-¡Claro! El día que no repitan lo mismo les silbaremos, por traidores. Después anduvimos ocho o diez kilómetros, recorriendo las redacciones de los diarios, hasta la hora de comer. La fatiga era tan grande que tuve que beber un ajenjo para estimular el apetito. A las ocho de la noche hubo otra reunión para comentar las noticias del día. Llegué a la asamblea con una jaqueca atroz, no veía ni oía nada…

-¿Por qué no se acostó?

-Eso no es para tiempos de huelga. Un buen huelguista no debe tener jaqueca; aunque esté moribundo tiene que trabajar, pues las grandes causas no se ganan sin grandes sacrificios. En ese estado hube de escuchar otros nueve discursos y pronunciar el décimo. Después cantamos «La Internacional»…

-¿Usted también?

-¡Qué hacer! Al que no canta se le considera traidor a la causa, aunque tenga jaqueca. Y en seguida me puse a escribir las actas de las asambleas del día, varias notas y muchas circulares, hasta las dos de la mañana, sin probar un bocado ni beber

más que dos ajenjos.

-Vaya usted a descansar; buena falta le hace.

-Sí, sí; y suerte que[21] pronto perderemos la huelga. Espero con impaciencia el momento en que volvamos a la fábrica para poder ¡al fin! descansar un poco.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 Con el mismo título en *AMC*, sin la referencia al destinatario ni, obviamente, la firma. Fechado en París, 1906.

2 En *AMC* se agrega: El valor ético de la huelga sería muy fácil de fijar si los términos del problema fueran sencillos.

3 Conjunción elidida en *AMC*.

4 En *AMC*: obligatorio

5 En *AMC*: sentenciara

6 Conjunción omitida en *AMC*.

7 En *AMC*: reducirla

8 En *AMC*: en todas partes

9 En *AMC*: no son

10 En *AMC*: la modificación directa

11 En *AMC*: los otros

12 En *AMC*: como un deporte

13 En *AMC*: cuando

14 En *AMC*: entrar en nuestro bufete y empezó

15 En *AMC*: alguien propuso

16 En *AMC*: ajenjo

17 En *AMC*: a un mismo tiempo

18 En *AMC*: a Jaurés

19 En *AMC*: en el puesto

20 En *AMC*: sabiendo

21 En *AMC*: -Sí, sí; por suerte

Martes, 19.VI.1906, página 5, columnas 2,3 y 4.

ALEGRÍAS ELECTORALES[1]

París, mayo 22 de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

El 29 de mayo tuvo lugar en Francia el segundo acto de la comedia electoral.[2] Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones es una ocasión para divertirse, siempre[3] que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto las mayores son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de carnaval juntos. En París, como en Buenos Aires, todo hombre[4] es elector y elegible. Pero aquí, desde que se inventaron los «Derechos del hombre», hay muchos hombres que se toman en serio; todo ciudadano se cree apto para ser diputado y cree tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes. [5]

Un programa se escribe en pocas horas. Cuanto más vulgar, tanto mejor.[6] Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien programas hay noventa y cinco que mienten lo mismo:[7] la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa. Todo ello es de una picardía[8] patibularia o de una tontería enternecedora; a fuerza de querer decir mucho, no significa absolutamente nada.[9] El miedo a las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas, todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar a diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurès, por ejemplo, fue derrotado; pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los socialistas llegan a ser gobierno tienen que ser[10] como todos los gobiernos: «to be or not to be».

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez: ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el congreso, como si la diputación fuera una ganga o una carrera profesional. Henry Maret –cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild– ha comentado su derrota como un medio de regocijo.[11]

Un[12] teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido a auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender

es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta regla.[13] En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su vía crucis de enredos, promesas y discursos para… no ser más que antes si triunfa y para ser un cero a la izquierda[14] en caso contrario.

Cuando lo reeligen sus amigos lo felicitan.[15] ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años sus amigos[16] felicitaran a un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado a sargento, ni siquiera a cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años o medio siglo para no dejar de ser lo que es; los diputados más antiguos[17] son los más tenaces y empedernidos.[18]

—

Resistimos[19] fácilmente a la tentación de comentar en serio asuntos que no lo son: muertos que votan, vivos que venden su libreta,[20] candidatos que gastan dinero, escrutadores que escamotean votos, ingenuos que se entusiasman y bribones que mienten con elocuencia. Es inútil describir esas minucias a los lectores de LA NACIÓN, pues en Buenos Aires suelen verse elecciones tan adelantadas como en París.[21]

Pero hay, en las de aquí, un factor que allí no se conoce: los programas de los candidatos y los carteles electorales. Comenzaremos por los títulos de los carteles,[22] que oscilan entre el más pavoroso terrorismo y la más grotesca comicidad.[23]

En el barrio de los estudiantes se disputan[24] el diploma el conservador Auffray y el socialista Viviani. Los carteles reaccionarios se titulan: «La libertad en peligro», «La desvergüenza masónica», «Respuesta a una respuesta», «La sangre de Dantón», «Bebida por cucharadas», etc; los socialistas retrucaron como sigue: «Una infamia», «Respuesta a los sicarios», «Basta de respuestas», «Temblad», «El juicio final», etc.

En el Hotel de Ville, entre el nacionalista Galli y el célebre juez Magnaud, radical socialista: «Gracias, hombres decentes», «Respuesta a una maniobra desleal», «La tiranía radical-socialista», «¡La libertad protesta!», «Candidato pedigüeño»,[25] «El juez de los masones anarquistas», «A la horca las sotanas», etc.

Entre Armand Charpentier y Tournade los títulos fueron más metafóricos, gracias a la fantasía literaria del primero: «Nada de confusión, nada de confesión», «La carabina de Ambrosio y el monóculo de Chamberlain», «La paja y la pólvora», «La linterna y la vejiga», «El siniestro fantasma», «La torre de Babel», etc.

Lo mismo ocurrió en todos los distritos. Leyendo esos títulos será fácil suponer lo que diría el texto de los carteles electorales. Calumnias, titeos, infamias, lodo, indignidad, bajeza, mentira, los candidatos se someten a todo por conseguir de los electores la limosna del voto.

Esta es la lección de política que se recibe en un día de elecciones, un siglo después de la Gran Revolución.

—

Los carteles electorales sirven para todo.[26] Se cuenta que[27] uno de los mayores beneficios del sufragio universal en Francia fue dar a conocer la candidatura Marcerou, la eterna candidatura que se presentaba en todos los distritos. El candidato no perseguía honores oficiales, ni pretendía arreglar el mundo; su propósito era mucho más práctico: llamar la atención de los electores sobre una nueva marca de betún para lustrar calzado. El candidato no agregaba a su nombre ninguna indicación política; no era un Marcerou republicano, ni un Marcerou bonapartista. Se contentaba con indicar su calidad[28] de «fabricante de betún» y su profesión hacía las veces de profesión de fe: su betún[29] era su programa.

Marcerou fue un candidato travieso; ha habido centenares de candidatos ingenuos cuyos programas se han hecho célebres.

En 1848 hubo un Charlemagne Bejot que preconizaba en su programa[30] una ley obligando a los hombres a casarse antes de los veintidós años. En 1849 fue célebre el candidato Colson: prometía[31] a sus electores que, en caso de ir al congreso,[32] revelaría al mundo las causas y los remedios de las enfermedades de la papa y de la viña. Un médico Grégoire ofreció renunciar su sueldo en favor de las víctimas de los accidentes de vehículos. Pierre Manchón prometió curar todos los males sociales mediante «la aplicación de la tesis, la síntesis y la antítesis». Un autor dramático, Fougas, se comprometió a distribuir al pueblo los millones que producirían sus obras…cuando se representaran. El más temible de todos los candidatos fue Preban, el cual empeñó su palabra de honor de que, en caso de ser electo, «ocuparía la tribuna desde la mañana hasta la noche».

¡Cosa rara! Los electores tuvieron el tino de no elegirlo.[33]

—

Sin embargo, todos los candidatos excéntricos o burlones, desequilibrados o imbéciles,[34] obtienen algunos votos.

El célebre candidato Captain Cap, que algunos consideran una simple fantasía literaria del ingenioso Alfonso Allais, existió realmente. Su verdadero nombre fue Capron, y presentó su candidatura a los electores de Montmartre con un programa netamente «antiburocrático». Muchas personalidades literarias del Chat Noir y del Auberge du Clou lo apoyaron con alegre entusiasmo, consiguiendo reunir una compacta minoría de ciento veinte votos. Sea como fuere, el hecho real fue que ciento veinte ciudadanos usaron, como de un juguete, de esta libreta electoral que desde hace un siglo se proclama sagrada y sublime.

Quince votos obtuvo, en Loire, un adversario del mismísimo Waldeck Rousseau; entre otras cosas prometía, por cuenta del estado, «instalar en todas las casas máquinas para rechazar a los acreedores». Ese candidato era un verdadero apóstol y jamás se dudó de su buena fe.

No nos ha parecido tan ingenuo el candidato Jules Laurent, cuyos carteles hemos leído en el distrito de Battignolles. Laurent[35] se presentó como candidato «republicano,

radical, socialista, revolucionario, anarquista, nacionalista, vividor, quesista y sobre todo fumista». Su programa, difundido profusamente en el barrio, consta de los siguientes artículos.

1°. Separación de Battignolles y del estado. 2° Se dará de oficio la Legión de Honor a todos los ciudadanos. 3° Las palmas académicas serán declaradas de utilidad pública. 4° Reglamentación severa de la conducta de las suegras. 5° Teresa Humbert será nombrada tesorera general de la nación. 6° Creación de una escuela nacional de robo. 7° Transporte de la torre Eiffel a la plaza de Battignolles. 8° El gas y la electricidad serán substituidos por la luz astral. 9° Las calles del barrio serán regadas con agua colonia. 10 Supresión de todo lo que estorba: conserjes, peluqueros, diputados, cobradores, etc.

Este candidato obtuvo una docena de votos.

No hablemos de candidatos feministas; se cuentan por docenas los hombres que se proponen asfixiar a las mujeres en esa atmósfera electoral.[36] Julio Guesde, candidato socialista, el día precedente al del segundo escrutinio se dejó decir en una entrevista que la jornada de trabajo podría reducirse ¡a 45 minutos!... Claro está que lo eligieron. Mauricio Barrés, el ilustre académico, antes candidato revolucionario, se presentó esta vez como conservador, firmando carteles que dicen: «Salvemos a la Francia de los peligros espantosos que la amenazan, decapitemos la hidra masónica y demagógica, arrasemos el nido de la blasfemia y de la anarquía.» Y claro está que también lo eligieron.

En el barrio de las Grandes Carriéres, el ciudadano Constantino Dalechamp, dueño de un despacho de bebidas –y eminente bebedor él mismo– se presentó como «candidato de los descontentos», contra todos los partidos; obtuvo catorce votos sobre ocho mil votantes. ¿Ese resultado prueba que la cuestión social no es tan grave como la pintan?

El candidato Pépain, sabiendo que el sueño de todo buen francés es ser funcionario, estudió un medio práctico de realizarlo. «Cada año se hará un cuadro teniendo en cuenta la densidad de la población, las escalas de mortalidad y el número de empleos públicos, de manera que todo francés, hombre o mujer, sea llamado a ocupar, durante el mismo espacio de tiempo, todos los cargos públicos. Todo ciudadano[37] que goce normalmente de sus derechos políticos, antes de morir habrá sido, aunque sea por un minuto, presidente de la república y gran oficial de la Legión de Honor». Su cartel es muy simple:

Pépain (de l'Orne)
Candidat fontionnariste
¡Tout le mond fontionnaire!

Más expeditivo es el cartel de un médico de Montparnasse:

Dr. Mortillet
Candidat unique

Tuvo un solo voto, el propio. ¡Si habrá muerto enfermos!...

El diario de Drumont publicó la siguiente mentira: «El negro Legitimus, electo diputado socialista por los negros que infestan[38] la isla de la Martinica, propondrá que en homenaje a la igualdad socialista todos los negros sean declarados blancos; es su programa.» Drumont se divierte.[39]

—

El criterio para elegir candidato es sumamente variable. Nos contaba ayer[40] el literato Max Fischer que en un pueblo de campaña ocurrió el siguiente caso. Gracias al aumento de población se creó un nuevo empleo de diputado; el señor Juan Buenhombre, amado por sus vecinos[41] gracias a su talento y virtudes, supo que el foragido [sic] Tristán Rompealmas osaba presentar su candidatura. ¿Cómo es posible –se dijo– que la población elija a este ejemplar de presidio? Viendo que nadie se presentaba contra él, Buenhombre mandó imprimir tres mil carteles y lanzó su candidatura, seguro de la victoria.

El periódico de la localidad anotó semanalmente las peripecias de la campaña electoral: «Total de votantes 10.000. Votos asegurados para Buenhombre 5000. Para Rompealmas 0.» Este último tenía ya muchos enemigos y era de presumir que su candidatura acrecentara el número.

Una mañana Rompealmas aplastó con su bicicleta a un niño de tres años; como sus padres protestaran, los apaleó y amenazó de muerte. Todo el pueblo se indignó; los electores estaban furiosos.

-¡Qué maldición para un pueblo tener un vecino de esta catadura y no poder librarse de él!

Buenhombre se frotó las manos, considerando segura su elección. Pero al día siguiente leyó en el periódico: «Votos asegurados para Buenhombre 5000. Para Rompealmas 5000.»

Poco después Rompealmas dio de bofetadas a un anciano cegatón que no le saludó en la calle. La indignación llegó al colmo; algunos propusieron linchar al bandido, pero todos tenían miedo. Buenhombre se frotó las manos por segunda vez. El periódico lo sorprendió: «Votos para Buenhombre 2000. Para Rompealmas 8000».

Buenhombre se dedicó a hacer toda clase de buenas acciones y sacrificios para reconquistar sus votos; en cambio Rompealmas hizo todo lo posible para afrentar a sus conciudadanos.

El día de las elecciones los diarios de París publicaron este lacónico telegrama: «Rompealmas, republicano, elegido por diez mil votos».

Buenhombre se quejó al ver tanta ingratitud. Sus vecinos protestaron:

-Cuando un pueblo tiene la dicha de poseer un hombre tan bueno y simpático[42] como usted no debe desterrarlo a la capital.

-¿Entonces –gritó Buenhombre estupefacto– habéis elegido a Rompealmas para

libraros de él??¿No pensáis que con cualquier pretexto podrá venir a molestaros?

Un viejo muy politiquero consoló a los electores:

-Los diputados, para librarse de su compañía en la cámara, le confiarán el primer ministerio vacante. Y después… el presidente del consejo de ministros será quien tenga que librarse de él.

Es posible que se habla de Rompealmas para la sucesión de Fallières.[43]

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 En *AMC*, bajo el título «Un día de elecciones en París», fechado en París, 1906.

2 Esta primera oración no figura en *AMC*.

3 En *AMC*: al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez

4 En *AMC*: todo ciudadano

5 En *AMC* se reescribe esta oración: Desde que se inventaron los «Derechos del hombre», muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

6 En *AMC*: Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo.

7 En *AMC*: De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo

8 En *AMC*: desvergüenza

9 En *AMC*: simula decir mucho y no significa absolutamente nada.

10 En *AMC*: Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar

11 En *AMC*: ha comentado su derrota diciendo que sólo fue candidato con el propósito de divertirse.

12 Esta oración es precedida por otra, agregada en *AMC*: La carrera es absurda.

13 En *AMC*: no respeta esa regla

14 En *AMC*: no ser más que antes si triunfa o desaparecer de la escena

15 En *AMC*: Sus amigos lo felicitan cuando es reelecto.

16 Estas dos últimas palabras se suprimen en *AMC*.

17 En *AMC*: Los diputados antiguos

18 En *AMC* se agregan los siguientes párrafos: El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos o tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales: equivalen a la flor que luce en el ojal de un compadrito suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio o virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje a sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar a los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced a la firma prestigisosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma

un estado mayor que disculpe sus pretensiones de gobernar al país, desahogando su vanidad o su piratería bajo pretexto de sostener ideales e intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos del pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente o un poderoso industrial que paga a peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal único accesible a su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira a ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento a fin de entregarse a toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto a empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el estado, cobrando sus discursos a tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales a sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya a todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia o probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre a batir palmas cuando él habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado o representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico nos refirió que había resuelto dedicarse a la política.

-¿Estudia mucho?, le preguntamos.

-¿Qué?

-Le supongo consagrado a la Economía Política, a la Sociología, al Derecho Constitucional, a las Finanzas, a la Historia, al Derecho Internacional...

-No, doctor, nada de eso..., repuso sonriendo.

-¿Entonces?

-Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces a almorzar... Pronto seré diputado.

19 En *AMC*, este párrafo va precedido por este otro: El 20 de Mayo presenciamos en París el segundo acto del sainete electoral.

20 En *AMC*: sus libretas

21 En *AMC*: Es inútil describir esas minucias, pues en Buenos Aires suelen verse elecciones tan adelantadas como en París.

22 En *AMC*: de éstos

23 En *AMC*: y la comicidad más grotesca.

24 En *AMC*: dispútanse

25 En *AMC*: «Candidatos pedigüeños»

26 En *AMC*: Los carteles electorales sirven para todo y tienen ya su historia. Las anécdotas que referimos a continuación circularon por más de cien diarios y revistas de París (1), regodeando a los lectores antiparlamentarios.

(1) Inclusive, algunas, en la titulada «Je sais tout», según lo hizo notar oportunamente, en «El País», un admirador de estas crónicas.

27 Se suprimen estas tres palabras en *AMC*.

28 En *AMC*: su carácter

29 En *AMC*: el betún

30 En *AMC*: en el suyo

31 En *AMC*: garantizaba

32 En *AMC*: llegado al congreso

33 Esta oración aparece entre paréntesis en *AMC*.

34 En *AMC*: excéntricos, burlones, desequilibrados o imbéciles

35 Palabra elidida en *AMC*.

36 Esta oración se omite en *AMC*.

37 En *AMC*: El ciudadano

38 En *AMC*: infectan

39 En *AMC* se agrega esta oración: Hasta aquí las anécdotas espigadas en la prensa.

40 Adverbio suprimido en *AMC*.

41 En *AMC*: por los vecinos

42 En *AMC*: tan simpático y bueno

43 En *AMC*: para suceder a Fallières en la presidencia de la República.

Martes, 17.VII.1906, página 4, columnas 4,5,6 y 7.

EL IMPERIALISMO[1]

Berlín, junio de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

Tendidas las alas serenas, pujante en su vuelo,[2] severa en su gesto que honrara los frisos de un palacio asirio, el águila de Prus[i]a culmina sobre el continente, afirmando su fuerza magnífica en cada golpe de ala que la remonta hacia la cumbre de la dominación imperialista. Su garra es prudente y robusta; su firme pupila mira alto y lejos. En todas las cosas del mundo europeo se percibe la gravitación de su influencia, como si la hora de la hegemonía hubiera sonado en su cuadrante.

A los grupos germánico y anglosajón les ha llegado su momento;[3] su rol histórico actual, por la acción intensa y fecunda, vale el de los más grandes imperios[4] que han llenado algún capítulo de la crónica humana.

Es una preocupación ingenua, una puerilidad harto difundida,[5] la de juzgar los fenómenos históricos a través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades o antipatías; ese criterio suele convenir a los políticos y es útil para arrastrar a las muchedumbres fácilmente alucinables. Los sociólogos saben que el criterio científico es otro; la actividad universal constituye un proceso de formación continua, de integración progresiva, uno de cuyos modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad sólo[6] debe atribuirse a que el hombre representa una manera superior de la evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en sí mismas; son la resultante necesaria e inevitable[7] de las fuerzas que concurren a determinarlas, fuerzas propias de las condiciones físicas del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de tendencias que éstos heredan, debidas a la influencia del ambiente[8] sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos nunca son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos o de los gobiernos.[9]

El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía o aversión hacia él, rendirle homenaje, o cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda a las loas y a las diatribas de los apóstoles; sólo entreabre un secreto[10] a los críticos despreocupados. Con ánimo indiferente conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus modalidades venideras.

*

La ley de lucha por la vida y la consiguiente selección de los mejor adaptados a sus condiciones, domina en la evolución del mundo biológico;[11] pero en la evolución del mundo sociológico[12] las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento

de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsistencia. Ese hecho engendra otro principio general, la asociación de los hombres para la lucha por la vida, cuyo exponente[13] psicológico es el sentimiento de solidaridad social.

La asociación de los hombres en grandes colectividades no es un hecho improvisado. De la familia a la tribu, de ésta a la raza, de ésta a la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas. Cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen a los débiles, los asimilan como provincias o los explotan como colonias. La potencia de un imperio se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes en cada momento histórico ejercitan la política imperialista y la encarnan en un hombre representativo: Grecia en Alejandro, Roma en César, Francia en Napoleón. Después del apogeo viene la decadencia, el imperio se desorganiza y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

Uno de los hechos más significativos de la vida política contemporánea es el predominio de los grupos étnicos germánico y anglosajón; las «virtudes latinas», que emocionan a tantos retóricos de la sociología sentimental, pesan menos en la balanza política que la «capacidad de energía» de sus actuales concurrentes. Adviértase que la superioridad no es antropológica, sino histórico-política-económica.[14] Esa formación de vigorosos organismos políticos amengua o anula el rol social de los pequeños estados, cuya actividad queda enteramente subordinada a la que desenvuelven las grandes potencias.

Las condiciones presentes de la vida económica tienden a intensificar esa absorción o subordinación de los estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables a ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización, propio del régimen económico capitalista.

Esa situación de hecho, ajena a las intenciones y deseos de los pueblos y los gobiernos,[15] engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material de un pueblo lleva en sí los factores que orientan su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de la doctrina imperialista y afectividad[16] hacia el sentimiento colectivo del imperialismo.

*

El régimen imperialista –que tiene por exponentes una doctrina, una política y un sentimiento– se personifica en grandes tipos representativos, los hombres emersonianos de sus pueblos. Guillermo, Chamberlain y Roosevelt hablan en nombre de su raza; por eso su voz semeja un fragor de ciclón y resuena a la distancia. Cada uno de ellos habla en nombre de[17] muchos millones que están a su espalda.

A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Los pueblos fuertes se creen encargados de tutelar a los otros, extendiendo a ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo la palabra «derecho» a la fuerza del «hecho»; por eso los medios necesarios para ejercer la tutela pueden asumir caracteres violentos y parecer injustos. La historia ignora la palabra justicia; se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho –sea un individuo, una nación o una raza– debe dejar en paz al sentimiento de justicia[18] y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

El proceso de formación del imperialismo alemán ha sido claro. Prusia comenzó por extender su zona de influencia y de conquista sobre los estados alemanes, tendiendo a confederarlos bajo el imperio. Grande ya, es decir, rica y numerosa, impuso toda la gravitación de su masa a los estados vecinos del continente, para lo cual necesitó acogotar a la Francia,[19] tomándole cientos de banderas, unciendo a su carro de triunfo dos provincias y coronando a su emperador en la más histórica sala de Versalles. Después fue la hora del inolvidable Bismarck, la energía en forma de hombre, iniciándose la política de expansión que ha dado a Alemania una influencia exterior y un poder colonial equivalente al de Inglaterra. Ahora tiene el kaiser las riendas del carro político europeo, las más importantes por lo menos.

Este proceso que observamos hoy en Alemania, ha sido ayer el de Inglaterra, y se prepara a ser mañana el de Estados Unidos.[20] Esas condiciones de hecho se acompañan necesariamente por una orientación paralela del sentimiento nacional, imprimiendo caracteres bien definidos a la mentalidad individual de los componentes[21] de esos grupos sociales.

*

El tipo medio del hombre alemán, inglés o yanqui posee rasgos psicológicos comunes, propios del sentimiento imperialista colectivo. Ante todo cree en la superioridad étnica de su raza y en la inevitable preponderancia política de su país; sabe que tal grandeza presente y futura se funda en condiciones de prosperidad económica por todos reconocidas; supone que la nación a que pertenece marcha a la cabeza de la civilización y del progreso; deduce que su pueblo tiene actualmente una misión directiva y tutelar sobre la humanidad entera, misión que debe ejercer por todos los medios concurrentes a la realización del objetivo providencial.

Semejante estado de espíritu es común a sujetos de diversa clase social, religión, intelectualidad, credo político, etc. Es la zona de concordancia entre las diversas mentalidades individuales, infinitamente heterogéneas que se agitan en el agregado social: es un verdadero fenómeno de psicología colectiva. Por eso el imperialismo, antes que la expresión de un principio político abstracto, es el exponente de un sentimiento colectivo.[22] La doctrina se formula después y se encarna en los hombres representativos; Guillermo, Chamberlain y Roosevelt son los portavoces del imperialismo en la acción,[23] sus ejecutores políticos.

Alemania puede enorgullecerse del suyo. Tiene talento, despliega una actividad

asombrosa y reúne personalmente todas las virtudes[24] que constituyen la fuerza de su pueblo. Es un fuerte; por eso no supo tolerar a Bismarck, que también lo era; dos energías no caben en[25] un mismo escenario. Es recto en su justicia, ecuánime en su severidad, prudente en su osadía. Y lo que vale aún más: sabe «hacer la parada». La hace con gallarda apostura y oportunamente, como todo el que tiene con qué sostenerla. Vive siempre en su papel de dux de un gran pueblo y firma «Imperator-rex», en su doble carácter de emperador de Alemania y rey de Prusia. Sus enemigos le llaman *poseur,* sin advertir que en su caso el vocablo es laudatorio: un hombre representativo debe vivir en su rol. Guillermo es, en suma, un emperador de verdad; es el único monarca de Europa.[26]

*

Las causas que concurren a la formación histórica del fenómeno imperialista[27] son múltiples.[28] Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado social, convergiendo todas ellas a darle orientación general[29] y estableciendo entre sí relaciones de recíproca dependencia y subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo; así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recoger del suelo en que viven y de las condiciones climatéricas de la atmósfera que respiran los modos de pensar y de sentir de un pueblo, son en primer término el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, piensan y sienten según comen.

Las tres naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Son los países en que se trabaja con mayor tesón. Los empleados de un ministerio en Berlín están ocupados diez horas por día; para cualquier inglés el tiempo es dinero; el yanqui cree en «la vida intensa», predica[30] por su presidente, como en una Biblia. Las más grandes empresas del mundo operan sobre[31] capitales ingleses, alemanes y yanquis; la política financiera y colonial de esos pueblos es la más gigantesca. Y para custodiar tan valiosos intereses encontramos la pletórica organización del militarismo, que sólo podemos apreciar[32] en su verdadero valor después de ver una gran revista del ejército alemán y otra de la escuadra inglesa. En cuanto al militarismo yanqui sólo[33] sabemos que la política imperialista ha coincidido con la organización de una flota poderosísima.

En el proceso constitutivo del régimen imperialista contemporáneo pueden, pues, distinguirse tres faces. El crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una política; la organización poderosa del militarismo sirve para guardar la espalda a todo el sistema.

A medida que se agiganta la grandeza material de un pueblo, se opera en el pensamiento de sus intelectuales una polarización favorable al imperialismo. Dejemos

de lado a Walt Whitman y a Rudyar Kipling: miremos hacia el Rin.

Los poetas de la joven Alemania, celebrando la gloria de los antepasados y saludando el magnífico esplendor de una aurora nueva, iluminaron y preludiaron el sueño «en que la Walkyria llamaba a su Siegfrido».[34] Las letras fueron el espejo fiel en que se retrató el alma del resurgimiento alemán; cuando Prusia comenzó a trabajar y a organizarse,[35] después de Yena,[36] sus primeras revanchas fueron visibles en el campo literario, poético y filosófico. Antes que Bismarck, Moltke y Roon, los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la libertad y la nacionalidad alemanas. Sería absurdo negar que esa larga sugestión de ideales mantenida por los Lessing, los Herder, los Kant, los Schiller, los Humboldt, ha concurrido eficazmente a formar en la mentalidad colectiva el sentimiento imperialista, dándole expresión tangible. Cuando la mentalidad está formada llega un Bismarck, comprende que las circunstancias son propias para el gran designio nacional y distiende las velas: ese es el secreto del éxito, saber aprovechar oportunamente el buen viento y la marejada vigorosa. Los Hegel y los Delbrück colaboraron en la obra como los clarines en una batalla;[37] los Moltke y los Roon colaboraron con una eficacia[38] de artillería.

Los pensadores evocan la visión de esos claros de las selvas germánicas donde un cazador, tan repetido en los lieds y las baladas de los poetas locales, encontraba algún mago encantador o escuchaba el eco misterioso de un coro invisible. El rudo caballero se detenía a escuchar las voces o las canciones; a su frente el camino obscuro se iluminaba con un resplandor ideal; el cazador suspendía la persecución de su presa, obedecía a la influencia ignota de un sortilegio más fuerte que su voluntad y marchaba ciegamente hacia el fin que le señalara el destino, cuyo intérprete se perdía en la bruma y en la distancia,[39] entre los perfumes embriagadores de la selva infinita.

La leyenda simbólica del cazador se realiza con el viejo Guillermo y remata en la consagración de Versalles. Después sigue Bismarck y ahora el nuevo Guillermo.

*

El imperialismo requiere una educación especial[40] adaptada a sus fines.

La vida en Berlín es una incesante acumulación de sugestiones concurrentes a fomentar el sentimiento imperialista, cuya constitución gira sobre cuatro elementos principales: el culto de la gloria nacional, la noción de la jerarquía, el hábito de la disciplina y la intensificación del esfuerzo individual.

El culto de la gloria está en todas las cosas, en todas partes, en todos los momentos. La escuela enseña a idolatrar los grandes factores del nacionalismo alemán. El ejército es una segunda escuela de nacionalismo. La vida civil es la tercera escuela, más eficaz porque es permanente. El alemán vive en un ambiente favorable al arraigo de los caracteres que son la base de su mentalidad. Las playas,[41] las avenidas, los parques, llevan nombres evocadores; por todas partes se ven monumentos triunfales y estatuas conmemorativas; en el ornato de los edificios públicos priman águilas, leones, coronas, bustos de guerreros, trofeos de armas, todas las insignias de la combatividad y de la gloria. Para completar esta sugestión de las cosas sobre los espíritus el Kaiser ha dispuesto

que la más hermosa avenida del «Tiergarten» sea flanqueada por una doble fila de estatuas de todos los reyes de la casa de Hoenzollern, cuyas blancas hileras evocan la consabida escena de Don Juan Tenorio.

La noción de la jerarquía no es menos intensa en el alma alemana. Toda relación entre los individuos está protocolizada y nadie osa violar el respeto del riguroso escalafón. El Kaiser está en la cumbre, naturalmente; es, para todos, un semidiós, para todos sin excepción; el mismo Bebel, que suele tronar en el Reichstag (sus truenos oratorios, escandalosos en Berlín, serían infantiles en boca de un Ferri, de un Jaurés o de un Palacios), tiene íntima admiración por el emperador, si hemos de creer las confidencias oídas de sus propios labios. Descendiendo la escala, todo alemán posee una psicología de funcionario y tiene un profundo respeto por la estratificación social. En un ministerio, en un banco, en un hotel, en un taller, en un ateneo, en la vía pública, la jerarquía es sagrada; todos saben cuál es su propio sitio y respetan el sitio ajeno. El «arrivismo» es allí imposible; todos marchan al mismo paso, sin atropellarse. Los mejores llegan más lejos, pero no más pronto.

Contribuye a ello el paso de los ciudadanos por el ejército,[42] que educa otro sentimiento general: el de la disciplina.[43] Un joven alemán espera con ansiedad el momento de la conscripción y se enorgullece bajo el uniforme; ser soldado es casi un título, como en otras partes poseer la Legión de Honor o la cruz de los santos Mauricio y Lázaro. El regimiento da uniformidad a los espíritus, descoyunta los caracteres originales y vierte en cada soldado la gota de tósigo que paraliza hasta los gérmenes de todo sentimiento de rebeldía; los ciudadanos son conformados bajo el torniquete y salen de las filas como plomo de un molde. El sentimiento antimilitarista, que mina a la Francia, no existe en Alemania, a pesar de los discursos semielocuentes de los diputados democráticos y de los millones de votos que reúne el partido socialista. Esos mismos electores rojos llevan dentro, y a pesar suyo, el sentimiento irresistible del imperialismo; sus protestas verbales parecen quejas de amante celosa: gritan más fuerte cuando aman más. La disciplina está en todo. Una gran fábrica funciona como un gran regimiento; los clubs jacobinos se agitan con tanta precisión, orden y automatismo, como un cuerpo de ejército en un campo[44] de maniobras. En el gobierno o en la oposición, en la cátedra o en la tribuna, católico o judío, militar o anarquista, el «hombre alemán», en su tipo medio, es ante todo un ser disciplinado.

El sentimiento imperialista colectivo imprime al individuo un carácter sumamente útil para el conjunto y del cual depende la acción eficaz de todo el agregado: el esfuerzo individual. Para la grandeza del conjunto es indispensable la cooperación de las partes con su máximo de intensidad.[45] Todo alemán trabaja mucho y de veras,[46] convencido de que cumple así deberes de solidaridad colectiva y coadyuva[47] a la obra de toda la nación; la magnitud de un gran pueblo es proporcional a la suma de esfuerzos acumulados por el trabajo. Este paralelismo es más perceptible en la época de formación; basta mirar la relación que existe entre la fiebre de actividad[48] que enloquece a los yanquis y la hipertrofia de su nacionalismo político.

Una permanencia[49] en Berlín nos ha valido más, para interpretar la completa mentalidad[50] de Nietzche, que la lectura de treinta volúmenes de crítica sobre su

personalidad y su obra; los elementos constitutivos de su espíritu son los mismos que constituyen[51] el alma nacional de su pueblo en nuestro momento histórico; sólo cambian las proporciones, por la doble influencia del genio o de la enfermedad, según los casos. El emperador Guillermo es el exponente normal del estado psicológico imperialista en su forma colectiva; Max Stirner es el exponente del imperialismo en su forma individualista; el gran enfermo de Weimar es el exponente del mismo estado de espíritu, pero en forma patológica, asociando la idea de la super-raza con la idea del superhombre. Nietzche es la copa que rebalsa; es el sentimiento imperialista que rompe su propio molde; es el ritmo de una ola[52] encrespada por violento aquilón. El «sentimiento de potencia» es una concreción patológica del común «sentimiento imperialista». Es la exaltación mórbida de la raza y del individuo por el culto de los héroes y del esfuerzo personal, es la aspiración al «más alto y más lejos» en favor de la selección y de la gerarquía [sic],[53] remachando la disciplina para los débiles y los siervos e instituyendo[54] una moral de fuerza para los pueblos y los hombres dominadores.

*

El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de los países sudamericanos. Su independencia[55] es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias económicas de las naciones europeas y estar amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto, de buenos clientes, que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

Sin embargo, el porvenir podría plantear problemas que modificaran esa situación.

La política de los gra[n]des estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Alemania e Inglaterra, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará a tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar a pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que las convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana; ya[56] se ha desplazado muchas veces en la historia; y[57] acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean la Inglaterra que envejece, ni la Alemania que vemos en plena virilidad. Después de Estados Unidos joven y del Japón adolescente ¿no serán la Argentina y la Australia los pueblos que despierten al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero?

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 En *AMC*, esta crónica aparece como «Imperialismo» y fechada en Berlín, 1906. No se consigna el destinatario ni la firma.

2 En *AMC*: el vuelo pujante

3 En *AMC*: Los grupos germánico y anglosajón llegan ya a su momento.

4 En *AMC*: vale el de los grandes imperios

5 En *AMC*: Es preocupación ingenua, puerilidad harto difundida

6 Adverbio suprimido en *AMC*.

7 En *AMC*: resultan necesaria e inevitablemente

8 En *AMC*: a la acción del medio

9 Este párrafo y el que sigue aparecen en orden intercambiado en *AMC*.

10 En *AMC*: su secreto

11 En *AMC*: domina ampliamente en la evolución del orden biológico.

12 En *AMC*: En el mundo social

13 En *AMC*: Su exponente

14 En *AMC*: histórico-político-económica.

15 En *AMC*: de pueblos y gobiernos

16 En *AMC*: y su afectividad

17 En *AMC*: interpreta el pensar de

18 En *AMC*: debe descartar el sentimiento de justicia

19 En *AMC*: a Francia

20 En *AMC*: el de los Estados Unidos.

21 En *AMC*: a la mentalidad de los componentes

22 En *AMC*: sentimiento nacional.

23 En *AMC*: voceros del imperialismo en acción

24 En *AMC*: reúne personalmente las virtudes

25 En *AMC*: sobre

26 En *AMC*: un emperador de verdad: el único monarca de Europa.

27 En *AMC*: del imperialismo

28 En *AMC* se agrega: Un escritor italiano, F. Amadori Virgili, sostuvo recientemente en un hermoso libro que la esencia del fenómeno imperialista está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo o raza; ese criterio le lleva a buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que la formación del sentimiento imperialista es secundario y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía.

29 En *AMC*: convergiendo todos ellos a orientarlo

30 En *AMC*: predicada

31 En *AMC*: manejan

32 En *AMC*: sólo apreciable

33 Adverbio omitido en *AMC*.

34 En *AMC*: Sigfrido
35 En *AMC*: a trabajar y organizarse
36 En *AMC*: lena
37 En *AMC*: fueron los clarines de batalla
38 En *AMC*: con eficacia
39 En *AMC*: en la bruma y la distancia
40 En *AMC*: especialmente
41 En *AMC*: las plazas
42 En *AMC*: el servicio de los ciudadanos en el ejército
43 En *AMC*: otro sentimiento general: la disciplina
44 En *AMC*: en campo
45 En *AMC*: con su máxima intensidad
46 En *AMC*: y con pertinacia
47 En *AMC*: creyendo cumplir así deberes de solidaridad colectiva y coadyuvar
48 En *AMC*: basta mirar la fiebre de actividad
49 En *AMC*: Una estadía
50 En *AMC*: para interpretar la mentalidad
51 En *AMC*: componen
52 En *AMC*: que rompe su propio molde; ritmo de ola
53 En *AMC*: jerarquía
54 En *AMC*: al par que instituyendo
55 En *AMC*: Su actual independencia
56 Adverbio suprimido en *AMC*.
57 En *AMC*: conjunción elidida.

Domingo, 12.VIII.1906, página 5, columna 7; página 6, columnas 1 y 2.

LOS ESTUDIOS MÉDICOS EN BERLÍN[1]

Berlín, junio de 1906

Señor director de LA NACIÓN:

Hay dos modos de estudiar la enseñanza universitaria de un país.

El uno es fácil, cómodo y trascendental. Se pide el estatuto de las universidades, los planes de estudio[2] de cada Facultad y una colección completa de programas. Sobre tal base puede elaborarse una crítica comparativa con otras universidades, llena de consideraciones tan profundas como fantásticas, asombrosas por su erudita erroneidad. Huelga decir que para ello es absolutamente innecesario visitar el país en cuestión, conocer su ambiente científico, su población estudiantil y los procedimientos de trabajo.

Puede seguirse otra línea de conducta, menos solemne pero más verídica: ver con los propios ojos los diversos elementos de que se dispone para la enseñanza, frecuentar a los profesores en la cátedra y fuera de ella, visitar los institutos prácticos y experimentales, trabar amistad con los estudiantes mismos. El juicio que se forma de este modo suele ser distinto del anterior. Muchas veces se advierte que en una pobre y mala clínica se llevan a cabo trabajos de primer orden, mientras se pierde lamentablemente el tiempo en otras muy bien instaladas; una celebridad ruidosa resulta un tonto de capirote, a la vez que un profesorcillo incógnito se revela culto y preclaro; algunas cátedras que tienen magníficos programas son desempeñadas con enternecedora insuficiencia, siendo otras verdaderos focos de irradiación científica magüer se dicten siguiendo programas imposibles.

En todo –hombres, hechos y cosas– ocurre lo mismo. La distancia deforma, amengua o agiganta la visión de la realidad; cuando se está frente a ella el defecto óptico se corrige por grados y todo vuelve a sus proporciones normales. Aquí se desvanece un espejismo ilusorio, allá se enmienda una censura injusta.

De algún tiempo a esta parte, los médicos de ultramar han decidido convencerse de que para aprender medicina es indispensable ir a Berlín, como antes lo era peregrinar a París. Los más ingenuos y entusiastas llegan a creer malo todo lo que no es alemán y magnífico todo lo que allí se hace. No diremos que esa afirmación es completamente inexacta, pero hay que reducirla a sus límites de relatividad.[3] No es ecuánime asegurar que sólo hay buena enseñanza médica en Alemania, ni que todo lo enseñado allende el Rhin merece admiración incondicional: dicho sea con perdón de los médicos que han pasado allí una semana o un año, para poder contarlo a sus amigos y clientes.

Allí, como en todas partes, hay lados luminosos y puntos obscuros, luz y sombra. Para equilibrar sus cualidades y sus defectos conviene observar los institutos de cultura profesional, la mentalidad de sus maestros y los hábitos estudiantiles. Es decir: el medio

en que se enseña, los hombres que enseñan y los alumnos a quienes se enseña.[4]

*

Una gran parte de los servicios médicos destinados a la enseñanza está agrupada en el hospital Charité. Es un establecimiento vasto: su conjunto es realmente magnífico.[5] Tiene el defecto común a muchos hospitales de Europa. Ha sido[6] edificado por secciones sucesivas: junto a pabellones nuevos y confortables coexisten otros viejos y deficientes, cuya inferioridad se acentúa por el contraste. Buenos Aires ofrece ejemplos típicos de ese arlequinismo arquitectónico: el hospital San Roque, el Hospicio de las Mercedes, el Hospital de Alienadas, etc.

El mejor instituto científico de la escuela de medicina de Berlín es,[7] sin duda, el de anatomía patológica, cuya cátedra dicta el profesor Orth. Su museo es único. Hay series casi completas de todas las lesiones que pueden afectar los órganos del cuerpo humano; la instalación es cómoda, el criterio de clasificación[8] muy razonable y el arreglo de las piezas no carece de cierto gusto artístico, hasta donde cabe en un cerebro de sabio alemán. La magnitud de este museo débese, en parte, a la cooperación de muchos profesores de diversas especialidades, los cuales prefieren concurrir a la formación de un gran museo central antes que tener en sus clínicas un pequeño museo particular a menudo insuficiente.

El instituto de anatomía normal, dirigido por el eminente Waldeyer, tiene un cuerpo de edificio propio: consta de dos pisos y se le está sobreponiendo un tercero. Los museos de embriología, anatomía descriptiva y topográfica prestan excelentes servicios; los anfiteatros están muy bien dispuestos. En cambio, las salas de disección son increíblemente incómodas y desaseadas; hemos visto a los estudiantes trabajando en condiciones molestas y antihigiénicas.

La instalación de algunas clínicas es ejemplar; pero hay varias que deslucen el buen conjunto. El anfiteatro de operaciones del servicio de cirugía está edificado a muchos metros sobre el nivel del suelo; la parte que corresponde al diámetro del hemiciclo tiene, a guisa de pared, un vidrial transparente. Su altura lo hace visible desde lejos; parece un teatro grecorromano visto desde el escenario. Es casi lujoso. Los operadores se desempeñan bastante bien.[9]

Los servicios de clínica médica tienen anexados buenos laboratorios, algunos museos especiales y un personal de médicos numeroso y disciplinado. No se les regatea recursos. Todos tienen consultorios externos: funcionan puntualmente y se atiende a los enfermos con prolijidad.

Entre las clínicas del Charité llama la atención la dedicada a las enfermedades nerviosas y mentales. Ha sido inaugurada en 1905 y reune todas las condiciones exigidas por la ciencia moderna. Nos recibió allí,[10] con amabilidad exquisita, nuestro colega Ziehen, neurólogo y psiquiatra de nota, que desempeña la cátedra y dirige el servicio clínico; tiene capacidad para 150 alienados y 60 enfermos nerviosos. Es un solo cuerpo de edificio y está dividido en dos secciones simétricas, la una para hombres y la otra, para mujeres; dirigen la primera Henneberg y Forster, la segunda Seiffert. Esta clínica

tiene un anfiteatro propio para las lecciones,[11] en el cual no se sabe qué admirar más, si el lujo o la comodidad; también tiene un laboratorio de anatomía patológica y un museo más que mediocre, dirigidos por Koeppen. En ninguna universidad hemos visto un servicio mejor organizado para esa especialidad médica; al retirarnos felicitamos a Ziehen y nos respondió en muy mal francés: «Da gusto enseñar en un ambiente como éste». La observación nos pareció justa en su caso, pero incompleta como regla general. ¿De qué servirían clínicas admirablemente instaladas si en ellas no trabajaran hombres de talento?

Los laboratorios de ciencias físicas y experimentales están muy bien[12] organizados; Alemania derrocha en su militarismo, pero no hace economía[13] en su enseñanza universitaria. Los gabinetes de química, física, fisiología e histología podrían figurar entre los mejores de su género; nada tienen que envidiar a los de Viena, París y Londres. Ya veremos cómo se trabaja en ellos.

El laboratorio de psicología experimental es común a los cursos regulares de la Facultad de filosofía y letras[14] y a un curso facultativo de la escuela de medicina. Está instalado en la Doroteenstrasse, a poca distancia de la universidad. Es bastante mediocre, casi malo, no obstante estar dirigido por Stumpf, profesor de fama y respeto. Consta de cinco salones ocupados por instrumentos de fisiología del sistema nervioso, uno para cada sentido. No es un laboratorio de psicología, sino de fisiología de los sentidos; no responde al concepto amplio y moderno de los estudios psicológicos. Su punto de vista es más atrasado y estrecho que el de los escasos laboratorios similares organizados en Estados Unidos, Francia, Italia e Inglaterra,[15] así como de los instalados en Buenos Aires por el Dr. Horacio G. Piñero, en la Facultad de filosofía y letras y en nuestros institutos de enseñanza secundaria.

En resumen, el ambiente de los estudios médicos es muy bueno, no obstante algunas deficiencias en pocos servicios clínicos y en ciertos laboratorios.

*

Pero, lo dicho, no basta una buena vidriera para juzgar la calidad de un artículo.

El valor científico del personal docente es muy alto si lo medimos por sus astros de primera magnitud. La escuela de Berlín puede estar orgullosa de contar a Waldeyer y Hertwig como profesores de anatomía, de tener a Fischer en la cátedra de química, a Schwenderer en la de botánica, a Schultze en la de zoología, a Engelmann en fisiología, a Orth en anatomía patológica, a Bumm y Olshausen en obstetricia, a Ziehen en nerviosas y mentales, a Hildebrant y Bergmann en cirugía, etc. Son notabilidades universales.

Esas estrellas de primera magnitud no constituyen la vía láctea; la condición primordial de su valor científico es la mediocridad paciente y disciplinada del personal secundario. Si éste fuera inteligente, o creyera serlo, incomodaría a los maestros, como ocurre en muchas universidades latinas. Los jefes de clínicas, médicos agregados, jefes de laboratorios, etc., tienen una mentalidad inferior y un concepto estrecho de sus funciones; esas cualidades negativas, asociadas a una prodigiosa laboriosidad, hacen

de ellos perfectas máquinas de trabajar, cuya utilidad es inmensa para el sabio de talento que los dirige. Esa es la clave del progreso científico en Alemania: los mediocres se creen honrados obedeciendo y sirviendo a los superiores.

En ningún otro país hemos visto análogos prodigios de resignación satisfecha. Allí se encuentra un médico que desde hace treinta años y durante diez horas diarias efectúa análisis de la sangre; otro ha practicado un millón de cortes microscópicos del hígado o de la médula; vimos un médico agregado que desde hace medio siglo afila los instrumentos de cirugía. No saben absolutamente nada más; y, lo que es más singular, no conocen el objeto de los trabajos que realizan. El analizador de sangre no ha visto jamás a los enfermos correspondientes; el que corta médulas e hígados no sabe a quién pertenecieron y sólo se propone multiplicar las colecciones del profesor a quien obedece; el que afila instrumentos no ha operado jamás, ni siquiera le permiten dar cloroformo. Este sistema de regimentación es conforme al estado contemporáneo del espíritu nacional.

Las observaciones precedentes acerca del personal científico de la primera escuela médica alemana autorizan a hacer una inducción de índole general.

Todos los que llegan a ser profesores notables han pasado por el rudo cedazo de la carrera; pero adviértase que sólo llegan cincuenta hombres de talento sobre mil aspirantes que no lo tienen. Ninguno de los ilustres sabios que hemos nombrado, absolutamente ninguno, pierde ahora su tiempo en trabajos de laboratorio o experimentales. Cada uno de ellos tiene a sus órdenes una cohorte de colegas subalternos, especializados en trabajos que requieren mucho tiempo y paciencia, los cuales aceptan de buen grado su posición obscura, lejos de la gloria y aun de la simple notoriedad. Son estos mártires ignorados los que viven veinte o cincuenta años sobre un microscopio o entre los tubos de cultura, ganando entre 100 y 200 marcos (50 ó 100 $ argentinos), trabajando para un profesor de talento y sin el estímulo de realizar obra propia o de llegar por sí mismos al más modesto descubrimiento.

En eso, que para los latinos es un defecto, reside la fuerza de los maestros de la escuela médica alemana: sentimiento de la jerarquía y división del trabajo. Es un caso particular de la mentalidad imperialista.

Los latinos suelen interpretar erróneamente esos hechos, inclinándose a creer que la vida de laboratorio basta para hacer de un tonto un hombre de talento y de un mediocre un sabio. No es así, el régimen de trabajo alemán[16] sólo sirve para que el tonto y el mediocre se conviertan en obreros útiles, al servicio de los hombres superiores. El edificio científico es el producto de una labor común para la cual ningún esfuerzo es despreciable: los hombres de talento son los arquitectos que dirigen, los demás son hábiles peones que apilan un ladrillo sobre otro para concurrir a una obra cuyo concepto y finalidad ignoran.

Los latinos escollan contra una dificultad seria: todos se creen arquitectos y menosprecian la situación del peón. Sin embargo, como todos no tienen capacidad para arquitectar, algunos acaban por creer que basta trabajar de peones para ser arquitectos; entonces proclaman la excelsitud del trabajo minucioso y pertinaz –el único que está a su alcance– olvidando que ningún sabio ilustre de Alemania agosta[17] su

talento en esa humilde faena. Los maestros han sido siempre espíritus generalizadores y sintéticos.

No obstante ese error de concepto, creemos que la importación de hombres de trabajo alemanes sería muy benéfica para nuestra enseñanza superior; ellos darían el buen ejemplo de laboriosidad y disciplina que tanta falta hace a[18] la gran masa de los hombres de estudio. Mientras no exista ese elemento subalterno, los hombres de espíritu superior no podrán realizar una enseñanza brillante y fecunda.

Al fin y al cabo el mérito del que nace con talento no es mayor del que nace sin él. Lo único provechoso para todos es que cada cual acepte con dignidad el puesto que le señalan sus aptitudes y trabaje con la mayor intensidad por el adelanto de la ciencia. Sin arquitectos no se hacen edificios; pero tampoco es posible hacerlos sin peones.

*

En una próxima correspondencia referiremos algunas observaciones acerca de la vida estudiantil alemana y sobre las condiciones en que se desenvuelven los estudios médicos en Berlín.[19]

Lo dicho ya[20] sobre institutos de enseñanza y personal docente, permite algunas conclusiones.

La impresión general acerca del ambiente de estudio es buena;[21] las instalaciones y los materiales de trabajo no desmerecen de los de otras universidades tenidas por las mejores. Hay profesores[22] de talento que honran a la escuela: detrás de ellos se mueve una multitud infatigable que les sirve de pedestal. El sentimiento de jerarquía y de disciplina permite el trabajo en común, sin que nadie incomode a los demás.

¿Un médico argentino debe ir a Berlín?

Sí, debe ir, lo mismo que a París, a Roma y a Tokio.

Pero no irá a aprender medicina. Si no la sabe puede quedarse en Buenos Aires, donde tiene iguales elementos de estudio e infinitamente más facilidades. El alumno que egresa de la Escuela de medicina de Berlín, París o Viena, tiene una cultura médica general inferior a la del que estudia en Buenos Aires; esta observación puede extenderse a todas las escuelas médicas europeas, sin excepción.

El médico debe ir sabiendo ya medicina y, si es posible, con una especialidad hecha; en esas condiciones podrá discernir lo bueno y lo malo que hay en cada escuela, aprender muchas cosas y enseñar otras tantas.

En Berlín aprenderá a trabajar muchas horas por día y a ser una rueda de un vasto engranaje científico, donde muchos fatigan y pocos brillan. En cuanto a creer que basta ir a Alemania para ser sabio y tener talento, nos parece que ello es tan eficaz como los candiales y los caldos de gallina.[23]

JOSÉ INGEGNIEROS

Notas

1 Con el mismo título y fecha en *AMC*. Como es usual, en el libro no aparecen el destinatario ni la firma.
2 En *AMC*: estudios
3 En *AMC*: reducirla a límites de relatividad.
4 En *AMC*: Es decir: el medio en que se enseña, los hombres que lo hacen y los alumnos cuya mente se cultiva.
5 En *AMC*: su conjunto es magnífico.
6 En *AMC*: Fue
7 En *AMC*: El mejor instituto científico de Berlín es
8 En *AMC*: de la clasificación
9 En *AMC*: se desempeñan bien.
10 En *AMC*: Recibe allí
11 En *AMC*: tiene para las lecciones un anfiteatro propio
12 En *AMC*: perfectamente
13 En *AMC*: no regatea
14 En *AMC*: escuela de filosofía y letras
15 Se suprime el resto de la oración en *AMC*.
16 En *AMC*: el régimen alemán de trabajo
17 En *AMC*: agota
18 En *AMC*: que tanto necesita
19 Esta oración está suprimida en *AMC*.
20 Palabra omitida en *AMC*.
21 En *AMC*: óptima
22 En *AMC*: maestros
23 En *AMC*: nos parece tan eficaz como los candiales y los caldos de gallina.

Lunes, 27.VIII.1906, página 5, columnas 3, 4, 5 y 6.

EN LA SORBONA[1]

La licantropía y las metamorfosis humanas

París, julio de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

Defiriendo a una invitación del Sr. Jorge Dumas, profesor de psicología en la Sorbona y presidente de la sociedad de psicología de París,[2] el viernes 6 de julio un médico argentino tuvo la honra de disertar en el anfiteatro Michelet, en la Sorbona, ante los más distinguidos neurologistas y psicólogos de París. El hecho, bastante significativo como índice de la estima que por la ciencia argentina comienza a tenerse en el Viejo Mundo, merecería comentarios que preferimos no hacer.

El tema de esa disertación médica puede interesar tanto a los profanos como a los profesionales;[3] lo resumiremos procurando suprimir todas las consideraciones técnicas, limitándonos[4] a referir algunos hechos singulares; más parecen fruto de fantasía abundosa que tristes consecuencias de la enajenación mental.

La imaginación poética, en esto como en otras cosas, ha sido precursora de la ciencia. El monumento magnífico que nos legó Ovidio en sus «Metamorfosis» será, en todo tiempo, la fuente más copiosa de invenciones respecto de la transformación de los hombres en animales o en seres inanimados. Quien guste de frecuentar a los clásicos latinos recordará las sorprendentes aventuras mitológicas que dieron por resultado la metamorfosis de Lycaón en lobo, de Dafne[5] en laurel, de Yo en ternera, de Siringa en rosal, de Filomela en ruiseñor, de Calixto en osa, de Acteón en ciervo, de Marsias en río, de Narciso en flor.

La lectura del propio Ovidio ofrece a los alienistas la clave del vocablo licantropía con que suelen designar la transformación del hombre en lobo, y, por extensión, en cualquier animal. En su libro primero nos[6] cuenta que Júpiter, alarmado por los crímenes de los mortales, reunió a los dioses en el Empíreo a fin de resolver sobre los castigos a que los hombres se hacían acreedores. Para mostrar a sus colegas en divinidad los excesos de la perversión terrenal, narró la infamia y el castigo de Lycaón. Deseando ver de cerca las felonías humanas, Júpiter descendió del Olimpo, ocultando su divinidad bajo humildes formas. Franqueó el Ménalo, espantoso refugio de fieras, después el Cileno y por fin el fresco Liceo coronado de pinos. Caía el crepúsculo cuando pen[e]tró en el palacio inhospitalario del rey de Arcadia. El pueblo rindióle homenajes, pero de éstos burlóse Lycaón. A fin de probar si era Dios o mortal, durante la noche, mientras Júpiter dormía, se preparó a asesinarlo; mientras tanto, para no perder tiempo, degolló a un emisario de los molosos, hizo hervir una parte de sus miembros palpitantes y asó la otra sobre un brasero. En cuanto hubo servido ese abominable desayuno, el rayo del

Dios derribó su palacio y sus penates.

Lycaón huyó espantado; en el silencio de las campiñas lanzó sus aullidos y en vano intentó hablar. Llevado por su ira y su ansiedad carnívora, dio en diezmar[7] los rebaños, gustando de embriagarse en sangre. Sus vestidos se trocaron en pelos hirsutos y sus brazos en piernas. Metamorfoseado en lobo, conservó vestigios de su forma primitiva: el mismo color de pelo, la misma violencia de líneas fisionómicas, el mismo relampagueo vivaz de la mirada, la misma expresión de ferocidad insaciable.

*

Los alienistas pueden, pues, remontar al discípulo de Propercio la paternidad de la palabra licantropía, con que designan ciertos hechos clínicos harto extraños.

Esa concepción poética de las metamorfosis, repetida por otros artistas, arraiga en creencias universalmente difundidas entre los pueblos primitivos. Cualquier folclorista podrá contar cien leyendas de personajes malignos transformados en fieras errantes que vagan por los bosques y los caminos acechando al viajero apacible. La Edad media, con su enfermizo recrudecimiento de misticismo, creó centenares de leyendas análogas. La ingenua población rural suele creer en ellas todavía; cualquier abuela de Bretaña, Galicia o Calabria, sabe contar diez historias de esa índole para asustar a sus nietos traviesos.

Esas mismas leyendas suelen ser explotadas por los pícaros contra los tontos, motivando episodios de resonancia puramente policial. El hombre-chancho, el hombre-perro, el hombre-burro, la viuda, etcétera, son nuestros conocidos de la infancia; los suburbios de Buenos Aires conocieron a esos falsos licántropos, que de ordinario acabaron sus días en un calabozo o por el castigo de una bala certera.

Tales creencias absurdas tienen, sin embargo, un reflejo inconsciente en el espíritu humano. Por eso, cuando la enfermedad desorganiza los sentimientos y las ideas del hombre, aquéllas salen a flote e invaden la conciencia, creando ese trastorno mental que constituye el delirio de licantropía y los demás delirios de metamorfosis.

El médico argentino no se ocupó de esas cuestiones, más interesantes para el arte y la etnografía, que para la medicina mental. Trató, simplemente, de fijar el sitio que corresponde al delirio de metamorfosis en la psicología clínica, señaló sus diversas formas y analizó el mecanismo psicológico de su constitución en el espíritu de algunos alienados.

*

¿Puede un hombre dudar de que es él mismo? ¿Puede suponer que se ha cambiado en otro? ¿Puede creer que es un animal o una planta?

Suele llamarse delirio a cualquier estado de confusión e incoordinación de la actividad mental, generalmente, acompañado de inconsciencia o subconsciencia, sin que exista un núcleo de ideas que prevalezcan de una manera constante sobre las demás; en este sentido se habla del delirio que acompaña a la fiebre o a la embriaguez. Pero los

psiquiatras tienden a dar al vocablo una acepción más restringida. Llaman delirios a ciertos sistemas más o menos complexos[8] de ideas falsas que se refieren al yo en sus relaciones con el medio; los ejemplos más notorios son el delirio de las grandezas y el delirio de las persecuciones. El carácter del delirio no depende tanto de lo erróneo de las ideas en sí mismas, como de su contraste con la personalidad anterior del sujeto o con las relaciones reales entre éste y su medio. Las ideas de exaltación personal que nos parecen normales en Roosvelt, Hugo o Wagner, serían delirios en un barrendero, un payador de club electoral o un tocador de organillo callejero.

Algunos delirios afectan las relaciones entre el yo y las condiciones del medio social en que el sujeto vive; otros afectan la conciencia de la personalidad, del yo, independientemente de esas relaciones. El delirio de la metamorfosis pertenece a estos últimos.

Esos cambios de la personalidad pueden afectar al sentimiento o a la idea de sí mismo.

El sentimiento puede estar elevado; se forman ideas secundarias fundadas sobre una falsa conciencia del propio vigor, de capacidad, de actividad o de aumento de energía; los médicos llaman a eso «euforia» y alguien, más atrevidamente, lo llamó «delirio de salud». Puede estar disminuido y acompañarse de ideas de incapacidad, pereza o debilidad, produciendo un empequeñecimiento y decadencia del yo. Puede, por fin, estar alterado; entonces hay sensación de fastidio, malestar o modificación indefinible del organismo, una de cuyas formas vulgares es la nosomanía o «manía de enfermedad».

El delirio de metamorfosis no consiste, sin embargo, en un trastorno del sentimiento de la personalidad; se refiere a la representación del yo, al conocimiento de sí mismo. Las perturbaciones de ese conocimiento pueden ser totales o parciales.

En el primer caso fórmase un nuevo concepto de la personalidad. Con relación al estado anterior del sujeto pueden ocurrir tres fenómenos distintos. Primero, el nuevo yo reemplaza al antiguo y el sujeto se cree transformado en otra persona; en nuestro Hospicio hay un sastre que se ha vuelto emperador y un pelapapas que se considera duque de Orleáns y de Angulema. 2º. El nuevo yo se altera por temporadas con el antiguo, produciendo diferencias periódicas en la inteligencia y en el carácter del sujeto; una histérica solía creerse niña durante ocho días por mes, procediendo como si realmente lo fuera. 3º. Los dos yo coexisten, teniendo el sujeto dos o más personalidades discordantes o contradictorias al mismo tiempo; así ocurre en muchos casos de locura de la duda, en que el sujeto siente que un yo quiere una cosa y el otro quiere la contraria, viviendo en pena como el asno de Buridán.

En el segundo caso los trastornos del conocimiento de sí mismo son parciales. En algunos enfermos se modifica la conciencia de la unidad e integridad del yo físico: el sujeto cree que le han cambiado el hígado, que su corazón se ha petrificado, que en su cuerpo se alojan animales raros o seres sobrenaturales. Otras veces el sujeto, sin perder la noción de su propia identidad, cree haber sufrido algún cambio importante respecto de la especie, el sexo, la composición o el volumen de su cuerpo; un alienado se cree convertido en animal o en el árbol,[9] otro cree que se ha vuelto mujer, alguno certifica

que su cuerpo es de vidrio y no se mueve por temor de quebrarse, y, por fin, los hay que creen tan agrandado su cuerpo que se desnudan temiendo ser ahogados por la estrechez del traje.

Estos últimos casos corresponden al delirio de metamorfosis. El sujeto cree que sigue siendo él mismo, pero supone que se ha transformado como si pesara sobre él una venganza de dioses paganos.

*

Esa forma de locura no es nueva. En todo tiempo hubo desgraciados que se creyeron convertidos en animales; en la Edad Media el hecho era frecuente, revistiendo algunas veces todos los caracteres de verdaderas epidemias psíquicas. La sugestión, actuando sobre espíritus predispuestos, explica el fenómeno.

Los desequilibrados y débiles mentales tienen un cerebro que funciona mal y se dejan influenciar por el desequilibrio ajeno. Cada época y cada ambiente están preparados para determinadas sugestiones, que sirven de levadura para la fermentación de tal o cual fanatismo: las crisis religiosas, las sectas políticas y sociales, el espiritismo, el vegetarianismo, el ejército de salvación,[10] son castillos de quimera elaborados por cerebros incapaces de espíritu científico, sobre alguna idea que flota en el ambiente y que suele contener cierta partícula de verdad. El estado mental de los sectarios es uniforme; sólo cambian[11] la dirección del viento que los arrastra y las formas exteriores de la fe sectaria. Tanto significa el crucifijo en manos de Juana de Arco, como el puñal en las de Carlota Corday y la bomba explosiva en las de Luisa Michel.

En la Edad Media, durante una crisis de fanatismo religioso que llenaba los espíritus de preocupaciones diabólicas: floreció la licantropía junto con la magia, la posesión, el sucubismo, etc. El Dr. Ramos Mejía, entre otros, se ha ocupado de estos fenómenos y de su papel[12] en la historia.

Ahora la licantropía es menos frecuente; sin embargo, no es excepcional, especialmente en los histéricos. El conferenciante lo aseguró así: en las clínicas de enfermedades nerviosas y mentales de Buenos Aires, Italia, Francia, Alemania, Londres y Viena, ha podido observar treinta y cuatro casos de delirio de metamorfosis, entre los cuales figuran veintidós de licantropía propiamente dicha.

Algunos de los casos referidos en la Sorbona son curiosos; si no mediara la circunstancia de ese gran dolor humano que es la locura, diríamos que son divertidos.

*

Narró de una histérica, hermosa joven prusiana, que vio en la clínica del profesor Ziehem, en Berlín, que por su carácter irreductible hacíase acreedora a severos tratamientos de parte de su familia. La idea de que «la trataban como a perro» invadió poco a poco su cerebro instable; bastaron pocas semanas para que llegara a esta conclusión: «me tratan así, luego soy un perro». En breve tiempo adaptó su conducta a esa idea; vivía tirada en un rincón, andaba en cuatro pies, comía directamente en el plato sin usar de las manos, rehuía toda indicación higiénica y cuando le hablaban

contestaba ladrando. Fue menester recluirla: gracias al aislamiento y a sugestiones hábilmente efectuadas, curó de su delirio, volviendo a creerse mujer en vez de perro.

Parecido al anterior es el caso de una joven argentina, histérica también. Su salud endeble inducía a su familia a prestarle toda clase de cuidados y atenciones, a punto de cohibir su libertad personal. La enferma comenzó a preocuparse de esa tutela; razonando acerca de su situación infirió que la trataban así, porque se había transformado en una niñita, constituyéndose en su espíritu entidades silogísticas particulares. En torno de éstas se asociaron otras ideas semejantes, hasta constituir el sistema complexo[13] que los mentalistas llaman «delirio de infantilismo».

En los casos mencionados el delirio de metamorfosis es inicial. Otras veces sobreviene como complicación o transformación de otro delirio preexistente. Un individuo con ideas de persecución llega a inferir que se le persigue a causa de su temibilidad y se le ocurre que se está transformando en una fiera. Cada uno de sus semejantes le parece un cazador; basta un año para que el delirio de metamorfosis reemplace al delirio de las persecuciones. Este caso, observado en el Asilo de Santa Ana, en París, es sumamente raro, aun para los especialistas. Existe una clase de perseguidos que suelen transformarse en megalómanos, para caer después en un estado de demencia final; en este enfermo la licantropía reemplaza al delirio de las grandezas, pues la situación de fiera temible equivale para el enfermo a la de genio, emperador o profeta.

En esas observaciones la transformación de la personalidad es el producto de una lógica enfermiza; las tres metamorfosis son de origen razonante y pertenecen al grupo de los delirios por inferencia.

*

Otras veces el falso raciocinio es secundario; el delirio es el resultado de una interpretación errónea de ciertas percepciones inmediatas. La idea delirante nace de ilusiones y alucinaciones que invaden la conciencia, perturban la integración de las imágenes en ideas, descomponen las asociaciones ideativas preexistentes y acaban por constituir un sistema de representaciones que no corresponde a la realidad.

Uno de los casos más típicos es el de un degenerado mental que sufre de ilusiones y alucinaciones del olfato,[14] creyendo percibir olores imaginarios y reconocer todas las personas y objetos por su olor. Después de algún tiempo comienza a interpretar esos fenómenos con[15] el producto de su transformación en perro de caza. En ese estado lo vio el conferenciante en el manicomio de Villejuif, donde tiene su laboratorio de psicología experimental el doctor Toulousse; el enfermo pasaba el día ocupado en oler todo lo que estaba a su alcance, ladrando, saltando en cuatro pies y asumiendo actitudes de galgo en acecho de[16] la presa.

Otro enfermo, cliente forzoso de la Sala de observación de alienados, en Buenos Aires, era también degenerado mental y alcoholista crónico. Sufría alucinaciones del oído y de la sensibilidad orgánica general. Al principio oía voces que le decían que era un burro; el enfermo conservaba la noción de su personalidad primitiva, limitándose a creer que tenía un burro dentro de su cuerpo, alojado en el estómago. Bien pronto las

alucinaciones cambiaron de carácter. Las voces ya no eran externas sino internas: el mismo burro le hablaba desde el estómago. La convicción era completa: cuando el asistente de la clínica, D. José Fariña,[17] le ofrecía de comer, el enfermo iniciaba un diálogo con su huésped y tomaba sus resoluciones de acuerdo con él. En un período siguiente el burro le advirtió que no era su huésped, sino él mismo: «Yo soy tú»; esto creaba al enfermo una situación por demás incómoda, pues no sabía a ciencia cierta si era un burro o no lo era. Esa fase de duda no fue larga; alucinaciones de otro orden complicaron su estado y el enfermo creía que su piel se llenaba de pelos, que se le estiraban las orejas, que su voz era un rebuzno y que estaba a punto de crecerle un oprobioso rabo. Felizmente para él, las alucinaciones duraron pocos días por ser de origen alcohólico.

En último caso habría podido consolarse leyendo el libro XI de Ovidio, donde se cuenta el castigo que Apolo infligió al rey Midas por haberse mostrado indigno de oír los sones magníficos que el bello dios arrancaba de su lira.

*

El conferenciante reunió en un tercer grupo aquellos delirios de metamorfosis que se fundan en simples asociaciones falsas entre ciertas palabras, a las cuales el enfermo suele atribuir una significación especial. Una sola palabra llega a ser el centro de un delirio completo, gracias a la agregación sucesiva de otros vocablos simbólicos, hasta formar una trama, tan lógica como absurda,[18] de imágenes verbales que no corresponden a ninguna condición de hecho. Esta forma de locura debiera amonestar a muchos oradores copiosos y a no pocos poetas modernistas, en quienes parece más profundo el culto de las palabras que el culto de las ideas.[19]

Ocurrió el caso a un desequilibrado. Tenía aficiones poéticas y se clasificaba a sí mismo como vate decadente, según consta en los libros clínicos del manicomio de Roma.

Este joven servía de hazmerreír a sus amigos. Publicó una poesía titulada «El centauro», en la cual el autor hablaba[20] por boca del mitológico animal. Tan mala era que sus camaradas dieron en llamarle así a él mismo, designación que él aceptó con muestras de visible complacencia. Andando el tiempo, la palabra centauro adquirió para él extraordinario valor simbólico, relacionándola con una serie de nombres abstractos que se le asociaban por simple consonancia fonética o, como suele decirse, por la fuerza de la rima. Poco después se operó una metamorfosis de su personalidad, constituyéndose un delirio de zoantropía bien definido. Creía que su cuerpo era mitad humano y mitad equino; en vez de caminar trotaba como un potro brioso, entreverando las palabras con relinchos sonoros y sacudiendo su espalda como si quisiera esparcir al viento su crin imaginaria. No fueron más bruscos los corcovos del centauro Neso cuando en la orilla del Evenio lo mató una flecha de Hércules, indignado por el rapto de su esposa.

*

En esa forma la ciencia corrobora la vieja intuición del poeta que nos legó las páginas deliciosas de las «Heroidas», «Los Amores» y el «Arte de Amar». Pero los hechos que para el vate latino fueron una gesta de dioses, digna de su insuperable fantasía, para el conferenciante de la Sorbona son simples creencias de cerebros afectados por la locura, susceptibles de ser estudiados con el frío criterio de la clínica y del laboratorio.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 En *AMC*, esta crónica lleva el título de «Una conferencia en la Sorbona», fechada en París 1906 y sin aclaración de destinatario ni firma del remitente.
2 En *AMC*: del profesor Jorge Dumas, presidente de la sociedad de psicología de París
3 En *AMC*: puede interesar a profanos y profesionales
4 En *AMC*: lo resumiremos suprimiendo las consideraciones técnicas y limitándonos
5 En *AMC*: Dafnis
6 Pronombre suprimido en *AMC*.
7 En *AMC*: diezmó
8 En *AMC*: complejos
9 En *AMC*: o en árbol
10 En *AMC*: el ejército de salvación, el vegetarianismo
11 En *AMC*: cambia
12 En *AMC*: de su rol
13 En *AMC*: el síndroma complejo
14 En *AMC*: que sufre ilusiones y alucinaciones olfativas
15 En *AMC*: como
16 En *AMC*: acechando
17 En *AMC*: don José Fariña
18 En *AMC*: una trama, lógicamente absurda
19 En *AMC*: que el de las ideas
20 En *AMC*: hablaba el autor

Jueves, 31.VIII.1906, página 5, columnas 4,5 y 6.

LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

Fenómenos de percepción a distancia

El espiritismo y lo desconocido

París, julio de 1906

Señor Director de LA NACIÓN:

Una de las mayores felicidades humanas consiste en poder advertir los propios errores y poseer suficiente espíritu crítico para corregirlos. Un hombre de ciencia que pierde la facultad de reconocer sus yerros y la aptitud para rectificarlos en presencia de los hechos, es caso perdido para la ciencia que cultiva: la obcecada testarudez obsta a la verdadera cultura, que sólo se amplifica y tórnase fecunda cuando es nutrida por la savia de una crítica incesantemente renovada.

Hace algunos años, fundándonos en experiencias realizadas en condiciones científicamente desfavorables, presentamos a la Facultad de Medicina de Buenos Aires una proposición accesoria de la tesis universitaria, sosteniendo que la transmisión del pensamiento a distancia era demostrable experimentalmente. Ensayos ulteriores nos demostraron la invalidez de nuestros primeros tanteos experimentales.

Pocos años después, con mayor acopio de ciencia y experiencia, reincidimos en esos ensayos, sobre una enferma que frecuentaba la clínica de la Facultad de Medicina, en el hospital San Roque. Tratábase de una gran histérica, bien entrenada por un prolongado tratamiento hipnótico, a punto de servirnos habitualmente para ciertas demostraciones clínicas y experimentales. Tratamos de realizar sobre ella ensayos sumamente simples de sugestión mental directa o transmisión del pensamiento. Hipnotizado el sujeto, cuya aptitud para aceptar sugestiones verbales era muy grande, nos propusimos transmitirle mentalmente una orden en extremo sencilla: levantar un brazo. Para excitarle a concentrar su atención le indicamos que íbamos a transmitirle una orden: con la más buena voluntad fijamos nuestro pensamiento durante el mayor tiempo posible. Una, dos, diez veces la experiencia fue negativa: las condiciones del sujeto, sin embargo, eran insuperables.

Con mayor escepticismo ya, aunque sin negar fe a los asertos de otros autores, hemos repetido ensayos semejantes en uno de los laboratorios de la Universidad de Florencia y en la clínica de enfermedades nerviosas de la Salpetriére, deseando comprobar un fenómeno que los conocimientos médicos actuales autorizan a suponer muy improbable, aunque no definitivamente imposible. Nuestro empeño ha fracasado también allí, no obstante la cooperación de colegas ilustres.

Algunos experimentadores cuentan que han sido más afortunados; sin embargo en ningún caso han podido repetir, en presencia de sus colegas, las experiencias sensacionales que han descripto. No es creíble que las inventen, faltando a la más

elemental probidad científica; tal vez se equivoquen a solas, de buena fe, hasta que la presencia de terceros rectifica su juicio. El hecho seguro es que hasta hoy no ha podido probarse que el pensamiento humano sea transmisible a distancia.

Incrédulos por la fuerza de los hechos, hemos seguido preocupándonos de los fenómenos que suelen describirse con el nombre de extraordinarios o sobrenaturales: telepatía, mediumnidad, apariciones de fantasmas, sueños proféticos, etc. Nada hemos encontrado que resista a una crítica científica severa, nada que demuestre la efectividad de fenómenos que deben explicarse por la intervención de fuerzas sobrenaturales, es decir, ajenas al funcionamiento del sistema nervioso, normal o enfermo.

En un campo más modesto y menos trascendental pueden observarse fenómenos sumamente curiosos. Casi todos ellos suelen referirse a dos factores bien conocidos: la sugestión del experimentador sobre el sujeto y la exagerada agudez de los sentidos. De lo primero hemos descripto muchos fenómenos interesantes en nuestro libro sobre los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas; de lo segundo describiremos enseguida algunos igualmente singulares, que hemos observado en la clínica de nuestro colega Paul Sollier, en presencia de los doctores Boissier, Courtier y Duhem. Esos hechos han sido objeto de una comunicación científica al Instituto General Psicológico de París.

Un hombre de 36 años, al caer de un tren en marcha presentó síntomas de gran histeria, desarrollados bruscamente. Es muy hipnotizable. El Dr. Sollier lo cura mediante su sistema; considera a la histeria como un adormecimiento parcial de los centros nerviosos y obtiene la curación despertando progresivamente esos centros, mediante ciertas maniobras mecánicas especiales.

Durante una sesión curativa se produjeron los fenómenos de «percepción a distancia» que vamos a referir.

Obligado el experimentador a ausentarse por un momento de su laboratorio, dejó el enfermo al cuidado del Dr. Duhem y de un enfermero. Al regresar lo encontró cerca de la puerta, que había intentado abrir para venir hacia él. Preguntado por qué quería salir contestó:

-Para ir a verlo.

-¿Con qué fin? se le preguntó.

-Lo ignoro.

Esta atracción del hipnotizador sobre el sujeto, esta necesidad de acercársele, es demasiado frecuente para llamar la atención de un médico familiarizado con tales fenómenos. El experimentador continuó su tarea curativa y después de algunos instantes colocó al sujeto de pie, a tres metros de distancia, vuelto de espaldas. Le indicó que permaneciera inmóvil en esa posición, para asegurarse de que se tenía bien sobre sus piernas. Mientras el sujeto estaba distraido en ello, el experimentador hizo un gesto con la mano, como llamándolo hacia sí. El enfermo se dio vuelta y acudió directamente. El médico se fingió sorprendido y le preguntó:

-¿Por qué viene?

-Vd. me ha llamado.

-No lo he llamado, le he dicho que permanezca firme.

-Vd. me hizo seña de que viniese.

-No le he hecho seña alguna; por otra parte ¿cómo habría Vd. visto mi seña estando de espaldas y con los ojos cerrados?

-No lo sé, pero Vd. me hizo así (e imitó con la mano el gesto del médico).

-Pero Vd. no podía verme; ¿ha creído sentir algo?

-He sentido que Vd. me atraía; no sé de qué manera, pero estoy seguro de la seña que me hizo.

Conviene agregar que el sujeto es un hombre de cultura ordinaria, de inteligencia mediocre, el cual no se ha ocupado jamás de hipnotismo, espiritismo, etc.

Durante la misma sesión, aprovechando un momento en que el sujeto estaba acostado, el experimentador lo dejó con los doctores Boissier y Duhem, ausentándose a un gabinete contiguo, separado por una cortina. Desde allí, con el índice levantado, le hizo seña de que viniese. El sujeto se levantó en seguida, precipitándose contra la cortina, hasta llegar junto al médico, desde una distancia de cuatro metros. Se le hicieron las mismas preguntas y objeciones que la primera vez.

Sólo supo decir que lo habían llamado mediante un gesto. Al preguntársele qué «cree» que se le hizo, él lo reprodujo exactamente, aunque esta vez era distinto del anterior.

*

Posteriormente fueron repetidas esas experiencias ante el Dr. Courtier, obteniéndose resultados aún más significativos.

Estando hipnotizado el enfermo, el experimentador se dirigió a un gabinete, separado del laboratorio por un vestíbulo de escalera ancho de cinco metros, una pared de cuarenta centímetros de espesor y precedido por un pequeño vestíbulo que da sobre una galería cerrada con puerta vidriera. Desde el gabinete hizo seña de que viniera el enfermo y éste se abalanzó rápidamente hacia la puerta del laboratorio. El ruido que hizo, porque le impedían salir, advirtió de su éxito al experimentador. Regresó éste y el sujeto limitóse a contestar que le habían llamado por señas. No podía decir que había visto ú oído el gesto, pero lo reprodujo exactamente.

Para modificar las condiciones del ensayo, el experimentador fuése otra vez al gabinete, pero no llamó al sujeto en seguida. Conversó cinco minutos con una enfermera y después repitió la seña. En ese mismo instante acudió el enfermo. Pero esta vez agregó un detalle sobre las sensaciones que había sentido: le parecía que alguna cosa le tiraba hacia atrás, en la frente. El ensayo pudo ser repetido por otros médicos.

*

En los hechos descriptos no hay ningún fenómeno de adivinación, de intuición, ni de transmisión de pensamiento; sólo hay un fenómeno de percepción a distancia. Así

inducen a creerlo tres circunstancias: la orden mental de venir fue ineficaz no estando acompañada por el gesto, varios experimentadores obtuvieron el mismo resultado y el sujeto acude porque «siente» que le llaman con un gesto. Adviértase, además, que se acercaba cuando le hacían seña en ese sentido y se alejaba al hacérsele en sentido contrario. Se trata, pues, de una agudez especial de la sensibilidad.

De primera intención ocurre pensar que el desplazamiento del aire por el gesto que atrae o repele puede ser percibido por un sujeto dotado de extraordinaria sensibilidad. Pero cuando se obra a través de espacios muy grandes, y sobre todo mediando paredes más o menos gruesas ¿puede invocarse esa causa?

Esta cuestión plantea otras dos secundarias. O las vibraciones impresas al aire pueden propagarse a través de obstáculos que suelen considerarse insuperables, o se trata de vibraciones o radiaciones especiales, de orden desconocido. Sea cual fuere la hipótesis más verisímil [sic], ahí queda el hecho experimental que hemos observado: ciertos sujetos, en condiciones especiales, pueden percibir a distancias relativamente considerables, impresiones sensitivas que normalmente son imperceptibles.

En este caso particular el problema no se limita a la percepción de una impresión táctil o cutánea que, en estado normal, no llega a la conciencia del sujeto. Se complica con esto: sin socorro de la vista el enfermo sabe que el experimentador ha hecho un gesto para atraerlo, pudiendo repetirlo con las variantes propias de cada caso. ¿Cómo se efectúa esta percepción de un movimiento ejecutado a distancia? No lo sabemos: pero el hecho existe y convendría estudiarlo mediante procedimientos tomados de la física; así nos promete hacerlo el Dr. Sollier.

La hipótesis de la sugestión mental, que envuelve el problema de la transmisión del pensamiento, está excluida: todos los ensayos hechos con ese objeto resultaron negativos. Esta observación, hecha en la clínica de un psicólogo tan eminente como Sollier, tiene gran valor y puede influir sobre el criterio con que actualmente se juzgan estas cuestiones.

*

Aunque a primera vista parezca lo contrario, las observaciones descriptas son decididamente adversas a la hipótesis de que la transmisión del pensamiento a distancia es posible. La percepción a distancia, debida a excesiva agudez de los sentidos, explica muchos de los fenómenos hasta hoy mal comprendidos e interpretados como casos de telepatía por las personas poco ilustradas.

La histeria, semillero de asombros para los profanos, es un poderoso instrumento de intensificación y disociación psicológica que aclara muchos problemas de fisiología cerebral. Las aptitudes desarrolladas en los mediums, así como desorientan al vulgo y lo arrastran hacia misticismos absurdos, ofrecen a los hombres de ciencia los mejores elementos de prueba contra muchas preocupaciones inopinadas.

Hemos escrito más de una vez –y siempre será provechoso repetirlo– que las apariciones de fantasmas y espíritus carecen hasta hoy de toda base experimental; son materia de fe, pero no de ciencia. La mayor dificultad para el estudio de ese fenómeno

la representan sus mismos partidarios; es un campo frecuentado por los semicultos en psicología, como los semicultos en medicina cultivan la homeopatía o el electromagnetismo, y los semicultos en sociología merodean por las inmediaciones de la revolución social. Sus cerebros incompletos se indigestan rumiando un entrevero de conocimientos y preocupaciones, de hechos y prejuicios, de ciencia y metafísica. Son casos de fanatismo complicado por un saber exiguo y unilateral, mil veces más funesto para su cultura que la ignorancia completa. Saber mal y a medias es peor que no saber.

Los hombres de ciencia no niegan la existencia de muchos fenómenos anormales, cuya causalidad aun no está bien determinada; lejos de negarlos, los buscan y los estudian para precisar las condiciones en que se producen. Las personas que tienen conocimientos especiales sobre la fisiología cerebral saben ya que los mediums suelen ser sujetos histéricos, dotados de sensibilidad anormal y en extremo sugestionables; las nociones clínicas y experimentales sobre tan ardua materia les permiten explicar la mayor parte de los fenómenos que se observan en ellos o por su intermedio.

Quedan algunos hechos no explicados todavía como los que acabamos de referir; para su interpretación bastaría demostrar que en el organismo humano existen modos de sensibilidad y de energía no conocidos aún, cuyo estudio se ha comenzado ya con éxito halagador.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Sábado, 13.X.1906, página 5, columnas 2 y 3.

PSICÓLOGOS FRANCESES[1]

París, agosto de 1906.

Señor director de LA NACIÓN:

Todo el mundo se cree psicólogo. Cualquiera amable conversador de salón improvisa en menos que canta un gallo la «psicología» de un suceso de actualidad, ya se trate de un accidente de automóvil o de la renuncia de un ministro, de un motín militar o de un adulterio aristocrático.[2] El más zurdo periodista se atreve a escribir la psicología de cualquier cosa: del chisme, de la educación, de la bicicleta, de una época histórica, de una intriga de bastidores. Surgen psicólogos doquiera y todas las cuestiones acaban por tener una psicología.

Conviene, empero, distinguir psicólogos de psicólogos y psicologías de psicologías. En las clínicas y en los laboratorios, por ejemplo, se cultiva un género que no es precisamente el que repunta en las charlas de sobremesa mundana.

Las funciones del espíritu, atribuidas otrora al alma, principio inmaterial e intangible, han entrado en el dominio de la fisiología. El sistema nervioso, especializado para sintetizar las sensaciones y dirigir los movimientos de todo el organismo animal, es el complicado engranaje de todos los fenómenos[3] que antes constituían las tres facultades autónomas del alma: inteligencia, sentimiento y voluntad.

El principio biológico de la división del trabajo ha producido en el sistema nervioso diversas diferenciaciones funcionales. La medula se encarga de las reacciones simples y directas; la corteza cerebral de las reacciones más complejas e indirectas. Entre la médula y la corteza cerebral existen centros nerviosos encargados de las reacciones intermedias, cuya coordinación no puede hacer la medula ni requiere la intervención de la corteza.

Las funciones psíquicas son las más complicadas del animal viviente. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral. Su estudio –objeto de la psicología– entra en el dominio de los fisiólogos y requiere el concurso de sus métodos experimentales y de observación.

Pero eso no es todo. Ha podido advertirse que las diversas enfermedades cerebrales producen alteraciones, disociaciones e involuciones de la actividad mental, destruyéndola o desviándola, total o parcialmente. El estudio de esos trastornos permite inferir datos preciosos acerca de las funciones normales; de ahí que para estudiar psicología, además de ser fisiólogo, conviene ser médico. Los estudios del laboratorio deben complementarse con los de la clínica. El resultado convergente de esa labor bilateral constituye la psicología biológica, única digna del nombre de ciencia; su campo de investigaciones no se limita a la «inteligencia» humana, pues abarca las funciones psíquicas de todos los seres vivos.

Existe otra labor cuyo mérito filosófico o literario es indiscutible y cuyas conclusiones no desprecia la ciencia: es la practicada por los hombres geniales o de talento que se dedican a la observación empírica del alma humana, a la introspección psicológica o a la síntesis metafísica de los conocimientos adquiridos fuera del laboratorio y de la clínica. Shakespeare fue el más genial de los psicólogos empíricos. Exceptuados esos grandes observadores de caracteres humanos, queda una legión de aficionados inofensivos cuyas opiniones pasan inadvertidas para la psicología científica, aunque pueden ser interesantes para la crítica filosófica y literaria.

En suma: la psicología tiende a ser el patrimonio[4] de los sabios especializados en el estudio de las funciones del sistema nervioso; el psicólogo debe ser, a la vez, un experimentador y un clínico. Estas dos condiciones pueden estar reunidas en ciertos médicos; por eso, en todas las universidades modernas la enseñanza de la psicología suele ser confiada a médicos y se lleva a cabo según los criterios comunes a la enseñanza fisiológica y clínica.

En Francia es cultivada con interés. Ya[5] hemos presentado a algunos de sus más distinguidos investigadores; hoy trazaremos[6] las siluetas de otros colegas eminentes.

*

* *

El curso oficial de psicología se dicta en el Colegio de Francia. Hasta hace algunos años dictaba esa cátedra Ribot.[7] Cuando éste pidió su jubilación[8] planteóse un verdadero conflicto. Los candidatos para sucederle fueron Pierre Janet y Henri Binet.[9]

Janet tiene mayor preparación clínica, su cultura médica es grande, ha descollado en el estudio de las enfermedades nerviosas y mentales, posee excelentes condiciones de expositor y cuenta varios libros en su haber intelectual. Binet es más hombre de laboratorio, su erudición es vasta, prefiere las investigaciones de psicología pedagógica, es de una dedicación ejemplar y ha escrito libros muy estimados. Janet es más clínico y mejor conferenciante; Binet es un experimentador más diestro. La ventaja de este último para suceder a Ribot consistía en que vive consagrado a sus tareas experimentales, mientras que Janet se reparte entre la ciencia y el ejercicio de la medicina sobre una vastísima clientela.

La elección era indecisa: cada uno de los postulantes tenía su grupo de amigos y adversarios. Se optó por aplazar la provisión de la cátedra. Pero Janet quedó provisionalmente a cargo de ella, lo cual significaba estar ya con un pie en tierra firme. Uno o dos años más tarde, cuando llegó la ocasión del nombramiento definitivo, Janet fue designado sucesor de Ribot, obteniendo un voto más que Binet, el cual ha quedado como director del laboratorio de psicología experimental. Cada uno en su sitio.

Nuestro amigo Th. Ribot, que nos ha referido estos entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan, no tomó partido por ninguno de ellos. Ambos le parecían dignos de sucederle, aunque desde diferentes puntos de vista.[10] La competencia clínica de Janet se equilibraba por la competencia experimental de Binet; las dotes de expositor brillante del primero se compensaban por la dedicación exclusiva del segundo a la

ciencia.

*

* *

Janet es un hombre entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de buena presencia, humor risueño, conversación agradable y exquisita amabilidad.

Sus estudios clínicos sobre la histeria, las obsesiones y las ideas fijas, son de primerísimo orden. Ha complementado el cuadro de las neurosis creando el tipo clínico de la «psicastenia», enfermedad que participa de algunos caracteres de la neurastenia clásica, de la histeria y de las locuras parciales, aunque sin confundirse con ninguna de ellas. Su concepción es original e interesante; puede aceptarse o no, pero es digna de la mayor atención y señala una etapa considerable en el desenvolvimiento de la psicología clínica.

Como profesor posee en alto grado las cualidades brillantes que caracterizan a los maestros de la escuela francesa; su elocución es nítida y fácil, siempre agradable, a menudo convincente. Prefiere tratar temas de psicología clínica, en los cuales desarrolla vistas originales y demuestra una cultura excepcional.[11] La experimentación normal, la psicología introspectiva, sus relaciones con la filosofía y la sociología, las aplicaciones prácticas de su ciencia a la pedagogía, la criminología y otras ramas afines, no tienen en sus cursos toda la amplitud que merecen. Verdad es que una sola cátedra no puede abarcar todo. Podría enseñarse cada año una parte distinta, pero sería en perjuicio de la especialización que constituye la indiscutible superioridad de este profesor.

Para complementar su enseñanza, Janet tiene un consultorio externo en la Salpêtriere, anexo al servicio de Raymond, el sucesor de Charcot. Por allí desfilan decenas de enfermos interesantes, voluntades rotas en la lucha por la vida, pasiones obsesivas hasta el suicidio, preocupaciones que engendran ideas fijas, pérdidas de la memoria y de la atención, toda la gama de espíritus atormentados por la herencia, por las intoxicaciones, por las fatigas del vivir. Ese extraño kaleidoscopio del desequilibrio mental, aunque sus formas son menos trágicas que la locura misma, posee mayor interés para el observador y el analista.

Digamos, al pasar, que Francia aplica este principio: para tener buenos profesores hay que pagarles bien. La cátedra debe dar para vivir, de otra manera los profesores no se dedican a ella; a menos de creer que la ciencia debe ser un privilegio de los rentistas, un sport de gente rica, lo mismo que el tennis o el automóvil. En la Argentina el profesorado universitario es un adorno o una ayuda de costas, pero no una carrera. Janet gana 1.500 francos mensuales; en relación al costo de la vida equivalen a 1.500 pesos en Buenos Aires, donde los profesores de esa misma cátedra tienen la flaca perspectiva de ganar 200,[12] o dedicarse a otras cosas.

*

* *

Georges Dumas enseña psicología experimental en la Sorbona, donde esta cátedra es suplementaria. Es de la misma generación que Janet y también médico especialista de enfermedades nerviosas y mentales.

Diserta con una corrección y claridad sorprendentes; realiza el tipo mental del orador universitario. En las discusiones posee una rápida comprensión del asunto: en las sociedades científicas brilla por su ingenio y su disciplina intelectual. Para completar su tipo, agréguese una ilustración vastísima, una gentileza efusiva y una infatigable laboriosa.[13]

Sus estudios sobre los estados intelectuales en la melancolía, el estado mental[14] de Augusto Comte y de Saint Simon, la tristeza y la alegría, etc., revelan un talento superior. Cultiva con igual éxito los trabajos clínicos y los experimentales, trabajando en el Asilo de Santa Ana, donde tiene su clínica nuestro colega Magnan.

Su último libro, aparecido este año, estudia la psicología, fisiología y patología de la sonrisa, tema que desarrolla en 160 páginas llenas de interés. Al leerlo acudieron a nuestra memoria algunas observaciones de Eduardo Wilde sobre la risa, expuestas en su ingeniosa monografía sobre el hipo, y la tesis no menos interesante presentada por Enrique Prins, a nuestra Facultad de medicina.

Junto con Janet, Dumas dirige la mejor revista de psicología normal y patológica, complementaria de la revista filosófica dirigida por Ribot. Hacia ella converge el trabajo de los maestros de ambos mundos y su circulación es tan respetable que sus colaboradores habituales ganamos cinco francos por página, escrupulosamente pagados por el editor Alcán. Es una práctica que deberían adoptar las revistas científicas argentinas; les aseguraría excelente colaboración y, por ende, mayor clientela.

*

* *

En el Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma en 1905, llamó nuestra atención un joven de aspecto nada vulgar. Alto, robusto, ojos de místico, gran melena, barba copiosa, una fisonomía oscilante entre la de un cristo clásico y la de un conspirador nihilista. En París lo encontramos en varias sociedades científicas y pronto trabamos amistad muy cordial.

El Dr. Henri Pieron es uno de los jóvenes mejor conocidos en el mundo científico contemporáneo,[15] aunque sólo pesan[16] sobre sus hombros una treintena de años. Su actividad intelectual es continua, considerable y eficaz.

Entre sus mejores cualidades señalaremos la amplitud de su horizonte mental y la claridad de sus vistas sintéticas. Le interesan por igual todas las ciencias físiconaturales, biológicas y sociales; está al día en todo orden de conocimientos. Tiene ideas generales bien definidas, orientadas según el criterio del determinismo evolucionista, las que le permiten intervenir en cualquier debate y lucir aptitudes dignas de encomio.

Bajo su aspecto apacible, casi nazareno, palpita con vigor una juventud entusiasta. Cuando toma parte en alguna discusión parece caldearse, acelera el curso de su dicción,

la acompaña con gestos expresivos, se apasiona por el tema y por la gimnasia de la argumentación. Aun no padece del implacable escepticismo en que suelen rematar muchos hombres de ciencia.

Trabaja en el laboratorio de Psicología Experimental instalado en el manicomio de Villejuif; como investigador es, a un tiempo mismo, hombre de ciencia y hombre de conciencia.

Conoce el español y dedica atención preferente a los trabajos científicos hispano-americanos. Nos ha complacido oírle repetir que en la Argentina se produce más y mejor que en todos juntos los demás países de habla castellana.

JOSÉ INGEGNIEROS.

Notas

1 En *AMC*, esta crónica se funde con la que en el diario se llama «Mi amigo Max» y lleva el título «Amigos y maestros». Los datos de destinatario y firma, que conforman el marco epistolar del texto, no figuran. La fecha es la misma: París, 1906. El texto se subdivide en ocho secciones, subtituladas: «Cuatro psicólogos franceses», «Henri Piêron», «Max Nordau», «Richet», «Rodin», «El abate Peillaube», «Metchnikoff», «Fraya».

2 En *AMC*: ya sea un accidente de automóvil o la renuncia de un ministro, un motín militar o un adulterio aristocrático.

3 En *AMC*: engranaje de los fenómenos

4 En *AMC*: La psicología tiende, pues, a ser el patrimonio

5 Adverbio omitido en *AMC*.

6 En *AMC*: trazaremos aquí

7 En *AMC* se agrega: amigo gentilísimo y bastante paternal. No es del todo solemne; si lo fuera tendría bien ganada su solemnidad, pues fue sembrador proficuo y maestro fecundo.

8 En *AMC*: Cuando pidió su jubilación

9 En *AMC*: y Alfredo Binet.

10 En *AMC*: desde puntos de vista diferentes.

11 En *AMC*: no común.

12 En *AMC*: 300.

13 En *AMC*: laboriosidad.

14 En *AMC*: la mentalidad

15 Se suprime este último adjetivo en *AMC*.

16 En *AMC*: pesa

Índice

NOTA PRELIMINAR 7
CRITERIO DE LA EDICIÓN 13
UN IMPUESTO DE LA BELLEZA 15
SAN VICENTE 21
UN CÓNCLAVE DE PSICÓLOGOS 33
LOMBROSO Y LOS HOMBRES POBRES 43
ÚLTIMAS NOTAS DE UN CONGRESO 53
LA TEMPORADA LÍRICA DE MASCAGNI 67
EL SOCIALISMO EN ITALIA 77
SOBRE LAS RUINAS 99
SOBRE LAS RUINAS II 111
LA TEATRALIDAD JUDICIAL EN ITALIA 121
VENECIA 131
LOS AMANTES SUBLIMES 145
ESCAPULARIOS Y EGLANTINAS 157
LA TUBERCULOSIS 167
LA MORFINA EN ESPAÑA 175
MI AMIGO MAX 181
LA ESCUELA DE LA FELICIDAD 189
SILUETAS 197
UNA HORA DE EMOCIÓN 205
EL SEÑOR CERO-A-LA-IZQUIERDA 213
Y LA POLÍTICA FRANCESA 213
LA ENFERMEDAD DE AMAR 221
LA CRISIS DEL SOCIALISMO EN ITALIA 227
EL OCASO DE UNA GLORIA 233
CRÓNICA FLORENTINA 241
LAS FATIGAS DE UN HUELGUISTA 249
ALEGRÍAS ELECTORALES 255
EL IMPERIALISMO 263
LOS ESTUDIOS MÉDICOS EN BERLÍN 273
EN LA SORBONA 279
LA TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO 287
PSICÓLOGOS FRANCESES 293

Cristina Beatriz Fernández es doctora en Ciencias del Lenguaje, con mención en Culturas y Literaturas Comparadas, por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Docente en la cátedra de Literatura y Cultura Latinoamericanas I de la carrera de Letras en la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP), e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET).

Este libro recoge las crónicas que durante los años de 1905 y 1906 José Ingenieros remitió, desde Europa, al diario La Nación de Bs. As. El autor había viajado como representante argentino al V Congreso Internacional de Psicología que tuvo lugar en la ciudad de Roma, pero su viaje se extendió por más de un año y excedió su motivación original, científica y profesional. Las crónicas que se reúnen en el presente volumen se publican por primera vez en su totalidad y en la versión original. De esta forma, es posible seguir el itinerario de Ingenieros en Europa y adentrarnos en sus ideas estéticas, científicas y políticas, en un momento clave de su trayectoria intelectual. Se procura, en definitiva, invitar a la lectura de uno de los más significativos ideólogos y escritores de nuestro país, protagonista de un momento histórico y cultural fecundo en debates y preocupaciones de distintos órdenes.

9 789875 432864